

Presentación

Hace poco más de un año, a fines de enero de 2002, fallecía en París Pierre Bourdieu. A los 71 años, este sociólogo francés dejaba no sólo una extensa obra –con más de treinta libros–, sino también una marca personal en el desarrollo de las ciencias sociales. Como investigador social, Bourdieu produjo estudios basados en un consistente trabajo empírico que sabía combinar siempre con refinadas elaboraciones teóricas y precisas reflexiones metodológicas; pero además, y como figura pública, estimuló a su alrededor, ya fuera por parte de colaboradores o de detractores, la investigación y la discusión en los más variados ámbitos (desde la educación a la política, pasando por el arte, la filosofía, la economía, el derecho, la lingüística, los medios de comunicación o la ciencia), primero dentro del mundo de la academia y, hacia el final de su vida, y desde un activismo intenso, en el mundo de la política europea.

Como era de esperar, además de la reedición de buena parte de sus textos y de la publicación de otros nuevos –en la forma de compilaciones de materiales dispersos o de la edición de sus muchos cursos, seminarios y conferencias–, desde su desaparición han proliferado los homenajes y los estudios sobre su obra. Es en ese contexto que este número de nuestra revista publica, en su sección Tema Central, reseñas de algunos de sus libros –una selección en la que se examinan desde algunos de sus primeros textos hasta otros más recientes–. Se trata de nueve reseñas elaboradas por profesores de la Universidad del Valle con el objetivo de ofrecer a los lectores una primera aproximación a unos textos que, con el tiempo, muy posiblemente se convertirán en básicos para la formación de nuevos investigadores sociales. Por otra parte, estas reseñas proponen una lectura de los textos de Bourdieu a la luz del estado de las diferentes disciplinas así como del contexto colombiano actual.

CONTENIDO

Tema Central

1. Una etnología de Argelia: primera incursión sociológica de Pierre Bourdieu Pedro Quintín Quílez.

Además de servir para satisfacer la curiosidad por conocer el primer libro publicado por Pierre Bourdieu, leer hoy su *Sociologie de l'Algérie 2* permite sobre todo observar, en perspectiva, el despliegue inicial, embrionario, de algunos puntos principales de su obra. Aparecido en 1958 dentro de la afamada y popular colección enciclopédica francesa 'Que sais je?' –que publica libros temáticos escritos por especialistas–, es éste un pequeño libro de 128 páginas en el que se condensa un panorama general de la sociedad argelina anterior a la independencia de Francia en 1962. Probablemente un libro de encargo, ello no impide a un joven Bourdieu poner en marcha su capacidad analítica y ofrecer una mirada perspicaz de una sociedad que está atrapada en rápidas y profundas transformaciones y que, desde 1954, se encuentra inmersa en una sangrienta guerra.

2. A propósito de Los Herederos. Los estudiantes y la cultura de P. Bourdieu y J.-C. Passeron. Guillermo Sánchez M.

Casi cuarenta años después de su primera publicación, la lectura de *Les Héritiers. Les étudiants et la culture 2* sigue siendo una verdadera experiencia –en el sentido fuerte del término– pese a su envejecimiento (más en los datos que en el enfoque) y el de sus lectores, y tal vez, gracias a su «estilo», lo que puede parecer paradójico, ya que el libro no se brinda muy fácilmente al lector y más bien parece enfrentarlo con sus tesis, con sus aparentes contrasentidos (el sistema educativo: una «elección de los elegidos»), con sus términos a primera vista excluyentes (los estudiantes: aprendices o aprendices de brujo), especialmente si el lector ejerce el oficio de estudiante o el de profesor pues el libro constituye un verdadero socioanálisis de estas dos ocupaciones.

3. Pierre Bourdieu y la ontología política de Martin Heidegger Danilo Guzmán

En su prefacio nos advierte Bourdieu que este estudio fue concebido como un ejercicio de método. Lo que Bourdieu quiere estudiar son los efectos que la censura, el constreñimiento a expresarse de manera eufemizada, producen en los campos de producción cultural. La filosofía profesional se encuentra particularmente marcada por la exigencia que ésta hace a sus participantes de adoptar maneras de hablar que se constituyen en la esencia de la profesión y tienen la función de marcar la línea divisoria entre el experto y el profano. Es la manera como la filosofía profesional impone una censura a su discurso de manera sistemática, no a través de prohibiciones explícitas, lo que haría obvia su presencia, sino a través de la

eufemización que la hace pasar desapercibida, presentándola más bien como una necesidad derivada de la problemática filosófica misma, junto con el virtuosismo que exhibe Heidegger con los juegos que ejecuta con la lengua alemana llevando la eufemización hasta el punto de producir su propio idiolecto, efectuando deformaciones sistemáticas del idioma creando un lenguaje paralelo pero siempre dependiente del idioma original, junto con la crisis por la que atraviesa la filosofía académica alemana mediada por la crisis que afecta a la sociedad alemana en general, lo que lleva a Bourdieu a ver en esta situación total un terreno especialmente propicio para realizar su estudio.

4. Clases sociales y estilos de vida: un comentario sobre La distinción de Bourdieu. - Jorge Hernández Lara

Cuando terminó el siglo veinte, la Asociación Internacional de Sociología (ISA, por su sigla en inglés), realizó una consulta entre los visitantes de su página web para establecer cuáles eran los diez libros de sociología más importantes del siglo. Uno de ellos resultó ser La Distinción, de P. Bourdieu, el sexto en el orden de preferencia de quienes respondieron la consulta. Al hablar de este libro nos estamos refiriendo pues a una de las obras más importantes de la sociología, según la opinión de los propios sociólogos. Si en su momento la consulta hubiera sido hecha en Francia o, luego de la muerte de Bourdieu, en cualquier otro lugar del mundo, seguramente esta obra habría quedado aún mejor clasificada, más cerca del primer lugar ocupado por Economía y Sociedad de M. Weber o del segundo, ocupado por La Imaginación Sociológica de Wright Mills.

La Distinción 2 tiene condiciones de sobra para ser considerada una gran obra de sociología, una de esas que ningún estudioso de las ciencias sociales debería quedarse sin conocer.

5. La divulgación de los secretos de la tribu: a propósito de Homo Academicus Renán Silva

En el pasado mes de enero se ha cumplido un año de la muerte del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Las celebraciones han sido constantes desde entonces en Francia y en la mayor parte de los países del mundo, dicho esto sin ninguna exageración. Notas de prensa, coloquios universitarios, números de revistas, cursos académicos, antologías de sus obras y nuevas ediciones de algunas de las que ya hace tiempo se encontraban agotadas en el mercado, se han multiplicado por todas partes, como si sólo su muerte hubiera puesto de presente la grandeza intelectual de su obra, sobre la cual, de todas maneras, habrá que esperar el frío dictamen del tiempo.

En un contexto como ese, en donde vuelven a abundar las críticas fáciles y las consagraciones rápidas que el maestro conoció en vida, resulta difícil referirse con un mínimo de objetividad a su obra, o a alguna de sus obras, máxime cuando la merecida consagración tiene todos los visos de convertirse en una superficial canonización que evitará leer con tranquilidad una obra que, como toda gran obra intelectual, resulta un conjunto apretado de logros y de insuficiencias.

6. Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario **Elías Sevilla Casas**

«So smart. So irritating». ¡Qué ingenioso. Qué irritante! Es la frase que resume la reseña del libro publicada en 1998 por el *American Journal of Sociology*. Libro cargado de «agudeza y arte del ingenio», al muy viejo estilo conceptista que hizo famosos en el Siglo de Oro español a Baltasar Gracián y a Francisco de Quevedo. El retruécano, la paronomasia y el paralelismo dejan en este caso de ser simples ornatos del lenguaje para, por medio de la paradoja, apuntar a aspectos precisos, y de grano fino, de la «lógica del campo» sometido a análisis: «tiempo de lectura y lectura del tiempo», «posición, disposición y toma de posición», «los artistas de vanguardia son dos veces jóvenes y los artistas fósiles dos veces viejos». El libro está cargado de fórmulas parecidas, que demandan del lector un esfuerzo sostenido para seguir el sutil y retorcido pensamiento del autor. Es maña vieja ésta del conceptismo de Bourdieu, que temprano se fortaleció con los ejercicios formales y exigentes de los contrastes estructuralistas a la Lévi-Strauss; a inicios de los 60, el entonces joven filósofo con vocación de sociólogo había publicado un ensayo premonitorio con el título de «Sociólogos de mitologías y mitologías de sociólogos». La práctica, que florece salvaje en un libro culminante de la madurez como es *Las Reglas*, irrita sin duda a los lectores expertos en técnicas de lectura rápida. Y a los de pensamiento lineal y binario, aunque a Bourdieu parece gustarle el binarismo, pero llevado a grados superiores y puestos en matrices de contrastes, lo que es herencia del estructuralismo juvenil. E irritará tal vez a muchos más, a los que aborrecen textos laberínticos y prefieren la claridad expositiva que en un tiempo hizo famosos a los franceses clásicos, entre ellos al mismo Pascal, maestro de la prosa nítida y paradójico modelo del Bourdieu que escribió *Méditations Pascaliens*.

7. Pierre Bourdieu y La miseria del mundo. Beatriz Castro C.

Como se advierte en la portada del libro, Bourdieu ha sido el director de la presente publicación y el director de la investigación en que ella se basa. Se trata pues, en rigor, de una obra colectiva y, por el número y la calidad de los colaboradores y el tamaño de las colaboraciones, parece de justicia mencionarlos a todos ellos: Alain Accardo, Gabrielle Balazs, Stéphane Beaud, Philippe Bourgois, Sylvain Broccolochi, Patrick Champagne, Rosine Christin, Jean-Pierre Faguer, Sandrine García, Remi Lenoir, Françoise Euvarard, Michel Pialoux, Louis Pinto, Abdelmalek Sayad, Charles Soulié y Loïc J. D. Wacquant. El objetivo del libro *La miseria del Mundo* es el de ofrecernos una mirada comprensiva de los «nuevos problemas sociales» –algunos nuevos desde el punto de vista de la forma, más no del contenido; otros inéditos y de gran originalidad–. En síntesis se puede decir que son problemas relacionados con la pobreza, la marginalidad y la exclusión surgidas en el contexto de lo que muchos autores llaman el «nuevo capitalismo». Desde este punto de vista las reflexiones y análisis de Bourdieu y sus colaboradores se colocan en la misma línea de reflexión de muchos otros sociólogos europeos y norteamericanos que también han concentrado sus esfuerzos de desciframiento e inteligencia de la sociedad de hoy, fijando su atención en la lógica y las consecuencias de los cambios que se han ido imponiendo, sobre todo en el campo de las relaciones de trabajo, particularmente a partir de 1980.

8. Un libro para el debate teórico en las ciencias sociales contemporáneas: Meditaciones pascalianas. Fernando Urrea Giraldo

Meditaciones pascalianas constituye una de las últimas obras teóricas densas de Pierre Bourdieu, curiosamente publicada en una etapa de su vida caracterizada por su participación activa en diversos movimientos sociales franceses y sin abandonar nunca su carácter de intelectual independiente. Podría decirse de entrada que este libro es un ejercicio de sociología crítica o reflexiva, sin piedad ni cortesías, de las ciencias sociales: Bourdieu ofrece un debate a diferentes puntos de vista que dominan la escena filosófica, sociológica, económica y antropológica contemporánea. En este sentido, es una propuesta en la que el autor establece su discusión en el terreno de la filosofía y sus relaciones con las diversas ciencias sociales. Se trata de un ejercicio teórico de discusión con las fuentes del poder del conocimiento social y sus usos políticos, pero que permite a la vez retomar las categorías analíticas centrales en su obra.

9. A propósito de La dominación masculina de Pierre Bourdieu María Cristina Maldonado Gómez

En 1998, muy pocos años antes de su muerte, se publicó en Francia *La domination masculine* (Editions du Seuil, Paris). Es significativo el hecho de que un autor como Pierre Bourdieu, esencialmente orientado al estudio, aunque no exclusivamente, de los problemas de la educación y la cultura, haya dedicado un texto a la dominación masculina. Seguramente su compromiso con el conocimiento de los rasgos centrales del mundo contemporáneo y con cierta posición de intervención en la esfera política, lo llevaron a analizar el tipo de estructura que eterniza las relaciones asimétricas entre los géneros, de la cual son partícipes tanto los hombres como las mujeres. Y es que es precisamente en la dominación de género donde se puede encontrar el más claro ejemplo de diferenciación y jerarquización arbitraria entre seres humanos y donde se ven más claramente las dificultades de contrarrestar ese proceso. En esta reseña, que tiene por referencia la versión en español, trataré de referirme a los argumentos centrales del texto para, a continuación, señalar brevemente su importancia para los trabajos sobre el género en el medio colombiano.

Otros temas

10. El Plan de Desarrollo 2002-2006 'Hacia un Estado Comunitario': algunas implicaciones para el conjunto de la economía y su proyección al campo colombiano. Diego Roldán Luna

Resumen

La propuesta de Plan de Desarrollo del Gobierno es una lista de buenas intenciones enmarcadas en grandes propósitos para resolver viejos y crecientes problemas, pero no contiene políticas claras ni instrumentos pertinentes para su logro. Las principales estrategias económicas sobre las que descansa el Plan encaran fundamentalmente la

solución de tres problemas críticos: el déficit o ‘huevo’ fiscal acumulado, jalonado por las transferencias y la contingente deuda pensional; el pago de la ingente deuda pública cierta, interna y externa; y, la situación de violencia interna que, a juicio de muchos analistas es, junto con la pobreza y la miseria, una de las manifestaciones de la inestabilidad social colombiana. No parece, pues, haber margen fiscal para que el Gobierno logre uno de sus objetivos: el del crecimiento y la generación de empleo.

11. Análisis económico de la conservación de las especies con agentes de racionalidad acotada. Fabio Alberto Arias Arbeláez.

Resumen

Las personas que valoran las especies para usos no directos de consumo pueden interactuar con los extractores de estos recursos y determinar la asignación económica que de las especies se haga. Se presenta un modelo, usando la teoría de juegos, donde se hace explícita esta interacción y se analizan los resultados de equilibrio en el que los agentes deciden sobre las reglas de comportamiento. Se encuentra que, en determinada situación, se puede hacer un uso sostenible de las especies si las personas que las valoran deciden incondicionalmente participar en su protección.

12. El servicio doméstico en Colombia a principios del siglo XX bajo la mirada de una mujer protestante. Beatriz Castro C.

Resumen

El artículo describe el servicio doméstico a principios del siglo XX con base en una fuente histórica particular, el libro *The Least of These in Colombia*, publicado en 1918 y escrito por Maude Newell Williams, esposa de un misionero protestante norteamericano en tareas de evangelización por estas tierras. A partir del libro –un texto sin mayores pretensiones literarias o científicas, escrito con gran simpatía hacia quienes fueron sus propios servidores–, el artículo insiste en una de las características que al parecer definen este tipo de relación social: la particular combinación de cercanía y distancia que permite que el subalterno penetre hasta los rincones más íntimos de la existencia de sus patronos y termine involucrado en un universo familiar y en un mundo de afectos, pero en el marco de una relación social que reproduce día tras día la dominación.

13. El Tour de Francia y la Belle Epoque del ciclismo. Philippe Gaboriau.

Resumen

En este artículo se describen los orígenes y primeros años de desarrollo del Tour de Francia, la carrera ciclista por etapas más conocida, que está cumpliendo el primer siglo de vida. Se describen primero sus azarosos comienzos y el trabajo de deslinde respecto de otras competencias motorizadas por etapas, para posteriormente enfatizar en la forma en que durante las primeras décadas del siglo XX los medios de comunicación contribuyeron a

difundir su fama y a nutrir con épicos héroes y reconocibles paisajes nacionales a la cultura popular francesa.

Debates

14. La lectura: una práctica cultural. Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier

Presentación

El debate sobre la práctica de la lectura como práctica cultural entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier que publicamos y que permanecía inédito en castellano, fue originalmente transmitido por Radio France como conclusión del Coloquio de Saint-Maximan sobre la lectura en septiembre de 1983, actividad que había permitido el encuentro entre diez investigadores especializados en problemas del libro y la lectura. El intercambio entre Bourdieu y Chartier fue publicado –manteniendo sus características originales– en *Pratiques de la Lecture* [Paris, Éditions Rivages, 1985], el libro que recogió las ponencias presentadas al mencionado Coloquio, una reunión académica que tuvo como objetivo no sólo poner en relación los diferentes enfoques a partir de los cuales las ciencias humanas investigan el problema del libro, la lectura y los lectores, sino también poner en tela de juicio de manera radical el «etnocentrismo de la lectura», la universalización de una forma de lectura que regularmente se corresponde con aquella que domina en los círculos de los intelectuales.

Documentos

15. La sociología política: una experiencia desde la academia. Lección inaugural de la VII Promoción de la Maestría en Sociología Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle Abril, 2003 Francisco Leal Buitrago

La generación de académicos a la que pertenezco surgió en la época en que se publicó *La Violencia en Colombia*, el primer tomo en 1962 y el segundo en 1964. Este libro lo escribieron quienes fueron nuestros maestros en una disciplina recién nacida en el país, y por supuesto considerada exótica. La sociología hacía parte del grupo de profesiones emergentes en las ciencias sociales, cuya punta de lanza fue la economía, fundada un poco más de una década atrás. Fue el aporte de la educación superior a las exigencias de una nueva racionalidad, correspondiente a la etapa más agitada de la modernización capitalista en el país, caracterizada por sus desequilibrios y su veloz carrera contra el tiempo, como si quisiera subsanar el retardo de su aparición frente a lo acaecido en países semejantes de la región. Sin directriz alguna, la rápida y dispersa urbanización, la acumulación sostenida y concentrada de capital, y el inicio de una gran diversificación social, en un contexto geográfico y cultural con acentuada regionalización, fueron fenómenos que marcaron los distintos objetos de estudio de las ciencias sociales y el ejercicio de sus profesiones.

Una etnología de Argelia: primera incursión sociológica de Pierre Bourdieu

Pedro Quintín Quílez¹

Además de servir para satisfacer la curiosidad por conocer el primer libro publicado por Pierre Bourdieu, leer hoy su *Sociologie de l'Algérie*² permite sobre todo observar, en perspectiva, el despliegue inicial, embrionario, de algunos puntos principales de su obra. Aparecido en 1958 dentro de la afamada y popular colección enciclopédica francesa 'Que sais je?' –que publica libros temáticos escritos por especialistas–, es éste un pequeño libro de 128 páginas en el que se condensa un panorama general de la sociedad argelina anterior a la independencia de Francia en 1962. Probablemente un libro de encargo, ello no impide a un joven Bourdieu poner en marcha su capacidad analítica y ofrecer una mirada perspicaz de una sociedad que está atrapada en rápidas y profundas transformaciones y que, desde 1954, se encuentra inmersa en una sangrienta guerra.

Hay que advertir de entrada que el título puede llamar a engaño al lector poco avisado, pues esta *sociología* está más cerca de un formato propio de la *etnología* que de modelos sociológicos más convencionales: Bourdieu se ocupa en hacernos conocer los sistemas de parentesco, los rituales, las formas de supervivencia económica, los sistemas religiosos o las estructuras sociales básicas antes que en ofrecer datos agregados, cuadros y tablas estadísticas sobre Argelia. En esto –al igual que en otros muchos aspectos del libro, como el interés por los sistemas de alianza o por los intercambios recíprocos, así como por el uso del método relacional– se nota la influencia de Claude Lévi-Strauss, quien distinguía entre la *etnografía*, que describe sociedades particulares, y la *antropología*, que pretende establecer los aspectos más universales de las sociedades humanas; entre ellas colocaba a la *etnología*, encargada de hacer comparaciones entre sociedades más o menos cercanas geográfica, histórica y culturalmente con el fin de trascender progresivamente las particularidades locales en la búsqueda de aquellos principios universales.

Es con esa perspectiva que la primera parte del libro describe progresivamente los cuatro componentes básicos de la sociedad argelina: por un lado, los grupos

¹ Antropólogo, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Migración, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu, *Sociologie de l'Algérie*, Presses Universitaires de France (colección 'Que sais-je?'), París, 2001, 8ª edición [1ª edición, 1958].

cabileños (capítulo 1), los chaouiás (capítulo 2) y los mozabitos (capítulo 3) que conforman la población beréber; por otro, los grupos de influencia árabe (capítulo 4). En cada uno de esos apartados se hacen tanto descripciones de carácter general (geográficas y sociodemográficas), como muy detalladas aproximaciones a la vida familiar, económica, religiosa y política.

Sin embargo, no se trata tan sólo de descripciones: al tiempo que establece, por comparación, los paralelos, las diferencias y las interacciones entre esos distintos grupos, Bourdieu se detiene para reflexionar pausadamente en algunas instituciones o fenómenos particulares: por ejemplo, en el papel del matrimonio y de la dote en la reproducción de los grupos domésticos cabileños; en las fuertes asociaciones informales que se establecen entre las mujeres –en un mundo de predominio social de los hombres– o las formas de constitución de fracciones entre los chaouiás; en la combinación entre el rigor religioso y la dedicación al comercio capitalista de los mozabitos; o, en el caso de los grupos de influencia árabe, en su heterogénea composición histórica y cultural y en los procesos de sedentarización y privatización de tierras que hacen surgir rígidos sistemas de patronazgo a partir de organizaciones tribales. En cada uno de esos casos, Bourdieu evalúa las interpretaciones hechas por otros investigadores y ofrece la suya, siempre sustentada. Se trata, por cierto, de interpretaciones en las que resuenan los ecos de autores clásicos como Max Weber y Émile Durkheim; por ejemplo, entre los cabileños reconoce el tipo de relaciones sociales que también inspiraron a éste último a la hora de pensar en la solidaridad mecánica. De esta manera, nuestro autor se distanciaba, como reconocerá más tarde, de esa «sociología empírica sin inspiración teórica» que le parecía dominante en los años cincuenta.

Una vez dibujados y perfilados los fragmentos que componen el mapa argelino, Bourdieu establece las características comunes, el trasfondo histórico y la articulación entre todos los grupos (capítulo 5). Ante la tendencia a interpretar el norte de África como resultado exclusivo de largos procesos de arabización e islamización, él plantea que en Argelia se encuentra una «civilización original» surgida precisamente del contacto y la confrontación entre esos diferentes grupos: cada uno de ellos da un tono particular a ese fondo común, constituyéndose así la sociedad argelina en una especie de caleidoscopio. Es más, el cada vez mayor rechazo a la colonización francesa contribuye a diluir muchas de las diferencias existentes entre ellos, de tal forma que el avance general del tradicionalismo, que coloca el ideal de sociedad en el pasado, ralentizando el tiempo, es tanto fidelidad consigo mismos como oposición al colonizador. El refuerzo de la enseñanza de la tradición oral, el papel clave otorgado a las mujeres en la socialización de los nuevos individuos en los modos y formas que vienen del pasado, especialmente en los aspectos religiosos, y el gran peso de la opinión pública y de la colectividad sobre los individuos, llevan a la permanencia y al refuerzo de las estructuras sociales previas. A ello hay que sumar que la supervivencia en un medio ambiente tan árido y con una gran «indigencia tecnológica» es sólo posible gracias a la existencia

de una fuerte cohesión social y al establecimiento de relaciones directas y personales de colaboración e intercambio (por ejemplo, mediante instituciones como la *fellah*, sistema de crédito sin intereses basado en la confianza y en el honor del nombre de la familia). Por otro lado, este particular *ethos* económico basado en el honor tiene una «afinidad estructural» con el Islam –que, enfatiza, permite los sistemas políticos y económicos más dispares–. El Islam se constituye así en la «lengua» por excelencia a partir de la que se expresan, formalizan y simbolizan las relaciones sociales. Se trata de un Islam histórico que formula lo que es de por sí implícito y vivido, enfatizando el apego a las costumbres en los comportamientos externos y visibles. Y esto es algo que, de nuevo, se habría acrecentado con la colonización al dar lugar a una «religiosidad de masas» plagada de los automatismos de la costumbre y de las ilusiones de la superstición, que se propaga con facilidad por los barrios más pobres de las ciudades, llenos de inmigrantes rurales y con altas tasas de desempleo.

El sexto y último capítulo, titulado ‘La alienación’, presenta las dinámicas de desestructuración y reestructuración causadas por la colonización francesa al imponer su lógica y sus necesidades sobre las de la población argelina. Por ejemplo, las leyes de titulación y privatización de tierras, implementadas desde el siglo XIX, hacen que la mejor tierra se concentre en manos de los *pieds-noirs*, los colonos franceses. Asociado con ello, el país se ha partido espacialmente en dos: por un lado, las ricas costas y planicies norteñas que pasan a manos de los europeos; por el otro, el desierto y las montañas del sur, mucho más pobres y marginales, que permanecen en manos de los argelinos, quienes se ven obligados a emigrar a las ciudades y a malvender su fuerza de trabajo. Los antiguos sistemas de organización y protección (familia, clan, fracción, tribu) van desapareciendo, aunque con ritmos diferentes según las regiones. El colonizado termina siendo visto como un extraño en su propia tierra, cuando no como miembro de una casta inferior, inasimilable para la sociedad argelina afrancesada. Sin embargo, observa Bourdieu, esta lógica desata también dinámicas nuevas: los argelinos, marginados y en una situación de «frustración crónica», cambian sus modelos de aspiración y, en consecuencia, terminan por reconocer la desigualdad en que viven.

Se perfila así una nueva estructura de las relaciones de clase: por un lado, un subproletariado en condiciones precarias viviendo en la marginalidad de las ciudades que, junto a un escaso proletariado algo mejor situado pero lleno de aspiraciones, auspicia el proyecto revolucionario; por otro, una pequeña burguesía compuesta de semiproletarios (artesanos y proletarios tradicionales) junto a funcionarios y empleados públicos; por último, una burguesía, compuesta por burócratas del Estado con poder político, que lidera un movimiento nacionalista de corte populista.

Bourdieu reiteró siempre la necesidad de evitar caer en la «ilusión retrospectiva», es decir, en el intento de explicar el pasado a partir de lo sucedido después. Pero aunque es evidente que ciertos temas, enfoques y planteamientos están ausentes

en esta primera obra (por poner sólo un ejemplo, la demanda de reflexión constante sobre el investigador y su relación con el objeto), también lo es que otros ya aparecen, así sea apenas apuntados y aún sin desarrollar.

Quizás el más destacable sea la diferenciación entre las prácticas y los discursos que sobre ellas se hacen, uno de los elementos que lo llevarían posteriormente a separarse del estructuralismo. Bourdieu muestra repetidamente, a partir de datos empíricos, que aunque los diferentes grupos enuncian prescripciones, reglas y normas, en la práctica ellas son a menudo ignoradas o sorteadas hábilmente. Así, por ejemplo, mientras que todos los grupos enfatizan el papel secundario de las mujeres y su falta de derechos, entre los chaoui ellas juegan un papel importante, pudiendo participar en la práctica en la elección de esposo –algo imposible para las mujeres cabileñas–, solicitar el divorcio, controlar personalmente su dote, heredar tierras, e, incluso, participar en actividades políticas. Otro ejemplo es el uso estratégico de la genealogía entre los grupos de influencia árabe: mediante la construcción imaginaria de vínculos de filiación masculina con un ancestro común se establecen alianzas y asociaciones más allá del principio de consanguinidad –arquetipo de todo lazo social– que, en teoría, las regula. Mientras aquí estos elementos apenas son descritos empíricamente, ellos estarán en la base –una vez combinados intuitivamente con datos recogidos posteriormente entre los campesinos del Bearn francés, su tierra natal–, de las reflexiones más sistemáticas que lo llevarán posteriormente a textos de la talla de *El sentido práctico* (1980): las situaciones de derecho y las de hecho no van siempre en la misma dirección ni se explican de la misma forma, por lo que para el científico social no basta con dar cuenta sólo de las primeras; además, ello obliga a tener en cuenta cierta dimensión irreductible de la existencia social, que no puede resumirse en ningún caso en los modelos teóricos que de ella dan los actores sociales o los investigadores ingenuos.

La forma de encarar el estudio de los sistemas económicos es otro de esos elementos que tendrán continuidad en su obra. Aunque el texto parece tomar inicialmente el camino de la etnología clásica, al arrancar con una somera descripción del contexto ecológico y las técnicas productivas, pronto deriva hacia precisas descripciones de las formas de organización que permiten una explotación suficiente de los recursos para garantizar la vida social: se nos muestra cómo las unidades del parentesco se articulan específicamente en cada uno de los grupos sociales, pues están ubicados en medio ambientes distintos, tienen estructuras políticas particulares y diferentes formas religiosas. Las actividades «económicas» se van tiñendo así con los colores de las relaciones familiares, morales, políticas y religiosas; de esta manera, aspectos que aparentemente nada tendrían que ver con la economía –como el honor o el nombre familiar, formas de lo que después llamará «capital simbólico»– ocupan un lugar clave en las estrategias económicas. Pero no contento con ello, Bourdieu pasa a mostrar cómo esas formas de producción, distribución y consumo se van articulando –mal que bien– con aquellas que acompañan la expansión de la economía capitalista. Con ello, muestra que la «razón

económica» propugnada por los economistas neo-clásicos y formalistas, sólo puede darse bajo muy determinadas «condiciones de posibilidad».

Quizás el mejor ejemplo de lo anterior lo constituye el capítulo dedicado a los mozabitos. Marginados a la zona más inhóspita del desierto, donde a costa de ingentes esfuerzos mantienen oasis con verdes (pero improductivos) jardines, los mozabitos, miembros de una secta musulmana caracterizada por una fuerte severidad igualitaria, sobreviven gracias a la emigración (1/3 de los hombres viven por fuera) y al comercio. En sus cinco ciudades principales, dirigidas por una especie de teocracia local, coexisten, aunque formalmente separadas, la mezquita y la plaza de mercado. En lo que constituye un estilo de vida original dentro del norte de África, por años los mozabitos han incursionado exitosamente en el comercio sin por ello abandonar sus creencias religiosas. Bourdieu no puede evitar la tentación de asociarlos a aquellos puritanos y a su papel en el desarrollo del capitalismo de que ya hablara Weber: su doctrina voluntarista, basada en la ascesis y la disciplina, junto al exclusivismo que acompaña a un fuerte sentimiento de excelencia y superioridad de sus cualidades morales –que les llevan a evitar los gastos superfluos y la ostentación– recuerdan sin duda a los puritanos de la Europa moderna. Por un lado, como estos, son letrados (pues se obligan a saber y entender lo que rezan) y están así bien preparados para el comercio. Por otro, sus cada vez peores condiciones de vida como minoría marginal dentro de la sociedad argelina, los obliga a una fuerte cohesión que encuentra su mejor base en la fe común. De tal forma que, en este caso, la modernización y la religión van de la mano, apoyándose entre sí: el cambio sirve precisamente para mantener el carácter de lo inalterable.

Con el mismo espíritu trata Bourdieu de explorar otros procesos que, como las relaciones entre colonia y metrópoli, eran interpretados en esos años desde la perspectiva de dicotomías irreductibles entre dos mundos en contradicción (como en los textos de Franz Fanon) o como encarnaciones de dos tipos opuestos destinados a diluirse el uno en beneficio del otro (por ejemplo en las teorías de la modernización en que la tradición debía dar paso a la modernidad). Él reconoce que Argelia ha sido puesta en cuestión radical a causa de la colonización, pero, junto a la existencia de tasas desiguales de intercambio y de formas de dominación políticas, se observa que la sociedad argelina pone límites a los cambios y los procesa a partir de las condiciones locales. De tal forma que la estructura de clases es sólo comprensible si se tiene en cuenta la forma en que todos esos procesos se articulan. Sin embargo, nos recuerda Bourdieu, nunca las poblaciones argelinas formaron bloques cerrados, sino que han estado atravesadas por múltiples contactos externos y por profundas tensiones y transformaciones internas. Como acabamos de ver, el refuerzo de la tradición religiosa de los mozabitos corre paralela a la modernización de su economía; de manera similar, las tensiones entre las poblaciones sedentarias y nómadas de los grupos de influencia árabe no son sino la otra cara de una imprescindible simbiosis entre formas de vida complementarias.

De una forma más general, y siguiendo en esto a Ferdinand de Saussure y a Lévi-Strauss, Bourdieu plantea la existencia de formas sociales que tienen en su seno complejas dinámicas de fusión y de fisión, asimilación y disgregación, que son precisamente las que permiten la existencia de momentos de equilibrio. En el caso argelino, incluso se recurre en ocasiones a puras dicotomías formales (*saff-s*): por ejemplo, a sistemas de mitades en los poblados beréber (que opone a «los de arriba» y a «los de abajo») o, entre los grupos árabes, a sistemas rituales de competencia entre linajes a partir de meras antítesis onomásticas. Aunque nuevos datos han mostrado que incluso esas tan discretas unidades básicas que él presenta –como la distinción entre grupos beréberes y árabes– fueron resultado de la política colonial francesa (cf. Paul A. Silverstein: ‘The Kabyle myth: colonization and the production of ethnicity’, 2002), lo cierto es que su entrada facilita una aproximación capaz de tomar en cuenta las interacciones y dobles vías que entraña cualquier proceso histórico de contacto entre sociedades.

En ocasiones se ha criticado que, en este primer texto, Bourdieu no hiciera mayores referencias a la guerra de independencia que, en menos de diez años, produjo más de 150.000 muertos. Es cierto que en este libro apenas se encuentran un par de breves frases al respecto, pero hay que señalar que esta su primera *sociología* no busca ofrecer información coyuntural o reseñar eventos particulares: ubicado dentro del modelo estructural –que él habrá de replantear a inicios de los años setenta–, quiere mostrar las estructuras sociales y culturales que subyacen al devenir de estas poblaciones. Pero no hay que olvidar que fue su experiencia directa de ese conflicto –Bourdieu llegó inicialmente a Argelia como soldado de reemplazo en 1955, un año después de finalizar sus estudios en la Escuela Normal Superior de París– la que lo llevó a interesarse por las ciencias sociales y a abandonar la filosofía: tras aprender árabe y beréber, y hasta verse forzado a volver a Francia en 1960, Bourdieu permaneció en Argelia enseñando en la Universidad de Argel y recogiendo los materiales que usaría en textos posteriores, como *Travail et travailleurs en Algérie* [1963], sobre la salarización y formación del proletariado urbano, o *Le Déracinement* [1964; en coautoría con Abdelmalek Sayad], sobre la destrucción de la agricultura y de la sociedad argelina.

En 1961, en la introducción a la tercera edición, y poco antes de aparecer en inglés [1962], su autor se preguntaba por el sentido que tenía publicar de nuevo un texto que ya entonces, tres años después de su primera edición, podía estar desactualizado dado el mayor conocimiento sobre Argelia allegado en aquellos años, así como por los inmensos cambios acaecidos en esos años previos a la Independencia. Sin embargo, argumentaba, le parecía un mérito del libro el análisis que allí se planteaba de las relaciones de clase de la sociedad argelina en lo que ellas tenían de específico y durable. Cuarenta y cinco años después, nuestra comprensión de lo que sucede en el norte de Africa, en particular, y en el mundo de influencia árabe y musulmana, en general, se vería enriquecida de tener presentes obras como esta. Sin duda que ha llovido mucho desde entonces –aunque quizás

algo menos en el desierto sahariano que bordea el sur argelino–, y que nuevas fuerzas externas e internas habrán forzado cambios y mutaciones en esa sociedad, pero el marco comparativo y las explicaciones sobre las formas en que el cambio y la continuidad se anudan en la historia de esos grupos no puede dejar de tener resonancias entre los investigadores actuales. A ello debemos sumarle el carácter ejemplar del texto: la fecundidad de una obra de largo aliento y consistente –como ha sido la de Pierre Bourdieu– se asienta en un modesto, pero muy pulcramente realizado, trabajo primerizo.

A propósito de Los Herederos. Los estudiantes y la cultura de P. Bourdieu y J.-C. Passeron

Guillermo Sánchez M.¹

Casi cuarenta años después de su primera publicación, la lectura de *Les Héritiers. Les étudiants et la culture*² sigue siendo una verdadera experiencia –en el sentido fuerte del término– pese a su envejecimiento (más en los datos que en el enfoque) y el de sus lectores, y tal vez, gracias a su «estilo», lo que puede parecer paradójico, ya que el libro no se brinda muy fácilmente al lector y más bien parece enfrentarlo con sus tesis, con sus aparentes contrasentidos (el sistema educativo: una «elección de los elegidos»), con sus términos a primera vista excluyentes (los estudiantes: aprendices o aprendices de brujo), especialmente si el lector ejerce el oficio de estudiante o el de profesor pues el libro constituye un verdadero socioanálisis de estas dos ocupaciones.

Si el libro tuvo un gran éxito y fue leído por toda una generación en muchos países, esto no se debió tanto a los temas examinados como al tratamiento o enfoque adoptado en su análisis. En efecto y solo por dar un ejemplo, en los años cincuenta el Instituto Nacional de Estudios Demográficos (I.N.E.D.) de Francia había emprendido una serie de investigaciones dirigidas por Alain Girard, que habían contribuido a remover las explicaciones más tradicionales sobre las desigualdades sociales ante la escuela, indicando que existían diferencias importantes de éxito escolar antes del final de los estudios primarios entre los alumnos provenientes de las distintas clases sociales. A comienzos de los años sesenta y ante la solicitud de algunos administradores que participaban en la preparación de las reformas escolares, el I.N.E.D. organizó una segunda investigación que consolidó y precisó los resultados de las investigaciones anteriores. En el mundo anglosajón los hechos ya eran conocidos e indagados desde finales de los años cincuenta, como es el caso –por dar otro ejemplo– de los estudios de Basil Bernstein sobre las relaciones entre la educación, el lenguaje y las clases sociales.

La novedad del trabajo de Bourdieu y Passeron radicó entonces en la manera de aproximarse a los hechos, en la forma de elaborarlos en tanto problema de investigación y en haber extraído las consecuencias de todas esas reflexiones, lo que le significó muchos elogios, las más diversas y contradictorias interpretaciones,

¹ Profesor del Instituto de Educación y Pedagogía de la Universidad del Valle.

² Les Éditions de Minuit. Paris. 1964 (existe versión castellana: *Los Estudiantes y la Cultura*. Editorial Labor. Barcelona. 1967).

numerosos malentendidos y una gran cantidad de agravios.

El libro, que se fundamenta empíricamente en una serie de encuestas publicadas íntegramente en otro trabajo (*Les Etudiants et leurs études*. Mouton. Paris 1964), en series estadísticas del Instituto Nacional de Estadísticas de Francia (I.N.S.E.E.) y de la Oficina de Estadísticas Universitarias y en un conjunto de monografías y preencuestas, se centra preferentemente en los estudiantes de la Facultad de Letras por considerar que esta es un excelente campo para estudiar la forma como los factores culturales influyen en las desigualdades escolares y aquellos son los principales protagonistas de las relaciones entre la Escuela y la Cultura, de este conjunto de relaciones la investigación aisló el problema de los privilegios culturales que constituye el objeto específico de la indagación. Pero más allá de esta especificidad el libro presenta una serie de hipótesis y de planteamientos sobre las desigualdades ante La Escuela, sobre los procedimientos más o menos sutiles mediante los cuales procede a la eliminación de los estudiantes provenientes de los grupos menos favorecidos de la sociedad, o los relega a ciertas disciplinas o los condena al estancamiento en sus estudios. En últimas el texto apunta a brindar una explicación compleja sobre la forma como el sistema educativo –y por esto los profesores– contribuye, de manera específica, a la reproducción de las divisiones sociales.

Así como al sistema escolar le gusta proclamar su carácter de institución neutral, al servicio de la cultura y de la República, de instrumento democrático de la movilidad social, los investigadores procedieron a hacer explícita una función menos evidente de la educación, la de legitimar, y en cierta medida perpetuar, las desigualdades de oportunidad ante la cultura, transmutando –mediante los criterios de juicio escolar que aquella emplea– los privilegios socialmente condicionados, en méritos o en «dones» personales.

Bourdieu y Passeron calcularon –con la ayuda de especialistas del INSEE– las probabilidades de acceso a la universidad según el origen social y el sexo, estudiaron empíricamente las actitudes de los estudiantes y de los profesores y analizaron las reglas –muchas veces no escritas– de juego universitarias, y así pusieron en evidencia, más allá de la influencia de las desigualdades económicas, el papel de la herencia cultural, esa especie de capital sutil, hecho de saberes, de destrezas y de habilidades comunicativas, que los jóvenes de las clases favorecidas heredan de su medio familiar y que constituye un patrimonio, tanto más rentable cuanto que los estudiantes y los profesores se niegan a percibirlo como un producto social.

Los factores sociales de diferenciación actúan siempre en el medio estudiantil, pero, como nos lo advierten los autores, no a la manera de un determinismo mecánico, así por ejemplo, el patrimonio cultural heredado no favorece de manera automática a *los herederos*, ni de igual forma: como todo patrimonio los privilegios culturales heredados pueden ser dilapidados o usados de manera racional.

El sociólogo Alain Gras nos recuerda que *Los Herederos* fue el libro de cabecera de los contestatarios de mayo del 68 pero también que frecuentemente fue mal

leído e interpretado, en buena medida porque el libro fue leído en clave moral, o normativa o política, como si sus páginas constituyeran, fundamentalmente, una especie de enjuiciamiento, de juicio de responsabilidad al sistema educativo. Las ideologías obnubilaron a los protagonistas y los intereses y valores depositados en la educación por parte los profesores, de los estudiantes, de los militantes incidieron fuertemente en sus opiniones y en sus prácticas en relación con la educación y por supuesto con el verdadero significado del libro reseñado, cuyas tesis fueron objeto de adoración e idolatría pero igual y simultáneamente de rechazo e indignación. La versión mistificada que profesores y estudiantes parecen tener de la enseñanza (ratificando la gran eficacia de la «ideología de los dones») y de su propia condición no se correspondió en nada con la imagen finamente elaborada en la trama de los análisis de *Los Herederos*.

Precisamente ese tema –el de la sociología de la condición estudiantil y de la condición profesoral– es uno de los temas centrales del libro. No parecen haberse advertido de su importancia y a veces ni siquiera de su presencia muchos manuales y antologías de sociología de la educación que dan la impresión de no haber pasado del primer capítulo o de haber dejado de lado las reflexiones muy sugestivas sobre el *homo academicus* (noción utilizada desde entonces) en su versión juvenil.

Los dos sociólogos franceses desmenuzaron la condición estudiantil y llegaron a conclusiones muy polémicas, casi chocantes, para la sociedad francesa de hace cuarenta años. Como todo grupo profesional, los estudiantes son o deberían ser susceptibles de un análisis en términos de sus actividades, de sus comportamientos, de sus ideologías, pero el análisis se dificulta mucho en ese caso.

Los estudiantes no parecen constituir un grupo social *homogéneo, integrado, independiente* y, si no fuese por cierto grado de integración con otros grupos (familia, asociaciones religiosas, etc.), tendería a ser más un agregado sin consistencia que un grupo profesional, casi una situación de anomia.

Muchas diferencias, originadas todas en su procedencia social, y un solo aspecto común –estudiar– que le otorga apenas una identidad formal y además redefinido por esas diferencias, llevan a los autores del libro a la conclusión de que la sociología de la condición estudiantil es, un caso particular, de la sociología de las desigualdades ante la escuela y la cultura que transmite. Un enfoque sociológico muy coherente con la forma de entender la cuestión de la construcción del objeto de investigación, porque a lo largo del estudio los autores nos proponen, no una sino varias definiciones sociológicas, de la condición y de la situación de estudiante.

El estudio de las ideologías universitarias y de los «juegos ideológicos» permite otro encuadre y revela otras dimensiones de la condición estudiantil. Los estudiantes estaban condenados –en el contexto del sistema, muy tradicional, de las universidades francesas a mediados de los años sesenta– a vivir entre un cierto malestar resignado y la utopía milenaria, casi siempre dispuestos a sustituir la «crítica realista de lo real» por el «terrorismo conceptual de las reivindicaciones verbales».

La situación transitoria y preparatoria que lo caracteriza, obliga a enfocar al medio estudiantil no tanto por lo que dice o por sus actividades, como por la *significación*, por la *función simbólica* que le confiere a esas actividades, esa situación (recordemos, transitoria y preparatoria) determina que el estudiante sea más bien un «proyecto de ser», o, formulado de otra manera, «el estudiante es lo que *proyecta ser*». Por eso sus actitudes y sus comportamientos deben ser reconocidos, en primer lugar, por su carácter simbólico, es decir porque están destinados antes que nada, a afirmarse y a afirmar ante los demás su «aptitud para ser autor de una imagen».

El esfuerzo evidente de pensar el problema bajo una perspectiva relacional y de tomar distancia de las descripciones empiristas, cristaliza en una conceptualización de los estudiantes en la que no son reducidos a la clase social de origen, a sus actividades, o a su condición, porque dada su calidad de «novicios de la inteligencia», lo que los singulariza es *la relación* que sostienen con esos aspectos y su voluntad de vivirla, «en tanto aspirantes a intelectuales», según los modelos de la intelectualidad, pero reelaborados por la mentalidad estudiantil.

Ideologías e imágenes fruto de una relación tradicional con la cultura, condicionan a estudiantes y profesores a una aprehensión indirecta y simbólica de lo real, a percibirla a través del «velo de la ilusión retórica».

Así pues, tras las *identidades que se declaran* (una supuesta condición estudiantil unitaria, irreductible y específica) la sociología de las ideologías hace explícitas las *diferencias encubiertas* (condiciones de existencia estudiantil muy diferentes, diferencias entre las disciplinas, contraste marcado entre París y las provincias) y simultáneamente revela la *identidad que se oculta* (mayor peso, tanto en el número como en el status de los estudiantes de origen burgués, obediencia a las normas intelectuales) tras las *diferencias declaradas* (juego permanente de la diferenciación ideológica, política, estética).

Por supuesto que esta descripción que les atribuye a todos los estudiantes las características del grupo dominante –un tipo ideal de estudiante– es consciente de que la condición estudiantil no supone estar forzado inevitablemente a una experiencia irreal y lúdica, vivida por todas las categorías estudiantiles de manera uniforme. A medida que aumenta el número de estudiantes de origen popular, portadores de otros valores y actitudes frente a los estudios y el futuro profesional y forzados a una vivencia mucho más realista de su situación, la descripción debe transformarse.

Pero aún otro escenario es posible, el de las relaciones entre la situación del estudiante y su futuro profesional: aquí los autores procedieron a elaborar una construcción hipotética, un tipo ideal de comportamiento estudiantil, totalmente racional, esto es un comportamiento que implicara exclusivamente unos *medios* considerados pertinentes con relación a unos *fines* unívocamente propuestos, un modelo que si bien puede ser considerado utópico, permitió establecer, por contraste, la racionalidad y el realismo de los comportamientos y las ideologías.

En esas condiciones y desde esa perspectiva teórica y metodológica novedosa Bourdieu y Passeron vuelven a hacerse la pregunta, ¿qué es lo constitutivo de la definición de estudiante? y esbozan una respuesta: estudiar no es crear una cultura, mucho menos una cultura nueva; no es hacer; no es producir. Estudiar es *crearse*, hacer es siempre *hacerse*, es *producirse* como capaz de producir. Su actividad específica en tanto aprendiz es el aprendizaje de la actividad intelectual, mediante el entrenamiento y los ejercicios, una perspectiva que toma distancia, deliberadamente, de una imagen romántica del trabajo intelectual (el «creador» visitado repentinamente por la inspiración) pero igualmente de una concepción pasiva del aprendizaje (el alumno que traga en silencio la información). Desde el punto de vista del modelo, el estudiante tiene como tarea central trabajar por su desaparición como estudiante, con la ayuda del profesor y amparado en aquello por lo que este es profesor, lo que supone trabajar, simultáneamente, por la desaparición del profesor en tanto profesor; pero atención, esta visión es completamente distinta de la que propone una concepción mágica de esa abolición, de una perspectiva misticada de esa desaparición, la que cree abolirse «sin imponerse la paciencia y el trabajo de la negación».

La distancia entre el modelo o hipótesis del aprendizaje racional y la realidad de los comportamientos de estudiantes y profesores es enorme. Unos y otros extraen sus propios beneficios de la situación tradicional, además y simultáneamente, coinciden en denunciar la «pasividad de la relación pedagógica», este conjunto de circunstancias les proporciona grandes satisfacciones.

La experiencia deformada de la condición estudiantil que autonomiza el presente del futuro profesional, los medios de los fines, presenta como contraparte una experiencia mágica de la condición profesoral: se sustituye una relación, técnicamente condicionada, entre un aprendiz y un pedagogo, «por un encuentro, muy deseado, *entre elegidos*».

Pero dentro de esta condición general existen diferencias muy marcadas: la distancia entre el futuro profesional –más o menos incierto, más o menos indefinido– y la actitud ante el futuro y la organización racional de la actividad académica, es una función del origen social, del tipo de futuro profesional y depende de la situación de cada categoría de estudiante. La diferencia entre un estudiante de Letras, uno de Medicina y uno de las Grandes Escuelas francesas es, a este respecto, muy grande.

Para finalizar tal vez convenga decir que, a la hora de juzgar la importancia y el alcance de los planteamientos, el grado de obsolescencia de las descripciones, de las hipótesis, de los enfoques, el lector contemporáneo de *Los Herederos* debería tener en cuenta que el esquema analítico empleado fue depurándose en un proceso largo de reflexión teórica, sustentado siempre en referentes empíricos, que se decantó en *La Reproducción* (1970) para luego complejizarse enormemente en el modelo presentado en relación con los mecanismos que contribuyen a la reproducción del espacio social y del espacio simbólico en *La Nobleza de Estado* (1989).

Pero además se debería poner atención, a la hora de los balances, al hecho de que *Los Herederos* es uno entre un conjunto de trabajos realizados entre 1964 y 1970, casi todos producidos dentro del ámbito institucional del Centro de Sociología Europea, muchos de ellos nunca traducidos al castellano y que se ocupan de temas afines o complementarios a los examinados en el libro que aquí reseñamos; así por ejemplo, el de las profesiones intelectuales, las clases preparatorias y las facultades, los estudiantes de ciencias, los valores del sistema universitario francés, o la idea de una pedagogía racional. Convendría traducir y publicar algunos de esos artículos, que muy seguramente contribuirán a iluminar y matizar los planteamientos consignados en la obra examinada.

Pierre Bourdieu y la ontología política de Martin Heidegger¹

Danilo Guzmán²

En su prefacio nos advierte Bourdieu que este estudio fue concebido como un ejercicio de método. Lo que Bourdieu quiere estudiar son los efectos que la censura, el constreñimiento a expresarse de manera eufemizada, producen en los campos de producción cultural. La filosofía profesional se encuentra particularmente marcada por la exigencia que ésta hace a sus participantes de adoptar maneras de hablar que se constituyen en la esencia de la profesión y tienen la función de marcar la línea divisoria entre el experto y el profano. Es la manera como la filosofía profesional impone una censura a su discurso de manera sistemática, no a través de prohibiciones explícitas, lo que haría obvia su presencia, sino a través de la eufemización que la hace pasar desapercibida, presentándola más bien como una necesidad derivada de la problemática filosófica misma, junto con el virtuosismo que exhibe Heidegger con los juegos que ejecuta con la lengua alemana llevando la eufemización hasta el punto de producir su propio idiolecto, efectuando deformaciones sistemáticas del idioma creando un lenguaje paralelo pero siempre dependiente del idioma original, junto con la crisis por la que atraviesa la filosofía académica alemana mediada por la crisis que afecta a la sociedad alemana en general, lo que lleva a Bourdieu a ver en esta situación total un terreno especialmente propicio para realizar su estudio.

La crisis por la que atraviesa la filosofía académica alemana: la pauperización económica creciente del medio cultural académico, la pérdida de prestigio de la «*filosofía pura*», expresión tomada por Bourdieu de Benedetto Croce, la corriente filosófica ortodoxa de tradición textual, que busca mantenerse al margen de todo lo que sea distinto a la tradición filosófica misma, a favor de las ciencias sociales que se encuentran ya en franca competencia con la filosofía en áreas anteriormente bajo su control, e incluso a favor de sectores más críticos de la misma filosofía académica, el avance creciente de la ciencia y de la técnica propulsadas por el proceso de industrialización que permite que éstas también rivalicen con ventaja

¹ Reseña del libro de Pierre Bourdieu *L'Ontologie Politique de Martin Heidegger*. Les Éditions de Minit, Paris, 1988 (traducción castellana: *La Ontología Política de Martin Heidegger*. Paidós, Barcelona, 1991; traductor: César de la Mezsa).

² Filósofo. Profesor del Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades, de la Universidad del Valle.

con la cultura clásica, todo esto enmarcado y haciendo parte de la crisis por la que atraviesa Alemania misma constituye el entorno social e el que se articula el desarrollo filosófico de Heidegger. Este desarrollo es visto por Bourdieu como la respuesta que el filósofo da a la situación por la que atraviesa la «*filosofía pura*» y que él como líder (o Führer, ver Hugo Ott. *Martin Heidegger*. Alianza Editorial, Madrid, 1992) filosófico expresa en registro filosófico mientras que otros campos de la vida social alemana igualmente afectados por la crisis general expresan cada uno en el registro que les es propio.

Como ‘filósofo puro’, Heidegger guarda sus distancias respecto a los profanos. Nos dice Bourdieu: *‘Como discurso formalmente construido, el discurso filosófico impone las normas de su propia percepción. La formalización que mantiene al profano a distancia respetuosa protege el texto contra la ‘trivialización’ –como dice Heidegger- condenándolo a una lectura interna, en el doble sentido de lectura limitada a los límites del mismo texto, e inseparablemente, reservada al grupo selecto de los profesionales de la lectura que acepta como evidente la definición ‘internalista’ de la lectura: es suficiente interrogar los usos sociales para ver que el texto filosófico se define como lo que no puede ser leído (de hecho) sino por los ‘filósofos’, es decir, por unos lectores convertidos con anticipación, dispuestos a reconocer –en doble sentido-³ el discurso filosófico y a leerlo como requiere ser leído, es decir ‘filosóficamente’, según una intención pura y puramente filosófica, excluyendo toda referencia a algo distinto del discurso mismo que, siendo su propio fundamento, no tiene exterior. (La Ontología Política de Martin Heidegger, págs. 91-92).*

Es el acto de Heidegger de afiliarse al partido Nazi el que precipita la inquietud sobre su pensamiento político sobre el que él nunca se manifestó de manera explícita. La tesis que sostiene Bourdieu es la de que el pensamiento político de Heidegger se encuentra contenido de manera eufemizada dentro de su misma obra filosófica presentado en términos ontológicos: la ontología es política, cumple una estrategia política y la política se expresa en términos ontológicos. Será una lectura de la obra de Heidegger que permita captar el sentido de la lectura interna pero que la desborde enfocándola dentro de sus precisas determinaciones sociales la que nos permitirá apreciar el sentido de la trama política para lo que la sola lectura interna, la lectura ‘filosófica’, resulta insuficiente.

‘Si alguna vez existió un movimiento político que respondiera a las necesidades de una situación objetiva y no fuera el resultado de causas fortuitas’, nos dice Karl Polanyi, ‘éste era el fascismo’ (The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time. Beacon Press, Boston, 1944, pág. 237). Como nos lo recuerda el mismo Polanyi, una economía de mercado sólo funciona en una sociedad de mercado. Como la economía se encuentra orientada hacia la ganancia económica todas las relaciones sociales se orientan también en el mismo sentido. La sociedad queda aniquilada y convertida en un gran mercado. El socialismo

³ De poder identificar y de aceptar como legítimo. Nota del reseñador.

puede verse entonces como un intento de reconstituir la sociedad resquebrajada por la economía de mercado, mientras el fascismo a su vez, puede verse como un intento por parte de los interesados de reconstituir un mercado resquebrajado por factores sociales que amenazan con destruirlo. Respecto al fascismo anota también Polanyi, *'Uno puede llamarlo una 'movida' en preferencia a un 'movimiento', para destacar la naturaleza impersonal de la crisis cuyos síntomas frecuentemente eran vagos y ambiguos. La gente no estaba segura con respecto a si un discurso político, un sermón o un desfile público, una metafísica o una moda artística, un poema o el programa de un partido político era fascista o no.'* (Ibid. pág. 239). El fascismo no es realmente una ideología sino básicamente una reacción a situaciones particulares, que trata de utilizar estrategias igualmente particulares adaptadas a la situación en cuestión. De ahí el polimorfismo que lo hace irreconocible cuando se lo quiere apreciar en términos ideológicos. El intento de Heidegger es el de rescatar la *'filosofía pura'*, el de colocarla más allá de cualquier contingencia. La finitud de la existencia humana hace que nuestro conocimiento del mundo sea siempre inadecuado porque no permite lograr más que perspectivas parciales de éste en vez de una perspectiva total que nos garantizara su certeza. Heidegger formula una ontología de lo temporal que le permite resolver el problema de la contingencia; mediante la formulación de una tautología, es decir, de una permutación puramente verbal, identifica 'Ser' con tiempo, estableciendo de esta manera que el 'Ser' en sí mismo es temporal y el tiempo, entonces, no es nada externo al 'Ser'. El tiempo queda entonces liquidado en el instante dando paso así a un concepto de historia que se encuentra al margen de la contingencia y que le permite validar un pensamiento que se hace inmanente a sí mismo. Su ontología se constituye en un reducto inexpugnable de la *'filosofía pura'*. A través de su obra, Bourdieu ha tratado el tema de los *'mercados eufemizados'*, estructuras económicas que, a diferencia de las economías explícitas en las que el interés de sacar provecho a través de la transacción es evidente, permiten que este interés permanezca oculto detrás de las eufemizaciones, modificaciones de las maneras de actuar que permiten que los actos aparezcan como desinteresados, generosos, gratuitos o altruistas, al entendimiento de toda la comunidad. Es razonable pensar que todo acto social que no se encuentre enmarcado dentro del sistema de una economía explícita se encuentra en el de una economía eufemizada, frecuentemente dentro de sistemas híbridos, estructurados mediante combinaciones de los dos primeros; el acto genuinamente desinteresado sería muy raro. Lo que Heidegger está haciendo, sin ser él mismo consciente de que lo hace, pues él antes que nadie necesita ser ignorante de lo que realmente está haciendo para poder hacerlo, es tratar de salvar el mercado de su *'filosofía pura'*; si no se puede discernir un pensamiento político de Heidegger dentro de su obra filosófica es porque no existe un proyecto político articulable como algo distinto a una simple 'movida' destinada a salvar su eufemismo filosófico; su política como en una partida de ajedrez se ve en las jugadas mismas. Sin salir del eufemismo mismo, lo reconstituye de manera total en un

retrinchamiento que lo hace inmune a los ataques de, usando una expresión filosófica, el ‘mundo exterior’.

Respecto a la afiliación de Heidegger al partido Nazi, Karl Lowith afirma que no se trata de un mero desliz como pueden pensarlo quienes sólo conocen a Heidegger a partir de su obra filosófica escrita. En el aparte *El horizonte político de la ontología existencial de Heidegger* de la segunda parte del texto «*El Nihilismo Europeo. Observaciones sobre los Antecedentes Espirituales de la Guerra Europea de 1940* (en *El Hombre en el Centro de la Historia*. Herder, Barcelona, 1998) Lowith señala: ‘*El que en las páginas siguientes sólo en contadas ocasiones me refiera a la obra de Heidegger y cite sobre todo sus discursos y cartas, estará justificado entre otras cosas por el hecho de que la esencia de una filosofía de la ‘facticidad histórica’ a menudo se manifiesta más en afirmaciones casuales y ocasionales que en la forma restringida de un sistema conceptualmente formalizado.* (pág. 98). Encontramos aquí la idea de Bourdieu que una lectura interna, la lectura filosóficamente consagrada es insuficiente para comprender el importe político del sistema filosófico de Heidegger, que a pesar de ser ‘existencial’ resulta existencialmente vacío. Bourdieu aprueba el uso de la expresión ‘idealismo existencial’ que hace G. Gurvitch para designar este tipo de aproximación que ‘*no se acerca a la existencia sino para mejor alejarse de las condiciones materiales de existencia*’. (G. Gurtvitch citado por Bourdieu, *La Ontología Política...* pág. 71). Como discípulo que fue de Heidegger, comenta Lowith con respecto a este vacío: ‘*Lo que nos impresionó al inicio no era la esperanza de conocer un nuevo sistema, sino precisamente esa cualidad indefinida en cuanto a contenido y meramente exhortante de su voluntad filosófica, su intensidad espiritual y su concentración en ‘aquello que hace falta’.* Sólo más tarde nos percatamos de que no era nada; que era pura decisión, de la cual se desconocía el ‘que’. ‘*Estoy decidido pero no sé a qué*’, decía la acertada broma inventada un día de esos por un estudiante’ (*El Hombre en el Centro de la Historia*. Pág. 100). La congruencia entre la política filosófica de Heidegger y su afiliación al partido Nazi se encuentra según Lowith en la misma ‘facticidad histórica’, la temporalización efectiva que en concordancia con su visión ontológica él asume; Heidegger se hace ser una criatura de su tiempo: ‘*...Ningún filósofo ha basado tanto como éste la filosofía en el azar de la ‘facticidad histórica’ y... precisamente por eso quedó a merced de ella cuando llegó el ‘momento’ decisivo*’ (*El hombre en el Centro de la Historia*. Pág. 110). Allan Bloom nos habla de Zelig, personaje de Woody Allen que no teniendo personalidad propia adopta la manera de actuar de la compañía con la que se encuentra en el momento. ‘*Zelig es un hombre que literalmente se convierte en quién o en lo que se espera de él. En Republicano cuando entre los ricos; en gangster cuando entre los Mafiosos; negro, Chino o mujer cuando con negros, Chinos o mujeres. Él no es nada en sí mismo, sino una colección de roles prescritos por otros*’ (Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*. Simon and Schuster, New York, 1987, pág. 145). Zelig es un individuo, usando la expresión de David

Riesman: 'dirigido por los otros' (*other-directed*). 'Lo que es común a todos los dirigidos por los otros (*other-directed*) es que sus contemporáneos son la fuente de dirección para el individuo' (David Riesman, *The Lonely Crowd*. Yale University Press, New Haven and London, 1965, pág. 22). Bloom comenta que la expresión '*other directed*' junto con su opuesta '*inner-directed*' (dirigido interiormente), las tomó prestadas Riesman de su psicoanalista Erich Fromm quien a su vez las tomó prestadas 'de un pensador realmente serio, heredero de Nietzsche, Martín Heidegger'. (*The Closing of the American Mind*. Pág. 144). Con la anterior cerramos un círculo de citas según las cuales parece que el '*pensador realmente serio*' resulta ser en última instancia el mismo Zelig. Heidegger ha ejercido un efecto de fascinación sobre su público al que Bourdieu no fue inmune: '*Leí a Heidegger, mucho y con cierta fascinación, especialmente los análisis de Sein und Zeit sobre el tiempo público, la historia, etc...*' (P. Bourdieu, *Cosas Dichas*. Gedisa, Barcelona, 1996, pág. 18). Fascinar es hechizar y el hechizado se ve copado en su capacidad crítica por el hechizo que lo desborda. Como todo hechicero Heidegger mismo se encuentra fascinado por su propio discurso, fascinación que se ve reforzada e incrementada por la fascinación de sus propios creyentes que lo confirman en su certeza con respecto a los poderes filosóficos de éste. La palabra adquiere poderes mágicos que proporcionan a los iniciados la sensación de acceder a través de la mera palabra a un conocimiento privilegiado. El salón de clase, la revista o el texto filosófico consagrado dentro de los que se mueve la palabra de la '*filosofía pura*' se constituyen en los espacios sociales en los que ésta puede circular sin tropiezo; allí impera otra lógica distinta de la que opera en otros espacios en donde no domina la lógica marcada por el eufemismo filosófico. Por fuera del salón de clase en donde según sus alumnos Heidegger era simplemente espectacular, por fuera de su obra escrita, Heidegger es otra cosa.

En '*La Ontología Política de Martin Heidegger*' Bourdieu opone el filósofo profesional al '*filósofo primitivo*' (traducción castellana alterada: la expresión 'filósofo ingenuo' connota credulidad y propensión a dejarse engañar mientras el 'filósofo primitivo' puede verse más bien como el que preserva el sentido original de la actividad filosófica. En la traducción al inglés el traductor usa la expresión 'primitive philosopher' que concuerda con 'primitive painter'. Cf. *The Political Ontology of Martin Heidegger*. Stanford University Press, Stanford, 1991, pág. 35). Una cosa es lo primitivo entendido como el estado original e inalterado de algo y otra muy distinta la ingenuidad. Efectivamente, Bourdieu presenta al filósofo profesional como distinto al '*filósofo primitivo*' que '*como el 'pintor primitivo' en el campo del arte, no entiende verdaderamente qué es lo que hace o dice*'. (*La Ontología Política de Martin Heidegger* pág. 44 en castellano, pág. 35 en inglés). Como si el filósofo profesional sí entendiera qué es lo que hace. Pero esta presuposición contradice lo que el mismo Bourdieu señala más adelante cuando dice con respecto a Heidegger, paradigma del filósofo profesional: '*De hecho, en cuanto uno se inquieta por comprender, y no por inculpar o por disculpar, percibe que el pensador es menos*

sujeto que objeto de sus estrategias retóricas más fundamentales, las que se establecen cuando, guiado por los esquemas prácticos de su habitus, se ve en cierto modo atravesado, con un médium, por la necesidad de espacios sociales, inseparables de los espacios mentales, que entran en relación a través de él. Quizá sea porque nunca supo verdaderamente lo que decía que pudo decir Heidegger, sin tener que decírselo en realidad, lo que dijo.’ (*La Ontología Política de Martin Heidegger. Pág. 106*). El ‘filósofo primitivo’ puede ser ingenuo con respecto al filósofo profesional pero no necesariamente. Cuando G. E. Moore, el filósofo inglés muestra sus manos como ejemplo de algo que él sabe, que esas son sus manos, jugando él mismo al filósofo profesional ante filósofos profesionales da muestras de ingenuidad. Nos recuerda Bourdieu el comentario de M. F. Burnyeat que afirma que *‘Moore es ingenuo, mientras Sextus era simplemente inocente’*. (Ibid., pág. 44). Sextus podía todavía en su época tomar en serio, creer en su propio escepticismo. La profesionalización filosófica de la época de Moore ya no lo permite. Sócrates ejemplificaría un primitivismo filosófico que no es ingenuo con respecto a la filosofía profesional. Sócrates sería el paradigma de un primitivismo filosófico que marca precisamente un inicio o una originalidad que precisamente por ser original no se encuentra todavía contaminada. Sócrates toma en serio su filosofía, tanto así que va a la muerte por ella. Sócrates da un sentido a la filosofía que es su sentido original y que la filosofía profesional ha degradado. La ingenuidad de Moore consiste en creer que sus argumentos ‘primitivos’ pueden convencer al filósofo profesional. Pero Bourdieu parece olvidar la ‘pureza’ filosófica del *‘filósofo primitivo’*. La *‘filosofía pura’* de la que nos habla Bourdieu es efectivamente la única filosofía que existe, precisamente porque recurriendo a la censura que ha logrado establecer sobre la actividad logra excluir a cualquiera que no quiera o tenga la capacidad de plantear los problemas filosóficos en los términos que el gremio ha establecido. Heidegger mismo ha caracterizado a Sócrates como el filósofo más puro y es que efectivamente existe una pureza distinta y opuesta a la del *‘filósofo puro’*. En su escrito *‘El término ‘primitivo’ en Kierkegaard y Heidegger’* (en *‘The Concept of the Primitive’*, editado por Ashely Montagu, The Free Press, New York, 1968) el antropólogo Jules Henry señala que *‘Ser y Tiempo es considerablemente una teutonización fantasmagórica de Kierkegaard’*. Kierkegaard expresa de una manera más clara, más accesible al profano, las mismas cosas que Heidegger expresa en su idiolecto con la diferencia de que a su manera Kierkegaard es crítico de lo que él llamaba lo *‘mundano-histórico’*, la creencia de que a través de la erudición, del comentario filosófico que a través de los siglos que han transcurrido desde que Sócrates nos dio su ejemplo con su manera de hacer filosofía, podemos llegar a comprender la naturaleza de lo ético. Comenta Kierkegaard: *‘Sólo Sócrates fue capaz de mantener su posición sin compromisos de expresar continuamente lo existencial, permaneciendo constantemente en el presente de esta manera, él no tenía ninguna doctrina ni sistema ni nada parecido: su posición estaba en la acción. Platón se tomó su tiempo- con la ayuda de esta enorme ilusión llegó a haber doctrina. Gradualmente lo existencial desapareció de la vista y la*

doctrina creció dogmáticamente más y más ancha. (*Journals and Papers*. Indiana University Press, vol. 4, págs. 212-213). Sócrates y Platón producen paradigmas filosóficos completamente distintos. La actividad filosófica socrática permanece en el presente y por eso no escribe nada. La filosofía profesional, la *'filosofía pura'*, comienza con Platón. Curiosamente la filosofía de Heidegger pretende ser una recuperación de lo existencial. Pero lo que produce es una retórica de la existencia. Lowith describe a Heidegger como: *'Existencial como Kierkegaard, con la voluntad hegeliana de sistema'* (*El Hombre en el Centro de la Historia*. Pág. 111). Pero hay una diferencia muy grande entre Kierkegaard y Heidegger. En Heidegger predomina *'la voluntad hegeliana de sistema'* mientras en Kierkegaard, aunque esto también es cuestionable, hay un intento de volver a lo simple, a lo *'primitivo'*. Señala Henry: *'El Poscripto No científico Concluyente es la respuesta monumental a Hegel. Realmente, a pesar de su exigente cualidad intelectual. La mejor expresión de esto es la siguiente: ...si uno puede a veces recordar con alivio que Cesar quemó totalmente la biblioteca de Alejandría, uno puede también en toda buena voluntad desear para nosotros, los seres humanos, que toda nuestra superfluidad de conocimiento nos fuera retirada, para así poder conocer de nuevo en qué consiste vivir como un ser humano'*. (*Concluding Unscientific Postscript to Philosophical Fragments*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1992, pág. 256; la referencia que hace Henry ha sido cambiada debido a que la traducción de Swenson citada por Henry ya no se consigue). Lo que Kierkegaard dice querer hacer es purificar el conocimiento de todo lo superfluo que sustituye al verdadero conocimiento que se encuentra directamente ligado con la existencia. La *'filosofía pura'* se constituye en un estorbo o en un sucedaneo de una verdadera filosofía. Kierkegaard aboga por un retorno al primitivismo filosófico de Sócrates, a su manera de ver el verdadero filósofo no contaminado por el verbalismo que inicia Platón.

En el capítulo 3, *'Una 'Revolución Conservadora' en Filosofía'* de *'La Ontología Política...'* (pág. 63), Bourdieu nos remite a la parte *'Parerga y Paralipómena'* del *Post-Scriptum* a su obra *'La Distinción'* en donde con respecto a la *'destrucción filosófica de la filosofía'* intentada por Jaques Derrida nos señala un punto clave con respecto a la naturaleza de la *'filosofía pura'*: la *'filosofía pura'* se funda y se mantiene como una tradición que se remite y se sostiene en base a la producción, reproducción y comentario de textos consagrados. *'Todos los que hacen profesión del filosofar tienen un interés de vida o muerte, como filósofos, en la existencia de ese depósito de textos consagrados, cuyo dominio más o menos completo constituye lo esencial de su capital específico'*. (*La Distinción*. Taurus, Madrid. 1998. Pág. 508). Lo que distingue al filósofo consagrado del profano es el acceso, el manejo y, como en el caso de Heidegger, el virtuosismo, destacado por Bourdieu, para utilizar a su favor las distintas posiciones intelectuales legitimadas por la tradición textual filosófica. Mientras Heidegger pretende *'reconstruir'* la tradición de la *'filosofía pura'* que se encuentra seriamente resquebrajada, Derrida pretende *'destruirla'*. Pero lo que nos señala Bourdieu

es que Derrida no puede hacerlo so pena de ‘desconstruirse’ a sí mismo, de eliminarse como filósofo. El predicamento del filósofo es el de que él como el hechicero no puede entrar a indagar cuál es el fundamento de la eficacia de su hechizo, pues ésta se funda precisamente en que no se lo identifique. La ‘*filosofía pura*’ funciona como un sistema mágico-religioso, sólo que pretende ser crítico, indagar por los fundamentos de todo, no aceptar ninguna creencia de manera gratuita, etc. Sólo renunciando a la ‘división social del trabajo filosófico’ que él explota a su favor, podría el ‘*filósofo puro*’ convertirse en un verdadero filósofo.

A través de toda su obra vemos que en sus planteamientos Bourdieu no deja títere con cabeza. No hay nadie a quien después de rendirle su respectivo homenaje o al menos de darle algún tipo de reconocimiento no pase a renglón seguido a criticar y a mostrar cómo su propia visión del asunto es superior a la del autor implicado. Se puede uno preguntar si Bourdieu no usa precisamente todas las estrategias de ‘producción y reproducción’ que él describe, si él no saca ‘plusvalía simbólica’ de su ‘*capital cultural*’ y de su ‘*capital simbólico*’. Tomando el caso particular de ‘*La Ontología Política...*’, podemos preguntarnos si acaso Bourdieu no explota precisamente ese esoterismo refinado, esa cúspide de la ‘*filosofía pura*’ representada por la ontología heideggeriana la que Bourdieu no sólo muestra penetrar sino superar, mostrándose superior al ‘filósofo puro’ incapaz de tomar perspectiva con respecto a su propia filosofía. ¿No está Bourdieu en este escrito jugando el juego de la ‘filosofía pura’ y, so pretexto de criticarla, sacándole ‘plusvalía simbólica’? ¿No está Bourdieu ejecutando las mismas prácticas que él critica en otros? ¿No estamos, incluso, quienes escribimos reseñas como la presente, desde nuestros pequeños nichos institucionales, pretendiendo sacarle ‘plusvalía simbólica’ a todos estos asuntos?

Clases sociales y estilos de vida: un comentario sobre *La distinción* de Bourdieu

Jorge Hernández Lara¹

Cuando terminó el siglo veinte, la Asociación Internacional de Sociología (ISA, por su sigla en inglés), realizó una consulta entre los visitantes de su página web para establecer cuáles eran los diez libros de sociología más importantes del siglo. Uno de ellos resultó ser *La Distinción*, de P. Bourdieu, el sexto en el orden de preferencia de quienes respondieron la consulta. Al hablar de este libro nos estamos refiriendo pues a una de las obras más importantes de la sociología, según la opinión de los propios sociólogos. Si en su momento la consulta hubiera sido hecha en Francia o, luego de la muerte de Bourdieu, en cualquier otro lugar del mundo, seguramente esta obra habría quedado aún mejor clasificada, más cerca del primer lugar ocupado por *Economía y Sociedad* de M. Weber o del segundo, ocupado por *La Imaginación Sociológica* de Wright Mills.

*La Distinción*² tiene condiciones de sobra para ser considerada una gran obra de sociología, una de esas que ningún estudioso de las ciencias sociales debería quedarse sin conocer.

El problema que trata es a primera vista muy poco sociológico, el de las diferencias de gusto entre las personas: entre el buen gusto y el mal gusto, junto con todos los grados intermedios del goce estético, cosas que tanto el pensamiento de sentido común como cierto pensamiento ilustrado explican a partir de los dones innatos de las personas y la naturaleza de la humanidad. El pensamiento de sentido común simplemente elude las complejidades del problema insistiendo en que «sobre gustos no hay disgustos», porque supone que las preferencias dependen solo de cada quien. Cierta tradición filosófica y literaria, piensa que hay dos clases de gusto repartidas entre los humanos: uno sublime y otro vulgar, un gusto de la reflexión y otro gusto de los sentidos, uno amante de las formas artísticas y otro de los contenidos prácticos de la vida cotidiana, pero solo el primero corresponde a la esencia de la humanidad, de tal manera que hacer más humana la sociedad consiste en elevar el gusto de las personas hasta hacerlo «puro».

¹ Sociólogo, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (jotache@univalle.edu.co).

² P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Editorial Taurus, Madrid, 1988 [1ª edición en francés, *La Distinction*, Les Éditions de Minuit, 1979], Traducción de M^a del Carmen Ruiz de Elvira.

Bourdieu no considera satisfactorias ninguna de esas dos explicaciones, individualista y esencialista, y por eso busca otra: una explicación sociológica del gusto. Sigue así una tradición a la cual corresponden los estudios de É. Durkheim sobre el suicidio o N. Elias sobre los genios, fenómenos característicamente individuales para los cuales en principio se ha tratado de encontrar respuesta en los rasgos de la humanidad, mas allá de la sociedad, y sin embargo solo pueden ser comprendidos si se admite su naturaleza social.

La Distinción está compuesta por tres grandes partes y una «Conclusión», a las que se añaden un «Postscriptum» y unos anexos metodológicos.

La primera parte está dedicada a establecer, con base en la presentación y el análisis de información proveniente de encuestas sobre consumo cultural en Francia, aplicadas durante los años sesenta y setenta del siglo veinte, dos cosas principalmente: por un lado, la estrecha relación existente entre las prácticas culturales que las distintas categorías ocupacionales realizan y su capital escolar, en primera instancia, y su origen social, en segunda instancia; por otro lado, el mayor peso que va obteniendo el origen social en la explicación de las prácticas culturales, cuando el capital escolar es equivalente, a medida que el análisis pasa de los campos más legítimos de consumo a los menos legítimos, de la pintura y la música a los muebles y los alimentos, por ejemplo.

Queda demostrado que hay tres universos de gusto que se corresponden muy de cerca con diferencias en niveles escolares y pertenencia de clase social: el gusto legítimo, el gusto medio y el gusto popular. El primero se inclina por obras muy elaboradas, música brillante, pinturas clásicas, cierto cine y sus equivalentes en otros campos. El segundo se concentra en las obras menores de las artes mayores y las obras más importantes de las artes menores. El tercero es el gusto por la música más divulgada y, en general, por las obras de más fácil comprensión. Los tres universos de gusto están, a su vez, atravesados por la distinción entre fracciones más educadas y menos educadas, intelectuales y gente dedicada a los negocios.

Hay en esta primera parte riquísimas descripciones sobre el papel de las grandes escuelas como «cuarteles de nobleza cultural», las características de la estética popular, las pretensiones del esteticismo, la disposición estética de la pequeña burguesía y otros aspectos, para analizar los cuales Bourdieu pone en funcionamiento algunas de las nociones que son características de su obra: campo, capital y *hábitus*, principalmente.

La segunda parte se concentra en torno a las características del espacio social y el espacio simbólico en Francia a comienzos de la segunda mitad del siglo anterior o, dicho de otra manera: las relaciones entre posiciones sociales, disposiciones de *hábitus* y tomas de posición, según lo que podía deducirse a partir de la información disponible sobre las fracciones de clase existentes entonces en ese país.

Aparece aquí el espacio social conformado por sus tres dimensiones principales: el volumen de capital, la estructura de capital –entre económico y cultural–, y la trayectoria de volumen y estructura en el tiempo. Situadas en dicho espacio, las

fracciones de clase y sus estrategias de reconversión: enclasmamiento, desenclasmamiento y reenclasmamiento. Sobre el espacio de posiciones sociales, el espacio de estilos de vida y sus homologías. Las diferencias entre consumos distinguidos, consumos vulgares y consumos pretenciosos. Las distinciones entre gustos de libertad y gustos de necesidad. La dinámica de los campos generada a partir de las diferenciaciones de sexo y edad, entre otras.

En medio de todo, un diagnóstico sobre lo que estaba ocurriendo en la sociedad francesa: expansión educativa e inflación de títulos académicos, como producto de la presión que ejercían fracciones de clase interesadas en acumular capital cultural; credenciales que una vez obtenidas en masa se devaluaban rápidamente en el mercado laboral, dejando de nuevo desprotegidas aquellas fracciones con menor capacidad de defenderse dada su escasez de capital social, normalmente asociado con el origen de clase; redefinición, entonces, de antiguos oficios y aparición de nuevas profesiones centradas en las relaciones públicas y la promoción de nuevos estilos de vida, para que los desplazados pudieran sacar partido del capital cultural adquirido fuera de la escuela; y más cosas, difíciles de resumir sin correr el riesgo de simplificar, que entonces es mejor leer directamente.

La tercera parte, la más larga de las tres, muestra detalladamente los distintos estilos de vida que hay en el espacio social francés de la época y lo reproducen, pasando revista, uno por uno, a varios campos: la decoración de la vivienda, la comida, las diversiones, el vestido, la música, los códigos de conducta, las actitudes políticas, etcétera. Se nota aquí el empeño por contrarrestar una opinión muy generalizada hace medio siglo, que aún persiste, según la cual el crecimiento de las clases medias produce una cultura de masas homogénea en las principales sociedades del capitalismo tardío: Bourdieu se esmera por demostrar que, aún con el crecimiento de las capas medias y la generalización de la esfera del consumo, las diferencias de clase se mantienen, se reproducen e, inclusive, se acentúan.

Es muy sugestiva la manera en que aquí se detallan las características distintivas de las diferentes fracciones de clase: de las clases dominantes se destaca el hecho de que se encuentran internamente diferenciadas entre patronos y hombres de negocios, por un lado, y profesores e intelectuales, por otro lado, siendo estos últimos la capa dominada de la clase dominante; de las clases medias se dice que viven preocupadas por adecuarse a las formas de la cultura legítima y desarrollan por eso un estilo de vida centrado en el ascetismo, el formalismo y la corrección, por lo cual incurren fácilmente en la alodoxia, que consiste en estimar como legítimo aquello que está dejando de serlo; de las clases populares se afirma que hacen de la necesidad una virtud, para desarrollar formas de vida que exaltan la fuerza, la virilidad y el hedonismo, entre otras características.

La conclusión general es que en el espacio social construido por el investigador se observan diferencias objetivas de posición que se traducen en diferencias de disposición y estas, a su vez, se expresan como esfuerzos por hacer valer sistemas de clasificación propios, lo cual cuando tiene éxito da lugar a la aparición de clases

sociales e identidades colectivas y acciones políticas efectivamente existentes. Ni el objetivismo ni el subjetivismo tienen la razón cuando se imaginan que las clases sociales se definen por el lugar que las personas ocupan en la producción, en el primer caso, o por la comunidad imaginada que se forma a base de insistir en la pertenencia común, en el segundo caso.

El postscriptum se ocupa directamente de la crítica a la teoría estética de origen kantiano y todo otro «discurso cultivado sobre la cultura» que parta de la oposición entre el «gusto puro» y el «gusto vulgar». Los anexos metodológicos aportan información sobre las fuentes utilizadas y los procedimientos seguidos para procesar la enorme cantidad de información que sirvió de base al estudio sobre la distinción.

Hay que añadir, por otra parte, que esta no es una obra de teoría en el sentido convencional, es decir: no contiene una discusión teórica sobre teoría en sí misma, aunque está repleta de intenciones teóricas y hace avanzar en varias direcciones lo que otros llamarían «teorías intermedias»; destaca especialmente el desarrollo innovador de la noción de clase social. Se trata más bien de un «informe de investigación», rico en información y análisis sobre un problema bien delimitado, tal como él se presentaba en un tiempo y un espacio determinados. Inclusive la forma de presentar los resultados de la investigación es peculiar: sin introducciones ni preámbulos, el 90% de la obra está dedicada a presentar resultados de investigación y solo al final aparecen tanto una breve discusión teórica pura como reflexiones sobre la metodología, en el postscriptum y los anexos. Muy poco escolar, escolástico o convencional es este modo de hacer sociología. Hay detalles como la combinación de textos, fotografías, diagramas, testimonios, tipos de letra y otros recursos técnicos de exposición, que hacen de este libro un objeto atractivo para el gusto de los bibliófilos, compatible con su *hábitus*, para decirlo con palabras del propio Bourdieu.

Se ha insistido en que se trata de un estudio concreto sobre una realidad específica; ahora bien, conviene señalar que esa característica no constituye una limitación, ni lo convierte en un estudio de caso incomparable o exótico. El propio Bourdieu explicó, en una presentación de la versión japonesa de *La Distinción*, que toda su empresa científica estaba inspirada en la convicción de que la lógica más profunda del mundo social solo puede captarse mediante el estudio de situaciones particulares, siempre y cuando se construyan como «caso particular de lo posible», es decir como configuraciones singulares que cristalizan en un determinado momento pero permiten comparaciones con otras configuraciones anteriores o posteriores de la misma sociedad o de otras sociedades. Esa es la fortaleza de esta obra: siendo un estudio sobre la sociedad francesa poco después de mediados del siglo veinte, contiene un esquema de análisis útil para estudiar otras sociedades en otros momentos y, por lo tanto, favorece la sociología comparativa.

Si, por ejemplo, se lee esta obra después de conocer *Las clases medias en Norteamérica* (1951) y *La elite del poder* (1956), los estudios de Wright Mills

sobre las clases sociales en Estados Unidos de América poco antes de mediados del siglo veinte, investigaciones también concretas e inspiradas en un riguroso esquema de análisis, aunque obviamente distinto del de Bourdieu, se podría aprender mucho haciendo comparaciones.

En ambos casos se trata de sociedades que estaban viviendo procesos de expansión y crecimiento, formación de nuevas clases, aparición de oficios y profesiones que antes no existían, inflación de títulos académicos, traslaciones de estructura en amplias porciones del espacio social; pero, al fin y al cabo, sociedades distintas: con maneras diferentes de ponderar las diversas formas del capital y, sobre todo, principios de distinción no coincidentes en campos claves, tales como la cocina, el deporte o la política, entre otros.

Ambos autores tienen perspectivas que ponen el énfasis en la necesidad de realizar estudios concretos y ellos mismos produjeron informes de investigación muy ricos en datos y análisis que, en su momento, transformaron el campo de conocimiento sobre las clases sociales; pero, igualmente, poseían formación distinta, trabajaban en medio de comunidades académicas diferentes, siguieron trayectorias apenas parecidas, todo lo cual se nota en sus respectivas obras, asunto del cual ambos fueron concientes aunque tal vez en diferente grado.

Si, por otra parte, uno ha leído *La Distinción* (1979) y conoce después *La miseria del mundo* (1993), otra obra del propio Bourdieu en la cual se presenta la situación que vivió la sociedad francesa en un momento posterior: el decenio de los años ochenta del siglo veinte, una época de crisis y recomposición de las relaciones que se habían establecido durante el medio siglo anterior, se puede también aprender mucho, esta vez del curso de la misma sociedad francesa, haciendo comparaciones, a pesar de la enorme diferencia que hay entre las dos obras, especialmente por la forma en que están presentados los resultados de la investigación en el segundo caso.

Finalmente, si uno piensa en las ventajas que tendría *La Distinción* como punto de referencia para realizar un estudio sobre América Latina o, en particular, Colombia, encontrará que son muchas.

Una ventaja es contar con nociones comprobadamente útiles y pertinentes para el análisis de las sociedades occidentales contemporáneas, tales como *espacio social*, *capital* en sus diversas formas, *campo*, *clase social* y *hábitus*, entre las que están más presentes en esta obra de Bourdieu. En América Latina aún está pendiente la necesidad de superar la noción objetivista de clase social que implantó aquí el marxismo predominante durante el siglo veinte. También está por asimilarse debidamente la circunstancia de que, en cierto sentido, vivimos ya en medio de una sociedad del conocimiento, con todo lo ello implica acerca del peso que ha cobrado el capital cultural y las estrategias que se utilizan para su conversión en capital económico o social. Igual cosa puede decirse de la conveniencia de apelar a la noción de campo para analizar los universos artísticos, literarios o periodísticos y las disputas ideológicas en esta parte del mundo.

Disponer del variado repertorio de técnicas de investigación y metodologías que utiliza Bourdieu en su obra es otra ventaja: no hay barreras infranqueables entre procedimientos cuantitativos y cualitativos; es más, todos son cualitativos, pues siempre se refieren a las cualidades o atributos de las cosas, solo que unos permiten expresar esas cualidades en números mientras otros lo hacen en letras. Tanto en cuestiones metodológicas como teóricas hay que superar las falsas oposiciones que dan lugar a discusiones escolásticas.

Los países latinoamericanos han experimentado durante los últimos decenios grandes transformaciones que han alterado las relaciones entre sus clases sociales, reconfigurado el espacio simbólico y provocado la emergencia de nuevas identidades sociales. Todo esto puede comprenderse mejor si los nuevos estudios se inspiran en la perspectiva de Bourdieu.

En Colombia por ejemplo, el narcotráfico, para hablar solamente de uno de los asuntos de mayor envergadura, ha producido enormes transformaciones durante más de un cuarto de siglo continuo. Sin embargo aún no se ha realizado una investigación consistente sobre las repercusiones de ese fenómeno en la configuración del espacio social: las clases y las fracciones de clase, así como sus homologías en el espacio simbólico: las prácticas de consumo y goce estético. Ahí no más hay un gran problema sin cuya comprensión no podrá entenderse cabalmente lo que ha sucedido en nuestra sociedad desde finales del siglo pasado y aún continúa sucediendo hoy. *La Distinción* de Bourdieu puede ayudarnos.

La divulgación de los secretos de la tribu: a propósito de *Homo Academicus*¹

Renán Silva²

El aprendiz de brujo que toma el riesgo de interesarse por la brujería y los fetiches de su propia tribu, en lugar de ir a buscar en lejanos trópicos los encantos consoladores de una magia exótica, debe esperar ver desencadenarse contra él la violencia que el ha desencadenado.

Pierre Bourdieu

En el pasado mes de enero se ha cumplido un año de la muerte del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Las celebraciones han sido constantes desde entonces en Francia y en la mayor parte de los países del mundo, dicho esto sin ninguna exageración. Notas de prensa, coloquios universitarios, números de revistas, cursos académicos, antologías de sus obras y nuevas ediciones de algunas de las que ya hace tiempo se encontraban agotadas en el mercado, se han multiplicado por todas partes, como si sólo su muerte hubiera puesto de presente la grandeza intelectual de su obra, sobre la cual, de todas maneras, habrá que esperar el frío dictamen del tiempo.

En un contexto como ese, en donde vuelven a abundar las críticas fáciles y las consagraciones rápidas que el maestro conoció en vida, resulta difícil referirse con un mínimo de objetividad a su obra, o a alguna de sus obras, máxime cuando la merecida consagración tiene todos los visos de convertirse en una superficial canonización que evitará leer con tranquilidad una obra que, como toda gran obra intelectual, resulta un conjunto apretado de logros y de insuficiencias.

La obra sociológica de Bourdieu no se agota, desde luego, en la relación estrecha que establece con la sociedad francesa, su contexto original de producción, el lugar preferido de sus observaciones y ejemplos, el suelo nutricional de los datos empíricos a partir de los cuales se realizó la mayor parte de su construcción teórica. Pero es indudable que su contexto de producción no solamente es un determinante social e intelectual que se concreta en los temas, los problemas y hasta en el estilo del trabajo de Bourdieu, sino que su recepción intelectual por fuera de ese contexto tiende a desnaturalizarla, o como escribía Bourdieu precisamente en *Homo Academicus*, a «desrealizarla».

¹ Reseña del libro de Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1992, 317 páginas. La primera edición de *Homo Academicus* es de 1984. En 1986 Pierre Bourdieu agregó un importante Postfacio que tituló «Vingt ans après» [Veinte años después] y que hace referencia al tiempo transcurrido entre el postfacio y la época en que la investigación de campo había sido realizada.

² Sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigación sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

Esa atención a su contexto de producción, que, posiblemente más que en otros sociólogos, es condición para la asimilación relativamente objetiva de la obra de Bourdieu, se impone como exigencia epistemológica fundamental en el análisis de *Homo Academicus*, el libro que sobre la universidad francesa escribió Bourdieu, teniendo en mente, como lo señala explícitamente, los acontecimientos de Mayo del 68. Ese contexto de producción, como condición esencial de lectura, no se impone solamente, ni principalmente, por la singularidad del modelo universitario francés, cuanto por la pertenencia del autor al propio campo universitario que es sometido al análisis, tal como lo hemos querido indicar en el epígrafe de esta reseña y como lo repite, Bourdieu, a veces de manera machacona, como por ejemplo cuando escribe –actualizando una de las reglas básicas que caracterizó su forma de trabajo–:

El sociólogo que toma por objeto su propio mundo, en lo que tiene de más próximo y familiar, no debe, como lo hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino, si se me permite la expresión, exotizar lo doméstico, por una ruptura de la relación primera de intimidad con modos de vida y de pensamiento que le son tanto más extrañas en tanto más familiares. (p. 289).

Este problema, largamente discutido en el libro –sobre todo en su capítulo inicial y en su Postfacio–, junto con el problema de los modos de reclutamiento universitario, uno de los grandes secretos de la tribu, constituyen posiblemente lo mejor de *Homo Academicus*, no sólo por el papel que cumplen en el análisis del problema considerado, sino por las perspectivas que abren para estudiar fenómenos y acontecimientos similares, lo que constituye, como debe subrayarse, la mejor utilización que puede hacerse de este libro, y de las otras investigaciones de Pierre Bourdieu.

De acuerdo con Bourdieu, y consideradas las cosas desde el punto de vista del profesorado universitario, la gran crisis del sistema universitario francés en los años 60s, debe relacionarse ante todo con la transformación de la forma del reclutamiento –el autor evita explícitamente la expresión «mecanismo de reclutamiento»– de sus docentes, una forma que puede caracterizarse en los siguientes términos: el antiguo modo de reclutamiento era una forma de *cooptación anticipada* por medio de la cual los antiguos miembros de la corporación escogían a sus pares futuros de reemplazo, no elementos subordinados, condenados a una carrera de subalternos, sino verdaderos pares potenciales, susceptibles de ser llamados, algún día, a ocupar el puesto de sus electores.

El modelo suponía, desde el ángulo de los posibles elegidos, la aceptación tácita de los criterios puestos en marcha para asegurar las sucesiones, la decisión de jugar el juego (la *illusio de Bourdieu*) y de someter sus aspiraciones a formas establecidas, aceptando la sumisión a un patrón y a la lógica de las posibilidades objetivas y del número limitado de los posibles competidores y del más reducido

número de los triunfadores, en una carrera que significaba, entre otras cosas, una gran capacidad de *diferir en el tiempo* las esperanzas de éxito y la disposición incorporada de un conjunto de reglas cuya racionalidad jamás se ponía en tela de juicio. Así por ejemplo, de manera sorprendente, Bourdieu mostrará con buenas razones que la extensión de las tesis doctorales (de «antiguo régimen»), y sobre todo el tiempo que tomaba realizarlas (que podría llegar hasta los 15 o 20 años), se encontraban en función no de sus exigencias intrínsecas como trabajo intelectual, sino en función de las esperas necesarias, de una parte para que el turno apareciera (dentro de un mercado restringido al máximo hasta los años sesentas precisamente) y de otra parte para realizar el aprendizaje necesario de sumisión a las normas, a las formas, a los ritos que la futura posición deseada exigía para cada uno de los pretendientes.

De parte de los grandes electores –los dueños del «poder universitario»– la forma de reclutamiento exigía un *gasto constante e importante de tiempo* para mantener en su exacto funcionamiento la forma de reproducción y su poder sobre ella, de tal manera que la asistencia a comités de selección y de puntaje, la participación en una cantidad de «instancias universitarias», regularmente oscuras, grises y sin ningún atractivo desde el punto de vista del trabajo científico efectivo, constituían en realidad una exigencia de dedicación a la vida universitaria y al «odiado trabajo administrativo», sobre la base de las cuales era posible mantener el acceso, el control y el dominio de los lugares y las formas a través de las cuales se aseguraba el sistema de sucesión.

Así pues –muy en la línea de conocidos análisis weberianos– el «poder universitario» será definido como la capacidad de obrar sobre la reproducción del cuerpo universitario y de jugar con las esperanzas de los postulantes, aunque tales esperanzas estuvieran previamente definidas en términos de posibilidades objetivas; y ese poder universitario será obtenido y mantenido a través de la ocupación de un tipo particular de posiciones universitarias que aseguran una autoridad estatutaria, considerada como un atributo de función, más ligado a la posición en la jerarquía universitaria que a las propiedades de una obra científica o intelectual producida previamente.

El modelo de reclutamiento –modelo interiorizado como si se tratara de la única forma posible, como corresponde a toda *forma legítima*, reposando siempre sobre algún tipo de *creencia indiscutida*– permite aclarar no sólo las tomas de posición universitarias de quienes adhieren a él, sino, y esto es notable, las propias tomas de posición y los estilos de cuestionamiento del amplio grupo de los *heréticos* (los Foucault, los Deleuze y desde luego los Bourdieu), siempre en posiciones de inferioridad desde el punto de vista del poder universitario, a pesar de la calidad de su obra y de su renombre intelectual; como también permite comprender las posiciones y reclamos resentidos de todos aquellos a quienes, después de una larga espera, la institución que opera la selección legítima, cerraba las puertas de acceso.

Homo Academicus es, entre otras cosas, un intento de explicación del por qué en los años sesentas ese modelo de reclutamiento fue ampliamente cuestionado, desatando una crisis global del sistema de enseñanza francés –Bourdieu explica también ampliamente cuáles fueron las condiciones que permitieron que una crisis local se transformara en una crisis general del sistema escolar– y del por qué del carácter dominante de las formas desplazadas, ampliamente transfiguradas y volcadas todas sobre lenguajes expresivos, recordando que ese parece ser el curso normal de toda «contestación» política que se desarrolla en el terreno de lo simbólico.

La crisis del modelo –un modelo todavía hoy vigente desde el punto de vista de algunos de sus rasgos, pero funcionando de manera combinada con nuevos rasgos producto de una nueva forma de reclutamiento en trance de imponerse hoy en Francia– no vino desde dentro, y el inicio de su descomposición no fue el producto de un fenómeno «implosivo». La crisis provino, según la plausible explicación ofrecida por Bourdieu, del crecimiento de la propia población universitaria, de los cambios en su composición social, de las transformaciones morfológicas de las facultades, de la modificación de las jerarquías entre los establecimientos universitarios y sobre todo de la aparición de nuevos cargos profesoraes: los profesores asistentes (‘maître assistant’), desde los cuales era imposible llegar a las más altas jerarquías del poder universitario, punto central de la crisis desde el punto de vista de los nuevos docente, quienes romperán con la tradición de las relaciones patrimoniales como forma de lucha por el acceso al poder, para dar ahora curso a sus aspiraciones a través de formas de acción sindical que, de manera a veces caricatural, se expresan a través del viejo modelo de la lucha de clases del siglo XIX.

La crisis del modelo se impone como producto del abismo creado entre las *aspiraciones* –que se piensa que se encuentran estatutariamente aseguradas– y las *posibilidades* de acceso efectivamente aseguradas, lo que produce, en el cuerpo profesoral, y luego en los estudiantes, el cuestionamiento de lo que ahora se ha convertido en el instrumento legítimo de su exclusión, lo que pone en peligro el porvenir de variadas fracciones de clase, que ven en el viejo modo de reproducción cerrado a los nuevos pretendientes, una amenaza para su perpetuación como clase.

Se ha roto pues la vieja «relación anticipada», deseada y temida, pero aceptada; se han roto las viejas formas del avance legítimo. Como escribe Bourdieu: «... la transformación de las normas de reclutamiento ha dejado el campo universitario a merced de los efectos combinados de la antigua ley de la carrera y de la transgresión de esta ley», comentando enseguida de la manera más realista posible la situación que ahora debe enfrentar la institución de enseñanza superior: «... y no se ve de dónde podrían surgir las fuerzas capaces de imponer de manera práctica un nuevo orden en donde el reclutamiento y el avance dependieran sólo de criterios de productividad científica y de eficacia pedagógica». (p. 205).

Por fuera de la exposición comprensiva del modelo en descomposición y del examen de las estrategias diversas de todos los comprometidos por la situación (tanto los defensores como aquellos que asaltaron la vieja fortaleza universitaria, tipificada sobre todo en La Sorbonne), exposición que suponía la construcción del *campo universitario* en Francia y su definición como espacio de posiciones de poder social, cultural y sobre todo institucional, *Homo Academicus* es una larguísima reflexión sobre cómo enfrentar un objeto de investigación cuando este compromete al investigador en el examen de los *secretos de la tribu*, en el examen del propio campo intelectual e institucional del cual el investigador forma parte, y cómo hacerlo sin que el ejercicio constituya ni un ataque ni una defensa, sino la búsqueda irónica y valiente de las constantes que organizan sus propias posiciones y tomas de posición. Dicho en otros términos, cómo resulta posible producir la *objetivación del sujeto objetivante*, ahora que él mismo es el sujeto de la objetivación. Cómo colocar, como un momento del análisis, la propia interrogación sobre la razón reflexiva puesta en marcha en el trabajo de investigación, a través de la discusión sin compasión ni hipocresía de las propias formas de clasificación y análisis puestas en marcha en la investigación. Posiblemente este difícil ejercicio, que se impone como tarea esencial a todo intelectual que investiga el campo intelectual, resulte lo más esclarecedor de este libro y la prueba suprema de que Bourdieu, más allá de los errores o aciertos de su trabajo, fue capaz de entender la sociología como socioanálisis profundo, tal como lo demuestra esta puesta en lenguaje claro de las más ocultas de las pasiones académicas.

La idea corriente, extendida más de lo que se piensa, de que la «objetivación del sujeto objetivante» no es otra cosa que una especie de ejercicio de *introspección trascendental*, encuentra su más precisa corrección en *Homo Academicus*, en donde posiblemente encuentra también su mejor expresión teórica en la obra, cuando Bourdieu nos recuerda que son las operaciones mismas de la investigación, en la medida en que nos obligan a «explicitar y a formalizar los criterios implícitos de la experiencia ordinaria», las únicas herramientas que vuelven posible el control lógico de nuestros supuestos. Ejercicio de ruptura exigente que, al contrario de lo que hacen pensar ciertas páginas del *Oficio de Sociólogo*, escritas o leídas con demasiada rapidez, no se obtiene sino a través de una acumulación lenta y difícil, en la medida en que los propios *instrumentos de análisis* se convierten en *objeto de análisis*, aun en los detalles al parecer más rutinarios de la investigación, como por ejemplo la creación de códigos y la tarea, al parecer secundaria, de codificación, labores que, bajo la mirada reflexiva del sociólogo, deben ser parte esencial de la construcción del objeto. Se trata pues, hasta en los «menores detalles» –por ejemplo la construcción estadística–, de tomar en cuenta las propias condiciones históricas, sociales e institucionales de nuestro trabajo, única manera de acercarnos al conocimiento del origen y funcionamiento de nuestras propias inclinaciones.

Pero el socioanálisis, que busca las *disposiciones incorporadas* del investigador en su propia posición en un campo determinado (campo que condiciona también

sus elecciones políticas y científicas), nada tiene que ver con un ejercicio de complacencia narcisista –como aquellos tan frecuentes hoy en día la antropología universitaria de los Estados Unidos y en la historiografía francesa dedicada a la «ego-historia»–; es por el contrario un importante instrumento en el esfuerzo de toma de distancia frente a un mundo al que, como en el caso del sistema educativo, nos liga la complicidad inherente a nuestra pertenencia al campo y a nuestra participación en su juego. De ahí también, como una de sus consecuencias, que el examen objetivo del mundo universitario y de sus luchas nada tenga que ver con la puesta en cuestión nihilista de la ciencia –como lo hacen los analistas llamados postmodernos, escribe Bourdieu–, intento de restitución del más viejo irracionalismo, disfrazado, en el caso de las ciencias sociales, de denuncia del «positivismo» y del «cientificismo».

La objeción es, desde luego, la de siempre: ¿la introducción de los determinantes sociales, «de posición», que comprometen tanto al investigador como a los resultados de su trabajo, no nos llevan de nuevo al círculo sin salida del historicismo y del sociologismo, y por lo tanto al relativismo postmoderno acerca de la existencia de la «verdad objetiva»? Bourdieu mismo es quien plantea la pregunta, y su respuesta indica que no, pues el carácter relativo de verdad no quiere decir ausencia completa de objetividad ni tampoco reducción de los productos del trabajo de la ciencia al mundo de las simples opiniones de estatuto común con el llamado «punto de vista indígena». Las ciencias existen, como existen, de manera práctica en la investigación, los esfuerzos parciales de objetivación por la vía de la ciencia, un tipo particular de conocimiento y una forma particular de apropiación del mundo, producto no de un imposible punto de vista *superior y exterior sobre el mundo*, sino de la voluntad probada de poner en marcha mecanismos que nos ayuden a tomar distancia del punto de vista de los agentes directamente comprometidos en el juego social, pero que nos liberen al mismo tiempo de la tonta ilusión de un punto de vista absoluto –el punto de vista del supuesto observador divino– y nos recuerden que la aspiración y el proyecto de la *investigación científica práctica* –incluso mucho más que la de la «Ciencia», con «C» mayúscula, una instancia imaginaria concebida como potencia única de verdad y del único tipo de verdad posible– son simplemente los de la totalización más sistemática que pueda ser lograda de un conjunto de relaciones que muestran la organización, genealogía y posibles vías de transformación de un objeto determinado.

Homo Academicus, pequeño tratado de las pasiones académicas, combinación equilibrada de perspectivas objetivas –la determinación de un conjunto de posiciones establecidas, construidas como conjunto finito de propiedades pertinentes, instituidas por hipótesis en variables eficaces, cuyas variaciones están asociadas a las variaciones del fenómeno observado– y de perspectivas subjetivas –el conjunto de tomas de posición de un conjunto de individuos tratados como individuos epistémicos y no como individuos empíricos, individuos caracterizados ellos mismos por la posesión en grados diversos de esas propiedades–, se cierra

con un amplio Apéndice en el que Pierre Bourdieu presenta y comenta de manera detallada las fuentes empíricas sobre las cuales ha construido sus análisis. Este Apéndice, parte esencial del libro, y no agregado de referencias incluido para ampliar la extensión del libro, nos recuerda el carácter indisolublemente teórico y empírico del trabajo del gran sociólogo francés. Pero es necesario recordar qué concepción de la teoría y del trabajo empírico –y de sus relaciones– es la que caracteriza la obra de Bourdieu, y no solamente este libro, para que esa parte esencial de la novedad de su trabajo no se pase por alto y sea reinterpretada bajo modalidades empiristas o teoricistas, como ha ocurrido de manera frecuente. Cerremos esta reseña con este punto, citando las propias palabras de Pierre Bourdieu al respecto:

Todas estas cuestiones que se podrían llamar teóricas, deben ser pensadas como cuestiones históricas, lo que supone un trabajo por neutralizar los efectos de la división socialmente instituida entre la simple descripción que, como lo hace notar Hegel en el Prefacio de la *Fenomenología del Espíritu*, se acomoda mal a la ‘interrupción por el concepto’, y la pura «racionalización», que tampoco soporta la irrupción de la realidad efectiva. Pero no se puede poner en cuestión los principios tradicionales de la visión y división del trabajo científico sin correr el riesgo de que los productos de este esfuerzo de ruptura permanezcan incomprendidos o pasen desapercibidos, sin exponerse a parecer faltar a su vez tanto a las exigencias de la teoría como a las exigencias del trabajo empírico y exponerse a ver las adquisiciones más seguras de la investigación pasar desapercibidas para aquellos que no saben reconocer las cuestiones teóricas más que cuando ellas dan lugar a disertaciones... [pp. 212-213].

Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario

Elías Sevilla Casas¹

«So smart. So irritating». ¡Qué ingenioso. Qué irritante! Es la frase que resume la reseña del libro publicada en 1998 por el *American Journal of Sociology*. Libro cargado de «agudeza y arte del ingenio», al muy viejo estilo conceptista que hizo famosos en el Siglo de Oro español a Baltasar Gracián y a Francisco de Quevedo. El retruécano, la paronomasia y el paralelismo dejan en este caso de ser simples ornatos del lenguaje para, por medio de la paradoja, apuntar a aspectos precisos, y de grano fino, de la «lógica del campo» sometido a análisis: «tiempo de lectura y lectura del tiempo», «posición, disposición y toma de posición», «los artistas de vanguardia son dos veces jóvenes y los artistas fósiles dos veces viejos». El libro está cargado de fórmulas parecidas, que demandan del lector un esfuerzo sostenido para seguir el sutil y retorcido pensamiento del autor. Es maña vieja ésta del conceptismo de Bourdieu, que temprano se fortaleció con los ejercicios formales y exigentes de los contrastes estructuralistas a la Lévi-Strauss; a inicios de los 60, el entonces joven filósofo con vocación de sociólogo había publicado un ensayo premonitorio con el título de «Sociólogos de mitologías y mitologías de sociólogos». La práctica, que florece salvaje en un libro culminante de la madurez como es *Las Reglas*, irrita sin duda a los lectores expertos en técnicas de lectura rápida. Y a los de pensamiento lineal y binario, aunque a Bourdieu parece gustarle el binarismo, pero llevado a grados superiores y puestos en matrices de contrastes, lo que es herencia del estructuralismo juvenil. E irritará tal vez a muchos más, a los que aborrecen textos laberínticos y prefieren la claridad expositiva que en un tiempo hizo famosos a los franceses clásicos, entre ellos al mismo Pascal, maestro de la prosa nítida y paradójico modelo del Bourdieu que escribió *Méditations Pascaliens*.

Además de refinamiento conceptista, el libro, de un poco menos de 500 páginas², tiene una estructura que, por lo dura de roer, acaba por exasperar a los lectores. En términos del mismo autor (p. 165) –quien aprueba el estilo «no piramidal» de Flaubert, su héroe principal en esta ocasión– el texto tiene una arquitectura que de propósito rehusa la convergencia ascendente hacia una idea, una convicción, o

¹ Antropólogo, profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu, *Les Règles de l'Art: Genèse et Structure du Champ Littéraire*. Paris: Éditions du Seuil, 1992.

una propuesta. Sin duda, Bourdieu lo hace de propósito para obviar la tentación de hacer un libro «de teoría» en que los datos empíricos colaboren, en flujo ascendente o descendente, a consolidar una estructura explícita de conceptos que coronen, al final, una doctrina en trance de volverse canónica. A jugar este juego está destinado el «*Da capo*» (p. 453), capítulo penúltimo, dedicado a la «ilusión y la *illusio*» (otra «irritante» paronomasia). El *Da capo* remite al inicio, exactamente a la página 61, en donde comienza a cerrarse el inusual y extenso Prólogo. En el Prólogo, brilla Frédéric, el héroe de la *Education Sentimental*, como alter-ego ficticio de Flaubert. Frédéric encarna el reto de un joven escritor en el París de mediados del Siglo Diecinueve y permite que Flaubert, mediante el recurso al estilo indirecto libre de la prosa, diga por su boca lo que no quiere decir directamente. Pero donde Frédéric fracasa Flaubert sale exitoso, como lo hace ver Bourdieu en el capítulo siguiente, el primero de la *Primera Parte*. La figura de ficción sirve en el Prólogo para plantear con detalle concreto la cuestión de la autonomía del arte frente a las tentaciones y presiones de otros campos: hace ver en Frédéric los agudos problemas que plantea tal autonomía a un autor en trance de ascender. Y el capítulo siguiente muestra cómo el mismo Flaubert logra sortearlos. Va entonces de la mano con el «poeta maldito» Baudelaire, quien en el corto plazo es vencido por la moralidad imperante (sus *Flores del Mal* son condenadas por los jueces), pero ve en el largo plazo que su consagración, como poeta excelso, no es menor que la del novelista airoso en los estrados.

Como en las partituras, el *Da capo* hace que el asunto entre manos vuelva y juegue; sólo que los lectores de literatura sociológica no son tan pacientes, o metidos en el juego de *da capos*, como lo son los violinistas; o no están dispuestos a acrobacias de lectura, como los lectores de *Rayuela*, o a zambullidas en textos imposibles, como los de *Finnegans Wake*. Pero hay más complicación. El «*Da Capo*», que como dije está en la penúltima sección, tiene un «*al fine*», el anexo dedicado a la «*Realpolitik de la raison*». Allí emerge otra figura heroica y también paradigmática: el Zolá de «*J'accuse*». Su «disposición, posición, y toma de posición» no sólo dentro del campo literario sino dentro del campo del poder, sirve para una reflexión militante sobre la toma de posición que los intelectuales deben tener en el mundo de hoy, ojalá mediante la conformación de una «Internacional de intelectuales». Esa posición debe aprovechar la consagración carismática y el poder simbólico que ella conlleva para incursionar con propósitos definidos y firmes en el campo político, en defensa no sólo de la autonomía del campo literario, artístico y científico, sino de unos ideales precisos que aseguren la autonomía en defensa de *La Raison*. A estas alturas del libro, Bourdieu ya ha extendido su discurso desde la literatura y su dinámica de campo, al arte en general, y a la ciencia. Son tres formas de *illusio* que se destacan, por «el efecto de creencia» que demandan, sobre la llanura prosaica, en donde impera «el efecto de lo real». Pero para el autor también el conocimiento prosaico, el del sentido común, está marcado por una ilusión fundamental que rige toda existencia humana: creer

que el mundo es así como convenimos que es. El autor concluye su proclama, y el libro, invitando al intelectual auténtico a buscar un difícil equilibrio entre el mito del «intelectual orgánico» y la figura aséptica del «mandarín retirado».

Hay algo adicional que puede irritar, o por lo menos desconcertar, al paciente lector que ha estado dispuesto a superar el reto conceptista, y se ha decidido a transitar por los complicados pasajes de ese laberinto de matices y contramatices. Es el fantasma del *dejá vu* que se esconde en cada nicho. Cualquier lector desprevenido tendrá esa desagradable o por lo menos inesperada experiencia. Porque este libro es un *opus* distinto de los otros escritos, anteriores y posteriores, mayores y menores, dedicados al arte. Como sabe este lector conocedor, Bourdieu inició sus reflexiones teóricas sobre el tema, por lo menos desde 1963-64 con pequeños trabajos sobre la fotografía, los museos, los intelectuales, y la educación. Estas pequeñas incursiones empíricas luego adquirirían cuerpo empírico y teórico mayor en libros como *Un Arte Medio* (1965), dedicado a la fotografía; *El Amor del Arte* (1966), dedicado a las instituciones difusoras del arte; *La Distinción* (1979), sobre la relación entre los gustos y las clases sociales. Después de las *Reglas* aparecen el polémico libro sobre *La Televisión* (1996) y *Contrafuegos* (1998), que entre otros temas, toca de nuevo el asunto de la posición y organización de los intelectuales. Para dar detalles, tan temprano como en 1965 escribió y difundió en mimeo un ensayo titulado «Proyecto creador y campo intelectual», que contiene nítidos, como en semilla, los conceptos emergentes que florecen retorcidos en *Las Reglas*. Igual cosa se puede decir de los tempranos ensayos «Alta costura y alta cultura», y «¿Pero quién creó a los creadores?», y de muchos otros más que condensan en pocas páginas, algunas de lucidez meridiana, lo que se trabaja con labor filigranesca en el libro mayor.

Si a lo escrito con motivo de instancias empíricas del arte en sus diversas formas se agrega lo escrito sobre otras materias –porque el autor es sin duda muy coherente, y aplica por modo de extensión sus nociones y conceptos a variados campos– se encuentra uno a cada vuelta del laberinto de *Las Reglas* no sólo con esas nociones recurrentes, sino con los mismos retruécanos y peripecias conceptistas. Alguien con sentido de humor podría tener la tentación de aplicar a este maestro, en su importante obra de madurez, lo que decían en Chicago de otro gran maestro, Mircea Eliade: sus obras son el mejor ejemplo de la tesis que tanto defendió el rumano – el mito del *Eterno Retorno*.

El autor, consciente o no, del espectro de Sísifo que le amenaza, confiesa en la página 249 que le aterra la perspectiva de verse amarrado a las galeras de la repetición escolar, «de cursos, tesis o manuales». Lo hace, porque considera ridículo hablar de teoría en abstracto, y más aún, hacerlo mediante largas citas de autores, con sus fechas de publicación entre paréntesis. Lo dice con vehemencia, porque sus teorías han sido construidas a pulso, desde abajo, desde la planicie dura y ardiente de las instancias empíricas que reclaman explicaciones sociológicas. Pero de todos modos esas teorías han sido construidas y rondan por los laberintos de

sus libros mayores; y las eruditas menciones de autores, tan odiadas *in verbo*, no dejan de ocupar buena parte de las innumerables notas de los pies de página. Haciendo un juego con su nombre *Bourdieu*, parecería que el autor deseara que sus teorías estén, como Dios, en todas partes pero, concretamente en ninguna.

Dije que el libro es único en su saga sobre el arte porque parece ser una concesión a los textos de síntesis, que él en la página citada en el párrafo anterior, considera una antesala a las temidas galeras de la escolástica erudita. Juega, entonces, a encadenarse, así sea por poco tiempo. Esta es, pues, una obra mayor, de concesión y de síntesis, pero no escolástica, construida del modo que él expresamente considera permisible y necesario (p. 259):

La impresión de potencia heurística que procura con frecuencia la operación de esquemas teóricos que expresan el movimiento mismo de la realidad tiene como contraparte el sentimiento permanente de insatisfacción que suscita la inmensidad del trabajo necesario para obtener el pleno rendimiento de la teoría frente a cada uno de los casos considerados —lo que explica los innumerables recomienzos y reajustes— y la tentación de exportarla cada vez más lejos de su región de origen, a fin de generalizarla por la integración de trazos observados en casos tan variados como es posible. Este trabajo se podría prolongar indefinidamente, si no hubiera que poner un término, un poco arbitrario, con la esperanza de que estos primeros resultados, provisorios y revisables, hubieran indicado de manera suficiente la dirección hacia la cual debía orientarse una ciencia social deseosa de convertir en programa de investigaciones empíricas realmente integradas y acumulativas la ambición legítima de sistematicidad que encierran las pretensiones totalizantes de la gran teoría.³

Esta ambición de sistematicidad totalizante, a regañadientes para el autor (por lo menos *in verbo*), y con albricias para el lector escolástico, encuentra su espacio propio en la *Segunda Parte*, dedicada a trazar «los fundamentos de una ciencia de las obras» de arte, en tanto ellas están ejemplificadas por las obras literarias. Algunos lectores, como el que hizo la reseña del *American Journal of Sociology*, preferirán comenzar la lectura del complejo texto por esta parte, que recoge en términos de jerga profesional, bastante refinada y abstracta, la cosecha de muchos años de reflexión sobre esos fenómenos históricos que se denominan obras de arte y sobre la manera como un sociólogo imaginativo puede dar cuenta de ellos. Desde luego, fiel a su práctica de alejarse de la escolástica vacía, mantiene firme y cercana la referencia empírica: ella versa ante todo sobre el mundo literario parisino del Siglo

³ Esta y otras citas textuales son traducidas por el autor de la reseña. *Les Règles* fueron publicadas en castellano como *Las Reglas del Arte: Génesis y Estructura del Campo Literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.

Diecinueve, al que se dedica la *Primera Parte*. Allí ya se encuentra en acto la teoría que ahora aparece destilada y en abstracto. En la *Segunda Parte*, que ahora nos concierne, la empiria se remite al trasfondo y se generaliza a otros «campos», como el de la ciencia, la religión y la misma economía. Se habla entonces en abstracto de la articulación genético-estructural de las obras con su específico «campo» de producción y recepción, y con los también específicos otros «campos», tales como el de la economía, la religión, y la política.

En esta Segunda Parte el lector verá operar en forma genérica y genética el juego estructural de nociones como *habitus*, posiciones, disposiciones, tomas de posición, dinámica intra-campo e inter-campos, efectos de creencia (formas de *illusio*) y demás herramientas que sirven a un sociólogo para superar la falacia del «genio creador» y de la inefabilidad de las obras, pero también para obviar otra falacia, simplista pero muy generalizada –la teoría del «reflejo», tan cara a la ortodoxia de los marxistas. El autor hace en esta parte una crítica sistemática a la *doxa* literaria, aquel punto de vista particular que, por la posición dominante de quien lo profiere, se convierte en punto de vista universal. El trabajo del sociólogo consiste, entonces, en una crítica desencantadora y rigurosa de esa *doxa* literaria, crítica que Bourdieu denomina «ciencia de las obras».

La *Tercera Parte* mantiene en su primer capítulo el estilo generalizante y abstracto de la parte anterior. Se dedica a sustentar que la obra de arte no se puede entender sino como producto de un proceso histórico centrado en un «campo» en que no sólo surgió la obra realizada por un artista sino el artista mismo y los estetas que reconocen y difunden *la creencia* en su valor artística. Causalidad circular, dice el autor, que obliga a que en el frontispicio de los espacios destinados a mostrar las obras aparezca una inscripción, que no se pone porque se supone obvia: «los que entran aquí es porque aman el arte». Es otra manera de decir que están dispuestos a dejarse «ilusionar» por el efecto de creencia. La falacia de la estética pura se supera en la sociología del arte superando la amnesia del proceso ontogenético (de tal obra de arte) y filogenético (del arte en general) que es condición para el efecto de creencia. El conocimiento sociológico y crítico generado sobre el arte es, por tanto, un conocimiento anamnésico. A superar la amnesia sobre cómo se ha llegado a determinada obra y a darle determinado valor, en otros términos a *historizar* la producción y recepción de las obras y de su valoración estética ha dedicado buena parte de su obra. Del conocimiento resultante dice, en su típico modo conceptista (p. 429-430):

El esfuerzo que he hecho hasta ahora para hacer progresar este conocimiento será, a mis ojos, justificado si logro mostrar (y convencer de) que un pensamiento de las condiciones sociales del pensamiento es posible que dé al pensamiento la posibilidad de libertad con respecto a esas condiciones.

Los otros dos capítulos de la Tercera Parte son un retorno al estudio de caso, es decir, están más en acuerdo con las preferencias históricas que defiende como necesarias, para evitar el teoricismo vacío. Inserta un ensayo aparecido años antes, con motivo de la publicación de «*El ojo del Quattrocento*» de Baxandall a fin de insistir sobre el punto, ya obsesivo, de la historicidad del *habitus* (disposición y competencia estética) y de las obras a que él se aplica. Hace, sin embargo la salvedad, de que una ciencia de las obras supera no sólo el teoricismo vacío sino el «hiperempirismo ciego», aquel que se olvida de que el historiador en las instancias empíricas busca el «principio invariante y transhistórico de la satisfacción propiamente artística, ese hecho imaginario del encuentro universalmente feliz entre un *habitus histórico* y el mundo histórico que lo ha encantado y en el cual habita» (p. 441). El último capítulo, escrito para cerrar el libro, es un homenaje a la maestría de Faulkner, quien en el relato *A Rose for Emily* obliga al lector inteligente a volver sobre los pasos de una lectura ingenua para aceptar, consciente de la *doxa* en que estuvo inmerso durante la lectura, que hay una *alldoxia* necesaria, paradójal pero liberadora. Ella toma los elementos de la lectura ingenua y con ellos, al desdoblarlos, descubre no sólo el sentido del juego (propio de la primera lectura) sino el sentido de la historia del juego. Es una elegante manera de decir lo que ha dicho ya sobre el encuentro feliz entre el *habitus histórico* que lee una obra y la disfruta, y el mundo histórico en que se encuentra encantado y que el *habitus* habita.

Como se ve, *Las Reglas* ponen un término arbitrario al estudio de casos empíricos para dar un respiro a la expresión teórica de síntesis. Pero el término es violado casi inmediatamente, porque el autor sigue confrontando la realidad empírica y empacando viejo vino en odres nuevos, o por lo menos, sirviendo el vino viejo a una amplia concurrencia de casos que le asaltan. Además, tiene que seguir cediendo a la necesidad de atender a cursos y conferencias, en donde se impone la obligación de síntesis abstracta. En efecto, dos años después de *Las Reglas*, en 1994, publicó en *Razones Prácticas* un conjunto de textos, preparados cuando el autor estaba sin duda organizando sus *Reglas*. Estos escritos cortos, en que las instancias empíricas son más bien evocadas que descritas, condensan, a la vez que extienden a otros campos diferentes del arte, los principios, esquemas y demás elementos de sus modelos teóricos, de los que hace gala con detalle y nimiedad en este libro de *Las Reglas*. Más aún, algunos de estos textos son casi copia textual, con diferente título (ejemplo *Para una ciencia de las obras*) de lo que en *Las Reglas* se dice, o viceversa. Uno de esos títulos, «*La Economía de los Bienes Simbólicos*», como en el caso de Eliade, retorna remozado, y extendido a otros dominios, en forma de transcripción de cursos dictados en 1994 en el Collège de France. Un título parecido, *El Mercado de los Bienes Simbólicos*, se encuentra en la segunda parte de *Las Reglas*, y exactamente el mismo (con referentes empíricos distintos) tiene un texto mimeografiado de 1971, que fue traducido al portugués y publicado en Brasil en 1982. Por si fuera poco, para completar esta imagen de intertextualidad recurrente, el libro brasilero trae un texto publicado en 1971 sobre la religión, que tiene,

mutatis mutandis, el mismo subtítulo de *Las Reglas: «Génesis y Estructura del Campo Religioso»*.

Esta es la compleja manera en que Bourdieu estructura sus *Reglas*, libro «de síntesis y teoría», retrospectivo y prospectivo, nunca abandonado a la elucubración por sí misma, pero sí exigente en atención y paciencia. Si uno tiene esta autoexigencia y atención, y acomete la tarea de leerlo, aprende mucho sobre sociología y sobre el arte literario, y a través de él, sobre el arte en general. Vale, entonces, la pena superar la irritación que puede causar la «agudeza del arte y del ingenio» que es hábito en el autor del *habitus*. Podrá entonces verse, *in actu*, qué es eso de «una ciencia de las obras», término alterno que le parece mejor que el muy ambiguo, sospechoso, y genérico de «Sociología del Arte».

Pierre Bourdieu y *La miseria del mundo*

Beatriz Castro C.¹

Como se advierte en la portada del libro², Bourdieu ha sido el director de la presente publicación y el director de la investigación en que ella se basa. Se trata pues, en rigor, de una obra colectiva y, por el número y la calidad de los colaboradores y el tamaño de las colaboraciones, parece de justicia mencionarlos a todos ellos: Alain Accardo, Gabrielle Balazs, Stéphane Beaud, Philippe Bourgois, Sylvain Broccolochi, Patrick Champagne, Rosine Christin, Jean-Pierre Faguer, Sandrine García, Remi Lenoir, Francoise Euvarard, Michel Pialoux, Louis Pinto, Abdelmalek Sayad, Charles Soulié y Loïc J. D. Wacquant.

El objetivo del libro *La miseria del Mundo* es el de ofrecernos una mirada comprensiva de los «nuevos problemas sociales» –algunos nuevos desde el punto de vista de la forma, más no del contenido; otros inéditos y de gran originalidad–. En síntesis se puede decir que son problemas relacionados con la pobreza, la marginalidad y la exclusión surgidas en el contexto de lo que muchos autores llaman el «nuevo capitalismo». Desde este punto de vista las reflexiones y análisis de Bourdieu y sus colaboradores se colocan en la misma línea de reflexión de muchos otros sociólogos europeos y norteamericanos que también han concentrado sus esfuerzos de desciframiento e inteligencia de la sociedad de hoy, fijando su atención en la lógica y las consecuencias de los cambios que se han ido imponiendo, sobre todo en el campo de las relaciones de trabajo, particularmente a partir de 1980.³

Sin embargo, el libro publicado por Bourdieu y sus colaboradores parece ir mucho más allá del campo de las relaciones de trabajo, aunque con justa razón les

¹ Historiadora, profesora del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigación sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu (director), *La Miseria del Mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, 564 p. [Primera edición en francés Paris, Éditions du Seuil, 1993]. Los editores del libro advierten que se trata de una edición abreviada, aunque no ofrecen ninguna indicación acerca de las razones de tal decisión ni acerca de los criterios con los que se realizó la «abreviación» (¿resumen, supresión de párrafos, de capítulos?), como tampoco acerca de la extensión del libro en su edición original francesa, para que cuando menos pudiera el lector de lengua castellana saber ante qué producto editorial se encuentra. No hay, por lo tanto, ninguna indicación acerca del acuerdo del autor con los criterios con que la editorial ha abordado la publicación del libro. No se encuentra tampoco ninguna observación del traductor –Horacio Pons– al respecto.

³ Ver por ejemplo los escritos de los sociólogos Robert Castel y Richard Sennett.

concede toda la centralidad que es necesaria para entender la transformación de todo orden que son inducidas por la modificación del trabajo y de las relaciones que lo envuelven, y que nos conducen a leer sus efectos en dimensiones más amplias de la vida social, aspecto que desde luego tampoco ha estado ausente por completo en las obras de los autores que antes hemos mencionado.

Hay que advertir desde el principio, pues es una característica distintiva de este libro, que el texto se encuentra por completo soportado en testimonios de hombres y mujeres que de manera libre quisieron hablar con los investigadores sobre aspectos de sus vida que no siempre resultan fáciles de abordar.

La Miseria del Mundo presenta los resultados de un trabajo de investigación adelantado por un grupo de dieciséis investigadores dirigidos por Bourdieu, como ya lo señalamos, pero en el que parece haberse subvertido la tradicional división del trabajo que es corriente en los grupos de investigación social, pues en este caso el conjunto del grupo participó tanto en las reflexiones teóricas, como en las metodológicas, lo mismo que en el proceso de recolección de la información a través de la realización de entrevistas. Desde este punto de vista el trabajo representa ya un estilo de trabajo diferente al habitual en ciencias sociales –seguramente con todos sus riesgos– y es la prueba de que a finales de los años 80s y principios de los 90s Bourdieu, sobre la base de años de trabajo que venían desde los primeros años 60s, ya había logrado consolidar lo que habitualmente se llama un «equipo».

Posiblemente lo que constituya el aspecto más *sui generis* del libro publicado por Bourdieu y colaboradores sea la forma de presentar los resultados. El libro se encuentra organizado en nueve grandes temas, titulados de la siguiente manera: «el espacio de los puntos de vista», «la visión mediática», «efectos de lugar», «la dimisión del Estado», «la visión del Estado», «permanentes y temporarios», «el fin de un mundo», «los excluidos del interior» y «las contradicciones de la herencia».

Cada uno de los temas o problemas a los que se refiere la parte correspondiente se encuentra introducido por una reflexión teórica inicial, breve, a la que se une enseguida una especie de ejemplificación de la situación considerada a través de la transcripción de uno o de varios de los testimonios recogidos en las 41 entrevistas realizadas, 38 en Francia y 3 en Estados Unidos, entre 1990 y 1992. A su vez, cada una de las entrevistas se introduce con una presentación, generalmente por el investigador que la realizó, en la que se describe el ambiente en que se llevó a cabo la entrevista, la cercanía con la persona entrevistada, las dificultades encontradas para los encuentros y para la realización de la «conversación», la disposición de las personas «interrogadas» frente a la experiencia de entrevista que se les proponía, algunos elementos notables para los fines de la investigación en las trayectorias de vida de los interrogados (características familiares, experiencias educativas y de trabajo) y, aún, algunos detalles sobre el vestuario y la imagen proyectada por los entrevistados, en un estilo en apariencia descriptivo que pudiera hacer pensar en un cuadro puramente pintoresco, pero que forma parte del estilo mismo de la obra y que es sin lugar a dudas una fuente de enriquecimiento del trabajo en sociología.

Se trata de información diversa pero significativa brindada al lector para que haga enseguida el tránsito a los textos que a continuación se transcriben y que son los testimonios a través de los que hombres y mujeres narran la manera como viven, padecen y enfrentan ese mundo complejo y difícil que supone el llamado «nuevo capitalismo», para aquellos que no son exactamente sus victoriosos.

Las personas seleccionadas para las entrevistas lo fueron con toda libertad, dentro de un grupo que presentaba la *heterodoxa* característica de ser personas conocidas por los investigadores o presentados a ellos por otro conocido. Esta decisión metodológica para realizar la investigación con personas de proximidad social y con cierta familiaridad trataba de asegurar lo que los autores llaman una comunicación ‘no violenta’, en un esfuerzo por tratar de obviar este aspecto en la entrevista que pocas veces se tiene en cuenta, pero que representaba un acuerdo metodológico para los investigadores: existe una violencia simbólica, en donde el encuestador es quien inicia el juego y quien establece las reglas, además de que en la entrevista generalmente hay siempre, por definición, una asimetría social, en especial en cuanto al capital cultural, entre el entrevistador y el entrevistado. Es por ello que este grupo se planteó establecer una relación *activa pero metódica en la entrevista*. Se buscó que el entrevistador se situara en el lugar que el entrevistado ocupa en el espacio social, para interrogarlo desde ese punto, y *ponerse, en cierta forma, de su lado*.

Esta característica de método, que tanto le preocupó a este grupo de entrevistadores, se encuentra relacionada con la revisión que ellos mismos efectuaron de una serie de encuestas realizadas por la Misión Interministerial para la Investigación y el Plan urbano, en 1991 (*Misión interministérielle pour la recherche y Plan urbain*). En estas encuestas predominó lo que los autores llaman la «encuesta burocrática», el formulario aplicado con carácter inquisitorial, lo que llevaba al entrevistado a contestar con premura y desespero, pero también de manera errónea, por la presión que se ejercía durante lo que de manera estricta debe llamarse *interrogatorio*; una situación que a su vez llevaba al encuestador muchas veces a malinterpretar también las respuestas que ofrecían quienes debieron padecer precisamente ese tipo de interrogatorio. Lo que se buscaba ahora, tanto por razones de método, como por razones de respeto, era realizar unas entrevistas *más cercanas y próximas*, tratando de entender en lo posible la situación del entrevistado, pero sin dejar a un lado el método científico y sus exigencias de rigor. Esta reflexión y opción metodológica hace que el libro adquiera un significado grande en la investigación en ciencias sociales, porque vuelve a replantear de manera aguda el debate sobre el papel y los límites de la «subjetividad» en la investigación, sobre la propia la entrevista «participante», pero sobre todo sobre las formas de interrogar en sociología y sobre la necesaria consideración de la entrevista como una *relación social*, aspectos todos sobre los que en innumerables ocasiones Bourdieu insistió, pero en particular y de manera teórica, en *El Oficio de Sociólogo*.

El punto es de primer orden para antropólogos y sociólogos, y desde luego constituye un desafío a muchas de las reglas canónicas del oficio de investigación en ciencias sociales, pero lo más interesante es que el desafío, de apariencia simplemente humanista o politicista, es lanzado por un investigador que a lo largo de su vida dio pruebas de ser capaz de asumir su trabajo con el máximo rigor metodológico y con el más exigente uso de la teoría, al punto que muchos de sus contradictores le lanzaban el insulto de «teoricista», desconociendo desde luego que toda su obra era una combinación de reflexión teórica y de investigación empírica, como efectivamente lo es *La miseria del Mundo*.

Pasando al contenido del libro, digamos que en esos nuevos grandes temas de reflexión que organizan el libro se hace especial énfasis en las políticas sociales del Estado, en el actual sistema escolar, en el transformado sistema laboral (con particular referencia a sus dos extremos: los jóvenes que están por insertarse en algún tipo de trabajo y los que han salido o están saliendo del empleo por razones de edad), los nuevos sitios de habitación, y los problemas relacionados con la inseguridad y la violencia en el contexto urbano, la situación de los inmigrantes y los nuevos problemas surgidos en medios familiares, bastante transformados por relación con el pasado, fenómenos todos estudiados en su contemporaneidad (después de 1980).

Las sociedades francesa y norteamericana, que para nosotros siempre aparecerán como los grandes referentes de sociedades de riqueza, de estabilidad en sus sistemas democráticos y viviendo bajo gobiernos que cumplen con el criterio de una mínima eficiencia, aparecen en este libro reflejadas bajo un ángulo que no deja de ser sorprendente, no porque no se conozca, sino *ante todo porque siempre se olvida*. En el libro nos encontramos con realidades sociales tensas, enmarañadas, confusas, problemáticas, frustrantes, trágicas, complejas y variadas, productoras permanentes de pobreza, pero no menos de angustia y frustración, crueles con los seres humanos que llegaron tarde a la meta o que no se empeñaron en correr, o que desconocían las reglas del sistema, o que se enfrentaron simplemente con el hecho de que el lugar de los victoriosos es estrecho y vigilado y exige sacrificios que pueden ser el camino mismo de la autodestrucción.

Uno de los problemas más complejos de los que se ocupa el libro –un problema que veremos agudizarse en el «primer mundo» en los años próximos– es el de la inmigración, el de esos nuevos pobladores localizados en su mayoría en las urbanizaciones de las periferias de las ciudades más grandes, parte activa de la escuela (con la que continuamente se enfrentan) y presentes en los más disímiles empleos (pero siempre en los más flexibilizados y de peores salarios). Los inmigrantes entran a formar parte de una sociedad de la que todo los separa, y en donde se encontrarán con ese fenómeno de extrañeza y de pérdida de sentido que es producto de la incomprensión mutua, vivida esa incomprensión en el conflicto latente o explícito, con todos los sufrimientos que para cada uno de ellos resulta de la situación. Lo trágico de la situación del inmigrante nace de esa incomprensión y

se concreta particularmente en las pequeñas violencias corrientes y permanentes en los lugares donde habitan y circulan. A su situación de inmigrantes se suma la desigualdad urbana, la xenofobia de los más afirmados patriotas (que son los peores ciudadanos), las limitadas alternativas y posibilidades con que se encuentran. Y son los jóvenes los que más sufren las frustraciones que produce la situación y los que más participan en las protestas y en los pequeños hechos violentos que van apoderándose de la vida cotidiana de las grandes urbes a donde llegan y en donde terminan confinados en barrios y viviendas en los que, como en un microcosmos, se reproduce de manera multiplicada su difícil situación.

El nuevo sistema laboral impuesto por el nuevo capitalismo nos presenta las tensiones que van apareciendo entre los trabajadores cerca de la jubilación o jubilados contratados bajo un sistema de seguridad social y los jóvenes dispuestos a someterse a cualquier vinculación laboral, a cualquier jornada de trabajo, y en donde la lucha sindical se va desvaneciendo con su beligerancia. Las nuevas reglas defraudan las expectativas de los 'viejos', pero también las de los jóvenes e imponen un nuevo sistema en el cual todavía son más evidentes las tensiones, las incertidumbres y las ambigüedades que las certezas o la tranquilidad que debería ofrecer el tener un empleo.

El nuevo sistema escolar, por su parte, parece que es la institución que se postula como una de las formas posibles de integración social, e intenta ampliar su cobertura y darles la oportunidad a todos aquellos para quienes antes la escuela resultaba un sueño imposible. Esa nueva escuela, de cupos ampliados y reformada varias veces en los últimos años, ha creado esperanzas inmensas de promoción que la sociedad después no logra ofrecer realizar, produciendo más pronto que tarde un terrible efecto de desilusión, tanto los estudiantes como los maestros, quienes fácilmente tienen oportunidad de comprobar las limitaciones de la institución que se postula como el eje de la promoción social y el instrumento de superación de las barreras que encuentra la integración social.

Lo que ocurre en verdad, al tenor de los análisis que se presentan en *La miseria del mundo*, es que el sistema escolar, que se convirtió en un pasaje obligatorio para todos los ciudadanos en estas sociedades y que representa el símbolo por excelencia de abrir posibilidades, debe reconocer que su acción no puede ser más que limitada, porque las oportunidades de mejora y cambio social se encuentran inscritas en condiciones familiares y sociales anteriores y acumuladas, frente a las cuales es muy poco lo que la escuela puede hacer. Así la educación, si bien puede brindar las posibilidades de «promoción social» a algunos miembros de la sociedad, termina convirtiéndose en una institución que produce grandes frustraciones y decepciones, para los jóvenes particularmente, multiplicando a su vez las tensiones en la familia, que el grupo que debe asimilar el fracaso escolar o el hecho de que los títulos y certificados de la escuela no conduzcan a ninguna parte.

Los establecimientos de educación primaria y secundaria recientemente construidos, sobre todo los ubicados en las zonas de la periferia de las grandes

ciudades, en donde viven las gentes pobres y los inmigrantes, han conocido con frecuencia hechos de violencia y vandalismo, en el lugar mismo o en sus alrededores, y donde la participación de sus estudiantes es habitual. La sensación de inseguridad para los que trabajan en estos sitios y para los que viven en sus alrededores se ha convertido en una realidad cotidiana. La búsqueda de alternativas que motiven a los jóvenes se ha convertido en una parte vital de la actividad docente, junto con el apoyo de control policial, transformando en esos lugares por completo el papel del maestro, que antes que enseñar tiene que persuadir y controlar, con auxilio de supervisores y policías.

En el caso particular de los inmigrantes, sin embargo, la exploración de opciones de vida y trabajo diferentes y nuevas, resulta compleja, porque se trata de encontrar la forma más acertada de lograr incluir en una sociedad y una cultura, como las francesas, a gentes que provienen de lugares culturalmente muy diversos, cargando con el peso de situaciones generalmente angustiosas (un país africano en guerra, una excolonia de gran pobreza, etc.), rastreando y persiguiendo cualquier oportunidad nueva que se pueda encontrar en una sociedad en la que no sólo se desconoce todo, sino una sociedad que desde hace bastante tiempo definió un proyecto de integración social para el inmigrante (al que sabe que necesita) que se caracteriza por la renuncia a sus propias tradiciones y la asimilación consiguiente a las nuevas formas de vida y cultura, un dilema difícil de enfrentar por haber sido planteado precisamente como dilema.

Otro aspecto que se ilustra en el libro de Bourdieu y sus colaboradores, es el que tiene que ver con el funcionamiento del Estado, visto éste a través del ángulo parcial de los funcionarios que por sus tareas se encuentran en contacto directo con el común de las personas. Funcionarios medios, que reciben unos programas o tareas a ejecutar y sometidos a los lineamientos del programa para llevar a cabo sus tareas. Figuras tristes cuya complejidad y buena voluntad a veces se ha ignorado, en ellos encontramos las contradicciones vivas entre los ideales de servicios o de los objetivos planteados por los gobiernos, y las posibilidades reales de llevar a cabo lo que se ha propuesto o lo que se quiere. Entre otras cosas por el funcionamiento mismo de las estructuras burocráticas y porque la eficiencia no es necesariamente el aspecto más presente y más premiado en el funcionamiento del Estado moderno. Dentro del funcionamiento del Estado y de la realización de sus programas, la ineficiencia es un elemento distintivo, hasta el punto de que parece que formara parte de su naturaleza, lo que produce el efecto de que los funcionarios se sientan impotentes frente a sus responsabilidades. En los aparatos encargados de la administración y la aplicación de la justicia, son particularmente evidentes las tensiones. La delincuencia crece todos los años y alcanza la forma de un problema social enorme y sin aparente solución, la «miseria de la justicia» hace que el servicio público se encuentre con permanentes dificultades para su más elemental funcionamiento. Como bien lo expresa una joven inspectora de policía, «la gente no asume lo que hace». La desfachatez de los delincuentes, la negligencia de las

víctimas que no denuncian, la poca firmeza de los magistrados, el cinismo de los abogados y la apatía de algunos de sus colegas, son mencionados como elementos distintivos del funcionamiento errático de un sector básico de la Administración estatal. El problema es imposible de comprender, según los autores del libro, sin tener en cuenta el contexto de la conversión colectiva del Estado al Neoliberalismo, en los ochenta, conversión que es definida en el libro como «dimisión del Estado», recordándonos de esta manera que «la miseria del mundo», más allá de los testimonios de los que la padecen, y de una forma que permite aun entender mucho mejor esos testimonios, conoce causas, hechos que la han acelerado en estos años, procesos todos que pueden ser explicados de una manera global y comprensiva, que vuelve de nuevo a enriquecerse con testimonios como los que este libro aporta.

En resumen, el libro nos presenta un mundo complejo, mundo en donde tanto los cambios de finales del siglo XX, como sus consecuencias, todavía no parecen estar perfectamente claros ni definidos para la sociedad. Es posible pues que una de las grandes enseñanzas de este libro sea la de mostrarnos ese mundo en transición, ese mundo en cambio hacia nuevas realidades sociales, que todavía no atisbamos por completo, cambios que no alcanzamos a comprender de manera total, pero que sin embargo son ya, por muchos motivos, las nuevas realidades sociales, contradictorias, de contornos difíciles de imaginar, pero donde las desigualdades sociales se han acentuado y donde la marginalidad y la exclusión se manifiestan cada vez más en diversos lugares, en diferentes momentos del ciclo vital y en distintos contextos sociales, afectando íntimamente la vida de gentes de la más diversa condición social y cultural.

Un libro para el debate teórico en las ciencias sociales contemporáneas: *Meditaciones pascalianas*

Fernando Urrea Giraldo¹

Pascal nos pone en guarda contra «dos excesos»: excluir la razón, no admitir más que la razón.

*Meditaciones pascalianas*² constituye una de las últimas obras teóricas densas de Pierre Bourdieu³, curiosamente publicada en una etapa de su vida caracterizada por su participación activa en diversos movimientos sociales franceses y sin abandonar nunca su carácter de intelectual independiente. Podría decirse de entrada que este libro es un ejercicio de sociología crítica o reflexiva, sin piedad ni cortesías, de las ciencias sociales: Bourdieu ofrece un debate a diferentes puntos de vista que dominan la escena filosófica, sociológica, económica y antropológica contemporánea. En este sentido, es una propuesta en la que el autor establece su discusión en el terreno de la filosofía y sus relaciones con las diversas ciencias sociales. Se trata de un ejercicio teórico de discusión con las fuentes del poder del conocimiento social y sus usos políticos, pero que permite a la vez retomar las categorías analíticas centrales en su obra.

¿Por qué la referencia al filósofo francés Blaise Pascal en el mismo título del libro, así como a lo largo de todo el texto, apoyándose en particular en algunas de sus obras, como *Les Pensées* (1669)⁴? Pascal es para Bourdieu un filósofo en contracorriente a las tesis dominantes en su época, precisamente porque reubica el papel supuestamente soberano del pensamiento, del pensador, y los relativiza. Al tiempo que pretexto para introducir un debate contemporáneo, Pascal también es una referencia ética y crítica dentro del contexto del siglo XVII, cuando el filósofo desarrolla su obra. Un buen ejemplo de este «uso crítico» de Pascal con el objeto de cuestionar la producción teórica en las ciencias sociales y de la propia filosofía cuando están aisladas de la investigación empírica, lo hace Bourdieu en la introducción de su libro:

¹ Sociólogo, profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigación sobre Migración, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

² P. Bourdieu, *Méditations pascaliennes*, Éditions du Seuil, Paris, 1997, 318 pp. Hay traducción castellana, a cargo de Thomas Kauf, publicada en 1999 por la Editorial Anagrama, Barcelona.

³ Junto a *La Domination masculine* (Seuil, Paris, 1998), *Les Structures sociales de l'économie* (Seuil, Paris, 2000) y *Science de la science et réflexivité* (Éditions Raisons d'agir, Paris, 2001).

⁴ La citación de Bourdieu es *Pensées et Opuscules*, Éditions Brunsvicg, Paris, Hachette, 1912. En español se ha traducido como *Pensamientos* (hay varias ediciones). También se cita el *Discours sur la condition des grands* (1670) [Discurso sobre la condición de los grandes hombres].

Yo siempre he padecido una cierta impaciencia frente a «palabras grandilocuentes», como dice Pascal, y a la afirmación soberana de tesis perentorias por las cuales se designan a menudo las grandes ambiciones intelectuales; y –sin duda un poco por reacción contra el gusto de cuestiones previas epistemológicas y teóricas o de comentarios sin fin de autores canónicos– yo no desearía nunca de privarme a las tareas consideradas como las más humildes del oficio de etnólogo o de sociólogo: observación directa, entrevista, codificación de los datos o análisis estadístico. Sin sacrificarlo al culto iniciático del «trabajo de campo» o al fetichismo positivista de los datos, yo tenía en efecto el sentimiento que, por su contenido mismo, más modesto y más práctico, y por las salidas en el mundo que ellas seducen, estas actividades, no menos inteligentes que otras al fin de cuentas, eran una de las alternativas que me eran ofrecidas para escapar al encierro escolástico de las personas de gabinete, de biblioteca, de cursos y discursos que mi vida profesional me obligaba seguir.⁵

El libro se divide en siete capítulos, al incluir la introducción más dos excelentes índices, de temas y onomástico. El eje argumentativo de la obra es el debate con lo que Bourdieu denomina la *razón escolástica* bajo sus diferentes modalidades. En la introducción plantea el tipo de reflexión que pretende desarrollar: poner en entredicho los supuestos de un pensamiento científico por fuera de los constreñimientos sociales en los que está inscrito todo productor del mismo, especialmente en los campos de la filosofía y de las ciencias sociales.

En la crítica de la razón escolástica el autor devela las bases del orden de la producción de conocimientos. En primer lugar, el productor de conocimientos está asociado a la ocupación de una posición en el espacio social, según una trayectoria particular que lo ha llevado allí, al igual que lo afecta la pertenencia a un sexo, en cuanto éste puede afectar de varias formas la relación con el objeto – la división del trabajo sexual se inscribe en las estructuras sociales y cognitivas, orientando por ejemplo la elección del objeto–. En segundo lugar, está la *doxa* (el cuerpo teórico especializado) de cada uno de los diferentes campos (religioso, artístico, filosófico, sociológico, antropológico, económico, etc.) y, más específicamente, aquella a la que el pensador particular debe su posición dentro del campo. En tercer lugar, los presupuestos que son constitutivos de la *doxa* genéricamente asociados al tiempo libre (*skholè*).

Bourdieu, en lo que denomina confesiones impersonales –destinadas a abrir el debate–, introduce referencias autobiográficas: *Yo hablaré por lo tanto un poco de mí, de ese yo singular, en todo caso que Pascal denominaba «odioso».* Sin embargo, *si no ceso de hablar de mí, se tratará del yo impersonal que las confesiones más personales pasan bajo silencio, o las que ellas rechazan por su impersonalidad*

⁵ La traducción de ésta y otras citas del texto es del autor de la reseña.

misma. Es lo que el autor denomina un ejercicio de socio-análisis, programa reflexivo que el sociólogo debe aplicarse consigo mismo en la evaluación de su trayectoria en el campo, de acuerdo con sus experiencias biográficas: *Yo era de una categoría particular de adolescentes, los «normalistas filósofos», que poseían en común todo un conjunto de propiedades, ligadas al hecho de estar situados en el corazón y en el escalón más alto de la institución escolar, pero separado entre ellos, al fin de cuentas, por diferencias secundarias, asociadas notoriamente a sus trayectorias sociales... quisiera evocar, al menos groseramente, los ritos de institución propios para producir la parte de convicción íntima y de adhesión inspirada que, alrededor de los años cincuenta, era la condición del ingreso a la tribu de los filósofos... La elección de la filosofía era una manifestación del seguro estatutario que reforzaba la seguridad (o la arrogancia) estatutaria*. Bourdieu menciona que en ese momento el campo filosófico estaba dominado por la figura de Jean-Paul Sartre: por ello su generación se inscribía en la ambición intelectual a la francesa bajo su forma más elevada, o sea, la filosofía existencialista. Esto le permitirá advertir, a través de su caso, que el encerramiento escolástico, reafirmado por la elección escolar y la cohabitación prolongada de un grupo social homogéneo de estudiantes y, después, egresados de filosofía⁶, no puede sino favorecer una distancia intelectual autocentrada, alejada del mundo social. La segunda crítica refiere al olvido de la historia por parte de la razón escolástica dominada por la *illusio*: *Es claro en efecto que la resistencia a la historización echa raíces no solamente en los hábitos del pensamiento de todo un cuerpo (de intelectuales o sabios), adquiridos y reforzados por el aprendizaje y el ejercicio rutinario de una práctica ritualizada, sino también por los intereses vinculados a una posición social*.

Además de esta crítica, Bourdieu la emprende con lo que denomina *epistemocentrismo* escolástico: la modalidad del etnocentrismo en la producción intelectual académica que conduce a disolver las especificidades de la lógica práctica, a la que se niega todo valor. Según él, se trata de una antropología totalmente idealista que le imputa al objeto lo que pertenece de hecho a la forma de aprehenderlo y lo proyecta en la práctica. Un excelente ejemplo es la teoría de la acción (y elección) racional, dominante en el campo económico, que construye un modelo ideal para pensar los objetos sociales atribuyéndoles un carácter esencial o natural, haciendo desaparecer así la lógica práctica de los procesos económicos.

Por tanto, la tarea principal de las ciencias sociales es la de acercarse a las lógicas prácticas mediante operaciones de investigación concretas (entrevistas, descripción de una práctica, establecimiento de una genealogía, encuesta estadística, análisis de archivos, etc.), de manera que se llegue a ellas en su lógica propia. Bourdieu resalta de nuevo la utilidad heurística de la noción de *estrategia*, en lugar del concepto de *reglas*, a la hora de abordar las acciones de los agentes. Así

⁶ De la Escuela Normal Superior, en las disciplinas de letras y filosofía, que eran las carreras preferidas por la «nobleza» escolar.

por ejemplo, prefiere referirse a estrategias matrimoniales o de reproducción social, permitiendo una salida frente a la teoría estructuralista o a la de la acción social. A la vez, no advierte para no caer en la trampa de la idealización del mundo social que propone la teoría de juegos cuando ésta asume implícitamente una lectura intencional de la acción de parte del actor. Previene también sobre la ilusión intelectualista de las encuestas de opinión, las cuales forman parte de la *doxa* politológica porque suponen, sin advertirlo, que existe una «opción personal» por parte de quienes responden las preguntas, como si fueran entidades autónomas por fuera del orden social.

El concepto de *habitus* permite salir de este impase: el pasado en la dinámica social se mantiene presente a partir de las disposiciones que él produce en los diferentes agentes como individuos, de suerte que los supuestos comportamientos racionales de los actores en realidad están preconfigurados por esas disposiciones. Sin embargo, el *habitus* no es ni homogéneo ni estable, y puede presentarse unido, escindido o contradictorio, constante o fluido y variable, dependiendo de las condiciones sociales de su formación y su ejercicio. Por esa razón, se producen *habitus* heterogéneos y fragmentados, argumento que le permite responder a los críticos que lo han acusado de construir una teoría del *habitus* determinista, que no deja opciones para comprender las variaciones de las trayectorias individuales.

La razón escolástica se caracteriza por ser moralista: en la forma de universalismo egoísta, clasifica simbólicamente la realidad social entre lo originario, lo puro y lo fino *versus* lo mezclado u ordinario, lo impuro y lo grosero. Un universalismo abstracto que, según él, *sirve a menudo como justificación del orden establecido, la distribución en vigor de los poderes y privilegios, es decir, la dominación del hombre, heterosexual, euro-americano (blanco), burgués, a nombre de las exigencias formales de un universal abstracto... disociado de las condiciones económicas y sociales de su realización histórica....* Por ello, todos los racismos son esencialistas y moralistas.

En la fundamentación histórica de la razón, Bourdieu reclama la necesidad de lo que él denomina la *historización* de la sociología y, en general, de las ciencias sociales. Historizar es relativizar el conocimiento y los métodos para producirlo, pero sin caer en el relativismo postmoderno que termina por negar toda autonomía al campo del conocimiento. Se trata de una tarea que exige, al mismo tiempo, la reflexión crítica histórica y el respeto a la autonomía de las reglas de juego del campo científico para poder permitir la producción de nuevos conocimientos. A medida que se complejiza la diferenciación y dispersión de poderes en el capitalismo, también se avanza en la diferenciación de los campos en las múltiples esferas de la sociedad. La particularidad de las sociedades capitalistas contemporáneas es la existencia de *todo un conjunto de campos (diferentes e interdependientes) unidos por una verdadera solidaridad orgánica*. Cada campo tiene sus juegos de poder, pero los agentes que ocupan posiciones de poder en cada uno de ellos están unidos a la vez por una solidaridad objetiva fundada por la

homología entre sus posiciones dominantes. Cada espacio de poder significa el control de recursos sociales en un determinado campo, o sea, un tipo de capital. Sin embargo, existe en esta dinámica interdependiente una *tasa de cambio* entre los tipos de capital resultantes de las diferentes especies de poder en cada campo. Los capitales diversos intercambiables bajo la forma de *capital simbólico* constituyen la energía social de una sociedad capitalista.

En la perspectiva del *historicismo racionalista* que él reivindica, las construcciones sociales son objetivas y subjetivas al mismo tiempo. Al respecto, su crítica se dirige, entre otros, a los científicos sociales postmodernos (también construccionistas):

Si vale la pena recordar que el género, la nación, la etnia o la raza son construcciones sociales, entonces es ingenuo, por lo mismo peligroso, creer y dejar creer que es suficiente «desconstruir» estos aparatos sociales en una celebración puramente performativa de «resistencia», para destruirlos: significa en efecto ignorar que –si la categorización según el sexo, la raza o la nación puede ser una «invención» racista, sexista, nacionalista– ella se inscribe en la objetividad de las instituciones, es decir de las cosas y de los cuerpos. Como ya lo decía Max Weber, nada amenaza más a un movimiento, obrero o de otro tipo, que ‘los objetivos que se sustentan en el desconocimiento de las relaciones reales’. Se puede en todo caso dudar de la realidad de una resistencia que hace abstracción de la resistencia de la realidad».

La anamnesis o evocación del origen como historia, pero en forma presente, es una necesidad del ejercicio reflexivo de las ciencias sociales. Bourdieu establece lo que denomina una reflexividad histórica-sociológica para poder construir criterios de cientificidad que permitan conocer las lógicas prácticas: el reconocimiento de las tensiones entre autonomía y heteronomía presentes en los campos, de las cuales el conocimiento producido no puede escaparse. Se debe tomar en cuenta que *son las relaciones de fuerza, con sus efectos de dominación, sus tiranías y clientelas* las que continuamente acechan a la hora de hacer progresar los recursos teóricos y prácticos; ello obliga a regular los efectos de los constreñimientos externos, como aquellos generados por el periodismo y los medios de comunicación, los grupos empresariales o el mismo Estado, y los internos que terminan por sustituir la eficacia, como la concurrencia por el prestigio, por la obtención de dinero o de prebendas, por los ascensos, etc.

Bourdieu introduce en su lógica de análisis la noción de cuerpo como el *sujeto* concreto en las relaciones sociales, a través de lo que denomina una *«inclusión material»*, a menudo inapercibida o negada, en los procesos sociales. Se trata de la incorporación de las estructuras sociales bajo la forma de estructuras disposicionales (*habitus*) y de chances objetivos como expectativas y anticipaciones, los cuales

marcan las trayectorias de vida. El *yo* constituye al mismo tiempo el espacio físico y social como *sujeto*, en la forma de *habitus*, ocupando una posición relacional jerarquizada y diferenciada de dominación. El cuerpo está en el mundo social a la vez que el mundo social está en el cuerpo (bajo las formas de *hexis* y de *eidos*). Las estructuras del mundo están presentes en los sistemas cognitivos que los agentes ponen a operar para comprenderlo, de ahí que sea la misma historia la que enmarca el *habitus* y el hábitat, las disposiciones y la posición, el rey y su corte, el patrón y su empresa, el obispo y su diócesis, ya que toda historia se vincula de cualquier forma con ella misma, se refleja en ella misma. De este modo el *habitus* no es ni necesariamente adaptado ni coherente, y tiene grados de integración que corresponden a las modalidades de «cristalización» del estatus ocupado.

La violencia simbólica es la dimensión profunda del orden social y sus diferentes campos y lo que está detrás del sistema de disposiciones (*habitus*). Bourdieu la entiende como la coerción que se instituye por intermedio de la adhesión que el dominado tiene hacia el dominante, ya que el primero no dispone de elementos propios para pensarla su relación con el segundo, sino que dependen de los mismos instrumentos de conocimiento del dominante —ellos hacen parte, están incorporados, en la estructura de la relación de dominación, haciéndola aparecer como natural—. De esta forma, el poder simbólico sólo puede ejercerse con la «colaboración» de aquellos que lo sufren. Para Bourdieu la violencia simbólica entra en la esfera del análisis de las relaciones entre la *libido* y el *illusio*, y por lo mismo, es la parte del texto más explícitamente psicoanalítica: *Es solamente a través de toda una serie de transacciones insensibles, de compromisos semi-concientes y de operaciones psicológicas (proyección, identificación, transferencia, sublimación, etc.) socialmente introyectadas, sostenidas, canalizadas, en verdad organizadas* que las disposiciones pre-existentes en el seno familiar se transforman en disposiciones específicas que van a desempeñar el papel central en una trayectoria social del individuo.

De este modo, el *illusio* es la forma originaria del aporte del espacio doméstico, el lugar de un proceso complejo de socialización de lo sexual y de sexualización de lo social. Según Bourdieu, la sociología y el psicoanálisis debieran unir esfuerzos para analizar la génesis de múltiples prácticas en este campo de las relaciones sociales, en el que el niño se encuentra más y más implicado y que, por lo demás, constituye el paradigma y también el principio de la inversión de energía en el juego social. Bourdieu critica duramente el pensamiento marxista debido a que no permite entender el campo simbólico del poder, y *más bien es un obstáculo que una ayuda*. En cambio, destaca el aporte sustantivo de Max Weber en el estudio de los sistemas simbólicos, particularmente gracias a sus escritos sobre religión.

El espacio social como estructura de distribuciones es el fundamento de las relaciones de fuerza y posiciones antagónicas entre los agentes en los juegos del poder que se resuelven principalmente en la esfera política. La lucha política es una lucha cognitiva, práctica y teórica, por el poder, para imponer la visión legítima

del mundo social o, más precisamente, para lograr el reconocimiento acumulado bajo la forma de capital simbólico, de la notoriedad, prestigio y respetabilidad que da la autoridad en el conocimiento legítimo del sentido del mundo social. El Estado es la institución que condensa por excelencia las energías de la esfera política, constituyéndose en el detentador del monopolio de la violencia simbólica legítima, pero también el que busca por todos los medios tener el monopolio de la violencia física para aplicarla cuando la primera pierde fuerza social.

Según Bourdieu, en el capitalismo opera una doble verdad del trabajo. Como experiencia se sitúa entre dos límites: el trabajo forzado, que no es determinado sino por un constreñimiento externo (ganar un salario para vivir) y el trabajo escolástico o intelectual, del que su máxima expresión la constituye el oficio del escritor o del artista. A partir de esta doble condición, los programas de administración de empresas modernos plantean permitir a los trabajadores cierta libertad para organizar su trabajo, pero manteniendo los capitalistas el control de los medios de producción. Supuestamente, con ello dan bienestar del trabajador, con la ventaja de que lo desplazan del interés externo salarial al interés de un beneficio intrínseco en las labores del oficio al *hacerlo más creativo*. Esto es lo que encierran las llamadas técnicas de «management participativo», que sacan partido de esa ambigüedad del trabajo en beneficio de las estrategias patronales.

En Bourdieu, el ser social, el tiempo y el sentido de la existencia conforman el ámbito de análisis de la dimensión temporal de los procesos sociales. El punto de partida es el despliegue del *yo* a partir de su *habitus* como proyecto futuro, como trayectoria hacia delante que combina diversas estrategias. El tiempo no es seriamente verificado por los agentes sino sólo cuando se rompe la coincidencia cuasi automática entre expectativas y oportunidades. Este desajuste entre lo que es anticipado y la lógica del juego, en relación a la cual esta anticipación es formada, entre una disposición «subjetiva» y una tendencia «objetiva», es lo que produce los eventos sociales de espera e impaciencia. Existe un *orden de las sucesiones* entre las aspiraciones como expectativas y las oportunidades. Ese orden está atado al sistema de disposiciones o *habitus*, ya que no puede darse una relación de expectativas y oportunidades en el vacío social en el que cae la teoría de juegos.

En el mundo de los dominados, la característica entonces predominante son los hombres y mujeres sin porvenir, sin futuro, sin opciones de proyectos que les permita una trayectoria en la que las aspiraciones encuentren oportunidades. Es imposible que esta condición la entienda la teoría de la acción racional, porque se sustenta en un espacio social neutro, no contaminado con desigualdades ni disposiciones previas (*habitus*). El tiempo o los tiempos son un elemento clave de la dominación, ya que esta opera ante todo en el juego de la negociación continua de hacer esperar o atender una aspiración. En la espera, en las demoras por la consecución de las aspiraciones se teje el poder. En esta parte hay todo un detallado análisis de *El Proceso* de F. Kafka como ejemplificación sociológica de la espera como parte del juego del poder burocrático en las sociedades contemporáneas. En

medio del juego social entre los diferentes agentes e instituciones en un espacio de relaciones de fuerza, el Estado, según Bourdieu, se configura como el banco central del capital simbólico en una sociedad capitalista. Pero, ¿qué es finalmente el *capital simbólico* para Bourdieu? Es la posesión de la dignidad reconocida socialmente –así como la *nobleza* le era reconocida al *noble*–. Se trata de una jerarquía social de dignidades deseadas e indignidades rechazadas, de la oposición resultante entre dos formas de ser percibido el «sujeto»: o bien en forma visible, siendo celebrado, admirado, deseado y citado en tanto manifestación de la gracia o *carisma* (en términos weberianos); o bien en la forma de lo más repudiado, lo no deseado, lo perseguido..., o sea, como aquel al que se le niega el capital simbólico.

A propósito de *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu

María Cristina Maldonado Gómez¹

En 1998, muy pocos años antes de su muerte, se publicó en Francia *La domination masculine* (Editions du Seuil, Paris). Es significativo el hecho de que un autor como Pierre Bourdieu, esencialmente orientado al estudio, aunque no exclusivamente, de los problemas de la educación y la cultura, haya dedicado un texto a la dominación masculina. Seguramente su compromiso con el conocimiento de los rasgos centrales del mundo contemporáneo y con cierta posición de intervención en la esfera política, lo llevaron a analizar el tipo de estructura que eterniza las relaciones asimétricas entre los géneros, de la cual son partícipes tanto los hombres como las mujeres. Y es que es precisamente en la dominación de género donde se puede encontrar el más claro ejemplo de diferenciación y jerarquización arbitraria entre seres humanos y donde se ven más claramente las dificultades de contrarrestar ese proceso. En esta reseña, que tiene por referencia la versión en español², trataré de referirme a los argumentos centrales del texto para, a continuación, señalar brevemente su importancia para los trabajos sobre el género en el medio colombiano.

Para Bourdieu es fundamental preguntarse por los mecanismos y principios históricos responsables de la *deshistorización* y de la *eternalización relativas* de las estructuras de la división sexual. Él argumenta que, al visualizar las estructuras del orden masculino, corremos el riesgo de apreciarlas desde el mismo pensamiento de la dominación masculina, en tanto que somos hombres y mujeres inscritos en esas estructuras. Para lograr una medida adecuada de objetivación, propone explorar las *categorías del entendimiento* con las que construimos el mundo por medio de un socioanálisis del inconsciente androcéntrico.

La ideas que tenemos acerca de las personas y de los objetos del mundo son construcciones bipolares que tienden a naturalizarse. La naturalización de la dominación masculina obedece a una arbitraria división de las cosas y de las actividades (sexuales o no) de acuerdo con la oposición entre masculino y femenino. Esta dicotomía registra las diferencias como si ellas fueran objetivas y naturales. Así, la diferencia biológica entre los sexos, especialmente la distinción anatómica

¹ Trabajadora Social, profesora titular de la Escuela de Trabajo Social y miembro del Centro de Estudios de Género de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

de los órganos sexuales, aparece como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos y de la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, que se inscribe de esta manera tanto en aspectos objetivos como subjetivos.

Puesto que los dominados aplican los mismos esquemas de dominación, por ejemplo en la oposición entre características masculinas y femeninas y en su concepción de la división sexual del trabajo: «...las mujeres pueden apoyarse en los esquemas de percepción dominantes (alto/bajo, duro/blando, recto/curvo, seco/húmedo, etc.), que les conducen a concebir una representación muy negativa de su propio sexo...». En otras palabras, las oposiciones estructurales se van imponiendo desde el principio masculino, de tal manera que las mujeres asumen desde el inicio su situación de dominadas gracias al *habitus* y a los «*esquemas de percepción, de apreciación y de acción*». Aunque, es importante subrayarlo desde ahora, pueden quedar a menudo espacios para la resistencia y el cambio.

Asistimos así a un proceso de asimilación de la dominación que tiene que ver en primer lugar con la construcción social e histórica de los cuerpos, una construcción que ha estado permanentemente permeada por la visión androcéntrica del mundo a partir de la que se organiza la división por género, de tal manera que estos se conciben y visualizan como esencias sociales jerarquizadas. Las prácticas femeninas, así aparezcan como un ámbito o dominio particular de las mujeres, suponen la existencia de un esquema de dominación masculina basado en la dicotomía masculino/femenino, alto/bajo, bueno/malo, etc. Es a partir de este esquema que se desarrollan las percepciones y las prácticas, naturalizadas, que se reproducen por medio de la división sexual del trabajo. A partir de todo ello se otorga al hombre el poder de dominar a la mujer. Es a partir de esta *violencia simbólica* que se estructuran las relaciones desiguales entre los géneros: un conjunto de hábitos, percepciones y esquemas de relación que producen y reproducen las asimetrías en las relaciones entre hombres y mujeres. Se trata por tanto de una estructura de relaciones de dominación en la que están atrapados por las concepciones del dominador no sólo los subordinados, sino también los mismos dominadores.

La dominación masculina se perpetúa así en todas las relaciones e instituciones sociales, puesto que es producto de una *violencia simbólica* invisible para sus propias víctimas. Las relaciones de dominación no se sustentan en decisiones conscientes, sino que están ocultas tanto para los dominantes como para dominados, y se expresan en percepciones y hábitos duraderos y espontáneos. Los dominados contribuyen, sin saberlo, a su propia dominación al aceptar las concepciones sobre los límites entre categorías sociales. Éstos se expresan en la forma de emociones corporales (vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad) y de sentimientos (amor, respeto, confusión verbal, rubor, rabia impotente) que son maneras de someterse, de mejor o peor gana, a la opinión dominante.

Pero reconocer que la dominación está inscrita en los cuerpos de los dominados no significa en ningún momento atribuir a las mujeres la responsabilidad de su propia opresión. Hay, más bien, formas estructurales que limitan las posibilidades de pensamiento y de acción que se imponen a las oprimidas –y por tanto también a quienes luchan por su liberación, como los movimientos feministas–. En consecuencia, la transformación de las relaciones de dominación no es sólo un problema de voluntad y de conciencia, sino que implica la transformación de las estructuras que las producen y reproducen, tanto entre los dominados como entre los dominadores, en lo que debería ser una relación de complicidad y mutua retroalimentación.

Pero, para poder escapar a esos estreñimientos, el punto de partida debe ser el conocimiento de la forma en que ellos funcionan y se implantan. Por ejemplo, es necesario saber que los *habitus* son inseparables de las estructuras que los reproducen. Así, la asimetría fundamental, la del sujeto y la del objeto, del agente y el instrumento, que se establece entre el hombre y la mujer, se produce y reproduce en el intercambio de los bienes simbólicos (ritos, mitos, relaciones de parentesco, matrimonio) y materiales. En ellos se expresa la división de los sexos, la que organiza la percepción del mundo, de la economía, de la reproducción biológica, otorgando poder al lado masculino y naturalizando las relaciones de dominación. Pero la división sexual no sólo está inscrita en las actividades productivas sino también en las actividades de representación atribuidas a los hombres, que se opone frontalmente a la situación de disposición de las mujeres como objetos de intercambio; o, en otra de esas dicotomías claves, en la forma como los hombres se encargan de los intercambios públicos, discontinuos y extraordinarios, mientras que las mujeres se ocupan de los intercambios privados, invisibles, continuos y cotidianos.

Sin embargo, no hay que olvidar que la dominación es resultado de un proceso de largo aliento: la transformación de los cuerpos en los que se inscribe la dominación ha implicado un desarrollo sistemático que ha incluido tanto las amenazas explícitas como la construcción simbólica del cuerpo para producir hábitos diferenciados y diferenciadores, en asimetría radical: la masculinización del cuerpo masculino y la feminización del cuerpo femenino han requerido de un tiempo considerable y aparentemente interminable. Se trata de un trabajo que no se detiene nunca, atento a las más nimias transformaciones: si un varón no posee las cualidades masculinas de dominación se le desprecia, si realiza actividades femeninas se le subvalora y si aumenta la participación de los varones en dichas actividades, se tiende a valorarlas. Al contrario, si la mujer entra a desarrollar actividades masculinas se la desprecia por masculinizarse, así como se devalúan aquellas actividades que, antes masculinas, pasan a ser realizadas de manera generalizada por las mujeres. En este sentido, cabe recordar que, según Bourdieu, el ser femenino es percibido y vivido como un ser para otro: la experiencia femenina es la del cuerpo-para-otro, la del cuerpo que está expuesto a la mirada y al juicio

de los otros, lo que convierte a las mujeres en objetos simbólicos. Por su parte, el varón debe desarrollar un esfuerzo desesperado por estar siempre a la altura de la idea dominante de hombre. Es de esta forma que se entretienen las formas de dominación con las de sumisión. Las mujeres participan indirectamente de los juegos de poder, puesto que lo hacen por intermedio de los hombres. Mientras ellos están compelidos a jugar directamente en las luchas por el dominio y, por tanto, a pelear entre sí, ellas se convierten en soportes y apoyos imprescindibles –pero subordinados– para las distintas facciones en lucha. De nuevo, como cuerpos-para-otros.

Esta visión androcéntrica se mantiene a lo largo de la historia. Aunque se perciben cambios, ellos son sobre todo aparentes. La dominación masculina se recrea históricamente en las estructuras objetivas y subjetivas, lo que no significa naturalizarlas o asumir una posición esencialista, sino que plantea la necesidad de hacer un gran esfuerzo analítico para descubrir las permanencias ocultas dentro los cambios. Esto es lo que Bourdieu reclama: «*reconstruir la historia del trabajo histórico de deshistorización*» teniendo como referente la forma de reproducción del orden de dominación y sus variaciones de una época a otra y de una sociedad a otra. Así, a la perpetuación del dominio masculino concurre el trabajo permanente de instituciones como la Familia –especialmente–, la Iglesia, la Escuela o el Estado: en ellas operan mecanismos encargados de mantener el orden de los sexos.

Frente a ello, un factor de cambio ha sido el cuestionamiento por parte del movimiento feminista del estado de las relaciones entre hombres y mujeres al poner en duda las evidencias de estas relaciones y romper con las visiones naturalizadoras. Pero a esta puesta en cuestión lo acompañan profundas transformaciones de la condición femenina: su mayor acceso a la educación secundaria y superior, al trabajo asalariado, a la esfera pública, y el consecuente distanciamiento de las labores domésticas y de las funciones de reproducción. Pero, señala Bourdieu, estos cambios son reabsorbidos por otras vías, persistiendo la dominación sobre las mujeres en, entre otros, la permanencia de la mujer en el ámbito doméstico y en la valorización de su papel seductor. Si bien ellas trabajan, sus oficios continúan estando relacionados con lo doméstico y con el campo de la seducción, permaneciendo en buena medida excluidas de los puestos de mando y de responsabilidad. Y cuando ellas ocupan este tipo de cargos, o bien éstos se feminizan y en consecuencia se devalúan, o bien ellas tienen que asumir posturas masculinas para obtener reconocimiento.

Es cierto que las estadísticas reflejan un aumento de la participación de las mujeres en muchos campos. Lo que no significa necesariamente una equivalente adquisición de poder: es por eso que se requiere una lectura no simplista de las estadísticas que permita develar la continuidad de la sumisión femenina. Esta permanece, pese a los cambios, por dos razones: por un lado, porque las mujeres comparten su separación de los hombres a causa de un coeficiente simbólico negativo; por otro, porque ellas permanecen profundamente distanciadas entre sí

(aunque compartan mucho y sobre todo la subordinación) por las muchas diferencias económicas y culturales que las afectan.

De esta forma, las mujeres, al quedar excluidas de lo público o de las llamadas 'cosas serias', permanecen encerradas en lo doméstico, actividades elogiadas, pero ordenadas de acuerdo con los intereses de los hombres. Ellas mantienen las relaciones de parentesco, realizan actividades domésticas no remuneradas, de beneficencia, de cosmética y estética, para mostrar su familia al mundo público; pero igualmente lo hacen en la empresa, siempre realizando actividades de presentación y representación. En definitiva, Bourdieu insiste en que, a pesar de los procesos de cambio, la estructura de dominación subyace a las relaciones entre los hombres y las mujeres. La asimilación de discursos y prácticas de dominación es una constante transhistórica, pero no por ello deshistorizada o natural. Esta constante de la dominación masculina está enraizada en los cuerpos y obliga a la «*superación de los dualismos*». Y concluye que la divulgación del análisis de la dominación masculina puede tener dos efectos: o bien reforzar simbólicamente la dominación, puesto que la verificación de la dominación recupera el discurso dominante; o bien neutralizar la dominación al favorecer la reacción de las víctimas. El análisis *relacional* de la dominación lleva a tomar una postura que suscita una movilización política; pero también puede conducir a justificar la dominación o a simplemente descubrir el hecho de que se hace parte de ella. El análisis y la acción política que reconozca la oposición masculino/femenino en la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela y entre las instituciones podrá contribuir, en el largo plazo, a su eliminación progresiva.

Para ello, habrá que trascender las dicotomías y asimetrías de género en las relaciones en las instituciones, desarrollando posturas que no desprecien lo distinto, sino que le den valor. En ese sentido, los movimientos de mujeres deberán romper su propias posturas autoritarias y competitivas, elementos que hacen parte de la estructura de la dominación masculina, así como con las diferenciaciones por clase, etnia o localización geográfica.

En síntesis, Pierre Bourdieu subraya cómo la dominación del hombre sobre la mujer, un ejemplo privilegiado de dominación, se fundamenta en la forma dicotómica y estructural en que construimos el mundo y desarrollamos conductas, sentimientos, pensamientos y relaciones entre personas y entre instituciones. Esta dominación se inscribe en los cuerpos, se instala en ellos persistentemente, en la forma de división sexual del trabajo y, por tanto, en el desarrollo de *habitus* diferenciados. Ciertamente, se deben tener en cuenta los cambios históricos en la división sexual del trabajo, pero también que los cambios ocurridos más recientemente en la condición de las mujeres y en las relaciones entre los géneros son a menudo poco decisivos: hay fuerzas estructurantes que los reordenan con el objetivo de mantener la dominación masculina.

Es destacable que un hombre y científico social como Bourdieu, que como todos nosotros está atrapado en la estructura de dominación masculina, analice

cómo la visión androcéntrica sigue presente en la sociedad y cómo las mujeres llevan la peor parte en esa estructura. Orientado desde los años sesenta –pero de forma más evidente en los últimos años de su vida– a dotar de elementos de análisis a los grupos más desfavorecidos de la sociedad, quizás una de las virtudes de este texto es que es capaz de plantear un análisis de la forma en que los dominadores – él incluido– se encuentran también constreñidos a actuar como tales.

El aporte de Bourdieu a los estudios de género y al movimiento feminista colombiano es el de la necesidad de un giro hacia el análisis estructural de las relaciones de dominación para ir más allá de las apariencias y del malestar individual, más allá de los grupos de apoyo mutuo, más allá de las posturas contestatarias para plantear políticas y trabajos colectivos entre hombres y mujeres. Porque no basta con ser mujer para poder analizar la sumisión femenina y la dominación masculina; tampoco se requiere ser mujer para participar de los movimientos sociales que buscan romper con la estructura de dominación masculina. Más bien, hombres y mujeres, científicos y científicas, políticos y políticas, juntos, están llamados/as a hacer quiebres radicales con las estructuras dicotómicas y asimétricas que están inscritas, cuasi-naturalizadas, en sus cuerpos. Ello sólo es posible si somos conscientes de que asumir esta posición entraña una enorme dificultad: la de reconocer que estamos atrapados en una estructura de dominación cuya fuerza la hace ahistórica –sin serlo– e impide de esta manera desentrañarla. En ese sentido, aunque el papel del movimiento feminista ha sido significativo, es importante evaluar qué tanto, en su interior, se mantienen formas de dominación ‘masculina’: autoritarismo, patriarcalismo, competencia, exclusión y autodesprecio.

Nos enfrentamos a una tarea tan ardua como es la de analizar las relaciones de dominación en diferentes campos e instituciones; para ello se requiere de un trabajo colectivo y científico que muestre los mecanismos que hacen perpetuar las relaciones de dominación y de sumisión. Por ejemplo: estudiar cómo las mujeres, a pesar de los cambios, siguen ocupando los papeles subordinados y los hombres, aunque cambien y deseen cambiar a favor de las mujeres, están atrapados por las exigencias de tener que mantener su posición de dominio para no perder su identidad; o cómo las mujeres se ven abocadas a continuar asumiendo papeles y trabajos femeninos, por ejemplo las labores domésticas y maternas, para poder asegurar así su reconocimiento social como personas.

El Plan de Desarrollo 2002-2006 ‘Hacia un Estado Comunitario’: algunas implicaciones para el conjunto de la economía y su proyección al campo colombiano

Diego Roldán Luna¹

Resumen

La propuesta de Plan de Desarrollo del Gobierno es una lista de buenas intenciones enmarcadas en grandes propósitos para resolver viejos y crecientes problemas, pero no contiene políticas claras ni instrumentos pertinentes para su logro. Las principales estrategias económicas sobre las que descansa el Plan encaran fundamentalmente la solución de tres problemas críticos: el déficit o ‘hueco’ fiscal acumulado, jalonado por las transferencias y la contingente deuda pensional; el pago de la ingente deuda pública cierta, interna y externa; y, la situación de violencia interna que, a juicio de muchos analistas es, junto con la pobreza y la miseria, una de las manifestaciones de la inestabilidad social colombiana. No parece, pues, haber margen fiscal para que el Gobierno logre uno de sus objetivos: el del crecimiento y la generación de empleo.

Abstract

The proposal of the Development Plan presented by the Government is a list of good intentions framed in the grandiose ideal of solving old and growing problems, but it does not contain a clear policy or pertinent instruments for its attainment. The main economic strategies sustaining the Plan deal, essentially, with the solution of three critical problems: the deficit or fiscal «hole», prompted by transfers and the contingent pension debt; the payment of the huge and ascertained public debt, internal and external; and the situation of internal violence which, according to many analysts, is –along with the poverty and misery of the population, one the tokens of the Colombian social instability. It seems, therefore, that there is no fiscal margin for the Government to attain one of its objectives: the growth and generation of employment.

Palabras claves: Déficit fiscal, reactivación económica, seguridad democrática, generación de empleo, endeudamiento, pobreza y miseria, entorno rural, manejo social del campo, concentración y acceso a la tierra, educación en y para el campo.

¹ Economista Agrícola, Consultor del Instituto Internacional de Cooperación Agrícola de la OEA en Bogotá. El análisis y los conceptos incluidos en este artículo son de exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen a ninguna institución.

Introducción

El pasado 15 de Noviembre de 2002, según precepto constitucional, el Presidente de la República, el Doctor Alvaro Uribe Vélez, presentó a consideración del Consejo Nacional de Planeación CONPES² el texto del Plan Nacional de Desarrollo 2002-2006. A través de 34 Foros regionales, que se iniciaron en Boyacá y terminaron en el Vaupés, el texto fue discutido y analizado y luego presentado en 20 audiencias públicas promovidas por organizaciones civiles, para que los 105 temas propuestos por el gobierno fueran examinados a la luz de los intereses ciudadanos. Después de 55 días de trabajo continuo, el 9 de Enero de 2003 el CONPES presentó a la Presidencia de Colombia, su concepto y sus recomendaciones³.

Posteriormente, el texto, como Proyecto de Ley 169/03C, en el que se incorporan algunas de las recomendaciones del CONPES, se presentó a las Comisiones Económicas Tercera del Senado y Cuarta de la Cámara de Representantes, para lo cual el Gobierno Nacional convocó al Congreso a sesiones extraordinarias. Las Comisiones iniciaron su estudio en el mes de Febrero, y para el 5 de Mayo, el proyecto de Plan había sido aprobado por el Congreso y pasado a sanción presidencial, a pesar de que, en el mes de Abril, algunos parlamentarios, especialmente los que pertenecen al Polo Democrático, habían solicitado al Gobierno que lo adoptara por decreto y de esa manera asumiera la responsabilidad frente a los programas y proyectos incluidos y, por lo tanto, también en el cumplimiento de sus metas.

En el proceso de trámite legislativo del proyecto se incluyeron nuevos artículos que, a juicio del Ministro de Hacienda, representaban un costo adicional de 3 billones de pesos en los programas de inversión del Plan, por lo que el Ministro manifestó que el Gobierno Nacional sólo respaldaría iniciativas en relación con la lucha contra la corrupción, la eficiencia del Estado y la participación ciudadana y que, por lo tanto, enfilaría sus baterías contra varios artículos del Plan de Desarrollo que habían sido aprobados sin su aval por parte del Congreso de la República⁴. Entre los artículos nuevos aprobados, había algunos que tenían que ver, principalmente, con los subsidios de energía para estratos 1, 2 y 3 del sector rural⁵.

² El pronunciamiento del CONPES sobre el Plan no es vinculante y por lo tanto no es de obligatoria aceptación por parte de la Presidencia. Constituye, pues, solo un conjunto de recomendaciones puestas a su consideración.

³ Ver Documento «Colombia se pronuncia sobre el Plan Nacional de Desarrollo 'Hacia un Estado Comunitario' 2002-2006", CONPES Editorial Guadalupe Ltda., Febrero 2003.

⁴ En declaraciones a la prensa escrita, el subdirector de Planeación Nacional expresó, por ejemplo, que había varios artículos incluidos en el trámite del proyecto en el Legislativo, que no correspondían a la parte programática del Plan y que podían ser demandables por lo que se denomina «unidad de materia». Citó el caso de algunas modificaciones al Código de Comercio, al Estatuto Tributario y al Código Civil, al igual que otro artículo sobre subsidios de vivienda para militares que le costaría a la Nación COP\$1 billón, y que, en su concepto, podrían caerse por visos de inconstitucionalidad al no estar avalados por el Ministerio de Hacienda.

⁵ Las modificaciones aprobadas tenían que ver con la destinación de los bienes incautados al narcotráfico para la atención y mantenimiento de drogadictos; la ejecución de un programa de

En general, el contenido de este plan ha sido criticado por diversos sectores ciudadanos y gremiales, muchos de los cuales lo consideran un plan militar, pero también, y de manera muy juiciosa y analítica, por la Contraloría General de la República⁶, hasta el punto de ser objeto de propuestas de modificación bastante profundas en relación con el texto y las cifras presentados por el Gobierno. Dentro del presente análisis, se incorporan algunas de las principales críticas y modificaciones hechas al Proyecto en los aspectos pertinentes al *campo*, y que fueron conocidas durante el proceso de elaboración de este documento⁷.

Se entiende que un Plan de Desarrollo es una carta de navegación con lineamientos generales y cierto nivel de puntualización. Por lo tanto, quienes pretendemos analizar críticamente sus objetivos y estrategias buscamos, en primera instancia, visualizar en su lectura tanto los elementos teórico-conceptuales y políticos que subyacen en el enfoque del Gobierno que trata de lograr los objetivos definidos en ese plan, como el nivel, coherencia y viabilidad de las estrategias explícitas o implícitas a través de las cuales pretende lograr su realización.

De igual manera, como en todo plan, en el presente se esbozan varios niveles de objetivos y propuestas: un nivel general y un nivel de propósitos temáticos, algunos de los cuales muchas veces, independientemente de los deseos, no van más allá de un conjunto de buenas intenciones, que cumplen el papel de llenar compartimentos y sub-compartimentos para cubrir aquello que, en el caso colombiano, se constituye en el «deber ser», sin que se logre avanzar siquiera en términos de prospectiva y lineamientos generales, al «deber hacer» y al «cómo hacer»⁸.

Al respecto es interesante resaltar que, entre los elementos críticos presentados en el actual plan de desarrollo, algunos de ellos aparecieron también como tales en el plan de desarrollo del gobierno anterior: «*CAMBIO PARA CONSTRUIR LA PAZ*»⁹

desarrollo forestal para la sustitución de cultivos; la construcción de varias vías en la Costa Atlántica mediante concesión; el establecimiento de una nueva política de Estado para el Amazonas, el Pacífico Colombiano y la Sierra Nevada de Santa Marta; la atención prioritaria a estratos 1 y 2 de población desplazada en la ampliación de cobertura educativa; y la creación de un fondo nacional para asumir los costos de atención en salud a población desplazada no afiliada. También con la evaluación de IPS públicas; la creación del Programa Nacional de Alimentos; la financiación de las corporaciones autónomas regionales; los criterios y manejo de la asignación de subsidios de vivienda, y la financiación de las vías longitudinales de capitales departamentales. Ver «Boletín de Prensa. Oficina de Información y Prensa/ Senado de la República», Jueves 20 de Marzo 2003.

⁶ El Contralor General de la República presentó a consideración del Congreso un documento de evaluación del Plan Nacional de Desarrollo. Ver Documento «Evaluación del proyecto de Ley por la cual se expide el Plan Nacional de Desarrollo Hacia un estado comunitario», Bogotá, Imprenta Nacional, Marzo 2003.

⁷ Hay que advertir que este artículo se terminó cuando aún el Plan de Desarrollo estaba en discusión por parte del Congreso y no había sido aprobado por tanto por el Gobierno Nacional.

⁸ De hecho, la mayoría de los planes anteriores se distinguen por su tímida aplicación en la práctica.

⁹ La ley 508 de 1999, por la cual se expidió el Plan de Desarrollo del gobierno de Andrés Pastrana, fue declarada inexecutable por vicios de forma mediante sentencia C-557/2000 de la Corte Constitucional del dieciséis (16) de Mayo de dos mil (2000).

y a los que se les dio relevancia: el conflicto social, el narcotráfico, el desempleo, y el déficit fiscal, problemas que en la última década se van perfilando, más que como crónicos, como endémicos y progresivos. Por ello, alguien perteneciente a uno de los gremios de la producción afirma que el actual plan es «*lo mismo de lo mismo*», pero con distinta fecha y en circunstancias sociales y económicas cada vez más críticas para el país.

El esquema original del plan de desarrollo

El Plan lo presentó el gobierno a través del PROYECTO DE LEY 169/03C DE 2003, dividido en dos Títulos: TITULO I: Parte General con un capítulo único que comprende los artículos 1° al 4°; y el TITULO II: Plan de Inversiones Públicas, enmarcado en cinco capítulos que comprenden los artículos 5° al 88°.

En el TITULO I Parte general, en su capítulo único, artículo primero, el Plan presenta los objetivos nacionales y sectoriales de la acción estatal, estableciendo como propósito fundamental la Construcción de un Estado Comunitario, entendido como tal un Estado: a) participativo que involucra a la ciudadanía en la consecución de los fines sociales; b) gerencial que invierte con eficiencia y austeridad los recursos públicos; y, c) descentralizado en la medida en que privilegia la autonomía regional con transparencia, responsabilidad política y participación comunitaria.

Para alcanzar este propósito, el Plan Nacional de Desarrollo se propone la búsqueda de cuatro objetivos principales:

- Brindar seguridad democrática que asegure la viabilidad democrática y afiance la legitimidad del Estado. Se buscará brindar seguridad y protección a todos los colombianos sin distinción de color político, credo religioso, convicción ideológica o nivel socioeconómico.
- Impulsar el crecimiento económico sostenible y la generación de empleo, bajo un ambiente de estabilidad macroeconómica y de precios, garantizando la sostenibilidad de la deuda pública y un adecuado acceso de la economía colombiana a los mercados financieros y de bienes y servicios internacionales.
- Construir equidad social mejorando la distribución del ingreso y el crecimiento económico jalonado por el sector privado. Se buscará la consolidación de un país de propietarios, que al mismo tiempo vincule al Estado en el gasto social eficiente y en la protección a los sectores más vulnerables de la sociedad.
- Incrementar la transparencia y eficiencia del Estado, a través de un rediseño de las entidades, unas reformas transversales de fondo y una profundización de la descentralización.

En este mismo capítulo, en su artículo segundo, el Plan presenta un diagnóstico general de la Economía y de sus principales sectores y grupos sociales, utilizando los siguientes indicadores para el cuatrienio:

Tabla 1 PRINCIPALES INDICADORES MACROECONÓMICOS 2002- 2006

VARIABLES GENERALES	2002	2003	2004	2005	2006
Crecimiento Real	1,6	2,0	3,3	3,7	3,9
IPC fin de período	6,9	5,5	4,5	3,5	3,0
Déficit en cuenta corriente (% PIB)	-1,9	-1,2	-1,5	-1,6	-2,0
Déficit Fiscal (% PIB)	-4,0	-2,5	-2,1	-2,0	-2,2
Relación Deuda/PIB	50	51,5	52,1	51,7	51,4

Fuente: Ministerio de Hacienda y Crédito Público, DNP, B. De la R.

El artículo tercero incorpora al cuerpo del Plan el documento originario «*Hacia un Estado Comunitario*», y el artículo cuarto establece una vinculación y armonización de la planeación nacional con la territorial, para lo cual ofrece la siguiente información:

Tabla 2 REGIONALIZACION INDICATIVA TOTAL GENERAL 2002-2006
(Cifras en millones de pesos constantes 2002)

SECTOR	REGIONES						NACIONAL	TOTAL
	COSTA ATLAN.	OCCIDENTE	CENTR.ORIEN	ORINOQUIA	AMAZONIA	BOGOTÁ		
Fip 1/	514.231	469.625	363.880	57.133	263.916	87.835	3.402	1.760.022
Gobierno	29.502	57.428	34.963	22.728	11.798	35.468	1.131.551	1.323.438
Defensa	9.233	5.460	12.641	464	2.783	6.331	3.225.614	3.262.526
Justicia	97.828	173.358	161.806	23.379	4.090	65.702	189.750	715.913
Hacienda	0	312	0	0	0	0	4.378.045	4.378.357
Agricultura	166.028	31.162	54.116	34.657	7.693	5.513	636.883	936.052
Social 2/	12.910.424	19.996.400	15.201.706	3.084.946	1.649.448	5.550.545	10.442.096	68.835.565
Infraestruc.	1.387.467	2.549.227	3.877.862	1.871.906	94.710	711.422	19.885.718	30.378.312
Org.Control	0	0	0	0	0	0	406.857	406.857
Medio Amb.	10.959	12.293	3.076	6.981	7.364	2.800	134.295	177.768
TOTAL GENERAL	15.125.672	23.295.265	19.710.050	5.102.194	2.041.802	6.465.616	40.434.212	112.174.811

1/ Fip = Fondo de inversiones para la paz 2/ Corresponde a Salud, Trabajo, Educación, Cultura, Vivienda, Saneamiento básico y Regalías.

Fuente: DNP – DIFP

Estas cifras corresponden a las erogaciones que realizará la nación directa o indirectamente en las regiones.

En el TITULO 2, Plan de Inversiones Públicas, el Plan presenta en su Capítulo I, artículo quinto, la Proyección de Recursos Financieros disponibles para el plan de inversiones públicas 2002-2006:

Tabla 3 FUENTES Y USOS INVERSIÓN PLAN DE DESARROLLO 2002-2006
(Millones de pesos constantes de 2002)

FUENTES		USOS	
Ingresos corrientes	51.872.282	GobiernoFuncionamiento	73.465.565
Crédito	21.593.283	(SGP)	51.872.282
Recursos Propios	19.066.654	Inversión	21.593.283
Participación Sector Privado	19.642.591	Establecimientos públicos	9.428.903
		Descentralizado	9.637.751
		Otra Inversión	19.642.591
TOTAL	112.174.811	TOTAL	112.174.811

Fuente: MHCP – DNP

En el Capítulo II, en su artículo sexto, se presenta una descripción de los principales programas de Inversión que el Gobierno Nacional espera ejecutar durante la vigencia 2002-2006. Esta descripción se hace con referencia a cada uno de los 4 objetivos esbozados en el artículo primero.

Así, para lograr la Seguridad Democrática, el Gobierno plantea una estrategia que comprende: el fortalecimiento de la fuerza pública, la desarticulación de la producción de droga, el fortalecimiento de la justicia y la atención a las zonas deprimidas y de conflicto. El Gobierno señala que este aspecto del Plan demanda la aplicación de enormes sumas del recurso fiscal del país, además de la activa participación de la comunidad internacional.

Como elementos relevantes de esta estrategia aparecen, entre otros, los siguientes:

- Contar al final del cuatrienio con 160.000 soldados y 100.000 policías.
- Preparar un millón de ciudadanos cooperantes, en las ciudades y el campo.
- El programa de seguridad vial en todo el país.
- Detección, erradicación forzosa y voluntaria de los cultivos ilícitos e incautación de bienes.
- Control de lavado de activos fortaleciendo el Grupo de Acción Financiera sobre el Lavado de Activos (GAFI-FATF).
- Programa contra la extorsión y el secuestro y demás modalidades de criminalidad organizada.
- Fortalecimiento del sistema de justicia y su reorganización administrativa.
- Desarrollo de la estructura física y social y restablecimiento de la base económica y social en zonas marginadas.
- Dentro del plan de protección a los Derechos Humanos, habrá atención a la población desplazada y desarrollo de planes económicos para su retorno. Igualmente adelantar investigaciones sobre violación de derechos, y, finalmente, un plan contra las minas antipersonales.
- Planes de desarrollo de la convivencia y de rescate cultural.
- Fortalecimiento de la comunidad Andina y de convenios comerciales como el ALCA y otros multilaterales.

Para el logro del crecimiento sostenible y la generación de empleo, la política económica que define el Gobierno como motor básico de este crecimiento se apoya básicamente en: a) impulso a la vivienda y la construcción, b) impulso a la exploración y explotación de hidrocarburos, c) impulso al transporte masivo y mantenimiento y conservación de carreteras, d) optimización en prestación y reestructuración de empresas de servicios públicos domiciliarios, e) promoción y estímulo a la investigación, innovación y desarrollo tecnológico, f) apoyo a actividades en relación con la competitividad y desarrollo, g) consolidación de la política comercial h) promoción y apoyo a la sostenibilidad ambiental, i) apoyo a la generación de empleo en términos de reforma a la empleabilidad, capacitación y apoyo al cesante.

Para el logro de la equidad social, la acción fundamental se refiere al apoyo y fortalecimiento de: a) la educación en los aspectos de cobertura y calidad, b) protección y seguridad social, en relación con aseguramiento, salud pública, niñez y mujer, c) economía solidaria, d) manejo social del campo en relación con estructura rural y vivienda, alianzas productivas, desarrollo científico y tecnológico para el campo, y acceso a factores productivos y financieros, e) esquemas asociativos y participativos en prestación de servicios públicos, f) micro y medianas empresas, g) calidad de vida urbana, h) prevención y mitigación de riesgos naturales en dos frentes principales que son: el conocimiento en riesgos naturales y su divulgación, y la reducción de la vulnerabilidad financiera del gobierno ante desastres, j) fortalecimiento de los grupos étnicos, y, k) desarrollo del programa «*Mujeres constructoras de paz y desarrollo*».

En cuanto al incremento de la transparencia y eficiencia del Estado, este objetivo se pretende cumplir a través de: a) una nueva cultura de gestión de lo público, que busca la renovación de la administración pública especialmente en sus aspectos de lucha contra la corrupción y de estímulo de la austeridad, y b) la profundización de la descentralización y desarrollo territorial, con énfasis en el fortalecimiento de la democracia local y de la participación de la sociedad civil en la gestión pública y en el ordenamiento y desarrollo territorial.

En el capítulo III, denominado «Presupuestos plurianuales», el artículo séptimo describe el Proyecto de Plan de Inversiones y Gasto social para el cuatrienio, mediante la agregación sectorial de los items presentados arriba en la Tabla 2.

En el Capítulo IV «Mecanismos para la Ejecución del Plan», se describe, a través de los artículos octavo al ochenta y seis, la forma como este plan va a ser implementado sectorialmente, refiriendo constitucionalmente los distintos temas y enmarcándolos en once secciones:

- Disposiciones de carácter general
- Sector del Interior y de Justicia
- Sector de Agricultura y Desarrollo Rural
- Sector de la Protección Social
- Sector de Minas y Energía

- Sector de Comercio, Industria y Turismo
- Sector de Educación Nacional
- Sector de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial
- Sector de Comunicaciones
- Sector de Transporte
- Sector de Cultura

En el Capítulo V se dan Disposiciones Finales a través de los artículos 87 y 88.

El plan visto en su conjunto

Con el propósito de contextualizar los comentarios relativos al «*campo*», objeto específico del presente documento, presentamos, en primera instancia, algunos comentarios en relación con el conjunto de la economía visto en la perspectiva del Plan.

En términos generales, el Plan, a nuestro juicio, es en síntesis una notable lista de buenas intenciones, donde la relación de las cifras macroeconómicas y financieras imprimen una sensación de debilidad en la medida en que en el texto no se proponen políticas claras detrás de los propósitos ni aparecen tampoco los instrumentos pertinentes para su logro, por lo cual el esfuerzo del cálculo aritmético hecho para ilustrar la tabla de recursos parece limitarse a encontrar las cifras mágicas de ingreso adecuadas a los egresos definidos. Al decir de la Contraloría General de la República en su documento: «*Muchas de las acciones contempladas resultan ser una enunciación de propuestas, sin criterios o pautas que guíen su ejecución, lo cual puede dar lugar a diversos y contradictorios desarrollos posteriores*»¹⁰.

Dada la complejidad y extensión de los distintos temas que sería necesario abordar, nos limitamos a hacer referencia a tres elementos –que estimamos críticos– del Plan: la Equidad y la Seguridad Democrática, el Contenido y Alcance de los Recursos, y el Crecimiento y la Generación de Empleo.

La equidad y la seguridad democrática: dos conceptos articulados

Vale la pena iniciar estos comentarios centrales refiriéndonos a las principales inquietudes expresadas por el CONPES en relación con la versión inicial del texto del Plan que le fue presentada por el Gobierno Nacional. Aunque algunas de estas recomendaciones fueron acogidas en el texto del proyecto presentado al Congreso, quedaron sin embargo ausentes algunos elementos que a continuación reseñamos y que, a nuestro juicio, hubieran fortalecido algunos de los principales enunciados hechos por el Gobierno¹¹.

¹⁰ Contraloría General de la República, *opus cit*, p. 25.

¹¹ Estas ausencias fueron puntualizadas por los Doctores Roberto Ortegón Yáñez, Presidente actual del CONPES, y Manuel Rodríguez Becerra, Ex ministro del Medio Ambiente, en su charla del

En primer lugar, el CONPES sugirió al Gobierno que, para asegurar el éxito y la coherencia del propósito de un Estado Comunitario, era necesario ampliar la característica de participativo, involucrando a la diversidad étnica y cultural de la Nación en la construcción de ciudadanía para lograr los fines sociales del país, privilegiando la autonomía regional con responsabilidad política, equidad territorial, competencia multicultural y participación comunitaria. De igual manera consideró importante que se explicitara que, en su condición de Estado social de Derecho, el Gobierno debería asumir la responsabilidad irrenunciable de provisión de bienes públicos, de dirección y regulación de la economía, de solución de brechas y desequilibrios sociales y territoriales, de liderazgo, legitimidad y convocatoria en la defensa de los derechos de los más pobres y en la cooperación total con los actores sociales.

En el aspecto de la sostenibilidad ecológica de Colombia y en procura de construir el bien común, el Consejo sugirió que el Estado debía asumir un compromiso explícito definitivo con la protección del patrimonio ambiental del país y su uso sostenible para bien de la colectividad. Esto, por supuesto, no solamente no es acogido como tal en el nuevo texto, sino que la debilidad del compromiso se refleja en el plan mismo de inversiones, donde la cifra correspondiente al medio ambiente representa un escaso 0,16% de la inversión total, que a todas luces es insuficiente para apoyar financieramente los programas señalados por el Gobierno en ese tema, como por ejemplo: *Conservación y uso sostenible de bienes y servicios ambientales, Ordenamiento y manejo integral de micro-cuencas en cerca de 500.000 has., Generación de ingresos y empleo verde, Sostenibilidad ambiental de la producción nacional, Planificación y administración eficiente del medio ambiente*¹².

Otro elemento considerado crítico por el CONPES, y no recogido por el Gobierno, es el relativo a la seguridad democrática. El Consejo conceptúa, y en ello lo acompañamos, que la seguridad se construye por medio del respeto a los derechos humanos, el pluralismo político y la participación ciudadana, y que esos elementos constituyen *la acción, el predicado y el compromiso de la autoridad*. La autoridad no debe ser, pues, el sujeto de la Seguridad y por lo tanto ésta debe ser integral. Considera el Consejo que la Seguridad no es solamente el estado en el cual el sujeto, individual o colectivo, no se sienta vulnerable, sino que implica ante todo la constitución de un colectivo político, de un Estado legítimo, que garantice la dignidad de la vida como un valor intrínseco de todo ser humano. El derecho a la vida incluye la posibilidad de disponer de los medios necesarios para vivir dignamente, de acceder a la seguridad social, al trabajo y al medio ambiente

pasado día dos de Abril, durante el Ciclo de Tertulias organizado en Bogotá por la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, durante el primer semestre del año 2003.

¹² Ver el Artículo 6º, «Descripción de los principales programas de Inversión» Sección B Crecimiento económico y generación de empleo, literal 8 Sostenibilidad ambiental, del texto del Plan presentado al Congreso.

sano, entre otros derechos importantes etc. La vida no es, pues, simplemente una circunstancia biológica. En síntesis, el Consejo conceptúa que la seguridad integral debe, entonces, propiciar la articulación de la fuerza, es decir de lo militar, con la expresión de lo político, del orden jurídico y de la paz y plantear las tareas que conduzcan a la realización de este objetivo.

Plan de Desarrollo y recursos

Un aspecto importante a resaltar es el que tiene que ver con la fuente y alcance de los recursos financieros necesarios para la ejecución del Plan. Históricamente en Colombia, en los planes de desarrollo se han determinado los egresos y posteriormente se buscan los ingresos necesarios para cubrirlos. Esto ha llevado sistemáticamente no sólo al endeudamiento progresivo para suplir notables faltantes, sino al castigo mismo de la inversión cuando no se logra recaudar todo lo presupuestado. De hecho, es de lógica dar por sentado que una parte sustancial de los 112 billones de pesos de aforo del Plan no corresponde a inversiones sino a gastos de funcionamiento.

El hecho de que un país cuya relación Deuda/PIB a finales del 2002 era del 50% (ver Tabla 1) y al final de Febrero del 51%¹³, dependa a su vez en un 20% del crédito (\$21.593.283) como una fuente para financiar el total de sus egresos en los cuatro años (ver Tabla 3), le imprime al Plan un elemento de incertidumbre, por una parte, y de agravamiento de las condiciones del Estado como gran deudor consuetudinario, por otra. Y ello acompañado, por supuesto, del desgüeño fiscal por corrupción, condición esta que parece aun lejos de ser culturalmente erradicada del manejo de la cosa pública y del escenario nacional en general. Este es, pues, el signo de los tiempos para un Estado quebrado que no solo necesita recursos para invertir sino que requiere de algunos importantes para saldar deudas y así cuidar su imagen de gran prestatario y buen pagador¹⁴.

Otra importante fuente de ingresos reseñada por el Gobierno es la relativa a la «Participación del Sector privado», con un monto de \$19.642.591, cifra altamente incierta cuando uno se pregunta acerca de cuál es la posibilidad de que el sector privado realmente participe en ello¹⁵.

¹³ Datos del periódico *La República*, edición digital de noticias Economía en Red, Mayo 7 del 2003.

¹⁴ A esta precariedad de los ingresos del Gobierno, hay que añadir la ineficacia de la captación fiscal por parte del Estado, que ha llevado a la pérdida de recursos del orden de los 4 billones de pesos.

¹⁵ Al respecto, un directivo gremial de Camacol, afirmaba en una de las tertulias sobre el Plan realizadas en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, que una posible participación se daría en la parte de infraestructura relativa a Comunicaciones, Energía y Minería y Petróleo, así como también en la relativa a Vías por Concesión. La gran inquietud es que no hay un fondeo viable en términos de acceso a mercados de capitales como para que el sector privado nacional asuma esas inversiones. Por lo tanto, buena parte de ello se daría a partir de compañías extranjeras que, por supuesto, no generan valor agregado nacional sustancial y, además, compensan con los altos precios de las obras la asunción de riesgos.

Dos temas preocupantes con relación a la fuente, alcance y distribución de los recursos son los que tienen que ver con la llamada «*Revolución Educativa*» y la «*Ampliación y mejoramiento de la protección y la seguridad social*», temas cruciales para el desarrollo social del país. Si bien el presupuesto (gastos de funcionamiento e inversión) para lo Social en el plan abarca un poco más del 60% del total del Plan para los cuatro años (68.8 billones de pesos), este rubro cubre Salud, Trabajo, Educación, Cultura, Vivienda, Saneamiento básico y Regalías, aspectos todos ellos fundamentales en el Plan, enmarcados en ambiciosos propósitos y por lo tanto en generación de grandes expectativas. Esto, unido al hecho claro de existencia de incertidumbre con respecto a fuentes de ingresos suficientes, no augura logros sustanciales.

En el caso de la educación preescolar, básica y media, el gobierno busca crear un millón y medio de cupos en educación preescolar, básica y media con base en aumentos de eficiencia y en recursos provenientes de reformas, acompañado todo ello de esquemas de mejoramiento en la calidad. En el caso de la educación superior se espera retener e incorporar a cerca de 400 mil estudiantes, a través de diversos mecanismos, entre ellos la prevención del retiro de estudiantes, la financiación de aquellos de menores recursos, la ampliación de nuevos cupos, y la racionalización de recursos a través de la financiación de las Universidades públicas por el sistema de indicadores de desempeño por institución, este último enfoque basado fundamentalmente en índices de cobertura, lo cual podría ir en contravía del estímulo a la investigación en la Universidad que enuncia el gobierno dentro del Plan.

Dentro de estos propósitos relativos a la educación, tampoco hay claridad en relación con los instrumentos para ponerlos en práctica. Hay sin embargo que admitir que en el aparte A, sobre SEGURIDAD DEMOCRÁTICA, el Plan, aisladamente, se refiere al «fortalecimiento de la convivencia y los valores», dentro de lo que menciona aspectos que más bien podrían reforzar algo de los ausentes instrumentos destinados a la implementación de la llamada Revolución Educativa. Por ejemplo:

- Impulso a las cátedras de convivencia.
- Proyectos encaminados a la resolución pacífica de conflictos y el reconocimiento y formación en valores fundamentales como la solidaridad, la tolerancia y el respeto por la diversidad cultural.
- Iniciativas con miras a la apropiación social del patrimonio cultural, como la revitalización de los centros históricos y la promoción y difusión del patrimonio oral e inmaterial colombiano.
- Plan Nacional de Lectura y Bibliotecas cuya meta es hacer de Colombia un país de lectores y mejorar sustancialmente el acceso equitativo de los colombianos a la información y al conocimiento.
- Fortalecimiento de aproximadamente 500 bibliotecas públicas y privadas, ampliación de su dotación en materia de bienes y servicios, y adelanto de campañas de promoción del libro y de la lectura.

- Plan Nacional de Música para la Convivencia, el cual se enfocará especialmente a niños y jóvenes pertenecientes a orquestas, coros, bandas y otras agrupaciones en todos los rincones del país.
- Dotación de 200 bandas musicales y la investigación, promoción y difusión del patrimonio musical colombiano.
- Fomento al deporte, la recreación y la educación física.

En relación con la Protección y la Seguridad Social, aspecto que, a casi diez meses del período de Gobierno actual, continua en crisis y en enorme postración, el Gobierno, a partir del enunciado general de fuentes de financiación, espera incorporar por lo menos cinco millones de nuevos afiliados al régimen subsidiado de salud, mejorar el acceso y la prestación de servicios de salud en el Sistema mediante la reestructuración y capitalización de hospitales, y crear redes de atención. Asimismo, se espera la ampliación de cupos alimentarios para niños, con el fin de otorgar cerca de 500.000 desayunos o almuerzos, buscando alcanzar durante el cuatrienio hasta 1.300.000 beneficiarios de este programa y también trabajar en la prevención y atención de la violencia intra-familiar, y a favor de los grupos más vulnerables de la población, como los ancianos y los discapacitados.

De nuevo la pregunta, ¿ habrá recursos suficientes para tan buenos propósitos?

El crecimiento y la generación de empleo

Es de Perogrullo, en términos del crecimiento económico, que la generación de empleo nace fundamentalmente de la inversión privada y complementariamente de la pública. La inversión privada, especialmente la que tiene que ver con la producción de bienes y servicios, actúa sobre la lógica de la acumulación de capital, en el sentido de que lo que el capital encuentra rentable producir es lo que espera vender y esto presupone un mercado donde haya agentes sociales cuyos ingresos, altos o bajos, les den capacidad de consumo¹⁶. Es allí donde parece residir entonces el meollo de la baja capacidad empresarial para generar empleo

El actual gobierno diseñó una reforma laboral cuyo resultado inmediato fue la baja en el salario medio, debido al nuevo tratamiento de la jornada de trabajo y por lo tanto al cambio de la naturaleza de la jornada nocturna y de las horas extra. El efecto esperado ha sido que el sector privado respondiera con una absorción de mano de obra adicional aprovechando los recursos liberados, hecho que hasta el

¹⁶ Las cifras de pobreza, dadas a conocer recientemente por agencias nacionales e internacionales, señalan que el 64% de la población colombiana, es decir 28 millones de colombianos, viven en la pobreza. De ellos 10 millones apenas sobreviven en condiciones de miseria. La pobreza alcanza al 55% de los habitantes urbanos, mientras cubre al 79% de los habitantes rurales. Se encuentran en condición de miseria (extrema pobreza) el 14% de los ciudadanos y el 37% de los habitantes del campo. Estas cifras significan que retrocedimos a los niveles de pobreza de 14 años atrás, algo que las agencias internacionales califican como tragedia social. Ver la editorial de la revista «Salud Colombia», Edición 72 Marzo/Abril 2002. <http://WWW.saludcolombia.com>

momento no parece ni siquiera insinuarse. Lo que es claro, entonces, es que si hubiera una perspectiva de ampliación de mercado interno o externo, y, por lo tanto, una expectativa de rentabilidad, la inversión productiva no se haría esperar, sin que los costos laborales fueran los determinantes.

A nuestro juicio, dentro de los propósitos y programas del Plan, no hay señales claras que indiquen el diseño de una política de reactivación económica, con excepción de algunos efectos colaterales que se esperaría surgieran del gasto en armamento (que no es fundamentalmente de producción nacional) y de las remuneraciones y otros gastos inherentes al programa de defensa, lo que de ninguna manera insinúa la posibilidad de fomentar, vía ingreso de factores, el aumento de un consumo masivo de bienes y servicios y de encadenamientos hacia delante y hacia atrás de esquemas productivos que cumplan una función reactivante. A esto habría que añadir la perspectiva que el Gobierno cocina en relación con la congelación de los salarios del sector público, algo que seguramente induciría a una conducta semejante en el sector privado.

Lo mismo podría decirse de los programas de vivienda como estrategia de crecimiento. El Plan contempla la construcción de 400.000 nuevas viviendas de interés social con base en un subsidio oficial. ¿Qué podría esperarse de este propósito, cuando, a nueve meses de Gobierno, parece haberse reducido el monto del subsidio familiar a vivienda y perdido parte del monto total (40%) por problemas operativos?¹⁷

Tal vez la actividad comercial tendría aun algún margen de operación, especialmente a partir de las importaciones (lícitas o ilícitas) de bienes, especialmente si se tiene en cuenta que aun existen nichos de mercado dinámicos especialmente en estratos medios altos y altos de la población¹⁸.

Lo cierto es que las principales estrategias económicas sobre las cuales descansa el Plan están dirigidas fundamentalmente a la solución de tres problemas críticos: a) el déficit o «hueco» fiscal acumulado jalonado por las transferencias y la deuda contingente pensional¹⁹; b) el pago de la ingente deuda pública cierta, interna y externa²⁰, robustecida esta última por la agresiva devaluación del 26,89 % en el

¹⁷ Comentarios de un miembro de CAMACOL en una de las tertulias sobre el Plan realizadas en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. De acuerdo con la Contraloría General de la República, un factor de preocupación sobre la política de vivienda de los últimos cuatro años es que los subsidios se asignan, pero finalmente tan sólo un porcentaje reducido de ellos llega a desembolsarse a los beneficiarios.

¹⁸ Claro está que una parte importante de los capitales comerciales invertidos en almacenes de cadena son de origen externo, como es el caso de Carrefour y Macro, cuyas ganancias en buena parte no serían reinvertidas en el país.

¹⁹ Según cálculos hechos por el DNP, al año 2001, el Valor Presente Neto de los pasivos pensionales públicos (o con garantía pública) acumulados, calculado a un horizonte de 50 años vista, representaba a esa fecha el 205% del PIB. Ver Sergio Clavijo, «Deuda Pública cierta y contingente: el caso de Colombia», Banco de la República, Borradores de Economía, Abril 2002.

²⁰ De acuerdo con el Banco de la República, la deuda pública interna a finales de Febrero de 2003 ascendía a 50.000 millones de pesos y la externa pública a 14.606 millones de dólares. La deuda pública externa total (pública más privada) ascendía en esa fecha a un total de US\$ 38.056 millones.

ultimo año; y, c) la situación de violencia interna en el país que, a juicio de muchos analistas, es, junto con la pobreza y la miseria, una de las principales manifestaciones de la inestabilidad social colombiana. No parece, pues, haber margen fiscal para que el Gobierno logre su objetivo de Crecimiento y Generación de empleo.

Tal como se plantean las cosas, lamentablemente tendríamos que admitir que el algoritmo del Resultado del Plan sería algo así como: Pago de Deuda + Seguridad Democrática + Gastos de Funcionamiento + Inversión Pública restringida por insuficiencia de Ingresos y cubrimiento del Déficit Fiscal = Desarrollo Económico (Crecimiento + Distribución de Ingresos) altamente restringido y, por tanto, un mayor y peligroso deterioro de la situación social del país y de las finanzas mismas del Estado.

El campo en el marco del plan de desarrollo

El Plan aborda puntualmente el tema del campo y de la agricultura en dos apartes: el uno referido a los propósitos, está inscrito en el artículo sexto, objetivo C. CONSTRUIR LA EQUIDAD SOCIAL, sección cuatro «Manejo social del campo»; el otro, operativo, en el Capítulo IV «Mecanismos para la ejecución del Plan», sección tres: Sector de Agricultura y Desarrollo Rural, a través de los artículos 23° al 35°. Sin embargo, el documento se refiere transversalmente a este tema en varios de los otros puntos que tienen que ver con lo social y productivo de este escenario de la vida colombiana. De la misma manera nos vamos a referir a ellos en lo que sigue del presente documento.

Algunas precisiones con respecto al campo

La denominación de *campo* queremos asimilarla en este contexto al espacio, medio o entorno rural en Colombia. Esta precisión nos parece fundamental, por una parte, porque es el concepto «campo» el que dentro del plan de desarrollo se utiliza como objeto de algunas políticas y, por otra, porque el imaginario colectivo institucional y personal, asocia, por tradición, al *campo* con lo exclusivamente agropecuario, lo que lleva no pocas veces a la falta de claridad y alcance de las acciones gubernamentales que tienen que ver con este escenario socioeconómico en la territorialidad colombiana²¹.

El entorno rural trasciende la actividad agropecuaria y entraña un complejo tejido de relaciones sociales, económicas, étnicas y culturales, dentro de las cuales la unidad económica familiar campesina, las comunidades indígenas y en general diferentes grupos étnicos, han constituido históricamente la base de la estabilidad poblacional del campo, con una función potencial fundamental en lo referente al manejo de los

²¹ Un desarrollo más detallado de lo que se señala a continuación se encuentra en D. Roldán, «Elementos para una caracterización de la actividad económica en el medio rural», documento de análisis no publicado, 2002.

recursos naturales y la sostenibilidad del ecosistema²². Aunque se reconoce que lo rural se ha construido históricamente a partir de la producción agropecuaria, su dinámica es de carácter multisectorial, hasta el punto que, en la actualidad, aproximadamente la mitad del empleo rural se genera en subsectores de servicio e industria, artesanal, turismo y cultura, entre otros, y los territorios rurales contribuyen al producto nacional en cerca del 42 %, dentro de lo que solo el 12 % es de origen agropecuario (Echeverri, 1998, p. 17). Estas cifras, por supuesto, podrían reflejar también un deterioro relativo de la actividad productiva agropecuaria en las actuales circunstancias, pero son de todas maneras ilustrativas de la caracterización que quiere hacerse del entorno rural como escenario diversificado²³.

En este contexto, la invitación es, pues, a centrar la atención en el hecho de que existen muchos habitantes rurales en las distintas sociedades contemporáneas que son productores directos y que realizan por lo tanto actividades económicas dirigidas fundamentalmente al mercado, lo cual los identifica como trabajadores con vinculaciones específicas a la tierra, a la agroindustria, a la agricultura capitalista y a su propio auto-sostenimiento parcial. No son todos ellos, por lo tanto, trabajadores desposeídos, pero tampoco su «producción mercantil» corresponde a la estructura de empresa capitalista manufacturera en la medida en que los elementos familiares y condición de producción colectiva del hogar, así como la lógica de inmersión en la comunidad local, están incorporados culturalmente en el proceso de su actividad económica.

Lo anterior implica que la existencia histórica del productor rural trasciende el nivel de lo económico y que, al hablar genéricamente de campesinado, estamos refiriéndonos a distintos grupos ubicados en el entorno rural, que poseen identidades culturales y étnicas que se expresan en una manera peculiar de vivir las relaciones familiares, comunitarias y veredales, donde la actividad económica sobre la cual se apoya hacen parte de ese esquema de vida, mediatizado naturalmente por las formas en que se da su relación, funcional o forzosa, con otros agentes sociales, como el ganadero, el dueño de tierras el intermediario comercial, la unidad agrícola capitalista, el narcotráfico, la guerrilla, las autodefensas, la empresa agroindustrial procesadora de alimentos o materias primas, el tendero, el banco, las instituciones del Estado etc.²⁴

²² El equipo de la Misión Rural (ver Echeverri, 1998, p. 15), aborda el tema y se refiere a la nueva realidad rural, puntualizando que lo rural es una categoría del mismo orden y nivel que lo urbano, en la medida en que se refiere a un espacio territorial dentro del cual interactúan, de manera compleja, sectores económicos, comunidades, culturas y procesos políticos con especificidad y lógica propias.

²³ *Lo rural supera pues lo estrictamente agrícola. Nuevos nichos como el turismo, la agroindustria o la preservación del medio ambiente abrirían horizontes al campo. El problema estaría, entonces, en la aplicación de políticas macro, sin mayor referencia al sector donde se ponen en práctica, así como en una concepción estrecha de lo rural, acotado a lo meramente agrícola* («A partir del territorio», revista *El Campo* del periódico *El Mercurio*, Santiago de Chile, lunes 24 de Julio 2000).

²⁴ Roldán D., «Algunas reflexiones sobre el enfoque institucional del Desarrollo Rural Integrado: Implicaciones del Programa DRI en Colombia», *Boletín Socioeconómico*, CIDSE-Univalle, n° 19, Abril 1989.

La anterior precisión con respecto al entorno rural y sus características estructurales nos parece de la mayor importancia, en la medida en que si las estrategias de política, entre ellas especialmente las productivas, sociales y de educación, no reconocen la base comunitaria, territorial, cultural y de propiedad familiar sobre la cual se asienta mayoritariamente la vida rural, y, por lo tanto, la lógica y racionalidad de su esquema de reproducción social, dichas estrategias no lograrán efectivamente el anclaje requerido ni, por lo tanto, fortalecer tampoco el papel estabilizador social y productivo del campo, incluyendo por supuesto la producción de alimentos y materias primas y por lo tanto la base de la expansión agroindustrial.

El manejo social del campo

Aquí el gobierno aborda el tema del campo en su dimensión rural y aceptando que trasciende lo agropecuario y reconociendo la participación «*activa de las comunidades en escenarios descentralizados*», teniendo en cuenta consideraciones como la sostenibilidad ambiental, el ordenamiento territorial, la equidad de género y las especificidades regionales, culturales y étnicas, que se constituyen en parámetros para el diseño de los incentivos y mecanismos de las políticas de desarrollo rural y sectorial. Esto, a nuestro juicio, representa un avance interesante, por lo menos en cuanto al marco para la acción del desarrollo rural se refiere.

En este contexto, el Plan de Desarrollo, como otros Planes anteriores, enuncia una serie de propósitos y de propuestas:

- Que haya una protección razonable para la producción nacional, en un marco de libre comercio y de la OMC, y pensando en la seguridad alimentaria. Por ello, el Plan continuará en el proceso de promoción de las exportaciones.
- Que se haga una focalización regional de las inversiones en función de la reducción de la desigualdad, del ordenamiento territorial y del aprovechamiento del potencial estratégico del campo. En este sentido, respaldará intervenciones a través de: a) acceso a infraestructura básica y vivienda; b) seguridad alimentaria; c) esquemas asociativos y productivos para el desarrollo rural; d) desarrollo científico y tecnológico; y, e) acceso a factores productivos y financieros.
- Que la planeación de la Reforma Agraria y del Desarrollo Rural debe corregir el uso del suelo en las áreas de mayor aptitud agrícola propiciando su recuperación y generando una reforma de las relaciones rurales y por consiguiente del sector agrario, de tal manera que oriente la modernización de las relaciones campesino- agricultura, en los marcos del desarrollo regional y permita cerrar la expansión de la frontera económica.

Dentro del proceso de planificación del desarrollo rural, el Plan concibe la necesidad de promover convocatorias a sectores representativos de la comunidad

rural, el sector privado y entidades públicas territoriales, en cada región, con el objeto de validar los aspectos de ordenamiento territorial, geopolítico y geoeconómico, así como orientar las bases del desarrollo rural partiendo del estudio técnico sobre las ventajas competitivas y los equilibrios de oferta y demanda de factores productivos, materias primas, bienes intermedios y productos finales.

Igualmente, establece la necesidad de orientar proyectos de pequeña y mediana empresa rural, donde se vinculen los sectores industriales y de servicios a las zonas de producción con el fin de crear las condiciones de participación equitativa de poblaciones pobres en la distribución de los beneficios del desarrollo de las actividades rurales, conllevando a que la articulación de la agricultura con otros sectores económicos se constituya en el sustento efectivo de la vida económica, social y democrática del medio rural colombiano.

El Plan hace énfasis igualmente en que es necesario eliminar las causas de los desequilibrios económicos y sociales regionales, mediante la atención diferenciada al medio rural especialmente en las regiones más vulnerables. Para ello se tendrían en cuenta los siguientes aspectos:

- Zonas actuales y potenciales aptas para la producción agropecuaria y ubicación actual de pequeña, mediana y gran propiedad.
- Zonas protectoras y de conservación ambiental.
- Zonas de nivel máximo de riesgo: inundaciones y deslizamientos, sismos y sequías.
- Las zonas de explotación de recursos naturales no renovables.
- Áreas ocupadas por obras de infraestructura como vías y servicios públicos actuales y proyectados.
- Áreas urbanas, peri-urbanas y rurales.
- Áreas turísticas y de planes de vivienda.

El Plan establece que en estas zonas se elaborarán planes quinquenales de desarrollo rural y reforma agraria que armonicen las políticas macroeconómicas, sectoriales y las particularidades del desarrollo de la región e identifiquen los instrumentos a impulsar.

Con todo el respeto que nos merecen las consideraciones y enunciados gubernamentales, este ejercicio no pasa de ser un recetario de acciones nominales para resolver un conjunto de problemas, los cuales se constituyen en la herencia que los gobiernos van retomando período tras período, con lo que siguen recreando un «renovado» diagnóstico para una «vieja enfermedad». No hay pues una clara estrategia económica y de crecimiento que contemple instrumentos definidos de acción para abordar los problemas que subyacen en el marco de esos propósitos, instrumentos esos referidos fundamentalmente a inversión pública y privada, de tal manera que se genere un modelo de desarrollo rural²⁵.

²⁵ El CONPES mismo, en su documento (p. 89) insiste en que el desarrollo del campo requiere manejo económico y social y por lo tanto debe formar parte central de la estrategia de crecimiento y

No se toca, por ejemplo, el estructural problema de la concentración de la tierra y de otros medios de producción como factor de inequidad social, sugiriendo solo paliativos, necesarios pero no suficientes, tales como el mejoramiento de vivienda, la adecuación de tierras y la formación de alianzas productivas, entre otros. En el Plan, el concepto de Reforma Agraria pareciera que surge de nuevo como un manido tema que nunca pierde su vigencia, y nada más que eso. Igual sucede con lo relativo al crédito para pequeños productores rurales, sin que se planteen soluciones de fondo que permitan que los recursos lleguen efectivamente a esos niveles.

El problema de fondo sigue siendo el acceso a la tierra por parte de los productores. Un sistema de adquisición de tierras dentro de un esquema comercial, por ejemplo, constituye, como lo expresaba un Representante a la Cámara, un *«premio a once mil propietarios que concentran la propiedad de este recurso»* y, por lo tanto, el aforo de tierras debería estar por debajo de los costos de oportunidad que jalonan las rentas cocaleras, cuya influencia de manera paulatina, según estimaciones de un gremio importante de los agricultores, está irrumpiendo en nuevos escenarios como Urabá, el sur del Tolima, Santander y aun en la zona cafetera, fruto todo ello del desempleo y la falta de otras oportunidades productivas.

Otro flanco importante en relación con el acceso a la tierra es lo que tiene que ver con la titularidad. Hay zonas en Colombia donde hay ocupación y posesión pacífica de tierras antes baldías, que podrían incorporarse a un esquema de Reforma Agraria si se diera facultad a los Departamentos para llevar a cabo este proceso de titulación.

Por fortuna, algunas acciones que actualmente emprende el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural se ven más claras en cuanto a enfoque y, de hecho, hay en ciernes decisiones encaminadas a la solución de problemas neurálgicos del entorno rural, como por ejemplo lo relativo a la extinción de dominio de tierras en poder del narcotráfico, la adecuación de tierras, el fortalecimiento de proyectos de riego a través de gestión de los usuarios, y la llamada de atención sobre las negociaciones con el ALCA en cuanto a productos agropecuarios sensibles, entre otros.

La educación en el campo

La única alusión que el Plan hace del problema de la educación rural está dentro de la sección llamada Revolución Educativa, cuando se habla de 60.000 cupos rurales más en los niveles básicos y medios. Esto nos lleva a pensar que no existe un enfoque sobre la educación en el campo y para el campo que responda a las necesidades sociales y productivas del entorno rural.

no *«solo de una política compensatoria de equidad social»*, tal como superficialmente lo enfoca el Plan.

La educación en el campo y para el campo, si bien debe contemplar aspectos de carácter universal para el desarrollo humano, en su contenido debe incluir una formación que procure el desarrollo de competencias técnicas y laborales para el mejor aprovechamiento de los recursos en el medio rural, puesto que la educación mal enfocada puede pervertir la esencia de la estabilidad rural, sacando a los jóvenes, por ejemplo, del entorno y enviándolos a engrosar masivamente las filas del desempleo urbano²⁶.

Hay que recordar, por ejemplo, *«que las niñas y jóvenes del campo casi siempre participan activamente y con sus padres, en la producción de la finca familiar. Por lo tanto resulta preocupante que todavía se insista en transplantar a los centros de educación localizados en regiones rurales los modelos de la educación tradicional sin considerar las necesidades reales que ahí se expresan...»*²⁷.

En este sentido, la función de educación, capacitación y extensión debería asignarse a los profesionales del campo, independientemente de su especialidad, de tal manera que sean ellos los que formen a los jóvenes productores rurales, pero pensando en el contexto familiar al cual éstos pertenecen, a fin de que los resultados de la formación beneficien integralmente al grupo.

En este sentido, es interesante observar cómo los gobiernos de Brasil y Chile avanzan en la aplicación de políticas integrales de Estado en relación con el manejo de esta tradicional entidad cultural-económica-política que es la agricultura familiar²⁸.

El campo en el marco del objetivo de brindar Seguridad Democrática

El Plan se refiere tangencialmente al campo cuando, en la sección 2: *Combate al Narcotráfico y al Crimen Organizado*, en el componente de *Desarticulación del proceso de producción, comercialización, y consumo de drogas*, habla, además de del control con aspersión de los cultivos ilícitos, también de la modalidad de erradicación voluntaria, articulada ésta con los programas de desarrollo alternativo tales como proyectos forestales, restauración del bosque y prestación de servicios ambientales, bajo el esquema de subsidios condicionados a la erradicación.

²⁶ Bagés F., Balcázar A., Rojas M., y Roldán D. «Sugerencias sobre Política de Extensión para América Latina y el Caribe», Mimeo, IICA, Abril 2003.

²⁷ *«El discurso educativo tradicional, de por sí inadecuado para la formación que hoy reclaman las niñas y los jóvenes del mundo resulta, con mayores razones, inútil para los jóvenes del campo. Estos necesitan soluciones técnicas modernas que les faciliten permanecer en su pueblo natal y contribuir, desde la finca de sus padres o desde las que puedan organizar en asocio con sus vecinos y amigos, a que los ingresos económicos locales aumenten...»*, ver Magisterio Rural, *Opiniones sobre educación rural*. Contacto: magisteriorural@hotmail.com.

²⁸ Ver información en <http://www.incra.gov.br/faol2p2.htm>; <http://www.incra.gov.br/sade/default.Asp>; <http://www.minagri.gob.cl>.

Aquí surge el gran interrogante sobre si es en esas zonas marginales, que deberían estar destinadas fundamentalmente al desarrollo de la biodiversidad, es donde habría que adelantar este tipo de programas. Esas zonas de colonización forzada que devienen en la organización de cultivos ilícitos son resultado de los grandes movimientos de concentración y de apropiación de tierras y de desempleo en el interior y en la costa del país, hechos que han llevado históricamente a desplazamientos humanos en busca de oportunidades de subsistencia. No tiene ningún sentido, creemos, que habiendo tierras no marginales susceptibles de ser incorporadas a la actividad agropecuaria, se vayan a fomentar proyectos productivos totalmente aislados y con grandes limitaciones desde el punto de vista de la viabilidad de comercialización y de la conectividad con las zonas rurales y urbanas del país. Además, se puede demostrar que estos últimos factores de inestabilidad son los que llevan a la reincidencia en las prácticas de siembras ilícitas.

Por supuesto que no es tarea fácil, política y económicamente, reubicar a esos núcleos poblacionales y reconstruir o fortalecer tejido social en otras zonas, especialmente cuando el conflicto social está a la orden del día. El dilema está en reconocer cuáles serían los costos y beneficios sociales de una u otra alternativas.

El campo en el marco del objetivo de Crecimiento Económico y Generación de Empleo

Dentro de la actividad económica del país, la participación porcentual en el PIB de uno de los más importantes subsectores del entorno rural, el «Agropecuario, silvicultura, caza y pesca», es actualmente del 14,6%²⁹. En el sector rural colombiano se asienta una población aproximada de catorce millones de habitantes, que representa cerca de la cuarta parte de la población total colombiana. El número estimado de empleos es de 4.680.000, lo que implica la existencia de cerca de 600.000 desempleados en el campo colombiano³⁰. En la década de los noventa, el sector creció en promedio a una tasa anual del 1,5%, algo que es a todas luces insuficiente para la generación de empleo en este sector.

De acuerdo con la SAC, en esta década los cultivos de ciclo corto estuvieron prácticamente estancados, el café tuvo un crecimiento negativo en promedio, los cultivos permanentes crecieron lentamente y el sector pecuario se expandió impulsado por la avicultura.

Desde el punto de vista del comercio exterior, teniendo en cuenta el ámbito de la OMC que incluye agricultura y agroindustria, durante la última década la balanza comercial agropecuaria sufrió un gran deterioro. Las importaciones agrarias se incrementaron en un 281%, en cambio las exportaciones en solo 23%. Las importaciones estuvieron jalonadas por el maíz amarillo, el frijón, la soya, el aceite

²⁹ Ver DNP, « Situación actual y Perspectivas de la Economía » Abril, 2003.

³⁰ Información de la Sociedad de Agricultores de Colombia presentada en las *Tertulias sobre el Plan de Desarrollo* de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

de soya, la cebada y el algodón sin cardar. Las exportaciones más importantes fueron las de café, banano, flores, azúcar, camarones, atún y cigarrillos de tabaco rubio.

En relación con la posición del gobierno en cuanto a la política comercial, el Plan de Desarrollo registra lo siguiente:

- Que se buscará que el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA) sea equilibrado, elimine barreras innecesarias al comercio de bienes y servicios, permita una apertura en los mercados de contratación pública, y cuente con una mayor disciplina en las ayudas internas para los productos agrícolas.
- Que se buscará que las negociaciones que se llevan a cabo en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC) estén orientadas a lograr una reforma al comercio mundial de productos agrícolas y la eliminación del escalonamiento y picos arancelarios, entre otros.
- Que se harán esfuerzos dirigidos a consolidar un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y otras naciones y que, en este sentido, se adelantará la negociación para la conformación de una zona de libre comercio entre la Comunidad Andina y los países del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y que Colombia profundizará los acuerdos con Centroamérica y el Caribe con el fin de asegurar una mayor presencia en esa región.
- Que el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo participará activamente en la difusión y capacitación sobre los nuevos beneficios arancelarios y en la identificación de productos y compradores potenciales derivados de la Ley de Preferencias Comerciales Andinas (ATPA) de los Estados Unidos.
- Que se continuarán los procesos de promoción de exportaciones agrícolas, brindando una protección razonable a la producción agropecuaria y fortaleciendo la inteligencia de mercados, dentro del marco de la Organización Mundial del Comercio.
- Que, con el fin de facilitar y promover un lenguaje común internacional en el marco de las disposiciones aduaneras, las modificaciones que introduzca el Gobierno Nacional al Régimen de Aduanas se efectuarán con sujeción a las recomendaciones, prácticas y directrices sugeridas o establecidas en el Convenio Internacional de Kyoto para la simplificación y armonización de los regímenes aduaneros.

¿Quién no podría, en general, estar de acuerdo en general con esos maravillosos propósitos? Sin embargo, las pretensiones parece que pueden rebasar las posibilidades reales de acción que tiene el país. Quizás hubiera sido preferible no apostarle a tantas ilusiones y concentrarse en puntos neurálgicos como el ALCA y la Comunidad Andina, así como en la promoción de exportaciones agrícolas y en el alcance de la protección razonable a la producción agropecuaria y del fortalecimiento de la inteligencia de mercados que se pretenden implementar.

La Comunidad Andina siempre ha estado en cuidados intensivos, y las fuerzas centrífugas en su interior son cada vez más jalonadoras: Bolivia está más del lado

del MERCOSUR; Perú se mueve al vaivén de sus propias conveniencias; Ecuador navega por los mares de la dolarización y Venezuela estaría más dispuesta a negociar con Brasil, su gran vecino. Las decisiones del Tribunal Andino son prácticamente ignoradas en la práctica por la comunidad. Se escuchan, además, propuestas para pensar más en un mercado de libre comercio que en las pretensiones de tener una unidad aduanera.

Mientras Argentina y Brasil decidieron que negociarán juntos el ALCA, la Comunidad Andina se debate aun con el tema en el marco de contradicciones entre los Ministros de Agricultura y de Comercio Exterior.

El ALCA es visto por muchos como una amenaza real al campo de muchos países latinoamericanos, especialmente cuando la mira americana está puesta en superar barreras para acceder al gran mercado de más de 450 millones de habitantes de Centro y Sur América, precisamente a partir de la consolidación del ALCA. Sin embargo, Estados Unidos expresamente ha excluido de las negociaciones en el ALCA al tema de los subsidios agrícolas, uno de los que más reclamamos despierta en el MERCOSUR, pues insiste en que este tema debe ser negociado en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC), puesto que la expectativa americana es la de que los europeos y los japoneses deben hacer lo mismo, y eso es sólo posible en el marco de la OMC. Esto, por supuesto, entrará con seguridad las negociaciones agrícolas en este escenario del hemisferio sur

No hay duda de que la coyuntura comercial es muy compleja. Por ello el país debería empeñarse más en diseñar incentivos para que la productividad del campo y la baja de costos, junto con la modernización de la infraestructura pertinente, sean la prioridad en la antesala de la inevitable profundización hemisférica de la globalización

De nuevo, dentro de las políticas de Crecimiento Económico y de su asociada, la Generación de Empleo, el Plan no contempla ni visualiza una posición clara y explícita en relación con la acción gubernamental para intervenir en el entorno rural. El entorno rural no solo participa de la tragedia social de la miseria y el desempleo en Colombia, sino que, dada la estructura y alcance del conflicto social, su atención sería un puntal para lograr estabilidad social.

La generación de empleo en el sector rural tiene que estar enmarcada en las características socioeconómicas de ese entorno. Ya se ha dicho anteriormente que lo rural trasciende lo meramente agropecuario, y, por lo tanto, dirigiendo la estrategia hacia el fomento de actividades locales funcionales a lo agropecuario, articuladas entre sí en términos de encadenamientos productivos y de servicios³¹, podría lograrse la ampliación de una base poli-productiva que ayude a afianzar el tejido

³¹ Un primer rasgo importante de las economías de aglomeración o *clusters*, podría ser aquí pertinente, en el sentido de que este tipo de organización espacial estaría conformado por subconjuntos de empresas que se complementan entre sí en la medida en que ellos ofrecen productos y servicios que constituyen eslabonamientos hacia delante y hacia atrás y que sugieren un escenario de insumo-producto.

social rural. De igual manera, el esquema de empleo bajo las formas del cuidado del bosque y de la generación de agua tiene que ser incorporado a este núcleo de actividades rurales. Todo esto a partir de la caracterización a nivel local de los recursos para desarrollar los programas de fomento.

Esto requiere, por supuesto, contar con información amplia y precisa acerca de las potencialidades de una determinada localidad, de manera tal que se puedan proyectar acciones y ejecutar políticas, realistas y pragmáticas, en relación con su desarrollo. Para muchos, esta caracterización implicaría acciones en la dirección de lo que podría denominarse un ordenamiento territorial.

El gran cambio que se requiere es, entonces, concebir la ruralidad como sinónimo de nuevas oportunidades para el país, a partir de la incorporación de *«concepciones de calidad de vida y medio ambiente favorable, de la cual carecen las grandes concentraciones urbanas; invocando las posibilidades que ofrece para corregir los equilibrios territoriales y regionales; imaginando el potencial multiuso de los espacios rurales, en la apuesta estratégica de un nuevo turismo nacional e internacional, en la multiplicidad de lugares de descanso urbano, en la localización de agroindustrias y empresas de servicios, en el desarrollo de la artesanía, pesca, etc.»*³²

Entre otras cosas, y articulado a lo anterior, una forma de darle concreción a la descentralización es dirigir la mirada a la organización social, económica y política de la localidad, que es la célula del desarrollo del entorno rural. Lo local lo entendemos como aquel entorno cuya dimensión espacial y poblacional tiene sus límites en el alcance de los problemas e intereses comunes de la vida cotidiana familiar y económica que afectan y congregan a sus habitantes, y en función de los cuales sería viable para éstos últimos tomar decisiones, realizar acciones y establecer veeduría y control ciudadano. *«Es allí, creemos, donde se expresa en muchos aspectos el elemento más homogéneo dentro del conjunto de la diversidad y donde se puede ejercer con mayor grado de democracia, por parte de los sujetos sociales que la componen, la facultad decisoria de asignación de recursos en los temas pertinentes a su entorno y a sus propias necesidades»*³³.

Para terminar, si el gobierno hubiera profundizado lo suficiente en los instrumentos y alcances de los propósitos expuestos, hubiera podido desvirtuar la idea generalizada de que, durante las últimas décadas, en Colombia los Planes de Desarrollo se esbozan fundamentalmente para cumplir simplemente con un requisito constitucional.

³² Refiriéndose a un estudio de Jorge Echenique titulado *«Análisis Prospectivo de la agricultura chilena»*, en el artículo *«A partir del Territorio»*, revista *El Campo* del periódico *El Mercurio*, Santiago de Chile, lunes 24 de julio de 2000.

³³ Roldán, D. *«El Estado, herencia cultural y perspectiva de lo local en la economía colombiana»*, Documento de Trabajo n° 2, CEGA, Abril 2000, p. 44.

Bibliografía

- BAGES, F., BALCAZAR, A., ROJAS, M., y ROLDAN, D. «Sugerencias sobre Política de Extensión para América Latina y el Caribe», Mimeo, IICA, Abril 2003, 15 páginas.
- CONPES; «*Colombia se pronuncia sobre el Plan Nacional de Desarrollo 'Hacia un Estado Comunitario' 2002-2006*», CONPES Editorial Guadalupe Ltda., Bogotá, Febrero 2003.
- CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA, «Evaluación del proyecto de Ley por la cual se expide el Plan Nacional de Desarrollo Hacia un estado comunitario», Bogotá, Imprenta Nacional, Marzo 2003.
- DNP, «Situación actual y Perspectivas de la Economía», *Boletín Trimestral de Prensa*, Abril, 2003. Portal DNP: <http://www.dnp.gov.co>.
- DNP, «Proyecto de Plan de Desarrollo Hacia un Estado Comunitario», Septiembre, 2002.
- ECHEVERRI, R. «Colombia en transición; de la crisis a la convivencia: una visión desde lo rural» Misión Rural, Informe Final, IICA, Tercer Mundo Editores, 1998.
- ECHENIQUE, J. «*Análisis Prospectivo de la agricultura chilena*», en el artículo «*A partir del Territorio*», revista *El Campo* del periódico *El Mercurio*, Santiago de Chile, lunes 24 de julio de 2000.
- MEJIA, R. «*Situación y perspectivas del desarrollo agropecuario y rural en Colombia*», Presidencia de la Sociedad de Agricultores de Colombia, Seminario «Situación y perspectivas del desarrollo agropecuario y rural en Colombia», Oficina regional de la FAO, Santiago de Chile, 17 al 19 de Julio, 2002.
- Periódico *LA REPUBLICA*, Edición digital de Noticias Economía en Red, Mayo 7/2003. <http://www.economiaenred.com>.
- Revista *EL CAMPO*, «A partir del Territorio», periódico *El Mercurio* Chile, Edición electrónica, lunes 24 de Julio 2000.
- ROLDAN, D., «Algunas reflexiones sobre el enfoque institucional del Desarrollo Rural Integrado: Implicaciones del Programa DRI en Colombia», en *Boletín Socioeconómico* n° 19, CIDSE Univalle, 1989.
- ROLDÁN, D. «El Estado, herencia cultural y perspectivas de lo local en la economía colombiana», Documento de Trabajo n° 2, CEGA, Abril 2000, 58 págs.
- ROLDÁN, D. «*Elementos para una caracterización de la actividad económica en el medio rural*», Documento de análisis no publicado, 2002, 21 págs.
- SALUD COLOMBIA, «Editorial», n° 72, Marzo-Abril 2002. <http://www.saludcolombia.com>
- SENADO DE LA REPUBLICA, «Boletín de prensa. Oficina de información y prensa, Senado de la República», Jueves 20 de Marzo 2003.

Análisis económico de la conservación de las especies con agentes de racionalidad acotada¹

Fabio Alberto Arias Arbeláez²

Resumen

Las personas que valoran las especies para usos no directos de consumo pueden interactuar con los extractores de estos recursos y determinar la asignación económica que de las especies se haga. Se presenta un modelo, usando la teoría de juegos, donde se hace explícita esta interacción y se analizan los resultados de equilibrio en el que los agentes deciden sobre las reglas de comportamiento. Se encuentra que, en determinada situación, se puede hacer un uso sostenible de las especies si las personas que las valoran deciden incondicionalmente participar en su protección.

Abstract

People who value species for non direct uses of consumption can interact with extractors of these species in order to determine their economic allocation. Based on game theory, this paper builds up a model that explicitly embodies this interaction and allows an analysis of equilibrium outcomes in which the concerned agents make decisions upon the rules of behavior. It is shown that, under some conditions, a sustainable use of the species is possible, with the proviso that people who value them unconditionally decide to participate in their protection.

Palabras claves: Conservación de las Especies, Recursos Naturales, Teoría de Juegos, Racionalidad Acotada, Valores de no uso

¹ Este artículo se deriva del trabajo de grado del autor en el Magíster de Economía Ambiental y Recursos Naturales de la Universidad de los Andes.

² Profesor del Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle. Grupo de Investigación: Economía regional y ambiental. Agradezco a Fernando Carriazo, Hernán Vallejo, Luis Ferro, Ximena Rueda, Fernando Beltrán y Sergio Monsalve, por la sugerencias y críticas hechas a versiones preliminares de este trabajo; como de costumbre, el autor asume toda la responsabilidad por la versión final.

Introducción

El análisis económico de la extinción de las especies y la pérdida de biodiversidad se ha centrado en el estudio de las decisiones de los agentes que realizan extracciones de los recursos biológicos o ponen en riesgo la biodiversidad. No se han incluido las decisiones de agentes conservacionistas que tienen valores de no-uso³ por los recursos biológicos. Estos últimos tienen incentivos a establecer reglas sociales para evitar la extinción de las especies.

Se intenta modelar las interacciones entre estos dos tipos de agentes en un juego repetido infinitamente que incluye aspectos de racionalidad acotada, es decir, los agentes no pueden hacer todos los cálculos en sus planes de optimización. Por ejemplo, los extractores no conocen con exactitud las funciones de crecimiento de las especies⁴ y no pueden programar extracciones óptimas. Tampoco los conservacionistas tienen un conjunto de preferencias especificado completamente y no pueden decidir cuál especie proteger de manera óptima.

Se ha elegido la herramienta de autómatas finitos (máquinas de Moore) para el análisis de agentes de racionalidad acotada. Este enfoque permite reemplazar los planes de acción completos de los agentes por planes de acción que se asemejan mejor a reglas de comportamiento para tomar decisiones en escenarios complejos.

Se encuentra en este trabajo que los resultados de equilibrio se reducen significativamente al compararlos con las soluciones de un juego de racionalidad perfecta. Es decir, pasamos de un conjunto infinito de equilibrios a sólo un par de equilibrios. El equilibrio donde se hace uso sostenible de los recursos biológicos corresponde a las reglas de decisión más simples que disponen extractores como conservacionistas. El agente conservacionista decide participar incondicionalmente en la protección de los recursos biológicos y donde el extractor ante la presión social del conservacionista decide realizar extracciones prudentes en cada período de tiempo. El otro equilibrio, también está compuesto por reglas incondicionales donde el extractor sobre-explota el recurso en cada período de tiempo ante la no-participación del conservacionista en la protección del recurso.

³ Una persona obtiene un valor de uso por el consumo directo de un bien. También una persona puede tener valores de no uso como: 1) el valor de opción: lo que está dispuesta a pagar por tener la posibilidad de usar el recurso en un futuro, y/o 2) el valor de existencia: la utilidad que obtiene una persona por el hecho de que el recurso exista.

⁴ Los recursos naturales renovables (plantas y animales) se caracterizan porque su población puede aumentar en el tiempo debido a su capacidad biológica de reproducción, sin embargo, las especies no crecen indefinidamente, alcanzan un tope determinado por el ecosistema donde viven, denominado capacidad de carga K . Así, la función de crecimiento de una especie asocia el tamaño de la población x , con la variación por período de tiempo de la población. Por ejemplo $dx/dt = (1 - x/K)x$ (Hanley et al. 1997: 276).

Análisis económico de la extinción de las especies

La asignación de los recursos biológicos de uso común (i.e. las especies y la biodiversidad), se han estudiado en economía desde el punto de vista de quienes extraen el recurso, y en general, no se han incluido las decisiones de otros agentes, como consumidores u otras personas que tienen valores de no-uso por el recurso.⁵

El análisis (Swanson, 1994) de las decisiones que toman los agentes que extraen el recurso, en adelante extractores, se ha centrado en lo siguiente:

Un recurso biológico se considera como un activo ya que puede generar un flujo de ingresos. Si la tasa de retorno de un recurso supera la tasa de retorno de cualquier otro activo en la economía, hay incentivos para la conservación del recurso ambiental. La tasa de retorno depende de la tasa de regeneración del recurso y del costo de acceso a este: así una tasa de crecimiento alta y un costo de acceso alto implica contar con una especie con un nivel de stock positivo en equilibrio. En caso contrario, la extinción llega a través de la desinversión del stock: se extrae la totalidad del recurso y los ingresos recibidos son invertidos en activos más rentables de la economía. Aquí se habla de un recurso de alto valor de mercado y tasas de crecimiento bajas, por ejemplo, bosques naturales de maderas finas.

Otra vía por la cual se llega a la extinción de una especie es la sobre-explotación: en este caso los extractores no tienen incentivos para invertir en la administración de los recursos y éstos se explotan en un régimen de libre acceso; este tipo de recursos es de valor de mercado medio y de tasas de crecimiento bajas, por ejemplo, los elefantes y rinocerontes. Y por último, otra forma de extinción es el problema de la pérdida de biodiversidad: donde no se extrae una especie específica en vía de extinción, pero las áreas donde hay muchas formas de vida desconocidas sí tienen un costo de oportunidad que los extractores no están dispuestos a asumir para mantener la biodiversidad; por ejemplo, la deforestación de bosques para el uso de tierras en cultivos.

En general, puede decirse que en este marco de análisis la extinción de una especie es el resultado de la elección humana. Además, las políticas de control que intentan reducir la demanda del recurso por medio de prohibiciones y elevar los costos de extracción a través de sanciones, tienen un efecto contrario al deseado: disminuye el valor de mercado del recurso convirtiéndolo en un activo poco rentable, porque si se considera que una especie para su supervivencia requiere de un hábitat natural, que tiene un costo de oportunidad: el beneficio esperado del uso alternativo de ese hábitat para los humanos y si por la prohibición o la sanción no

⁵ La modelación de los valores de no-consumo en la extinción de las especies se debe a Alexander (2000) que los ha incluido como un componente de la demanda del recurso a la que se enfrentan los agentes que extraen la especie pero no los ha introducido directamente como la modelación de un agente conservacionista. La tradición en el análisis de los recursos de uso común ha sido considerar que las acciones de los extractores no tienen un impacto significativo para otros agentes. (ver por ejemplo Ostrom 1990:31)

es posible la comercialización de la especie entonces el costo de oportunidad supera los beneficios de la conservación. Por tanto, la recomendación de política derivada de la modelación económica de la extinción de las especies es evitar que las especies continúen siendo activos poco rentables.

De otro lado, hay personas, aparte de los extractores, que derivan utilidad de las especies: los consumidores tienen valores de uso que se refieren a la utilidad obtenida por el uso directo del recurso y las personas a quienes les interesa el recurso (no necesariamente consumidores y en adelante conservacionistas), tienen valores de no-uso. Se ha demostrado (Alexander, 2000) que la única posibilidad real de lograr un uso sostenible de ciertas especies es que los extractores logren apropiarse los valores de no-uso de los conservacionistas; de esta forma, los recursos biológicos tendrían una alta tasa de retorno y pueden competir con otros activos de la economía. Sin embargo, esto no implica que todas las especies lleguen a ser rentables, sólo indica que si esta transferencia no es posible, la extinción de las especies que valoran los conservacionistas es inevitable. Esta alternativa tiene obstáculos operativos que hasta el momento han sido infranqueables pues no hay mecanismos efectivos, legales o de mercado, que permitan este tipo de transferencia.

Hoy puede notarse que existen personas que tienen valores de no-uso por las especies. La interacción entre estos agentes (conservacionistas y extractores) determinaría la asignación de los recursos biológicos. Esta interacción es factible si surge una norma⁶ ya que estas aparecen cuando hay acciones que causan externalidades, no es fácil instaurar un mercado y los costos de transacción son altos (Coleman, 1987). En el caso de la extinción de especies no existe un mercado para la externalidad causada a los conservacionistas por las extracciones no sostenibles de los recursos pero existe la posibilidad de que las personas afectadas que valoran las especies realicen actividades para protegerlas. El conjunto de personas a quienes les interesa el recurso podría eventualmente compartir una norma, ya que, están afectadas por la externalidad en la misma dirección. Dentro de este conjunto es legítimo sancionar a los agentes que realizan actividades económicas que ponen en riesgo la supervivencia de las especies. Y aunque quienes causan la externalidad pueden no aceptar como legítimo el control sobre sus acciones ellos seguirían la norma debido a las sanciones que acarrea su incumplimiento.

Agentes de racionalidad acotada

El principal aporte de esta investigación es: la inclusión de las decisiones de agentes conservacionistas de los recursos biológicos y su interacción con los extractores, bajo un escenario de racionalidad acotada. El estudio de la interacción estratégica entre estos tipos de agentes permite analizar la asignación social de las especies y explorar, si existen, algunos resultados de equilibrio donde se hace

⁶ La norma se define como una regla que se debe seguir o a la que se debe ajustar el comportamiento.

explotación sostenible de los recursos biológicos y cuales serían las características de estos equilibrios.

El análisis económico tradicional ha supuesto que los agentes conocen el problema de decisión al que se enfrentan, que tienen la habilidad necesaria para realizar cálculos complejos para determinar el curso de sus acciones óptimas. Esta capacidad es ilimitada y descarta los errores (Rubinstein, 1998: 137). En particular, se ha supuesto que los extractores conocen la función de crecimiento del recurso y con base en ella determinan el nivel de extracción óptimo privado. Pero es frecuente que los extractores tengan como la mayor fuente de incertidumbre la carencia de conocimiento exacto sobre la función de crecimiento del recurso. Incluso la reducción de la incertidumbre a través de investigación es costosa y nunca plenamente eliminada. En este contexto muchas de las acciones tomadas por los extractores se hacen sin tener en cuenta todas las consecuencias y el desconocimiento de la función biológica de crecimiento de las especies puede llevar a los extractores a realizar extracciones que sobrepasan la capacidad de regeneración del recurso de forma sistemática.

De otro lado, las personas que tienen valores de no-uso por los recursos, en principio pueden pensarse como si tuvieran un orden completo sobre el conjunto total de elección de alternativas, pero la evidencia empírica, por ejemplo en Estados Unidos (Metrick et al. 1996), ha mostrado que la protección de las especies en vías de extinción depende de sus características de tamaño o "simpatía" y no porque representen formas particulares de vida, o por su importancia relativa en un ecosistema o por sus características genéticas. Por tanto, este grupo de personas, ajusta permanentemente sus preferencias. Aquí, el comportamiento de las personas se está rigiendo bajo razones: en este caso la razón es "simpatía" a una especie; así, dentro del conjunto de acciones alternativas, proteger a una especie carismática parece ser dominante a cualquier subconjunto de acciones.

En consecuencia, parece que las acciones de los agentes se rigen más por reglas en contextos de complejidad o incertidumbre, que por el resultado de un proceso de maximización exacto. Estas reglas corresponden a patrones de comportamiento o pensamiento que los agentes adoptan consciente o inconscientemente y establecen, en general, que en la circunstancia X se haga Y. Sin embargo, la elección de reglas es consistente con la consecución de los objetivos de los agentes, pues les permite, en escenarios de incertidumbre, complejidad etc., decidir y actuar. (Hodgson G. 2000: 12-13)

El modelo de análisis

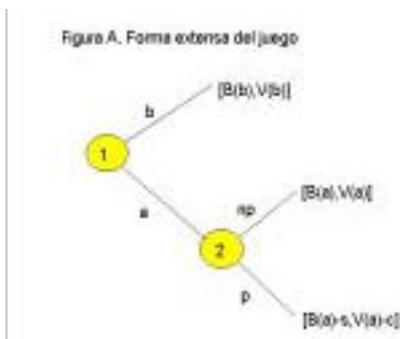
La descripción del modelo de análisis teórico se compone de dos partes: en la primera se plantea, para un período de tiempo, la interacción estratégica que se daría entre extractores y conservacionistas, las acciones de que disponen ambos agentes, la estructura de pagos y el equilibrio resultante. En la segunda, se indica

el enfoque de este trabajo en el estudio de la racionalidad acotada, donde se quiere modelar las acciones de agentes que se basan en reglas de comportamiento en lugar de planes de acción completos. Además, en esta sección se definen e ilustran las máquinas de Moore que son abstracciones de un proceso mediante el cual un agente implementa cierta regla de comportamiento.

a) Planteamiento del juego

El escenario planteado se modela como un juego de dos jugadores (ver la figura A). Sea el jugador 1 un extractor del recurso natural y el jugador 2 un agente conservacionista que tiene valores de no-uso sobre el recurso⁷. En la primera etapa, el jugador 1 decide si realizar una extracción baja (b), que permite la sostenibilidad del recurso o, una extracción alta (a), que pone en riesgo el recurso, donde $a > b > 0$. Si el jugador 1 elige b, el juego se acaba, y este obtiene un beneficio $B(b)$, mientras el jugador 2 obtiene el valor de no-uso $V(b)$. De otro lado, si el jugador 1 elige a, el jugador 2 observa esta acción y decide en la segunda etapa si intervenir y realizar actividades para la protección del recurso (p) o no participar en actividades para la protección del recurso (np). La intervención puede verse como una acción de protesta ante la extracción alta del recurso; esta protesta desacredita al jugador 1 en el mercado, o le impone una sanción social, que reducirá sus beneficios en una cantidad s (≥ 0). A su vez, el jugador 2 cuando decide intervenir incurre en un costo de oportunidad c (> 0), por ejemplo, el tiempo dedicado a actividades de protección puede usarlo empleándose a un salario determinado en el mercado de trabajo. Se supone en este trabajo que $B(\cdot)$ es una función creciente en el corto plazo y $V(\cdot)$ una función decreciente. Los pagos cuando 1 elige (a) y 2 elige (p) son: $[B(a)-s, V(a)-c]$ y los pagos cuando 1 elige (a) y 2 elige (np) son $[B(a), V(a)]$.

Este juego de información completa y perfecta puede resolverse por inducción hacia atrás. Como $c > 0$, en la segunda etapa el jugador 2 elige (np) dado que $V(a) > V(a)-c$. El jugador 1 sabe que 2 elige (np) si él elige (a). Entonces 1 compara entre elegir (b) y obtener $B(b)$ o elegir (a) y obtener $B(a)$, elige (a).



⁷ Incluso el jugador 2 puede pensarse como una entidad gubernamental que representa o agrega los valores de no uso de agentes conservacionistas.

El equilibrio de Nash perfecto en subjuegos obtenido por inducción hacia atrás es (a,np): el jugador 1 realizar extracciones altas y el agente conservacionista no participa en la protección del recurso. Nótese que con $c > 0$ surge la alternativa en la cual el jugador 2 actúa como un “polizón”; es decir, dado que los recursos biológicos, como valores de no-uso, son un bien público, el jugador 2 tiene incentivos para no proteger el recurso y no asume el costo de la protección.

También, este juego puede pensarse que se juega no sólo un período, sino de manera repetida, incluso si los jugadores no prevén un período donde el juego termina.

Para simplificar la explicación que sigue, de aquí en adelante, se suponen los siguientes pagos: $B(b)=90$, $B(a)=100$, $V(b)=50$, $V(a)=40$, $c=10$, $s=20$ ⁸. Estos aparecen en la representación estratégica del juego de la figura B.

En esta matriz se representan las decisiones del jugador 1 en las filas (a y b) y las decisiones del jugador 2 en las columnas (np , p), en las casillas de pagos, el primer número corresponde al jugador 1 y e segundo número al jugador 2.

Figura B. Forma estratégica del juego

		2	
		np	p
1	a	100,40	80,30
	b	90,50	90,50

b) Definición de máquina de Moore y algunos ejemplos

Se introduce ahora el análisis de racionalidad acotada. Se quiere explorar cómo las consideraciones del procedimiento de quienes toman decisiones importan en los resultados de solución. “Los agentes toman estrategias que les sirven para alcanzar sus metas, pero a la vez quieren que esas estrategias sean lo más simples posibles: los planes complejos de acción son más difíciles de aprender y toman más tiempo en ser implementados” (Rubinstein 1998:137).

En un juego repetido infinitamente con agentes de racionalidad acotada, la noción de estrategia puede reemplazarse por la noción de una máquina. Una máquina es una abstracción de un proceso por el cual un jugador implementa una regla de comportamiento.

⁸ La elección de números no resta generalidad a los resultados, nótese que la elección de cualquier $c > 0$ no tiene incidencia sobre los resultados de equilibrio, pero se elige un s tal que $B(b) > B(a) - s$, de lo contrario no habría opción de obtener un equilibrio donde el extractor lleve a cabo extracciones bajas y el ejercicio tendría una solución trivial.

Una máquina para el jugador i (M_i) en un juego repetido infinitamente es una cuatro-tupla $M_i = (Q_i, q_i^0, f_i, t_i)$ donde

Q_i es un conjunto finito de estados (el nombre de los estados no tiene importancia)

$q_i^0 \in Q_i$ es el primer estado o estado inicial

$f_i: Q_i \rightarrow S_i$ es una función de resultados que asigna una acción a cada estado. Donde S_i es el conjunto de acciones que puede tomar el jugador i .

$t_i: Q_i \times S_j \rightarrow Q_i$ es una función de transición que asigna un estado a cualquier par de estado y acciones de otro jugador.

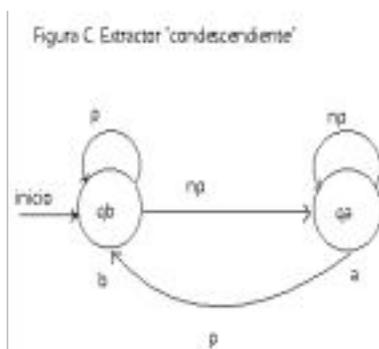
Ejemplo 1. Sea la siguiente máquina “extractor condescendiente” para el extractor que elige una extracción baja b si el conservacionista ha decidido proteger p .

$$Q_i = \{qb, qa\}$$

$$q_i^0 = qb$$

$$f_i(qb) = b \quad \text{y} \quad f_i(qa) = a$$

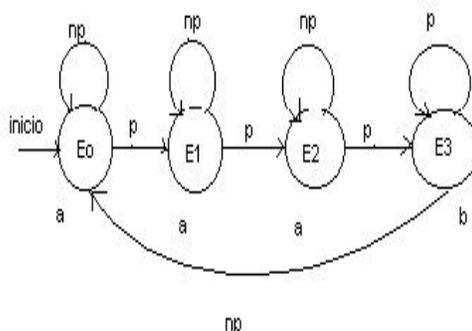
$$t(q, p) = qb \quad \text{y} \quad t(q, np) = qa$$



Esta máquina se ilustra en la figura C. Cada círculo corresponde a un estado, el nombre de la acción tomada en cada estado aparece debajo de cada círculo (b,a). El estado inicial corresponde a qb seguido de la flecha inicio, las demás flechas corresponden a las transiciones. Así, esta máquina indica la siguiente regla de comportamiento: el extractor comienza haciendo extracciones bajas (b), si el agente conservacionista participa en la protección del recurso, es decir elige (p), el extractor continúa eligiendo (b) y permanece en el estado qb, como lo indica la flecha que sale de qb y llega a qb. De otro lado, si el agente conservacionista, jugador 2, decide no proteger el recurso, es decir, elige (np) el extractor, jugador 1, pasa al estado qa, y decide extraer (a). Si, a partir de allí, el jugador 2 se mantiene en cada período eligiendo (np), el jugador 1 se mantendrá en el estado qa, haciendo extracciones altas (a), como lo indica la flecha que sale de qa y llega a qa. Si en algún período, el jugador 2 decide p, el jugador 1 retorna a qb, como lo indica la flecha inferior.

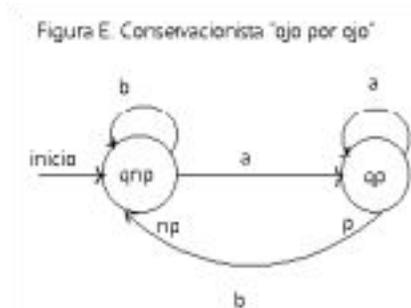
Ejemplo 2. Sea la máquina “extractor terco” que aparece en la figura D. El extractor del recurso comienza haciendo extracciones altas y continúa haciéndolas hasta que el agente conservacionista haya decidido proteger el recurso en tres períodos. Después de estos tres períodos el extractor reconsidera su decisión y realiza extracciones bajas y se mantendrá allí mientras el agente conservacionista persista en la decisión de proteger. Sí en algún período posterior el conservacionista juega (np) la máquina comienza de nuevo su plan de acción.

Figura D. Máquina extractor “terco”

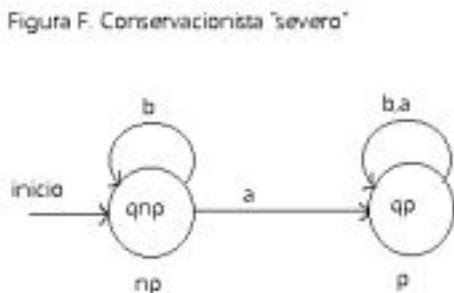


En la figura D se nota que el jugador 1 comienza en un estado inicial E_0 , donde realiza extracciones altas (a), se traslada al estado E_1 si el jugador 2 ha jugado (p), y así sucesivamente llega al estado E_3 si el jugador 2 continúa jugando (p). El jugador 1 se mantendrá en el estado E_3 mientras 2 siga jugando (p), pero sí en algún período 2 juega (np), el jugador 1 vuelve al estado E_0 . Nótese que entre los estados E_0 , E_1 y E_2 cuando el jugador 2 decide (np) no se hace el salto al estado siguiente. Lo anterior indica que un extractor reconsidera sus decisiones de hacer extracciones altas si por lo menos se ha intentado proteger el recurso en tres oportunidades.

Ejemplo 3. Sea la máquina “ojo por ojo” para el jugador 2, la regla de comportamiento que describe un plan de acción en el cual este jugador decide inicialmente no participar en la protección del recurso a menos que el jugador 1 realice una extracción alta, en cuyo caso, el jugador 2 pasa al estado qp, donde decide participar en la protección del recurso. Permanece allí mientras observe extracciones altas por parte del jugador 1, y si en algún momento el jugador 2 observa extracciones bajas, decide no participar.



Ejemplo 4. Conservacionista “severo” comienza en el estado inicial qnp, permanece allí mientras el extractor realice extracciones bajas y cambia al estado qp si observa una extracción alta y se mantiene allí no importando las acciones siguientes del extractor. (Ver la figura F)



Solución del juego repetido infinitamente con agentes de racionalidad acotada

Esta sección consta de dos partes: la primera, describe cómo se desarrolla el juego infinito entre extractores y conservacionistas como resultado del enfrentamiento entre una regla de comportamiento de un agente frente a la regla de comportamiento del otro agente. Se establece que estos enfrentamientos generan ciclos de pagos y que los agentes consideran el valor presente de estos pagos como el promedio de un ciclo y así pueden definir qué regla de comportamiento les brinda mayor retribución. En la segunda parte, se presenta el concepto de solución como el equilibrio de Nash perfecto en subjuegos del juego de máquinas. Para ello, primero se define el equilibrio de Nash en un juego de máquinas y luego se pasa a seleccionar entre estos equilibrios suponiendo que los agentes no solo están interesados en la regla de comportamiento que les genera un pago promedio más alto frente a la regla de su oponente sino que también consideran el costo de poner en operación esa regla. Este costo viene representado por el número de estados; es decir, los agentes quieren alcanzar sus objetivos pero a la vez quieren que las reglas adoptadas sean lo más simples posible.

Para el análisis que se hace en la primera parte se utilizan las máquinas descritas en los ejemplos pero puede ampliarse a cualquier regla de comportamiento como las que se proponen en el apéndice B. De hecho, se usan las máquinas descritas en el apéndice B en la segunda parte, pero debe anotarse que se hace con carácter de ilustración pues los resultados son de carácter general y no dependen de la elección particular de las máquinas

a) Juego de máquinas

En la tabla A se listan los resultados de los cuatro enfrentamientos entre las máquinas de los ejemplos, es decir, se puede observar una secuencia de resultados para los enfrentamientos entre una regla de comportamiento adoptada por un extractor frente a la regla de comportamiento de un conservacionista. En esta tabla, para cada enfrentamiento, aparecen los pagos del jugador 1 (pagos 1), los pagos del jugador 2 (pagos 2), las acciones tomadas por la máquina de cada jugador y el período de tiempo respectivo. Por ejemplo, cuando el extractor sigue una regla de decisión como “terco” y el conservacionista la regla de “ojo por ojo” el juego se desarrolla de la siguiente manera, (el lector puede guiarse siguiendo las figuras D y E): El extractor se encuentra en el nodo inicial E_0 y realiza una extracción alta. El conservacionista se encuentra inicialmente en el nodo qnp y observa la acción (a) del extractor por lo cual pasa al estado qp y elige participar en la protección del recurso (p). En el primer período, las acciones fueron (a,p) que generan los pagos (80,30), (ver la figura B). En el segundo período, el extractor observó que el conservacionista eligió (p) y pasa al estado E_1 y continúa eligiendo extracción alta; el conservacionista que se encuentra en el estado qp al observar (a) de nuevo elige (p), se repite el par de acciones (a,p) con pagos (80,30). En el tercer período, una vez más, se tienen los resultados de las rondas anteriores. En el cuarto período, cuando el extractor ha alcanzado el estado E_3 decide extracciones bajas ante la insistencia del conservacionista en p, pero el conservacionista, ante esta acción, baja la guardia y elige np. Durante el enfrentamiento de este par de máquinas, se genera un ciclo que empieza en el período 1 y termina en el período 4. A partir de allí se repiten las decisiones y por ende los pagos en secciones de 4 períodos.

Con un procedimiento semejante se construye el resto de la Tabla A. Nótese que en el enfrentamiento entre “condescendiente” vs. “ojo por ojo” se genera un ciclo de 2 períodos [(b,np),(a,p)]. Entre “condescendiente” vs. “severo” se presenta una fase de transición en los períodos 1 y 2 donde se elige respectivamente [(b,np),(a,p)], antes de estabilizarse el ciclo de un período (b,p), que genera un pago de (90,50) por período. En el enfrentamiento entre “terco” versus “severo” se presenta un ciclo de transición de 3 períodos donde en cada período se elige (a,p), y a partir del cuarto período se inicia el ciclo (b,p).

Tabla A. Enfrentamientos entre los cuatro ejemplos de máquinas

extractor condescendiente vs. Conservacionista "ojo por ojo"									pago del ciclo
pagos 1	90	80	90	80	90	80	90	80	
condescendiente	b	a	b	a	b	a	b	a	
período	1	2	3	4	5	6	7	8	
ojo por ojo	np	p	np	p	np	p	np	p	
pagos 2	50	30	50	30	50	30	50	30	40
extractor condescendiente vs. Conservacionista "severo"									
pagos 1	90	80	90	90	90	90	90	90	90
condescendiente	b	a	b	b	b	b	b	b	
período	1	2	3	4	5	6	7	8	
severo	np	p	p	p	p	p	p	p	
pagos 2	50	30	50	50	50	50	50	50	50
extractor "terco" vs. Conservacionista "ojo por ojo"									
pagos 1	80	80	80	90	80	80	80	90	82,5
terco	a	a	a	b	a	a	a	b	
período	1	2	3	4	5	6	7	8	
ojo por ojo	p	p	p	np	p	p	p	np	
pagos 2	30	30	30	50	30	30	30	50	35
extractor "terco" vs. Conservacionista "severo"									
pagos 1	80	80	80	90	90	90	90	90	90
terco	a	a	a	b	b	b	b	b	
período	1	2	3	4	5	6	7	8	
severo	p	p	p	p	p	p	p	p	
pagos 2	30	30	30	50	50	50	50	50	50

Se demuestra en el Apéndice A que para tasas de descuento cercanas a 1, el valor presente de los pagos de un enfrentamiento entre máquinas corresponde al valor promedio de los pagos de un ciclo. Los pagos promedios de los ciclos de las máquinas de los ejemplos aparecen en la parte derecha de la tabla A.

Se resumen en la tabla B los resultados de los enfrentamientos entre máquinas. En las filas aparecen las reglas de decisión del extractor y en las columnas las reglas de decisión del conservacionista. Por ejemplo, el resultado del enfrentamiento entre el extractor “terco” y el conservacionista “ojo por ojo” genera un pago para el primero de 82.5 y para el segundo de 35. El enfrentamiento entre el extractor “terco” y el conservacionista severo genera unos pagos de (90,50). Nótese que en la tabla B aparecen máquinas adicionales a las indicadas en los ejemplos, estas nuevas máquinas son especificadas en el apéndice B.

Tabla B. Resumen

extractor	conservacionista						
	incondicional np	incondicional p	severo	período de gracia	desvío a np	un descuido	ojo por ojo
incondicional a	100-40	80-30	80-30	80-30	80-30	85-32,5	80-30
incondicional b	90-50	90-50	90-50	90-50	90-50	90-50	90-50
implacable	100-40	90-50	80-30	80-30	80-30	90-50	80-30
período de gracia	100-40	90-50	90-50	91,6-43,3	88,3-46,6	90-50	87,5-45
Extacción b desvío	100-40	90-50	90-50	91,6-43,3	88,3-46,6	90-50	87,5-45
terco	100-40	90-50	90-50	88,3-36,6	85-40	90-50	82,5-35
condescendiente	100-40	90-50	90-50	92,5-40	87,5-45	90-50	85-40

c) El concepto de Solución

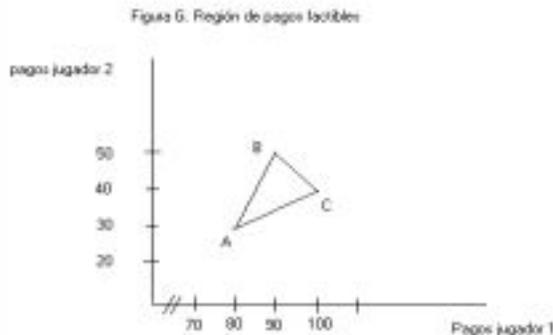
Una vez definido las estrategias de los jugadores como reglas de comportamiento a través de máquinas de Moore e indicado el desarrollo de un juego de máquinas y obtenido los resultados de la interacción entre éstas como los pagos promedio de un ciclo, se pasa ahora a determinar los equilibrios del juego planteado.

Se dice que un equilibrio en subjuegos de un juego de máquinas es un par de máquinas $(M1^*, M2^*)$ si no hay un tiempo t , ni $M1$, ni $M2$ tal que $(M1, M2^*(q_2^t)) > (M1^*(q_1^t), M2^*(q_2^t))$ o $(M1^*(q_1^t), M2) > (M1^*(q_1^t), M2^*(q_2^t))$.

Bajo este criterio los resultados de equilibrios de Nash se encuentran destacados en la tabla B en gris. Si además se considera que los agentes tienen un orden lexicográfico sobre los resultados de un juego, es decir, un par de máquinas (M_1, M_2) es preferido por el jugador i a otro par de máquinas (M_1^0, M_2^0) cualquiera, si el jugador i alcanza con (M_1, M_2) un pago promedio mayor o alcanza el mismo pago promedio con una máquina de menos estados. Entonces los resultados de equilibrio perfecto en subjuegos del juego de máquinas se reducen a los resultados en gris oscuro.

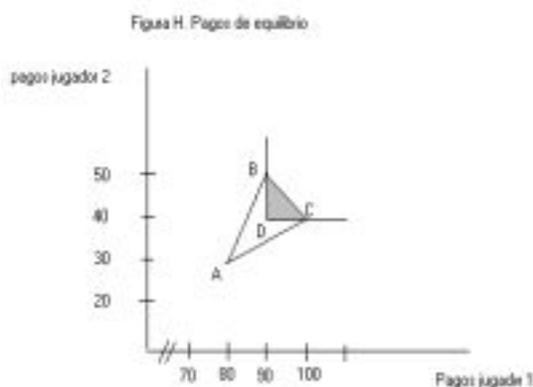
Análisis de los resultados

Los resultados de equilibrios con agentes de racionalidad acotada modelados a través de autómatas finitos (máquinas de Moore) se reducen considerablemente en comparación con los resultados de un juego con agentes de racionalidad perfecta.



Se representan en el plano de la figura G los pagos de la figura B. En las ordenadas aparecen los pagos del jugador 2, el agente conservacionista, y en las abscisas los pagos de jugador 1, el extractor. La región interior del triángulo ABC corresponde a los pagos promedios factibles que pueden obtener los agentes en este juego. Ahora se calculan los pagos de minmax, para cada jugador. Para cada estrategia pura del jugador 2 disponible en el juego de una etapa, el jugador 1 tiene una mejor respuesta, es decir, si 2 juega p , la mejor respuesta de 1 es b con lo cual

obtiene un pago de 90. Ahora, si el jugador 2 elige np, la mejor alternativa de 1 es elegir a y obtener un pago de 100. Por tanto, 1 ha elegido la acción que le reporta el máximo pago para cada acción del jugador 2. Ahora el mínimo entre 90 y 100 es 90, este valor es el minmax del jugador 1. Un análisis similar se realiza para establecer el minmax del jugador 2. La mejor respuesta del jugador 2 ante la acción a del jugador 1 es jugar np, con lo cual obtiene un pago de 40. De otro lado, 2 es indiferente en su respuesta ante la acción b del jugador 1, pues ya sea con p o np obtiene un pago de 50. Ahora: el menor valor entre 40 y 50 es 40 que es el valor minmax del jugador 2.

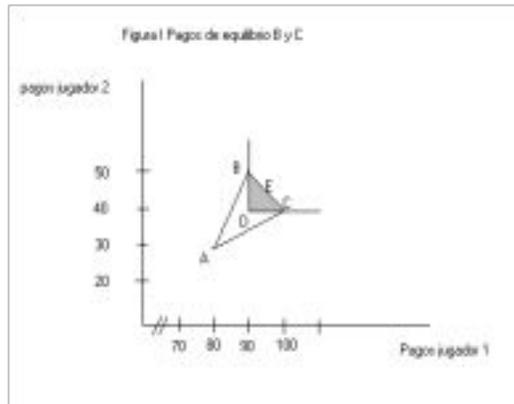


La pareja de pagos minmax (90,40) aparece en la figura H, como el punto D; y la región sombreada definida por el triángulo BDC corresponde a las parejas de pagos promedio factibles mayores o iguales a la pareja minmax. Esta región es importante pues el teorema Popular (Folk theorem), enuncia que cualquier conjunto de pagos promedio factibles que garanticen por lo menos los pagos minmax de cada jugador puede alcanzarse por una estrategia que es un equilibrio perfecto en subjuegos para una tasa de descuento suficientemente cercana a uno. Es decir, el área del triángulo DBC es el conjunto de pagos de equilibrio posibles de un juego con racionalidad perfecta.

Se encontró que en el juego de máquinas los únicos equilibrios perfectos en subjuegos son una secuencia de (b,p) o una secuencia de (a,np), que generan unos pagos promedio respectivos de (90,50) y (100,40), es decir, se reducen los pagos de equilibrio a dos parejas.

Para ver esto piénsese en una combinación lineal entre (90,50) y (100,40), en un punto como E (95,45) de la figura I, donde los jugadores intercambian estados y pagos y donde por lo menos cada jugador tiene una máquina de dos estados para que haya resultados alternados (b,p) y (a,np). Sin embargo, un jugador unilateralmente puede cambiar a una máquina de un estado y la mejor acción del otro jugador es también elegir una máquina de un estado correspondiente. Por ejemplo, Si el resultado del juego es el punto E, con pagos (95,45) cada jugador

tiene una máquina de dos estados que están generando una secuencia (a, np) (b, p) . Ahora si el jugador 1 puede cambiarse a una máquina de un estado incondicional en (a) y el jugador 2 mantiene su máquina de dos estados lo que puede generar una secuencia como (a, np) (a, p) lo que a su vez genera una secuencia de pagos $(100, 40)$ $(80, 30)$, ver la figura B, que es una combinación entre los puntos A y C, de la figura I, pero el único punto factible como equilibrio es C, donde el jugador 2 tiene la mejor opción escogiendo una máquina de un estado que juega np .



Conclusiones

Hay dos equilibrios perfectos en subjuegos en el juego de máquinas, (incondicional a , incondicional np) y (incondicional b , incondicional p), es decir, no existen reglas de comportamiento estables intermedias en las cuales los agentes tengan más de un estado de decisión y en el transcurso del juego alternar entre ellos. Esto indicaría que cuando los agentes tienen racionalidad acotada y deciden sobre reglas de comportamiento en lugar de planes acción completos, los resultados de equilibrio son polarizados

El equilibrio perfecto en subjuegos en el juego de máquinas donde se hacen extracciones sostenibles de las especies (incondicional b , incondicional p), corresponde a las reglas de decisión más sencillas donde sólo hay un estado. Este equilibrio indica que el extractor tiene la iniciativa en proponer un uso sostenible de los recursos, aceptado y vigilado permanentemente por el conservacionista. Y cualquier otro tipo de regla del conservacionista diferente a la incondicional p que impone sanciones al extractor por realizar extracciones altas tiene un mayor costo en su implementación y no genera un pago mayor. A su vez, el extractor, ante cualquier regla de comportamiento del conservacionista que sea laxa, tiene incentivos en realizar extracciones altas. Este equilibrio es consecuente con la aparición de instituciones privadas y públicas que promueven la protección del ambiente, y donde las acciones propuestas por estas instituciones, dada la

incertidumbre y la complejidad de los escenarios, promueven la protección de manera incondicional.

El equilibrio (incondicional b, incondicional p) es posible si la sanción social del conservacionista es lo suficientemente alta como para reducir los beneficios del extractor en el corto plazo más allá de lo que él obtendría haciendo extracciones bajas, de no ser así el único equilibrio sería (incondicional a, incondicional np), Esto implicaría que el jugador 2 debe ser un jugador con suficiente poder en la interacción como las instituciones gubernamentales.

El segundo equilibrio (incondicional a, incondicional np), también corresponde a reglas de decisión sencillas, donde el extractor decide en cada período de tiempo realizar extracciones altas, que le representan mayores ingresos en el corto plazo, a expensas de poner en riesgo la supervivencia del recurso biológico dado que el agente conservacionista ha decidido no participar en la protección del recurso.

El primer equilibrio es “deseable”, en el sentido que si el extractor, con racionalidad acotada, no conoce la función de crecimiento de la especie y decide hacer extracciones altas que superen la capacidad de regeneración del recurso, reducirá eventualmente sus ingresos futuros a cero, en el caso de agotamiento; y a su vez, la externalidad sobre los conservacionistas no será compensada. El primer equilibrio posibilita un flujo indefinido de ingresos para el extractor y la permanencia de la especie que brinda valores de no uso al conservacionista.

Apéndice A

La demostración que el valor presente de los pagos de un jugador corresponde al valor promedio de los pagos de un ciclo, (ver Binmore 1994:355-357) se hace para el jugador 1 en el juego “terco” vs. “ojo por ojo”, suponiendo una tasa de descuento $d \in (0,1)$. Sea U_1 la sucesión de pagos del jugador 1 en el enfrentamiento de las máquinas. El valor presente de U_1 es:

$$U_1 = 80 + 80d + 80d^2 + 90d^3 + 80d^4 + 80d^5 + 80d^6 + 90d^7 \dots$$

$$U_1 = 80 + 80d + 80d^2 + 90d^3 + (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)d^4 + (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)d^8 + \dots$$

$$U_1 = (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)(1 + d^4 + d^8 + \dots) \text{ la serie converge a } 1/(1-d^4)$$

$$U_1 = (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)(1/(1-d^4)) \text{ sí se multiplica por } (1-d) \text{ no se alteran las preferencias}$$

$$(1-d)U_1 = (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)((1-d)/(1-d^4)) \quad (*)$$

El último término de la parte derecha de la ecuación (*) puede simplificarse descomponiendo su denominador.

$(1-d)/(1-d^4)$ el denominador de esta expresión es una diferencia de cuadrados, por tanto

$$(1-d)/(1-d^4) = (1-d)/((1-d^2)(1+d^2)), \quad (1-d^2) \text{ es también una diferencia de cuadrados}$$

$$(1-d)/(1-d^4) = (1-d)/((1-d)(1+d)(1+d^2)) \text{ simplificando}$$

$$(1-d)/(1-d^4) = 1/(1+d)(1+d^2) \quad (**), \quad (**) \text{ en } (*)$$

$$(1-d)U_1 = (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)(1/(1+d)(1+d^2))$$

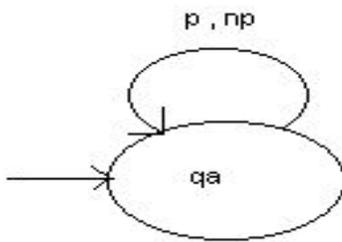
$$\lim_{d \rightarrow 1} (1-d)U_1 = \lim_{d \rightarrow 1} (80 + 80d + 80d^2 + 90d^3)(1/(1+d)(1+d^2))$$

$$\lim_{d \rightarrow 1} (1-d)U_1 = (80 + 80 + 80 + 90)(1/4) \text{ el pago promedio del ciclo.}$$

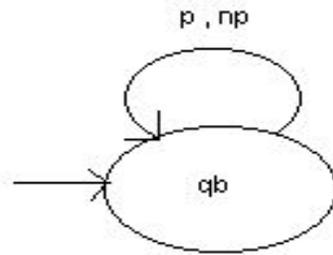
Apéndice B

Diagramas de otras máquinas consideradas explícitamente en este trabajo

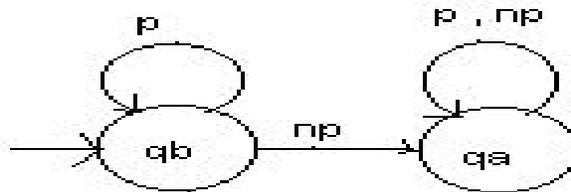
Extractor incondicional en a



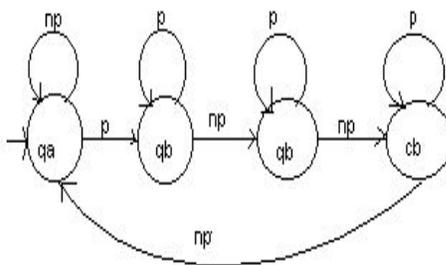
Extractor incondicional en b



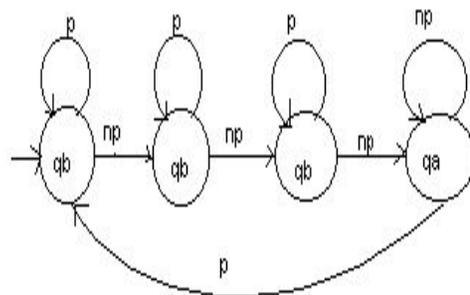
Extractor implacable



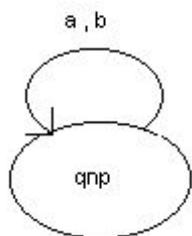
Extractor Período de gracia



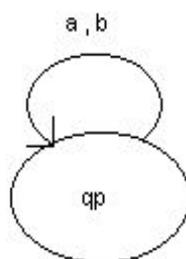
Extractor que elige regularmente b pero se desvía alguna vez a a



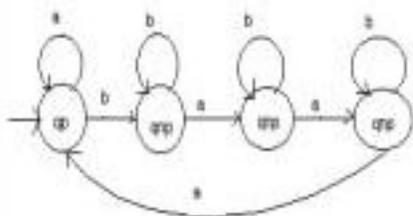
Conservacionista incondicional en np



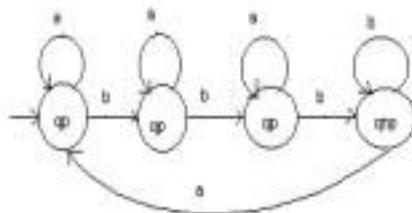
Conservacionista incondicional en p



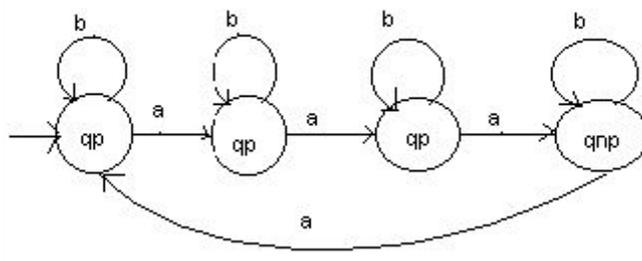
conservacionista que inicialmente decide p y luego puede otorgar un período de gracia al extractor eligiendo np



Conservacionista que elige regularmente p y alguna vez se desvía a np



Conservacionista que sistemáticamente elige p pero alguna vez baja la guardia y elige np



Bibliografía

- ALEXANDER, Robert (2000) "Modelling Species Extinction: The Case for Non-Consumptive Values". *Ecological Economics*. 35, 259-269.
- BINMORE, Ken (1994) *Teoría de Juegos*. McGraw Hill. España.
- COLEMAN, James S. (1987) "Norms as Social Capital". En Gerard Radnitzky y Peter Bernholz, eds., *Economic Imperialism. The Economic Approach Applied Outside the Field of Economics*, 133-155. New York: Paragon House.
- GIBBONS, Robert (1993) *Un Primer Curso de Teoría de Juegos*. Antoni Bosch Ed.. Barcelona.
- HANLEY, Nick; SHOGREN, Jason F.; y WHITE, Ben (1997) *Environmental Economics in Theory and Practice*. Oxford University Press. Oxford.
- HODGSON, Geoffrey M. (2000) "La Ubicuidad de los Hábitos y las Reglas". *Revista de Economía Institucional*. 3, 11-43.
- METRICK, Andrew y WEITZMAN, Martin (1996) "Patterns of Behavior in Endangered Species Preservation". *Land Economics*. 72 : 1-16.
- OSTROM, Elinor (1990) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge University Press.
- PEARCE, David W. y TURNER, R. Kerry (1995) *Economía de los Recursos Naturales y del Medio Ambiente*. Celeste Ediciones. Madrid.
- PICCIONE, Michele y RUBINSTEIN, Ariel (1993) "Finite Automata Play a Repeated Extensive Game". *Journal of Economic Theory* 61, 160-168.
- RUBINSTEIN, Ariel (1986) "Finite Automata Play the Repeated Prisoner's Dilemma." *Journal of Economic Theory*. 39, 83-96.
- RUBINSTEIN, Ariel (1998) *Modeling Bounded Rationality*. MIT Press. Cambridge Massachusetts.
- SWANSON, Timothy M. (1994) "The Economics of Extinction Revisited and Revised: A Generalized Framework for the Analysis of the Problems of Endangered Species and Biodiversity Losses." *Oxford Economic Papers* 46, 800-821.

El servicio doméstico en Colombia a principios del siglo XX bajo la mirada de una mujer protestante

Beatriz Castro C.¹

Resumen

El artículo describe el servicio doméstico a principios del siglo XX con base en una fuente histórica particular, el libro *The Least of These in Colombia*, publicado en 1918 y escrito por Maude Newell Williams, esposa de un misionero protestante norteamericano en tareas de evangelización por estas tierras. A partir del libro –un texto sin mayores pretensiones literarias o científicas, escrito con gran simpatía hacia quienes fueron sus propios servidores–, el artículo insiste en una de las características que al parecer definen este tipo de relación social: la particular combinación de cercanía y distancia que permite que el subalterno penetre hasta los rincones más íntimos de la existencia de sus patronos y termine involucrado en un universo familiar y en un mundo de afectos, pero en el marco de una relación social que reproduce día tras día la dominación.

Abstract

The paper describes the domestic service at the dawn of the XXth Century, based on a particular historical source –the book *The Least of These in Colombia*, published in 1918 and written by Maude Newell Williams, the wife of a protestant U.S. missionary who was an evangelist in these lands. Drawing from the book – which is a text without any significant literary nor scientific pose, written with tender feeling toward those who were their own servants– the paper delves into one of the characteristics that seems to define this type of social relationship: the peculiar combination of closeness and distance that allows the subordinate to make way into the most intimate corners of their masters' existence, and to come out entangled in a domestic universe and in a world of affects, although framed within a social relationship that day and night reproduces domination.

Palabras claves: Vida doméstica, empleo, oficios, familia, educación, modernización, protestantismo, Colombia.

¹ Antropóloga e historiadora, profesora del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

Aunque en las sociedades hispanoamericanas el *servicio doméstico* ha sido una institución de primera importancia, el problema sociológico correspondiente ha sido muy poco estudiado, a pesar de que este tipo de *relación social* haya sido esencial en el pasado y muy importante en el presente, un presente en el que, de manera paradójica, la propia crisis económica lo vuelve a potenciar, no sólo en las grandes capitales sino en general en todos los medios urbanos –y aun en las provincias, en donde por lo demás es posible que el servicio doméstico muestre aun algunos de sus rasgos más arcaicos– y no sólo en las clases ricas tradicionales o enriquecidas más recientemente, sino aún entre las clases medias y sin ninguna duda en sectores populares.²

La inquietud investigativa no parece haber sido grande respecto de esta fundamental y peculiar realidad sociológica del mundo laboral. La mayoría de los trabajos se ha centrado en *denunciar* las condiciones de esta actividad más que en *describirla* o en *reflexionar* sobre el tipo particular de vínculo social que ahí se construye³, aunque debe reconocerse que en algunos de estos estudios se ha intentado recrear las complejas relaciones que se generan en las hogares y en la familias en relación con el servicio doméstico.⁴

En Colombia –sociedad en la cual desde el propio siglo XVI el servicio doméstico fue una realidad social y culturalmente importante– sólo recientemente pueden encontrarse investigaciones sobre las condiciones de trabajo de las empleadas domésticas⁵ y sobre las transformaciones recientes de ese tipo de relación.⁶ Sin embargo –hasta donde llega nuestro conocimiento–, no hay estudios que describan con rigor a ese grupo social y que intenten una definición precisa de ese tipo de vínculo social, a pesar de su significado y extensión. Así por ejemplo, según los datos absolutos disponibles, en 1918 en Bogotá había 1.631 hombres y

² Sobre la importancia del servicio doméstico en las sociedades europeas del Antiguo Régimen, véase por ejemplo a Philippe Ariès, ‘El servicio doméstico: permanencia y variaciones’ en P. Ariès, *Ensayos de la memoria 1943-1983*, (Bogotá: Editorial Norma, 1995), pp. 423-432. Para observar la importancia del servicio doméstico en las ciudades coloniales hispanoamericanas, véase por ejemplo a Julián Vargas, *La sociedad de Santafe colonial*, (Bogotá: Cinep, 1990), capítulos tres, cuatro y cinco. Algunos aspectos del funcionamiento contemporáneo del servicio doméstico en Colombia pueden verse en Álvaro Villar Gaviria, *El servicio doméstico: un gremio en extinción*, (Bogotá: Editorial Controversia, 1974).

³ Por ejemplo, para el caso de México ver a Ana Gutiérrez, *Se necesita muchacha*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1983).

⁴ Ver a Lesley Gil, ‘Señoras and sirvientes: women and domestic services in La Paz, Bolivia’, Ponencia presentada en XIV Congreso de LASA, (New Orleans, 1988).

⁵ Alvaro Villar Gaviria, op. cit. y Anna Dattilo Rubbo y Michael Taussing, ‘El servicio doméstico en el suroeste de Colombia’, *América Indígena*, vol. 41, no. 1, 1981, pp. 85-112.

⁶ Mary Castro, ¿‘Qué se compra y qué se paga en el servicio doméstico?: el caso de Bogotá’, en Magdalena León (editora), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: discusión acerca de la unidad producción-reproducción*, (Bogotá: ACEP, 1982), t. I, pp. 11-23 y Magdalena León, ‘Estrategias para entender y transformar las relaciones entre trabajo doméstico y servicio doméstico’, en Lola G. Luna (compiladora), *Genero, clase y raza en América Latina. Algunas aportaciones*, (Barcelona: Universidad de Barcelona, 1991), pp. 25- 42.

38.688 mujeres en oficios domésticos, en Medellín 565 hombres y 24.314 mujeres, en Barranquilla 229 hombres y 21.106 mujeres, en Cali 398 hombres y 10.868 mujeres y en Bucaramanga 1179 hombres y 8.313 mujeres.⁷ Para Bogotá representan el 21% del total de la población, para Medellín el 31%, para Barranquilla el 33%, para Cali el 25% y para Bucaramanga el 38%.⁸

El objetivo del presente texto es el de llamar la atención sobre un aspecto esencial de la historia laboral del país, sobre todo en lo que tiene que ver con la mujer: el *servicio doméstico*, ofreciendo una aproximación inicial al funcionamiento y características de este particular tipo de trabajo asalariado en Colombia a principios del siglo XX, con el apoyo de las informaciones que brinda una norteamericana protestante, Mauda Newell Williams –esposa de un pastor que cumplió durante algunos años su tarea evangelizadora en Colombia–, quien dejó consignadas sus observaciones en un libro escrito en inglés y casi por completo desconocido en el país: *The Least of These in Colombia*.⁹

***The Least of These in Colombia*, de Mauda Newell Williams**

Se trata de un libro singular y aunque la autora precisa muy bien en el prefacio el objeto limitado de su reflexión, el texto no deja de sorprender: ‘No es un libro abstracto o filosófico, es concreto y específico. No trata de dar cuenta del trabajo realizado por los misioneros protestantes, tampoco trata de mostrar las posibilidades, recursos o industrias de Colombia... Podría hablar sobre la gente refinada, educada... podría describir la clase de los artesanos, o podría tratar de la clase agrícola... pero [el libro] sólo trata de los sirvientes, y no de todos... solamente de los nuestros’¹⁰. Aunque sus observaciones pueden servir al investigador para trazar un cuadro del servicio doméstico como relación social que combina rasgos ‘modernos’ y

⁷ *Censo de población de la República de Colombia levantado el 14 de Octubre de 1918 y aprobado el 14 de Septiembre de 1921 por la ley 8 del mismo año*, (Bogotá, 1924).

⁸ En este *Censo*, en la categoría de *Oficios Domésticos* se incluía a las amas de casa, ayos, cocheros y palafreneros al servicio de casas particulares, cocineros, nodrizas, porteros, señoras dedicadas a los oficios domésticos y sirvientes. Aunque no es imposible calcular el número de amas de casa para descontarlas del total de mujeres contabilizadas dentro de esta categoría, de todas formas de número es proporcionalmente significativo con relación al total de la población en todas las ciudades, lo que nos hace pensar que sin duda el grupo de personas que se empleaban en labores domésticas era importante. Como comparación, en Ciudad de México las empleadas domésticas eran el 57% de la fuerza de trabajo femenino en 1811. El servicio doméstico era la mayor categoría ocupacional de toda la economía urbana, y empleaba a uno de cada cuatro trabajadores en la ciudad. Silvia Marina Arrom, *Las mujeres de la ciudad de México 1790–1857*, (México: Siglo XXI, 1988), p. 198.

⁹ Mauda Newell Williams, *The Least of These in Colombia*, (New York: Fleming H. Revell Company, 1918), 183 páginas e ilustrado con 20 fotos; organizado en 25 capítulos, titulados la mayoría –21– con los nombres de los diferentes sirvientes que trabajaron en sus colegios y en sus casas, 19 mujeres y 2 hombres. Agradezco al profesor Malcolm Deas haber llamado mi atención sobre el libro de la señora Williams.

¹⁰ *Idem.*, p. 7. [Todas las traducciones son mías].

‘premodernos’ más allá del marco de la familia Williams, sin embargo las realidades recreadas por la autora del libro en el que nos apoyamos no puedan generalizarse hasta no ser puestas en relación con otras fuentes históricas que permitan extender al conjunto sus observaciones, o más bien limitarlas al espacio particular de una ama de casa de clase media, quien era al mismo tiempo protestante y extranjera.

La autora define el objetivo de su libro de la siguiente manera: ‘El pensamiento de los norteamericanos es el de hacer algo por los vecinos latinoamericanos, pero para hacer algo nosotros tenemos que verlos como ellos son, no como quisiéramos que sean; tenemos que tener una concepción más justa de los latinoamericanos, deberíamos entenderlos... estas pequeñas historias *verdaderas* de la gente son escritas para revelar como son. Si alguien puede ver a los empleados domésticos como son, con sus limitaciones, con sus dificultades, con sus imposibilidades, yo me sentiré recompensada por mi aventura’.¹¹

Desde luego que el libro debe ser tomado no como un análisis riguroso del servicio doméstico en un periodo de la historia de Colombia, sino ante todo como una *fuentes histórica* para el análisis de ese tipo de relación en un periodo de la historia del país. Pero una fuente de gran riqueza, no sólo por la forma sencilla y en apariencia sincera como están propuestas sus descripciones, sino por la propia amplitud de los aspectos que en su libro son tratados. La autora describe en forma desprevenida lo que a más le impactó y le sorprendió del grupo amplio de sirvientes que tuvo, sin ruidosas valoraciones sobre lo que observó, aunque ocasionalmente se deja sentir su papel de evangelizadora, como cuando expresa su deseo de reforma de algunas de las prácticas y conductas que observaba y que encontraba poco conformes con sus cánones morales. Algunos comportamientos repetidos, como la mentira, los pequeños robos o el exceso en el consumo de alcohol, eran conductas que recibían desaprobación de este espíritu puritano. Y sin embargo la señora Williams no culpa a los sirvientes por esos comportamientos, sino que hace un reproche a la sociedad por mantener a un grupo de personas en condiciones que los llevan a actuar de una forma que termina siendo reprobable desde el punto de vista de su moral. La autora, en el último capítulo de su libro, hace una reflexión sobre esta situación: ‘Borrachos, sí, a veces ladrones, mentirosos, inmorales. Yo encontré de todo. Son pecados que fácilmente nos acosan y contra los cuales no tenemos armas. Ellos [los sirvientes] no han sido educados, no tienen metas altas, no tienen ideales. ¿Debemos, entonces, condenarlos?. Si un niño es indisciplinado, nosotros culpamos a los padres y nos apiadamos del niño. Si toda una clase social es mantenida en la ignorancia, ¿debemos culparlos... condenarlos?. La borrachera, la mentira, el robo, son resultado de las condiciones en que esta clase vive y de la ausencia de desarrollo espiritual y mental de sus almas. Yo encontré unos sirvientes que trabajan duro, alegres a pesar de sus condiciones intolerables, valientes y leales, con un hermoso espíritu de humildad, sin arrogancia, listos a dar la mitad o más de

¹¹ *Idem.*, p. 8. El subrayado es mío.

la mitad de lo poco que poseen, cariñosos y simpáticos entre ellos e incluso con una extranjera. ... En sus corazones no reside la culpa...'.¹² Así, pues, de manera curiosa la ética protestante se sometía a los modelos de interpretación sociológica más corrientes que deshacen el problema de la culpa en un conjunto de condiciones sociales, a veces dejando de lado la propia condición de libertad y responsabilidad personales, lo que no deja de ser una extraña combinación de moral protestante, sociologismo y vestigios del viejo espíritu ilustrado que piensa que la 'buena educación' cívica y moral es el principio de reforma de toda conducta 'desviada'.

No resulta extraño desde luego que haya sido una mujer –en este caso protestante y extranjera, como ya lo señalamos– quien se decida a describir este mundo doméstico ignorado por tantos observadores, pues finalmente gran parte de la esfera de desempeño de la mujer, ayer más que hoy, ha sido la 'esfera del hogar'. La administración de la casa envolvía –desde luego en los grupos sociales que disfrutaban de este privilegio– la contratación de los sirvientes, la manera de dirigirlos una vez que estuvieran contratados, las instrucciones acerca de cómo y qué cocinar, qué comprar en el mercado, cómo limpiar, cómo lavar y planchar la ropa, cómo disponer la mesa, etc.; todo un sistema codificado de órdenes largamente formado por la tradición, no sólo desde el punto de vista de sus contenidos, sino desde el punto de vista de la forma misma de su transmisión, tarea que siempre había estado del lado de la mujer.¹³

Agreguemos que aunque no tenemos conocimiento acerca de cuál era la confesión religiosa específica a la que pertenecía la autora, podemos suponer que fue era miembro de la *Board of Foreign Missions of the Presbyterian Church of U.S.A.*, una iglesia misionera presbiteriana que para esa época tenía sede en Bogotá, ciudad en donde la familia Williams permaneció algunos años antes de trasladarse al departamento de Santander, algunas de cuyas gentes populares serán el objeto de esta especie de 'etnografía espontánea'.¹⁴

No dejemos de indicar que en nuestra recreación del libro de la señora Williams pondremos de presente no sólo todos los datos de carácter más o menos objetivo que la autora incluye como distintivos del funcionamiento del servicio doméstico –por ejemplo los salarios pagados o los horarios de trabajo–, sino también sus particulares apreciaciones sobre rasgos físicos, condición moral, costumbres de vida, etc., que posiblemente son el elemento más complejo de su libro cuando

¹² *Idem.*, p. 182-183.

¹³ Cf. Eileen Power, 'La esposa del ménager. Una ama de casa parisiense en el siglo XIV', en E. Power, *Gente Medieval*, (Barcelona: Ariel, 1988), pp. 153–183.

¹⁴ Los Presbiterianos era la iglesia misionera protestante más grande y más dinámica en Colombia a principios del siglo XX, la que tenía más sedes, más misioneros y más estudiantes en sus colegios; sus seguidores eran básicamente artesanos y pequeños comerciantes. Ver Kenneth G. Grubb, *South America. The Northern Republics of South America. Ecuador, Colombia and Venezuela*, (Londres: World Dominion Press, 1931). En el Censo de 1918 se registran 5.094 protestantes en Colombia, lo que representaba el 0.07% del total de la población; 680 se encontraban en Bogotá, el 13% del total de los protestantes, y en Bucaramanga 179, el 3.5%.

se lo usa como fuente histórica, ya que, como siempre ocurre, se trata de una fuente que nos enseña tanto sobre la realidad que describe y califica –en un solo movimiento–, como sobre los propios criterios de calificación de la autora, hecho que no perdemos de vista, ya que tan erróneo como sería aspirar a una generalización para todo el servicio doméstico del país de las observaciones de la escritora, resultaría otorgar el estatuto de ‘descripciones objetivas’ a las que aquí se nos presentan, sobre todo cuando esas descripciones recaen sobre aspectos sociales tan complejos como la ‘psicología popular’ o la definición de los elementos de pertenencia ‘racial’ de los trabajadores que son descritos. Pero nada de eso resta importancia a las observaciones de la señora Williams, las que resultan interesantes para comprender tanto la relación social de que se ocupan, como los criterios y formas de observar de quien describe.

Cerremos esta breve introducción aclarando que la primera parte del libro –los primeros diez capítulos– describe a los empleados domésticos que estuvieron al servicio de los Williams y relata en detalle las labores domésticas de la casa y del colegio en Bogotá y mencionemos que luego la familia misionera partirá para ‘tierra caliente’, según expresión de la autora, aunque nunca se indique el nombre del nuevo lugar de residencia. Sin embargo, por las descripciones que se presentan, por el viaje que su esposo hace a la población cercana de Río Negro a cumplir labores evangélicas y por la procedencia de una de las sirvientas –Socorro–, es posible afirmar con relativa seguridad que se trata de Bucaramanga.¹⁵ Lo podemos confirmar también revisando los datos que se conocen acerca de la fundación hacia 1912 de la sede de los Presbiterianos en esa ciudad, por fuera de otras pequeñas pistas regadas a lo largo del libro.¹⁶

Los Sirvientes Domésticos

Podemos ahora sí centrar la atención en la descripción de los empleados domésticos que tuvieron los Williams en sus casas y en los colegios internos de niños en Bogotá y Bucaramanga, tal como esa descripción resulta de la pluma de Maude Newell Williams, pues, como lo afirmamos en los renglones anteriores, no hay descripción que no incluya al mismo tiempo elementos de calificación.

Se trata de descripciones que abarcan aspectos variados, que van desde los tipos de tareas que cumplían los servidores domésticos, hasta la descripción de algunos de sus rasgos ‘psicológicos’, pasando por la descripción física de cada uno de ellos, todo lo cual permite trazar un cuadro inicial del tipo de vínculo social de que se trataba, de las características de las gentes que desempeñaban esa función y algunos rasgos de ‘mentalidad’ que los individualizaba, sin olvidar el hecho de que se trata de una fuente histórica particular que, si bien resulta un testimonio por

¹⁵ Maude Newell Williams, *op. cit.*, p. 84 y 114.

¹⁶ K.G. Grubb, *op. cit.*, p. 69 y 70.

algunos aspectos convincente, de ninguna manera constituye un testimonio concluyente. En todo caso, se trata de informaciones sobre un grupo y unos vínculos sociales poco conocidos, no sólo porque el problema no haya despertado mayor interés entre los investigadores sociales, sino también por la ausencia de una documentación que registre esa realidad, una realidad poco visible, incluso en las ricas descripciones de los viajeros del siglo XIX o en algunas novelas costumbristas y románticas de los siglos XIX y XX.

Un primer elemento que llama la atención, aunque es conocido y explicable, y permanece como rasgo dominante hasta el presente, es la inexistencia de cualquier forma de *contrato de trabajo escrito* en este tipo de relación, aunque sí se especificaban de manera taxativa las obligaciones, como en el caso de las cocineras, a quienes también se encargaba la tarea del mercado. Sin embargo, y tal como resulta ser en tantos otros oficios, era el *quehacer diario* el que iba aclarando las labores, las responsabilidades y los horarios que una servidora doméstica debía cumplir, lo que hacía que la relación entre la empleadora –por lo menos en el caso de la señora Williams– y sus domésticas fuera de tipo vertical, personalizada y cercana, en la que parecen irse constituyendo complejos sentimientos (amores y odios) difíciles de desentrañar y nunca resueltos completamente. Por un lado la ‘patrona’ sentía responsabilidad moral respecto de su empleada; por el otro, la empleada, que era en principio una extraña, entraba en una relación de cercanía –espacial desde luego, pero también afectiva– con la familia empleadora, lo que le permitía entrar en el *mundo privado de la familia*, lo que al tiempo requería de su parte completa lealtad.

Una de las características de las empleadas domésticas que describe la señora Williams es la de su relativa *especialización*, aunque es difícil saber si se trata de un patrón de distinción, de una necesidad real de especialización o de la simple incapacidad laboral de cumplir con varias funciones. Si la servidora doméstica sabía cocinar, no servía la comida; si sabía servir la mesa, no cocinaba; si planchaba, no barría; si se ocupaba de la sala y el comedor, no lavaba los platos; y aunque la cocinera iba al mercado, no hacía el oficio de planchar.¹⁷ A esta característica se sumaba otra que aparece muy visible en el texto: la falta de ‘experticia’ para hacer esas tareas con corrección –por lo menos con la corrección que exigían los patrones de comodidad y decoro de las clases medias extranjeras–, lo que recuerda que ese aprendizaje se hacía, al igual que hoy, directamente en el trabajo, y ello a pesar de todas las iniciativas que, impulsadas sobre todo por la iglesia católica, se hacían en algunos medios urbanos en relación con lo que se llamó ‘Escuelas de Hogar’. En el libro de la señora Williams esta falta de formación para el trabajo doméstico resalta sobre todo cuando la pareja llega a Bucaramanga y comienza su búsqueda de servidoras domésticas¹⁸, por lo demás en una ciudad, la Bucaramanga de principios del siglo XX, en donde las condiciones de vida eran mucho más precarias

¹⁷ Maude Newell Williams, *op. cit.*, p 75.

¹⁸ *Idem.*, capítulo XI.

que las de Bogotá, y en donde el agua, por ejemplo, había que traerla cargada en burros desde distancias considerables, la leche en buenas condiciones resultaba difícil de conseguir en la plaza de mercado (razón por la cual los Williams optaron por comprar una vaca y un ternero), y la variedad y calidad de alimentos disponibles en el mercado era mucho menor que las que los Williams habían conocido en Bogotá¹⁹, todo lo cual hacía que las labores domésticas de la casa y del colegio fueran más dispendiosas, requirieran más tiempo y exigieran más ‘personal de servicio’.

Tal y como lo describe la autora del libro, las labores domésticas resultaban agotadoras y colmaban todo el día. Según su relato, el quehacer doméstico de la servidumbre de la casa comenzaba temprano en la mañana (a las seis de la mañana), cuando se iniciaba la preparación del desayuno para los Williams y sus hijos –la señora Williams guardaba las llaves de la despensa y era quien repartía con estricto control las pastillas de chocolate y los panes–. Las labores del colegio se iniciaban a las siete de la mañana. Ella, al igual que su esposo, enseñaba en el colegio, aunque sólo dictaba unas pocas clases, ya que la mayor parte de su tiempo era consumido por la supervisión de las labores domésticas que en la casa y el colegio realizan sus servidoras. De esta manera, la señora Williams disponía de tiempo para organizar las labores de la casa, las comidas del día, lo que consistía para ella básicamente en sacar los alimentos necesarios de la alacena y dárselos a las cocineras, mientras algún sirviente traía los alimentos que se compraban diariamente. La sirvienta, en este caso, debía tener el control de lo que se traía, de los que había costado y del dinero que se había gastado. A las diez y media se llamaba a los niños a unas ‘medias mañanas’, a las dos y media a almorzar y a las seis la comida²⁰, sin que ninguna hora del día escapara al trabajo, ya que la simple preparación de alimentos, bajo las condiciones técnicas de entonces, requería un tiempo que hoy sorprendería, de acuerdo con lo que han llegado a ser nuestros ritmos domésticos y formas de alimentación.

En su libro, la señora Williams definía el lavado y el planchado de la ropa como una verdadera pesadilla, a lo que se agregaba la limpieza del polvo y el arreglo de los cuartos de unas casas que por lo general eran grandes.²¹ Parte de la rutina para la empleada doméstica que tuviera a su cargo estas labores era la siguiente: los lunes limpieza del comedor y los cuartos de la casa que estaban en el segundo piso, preparación y puesta en mesa de las comidas de los niños del colegio y remojo de la ropa. Los martes recogida de agua, de la que ese día se carecía por limitación del acueducto de la ciudad. El miércoles concluir el lavado de la ropa (restregar, quitar el jabón, sacudir y extender), para, durante los días siguientes, dedicarse al planchado.²²

¹⁹ *Idem.*, p. 89.

²⁰ *Idem.*, p. 28 y 29.

²¹ *Idem.*, p. 40.

²² *Idem.*, p. 41. Por un día de lavado de ropa, ella pagaba 15 o 20 centavos de dólar, tarifa que parecía ser la habitual. La Tasa de Cambio Nominal del peso con el dólar durante la década de 1910 fue en

Otra labor doméstica difícil, agotadora y dispendiosa era la de la preparación del baño diario de los patrones: había que calentar el agua en la estufa, luego cargarla hasta el sitio donde estuviera la tina, y después de cada baño había que vaciar la tina, volverla a llenar y volverla a desocupar. Se necesitaba una mujer fuerte para hacer esta labor. Calentar el agua era también difícil si se tienen en cuenta las condiciones precarias de las cocinas, constituidas básicamente por una estufa colocada sobre una mesa de ladrillo cuadrada de tres metros por tres, construida sobre un piso sólido, con dos huecos arriba que funcionaban como boquillas y otro hueco al frente para introducir la leña o el carbón, en un espacio que regularmente resultaba pequeño y oscuro. En las horas en que estaba prendida la estufa, el pequeño espacio se llenaba de humo. La pared donde quedaba la estufa era abierta en la parte superior para ayudar a evacuar el humo. No había horno o chimenea.²³

Aunque no hay una mención explícita del origen geográfico de los sirvientes que trabajaron para la Señora Williams, todo indica que provenían de poblaciones cercanas a Bogotá o Bucaramanga, o de zonas rurales, como en el caso de Bárbara, la primera empleada que tuvieron en Bucaramanga, en cuyo caso se menciona que vino del ‘campo’ y que gastó dos días de viaje para llegar a la ciudad.²⁴ Se trata en todos los casos de gentes que tenían sus parientes fuera de la ciudad, lo que era ocasión de solicitud de permisos, utilizados también como un primer paso para el abandono de la casa de la patrona. Pero lo que se desprende de la lectura es que se trata en todos los casos de gentes que mantenían un fuerte vínculo con el campo, que parece ser su lugar de origen y el elemento central que define su cultura, aunque se trataba de gentes expuestas a una circulación más o menos permanente entre la ciudad y el campo.²⁵

Los primeros capítulos del libro son iniciados por la autora con una descripción física pormenorizada de sus sirvientes. Se detiene sobre todo a precisar el color de la piel, la forma de la cara y el color y forma de los ojos, y aun el conjunto de la figura, ofreciendo indicaciones precisas sobre el origen racial social de quienes fueron sus servidores. Así por ejemplo, en la sede presbiteriana de Bogotá tuvieron como cocinera a Rosario, mestiza, aunque menos oscura que la mayoría, con ojos pequeños y rasgados y en cuya figura la señora Williams pretendía percibir la

promedio de 1 peso por 1 dólar. Véase Banco de la Republica, *El Desempeño Macroeconómico Colombiano. Series Estadísticas (1905-1997)*. Segunda Versión, (Bogotá: Banco de la República, 1999), p. 41. El pago de 15 a 20 centavos por el día de trabajo es lo que se le pagaba diario a un trabajador calificado en el sector privado como salario y la mitad de lo que se le pagaba a un peón de la construcción en el sector público como salario al día. Véase M. Urrutia, ‘Estadísticas de Salarios en Bogotá 1863–1933’, en M. Urrutia y M. Arrubla (editores), *Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia*, (Bogotá: Universidad Nacional, 1970), pp. 31-71.

²³ *Idem.*, p. 19.

²⁴ *Idem.*, p. 75.

²⁵ Como referencia de comparación, en 1811 en ciudad de México el 61.3% de las sirvientes domésticas eran migrantes. Silvia Marina Arrom, *op. cit.*, p. 233.

‘sangre indígena’.²⁶ Quien también trabajó como cocinera para la familia fue Pabla, que era ‘casi indígena’, con ojos y pelo negros, con pómulos salientes y cabeza pequeña, según las observaciones raciales de la autora.²⁷ Y Cleofa, mestiza que reemplazó a Pabla, quien enfermó y tuvo que retirarse del trabajo.²⁸ Teresa –el reemplazo de Cleofa– fue la única empleada negra que tuvieron.²⁹ María de la Bendición, por su parte –una chica de quince años, con una tez blanco olivo y pelo negro a quien la señora Williams denominada como mestiza, aunque su apariencia podría ser perfectamente la de una española, según la propia descripción que ofrece el libro–, sería el ejemplo de una ‘mestiza blanca’, dentro de ese rico abanico de colores que caracterizaron todas aquellas que fueron servidoras de la familia Williams. Y aun se agregan los nombres de Delia, blanca, con fina figura y suave pelo negro, muy poco parecida en su fisonomía al resto de las domésticas– y los de Benigna y Jova, igualmente jóvenes blancas. La autora precisa, acerca del mestizaje, que ‘para los colombianos, mestizos son las personas que tienen una gota de sangre indígena, aunque el noventa por ciento sea sangre blanca española’³⁰, recordando un elemento innegable de la forma como ha sido vivida y apreciada el mestizaje en el país, cuando se la piensa bajo el modelo de la superioridad blanca.

Estuvieron igualmente trabajando en la casa y colegio de los Williams otras mujeres que parecerían diferenciarse de las antes mencionadas tanto por sus rasgos como por su educación. Se trata de una enfermera y dos mujeres más –las tres mencionadas como ‘blancas’– que se encargaban del funcionamiento de la casa y del colegio y a las que se denominaba como ‘amas de llaves’. Fueron contratadas cuando nació el último de sus hijos bogotanos. Bautista, la enfermera, recomendada por un médico y con referencias de haber estudiado en París; la señorita Bertilda López, ama de llaves, contratada antes del nacimiento, y María Rodríguez, a quien llama ‘mitad señorita’, empleada cuando el retiro de Bertilda.³¹

Si bien la apariencia física de los servidores de la señora Williams resultaba un ‘marcador’ inmediato para su clasificación, la forma de vestir también era un rasgo esencial en la consideración de esta ‘etnógrafa aficionada’. Al parecer, el calzado era un elemento importante para diferenciarse entre los sirvientes y empleados. Bautista, la enfermera, calzaba zapatos, junto con los cuales vestía una falda negra y una mantilla, lo que parecía otorgarle una figura respetable ante la servidumbre de la casa. Las sirvientas vestían también falda larga, pero no mantilla ni zapatos, como lo muestran las fotografías que acompañan el libro. Pero el mejor ejemplo de descripción de la forma de vestir de este grupo amplio de sirvientes es el que hace la autora refiriéndose a Valentino, muchacho de dieciséis años que llegó a la

²⁶ Maude Newell Williams, *op. cit.*, p. 17.

²⁷ *Idem.*, p. 27.

²⁸ *Idem.*, p. 40.

²⁹ *Idem.*, p. 45.

³⁰ *Idem.*, p. 137.

³¹ *Idem.*, capítulos V, VI y VIII.

sede de Bogotá para hacer oficios varios. Según la autora, estaba descalzo, su ropa era andrajosa, los pantalones le llegaban un poco por debajo de las rodillas, la camisa remendada con pedazos de tela de diferentes materiales, colores y estampados³², lo que recuerda no sólo su condición humilde sino la pobreza extendida de las clases trabajadoras y en general la precariedad del ‘estado de civilización’ de la propia sociedad colombiana a principios del siglo XX.

La señora Williams hace especial énfasis en la manera como sus sirvientes hablaban el castellano y recrea con detalle las formas de pronunciación, aspecto al cual parece haber resultado muy sensible, posiblemente por su propia condición de extranjera que encontraba grandes dificultades para entender un idioma que tiene tan variadas pronunciaciones regionales y tantos localismos. De una de sus servidoras, Rosario, dirá que su lenguaje ‘no es posible encontrarlo en ningún diccionario o libro de gramática’, por lo cual ‘algunas de nuestras conversaciones fueron ridículas y absurdas en extremo’.³³ La autora parece igualmente haber estado muy interesada por saber si sus servidores sabían leer y escribir, interés que debe relacionarse con su condición de maestra y protestante, por el alfabetismo extendido que había seguramente conocido en su sociedad y porque saber leer y escribir facilitaba el trabajo de sus servidores en tareas rutinarias como la compra semanal de alimentos en el mercado. Elaborar la lista de las cosas que se deberían comprar era sin duda más fácil para una persona que dominara la lectura y la escritura, lo mismo que los rudimentos de la aritmética. En algunos casos, como el de Rosario, cocinera de la sede de la Misión en Bogotá, la señora Williams se sorprendía ante su capacidad de memoria, con la que suplía la ignorancia de la lectura y la escritura, pues cuenta que Rosario era capaz de dar cuenta de manera pormenorizada de los precios de los alimentos, la cantidad y el costo de todo lo comprado y otra infinita cantidad de detalles. Como se sabe, el recurso permanente a la memoria ha sido distintivo de sociedades letradas en las cuales el texto tiene carácter sagrado o resulta un bien escaso y en donde el aprendizaje se acompaña de elaboradas ‘artes de la memoria’ –es el caso de la Edad Media–, o de sociedades o grupos ‘sin escritura’, en los cuales la memoria es el soporte de todo recuerdo, como ocurre en las sociedades campesinas con escaso desarrollo de la escuela, como resulta ser el caso de Colombia a principios del siglo XX.

La situación constatada de analfabetismo llevó a la señora Williams a realizar, junto con su esposo, tareas educativas entre sus sirvientes, como posiblemente se hacía en algunas otras casas de gentes acomodadas, siguiendo la prescripción bíblica de ‘enseñar al que no se sabe’. Pero en el caso particular que nos ocupa, ese precepto bíblico no adquiere tan sólo el significado paternalista que ha sido habitual en el viejo ‘catolicismo social’. La alfabetización tiene que ver con la salvación (ya que permite leer la Biblia), pero también con el acceso a un trabajo digno, que merezca

³² *Idem.*, p. 25. «Parecía que nunca en su vida había tenido una comida completa», escribe la Señora Williams luego de describir su aspecto físico.

³³ *Idem.*, p. 17.

la aprobación de Dios, como se observa por lo menos en un caso, en el de Valentino, sirviente de la casa en Bogotá, a quienes los Williams le ofrecieron ingreso al colegio de niños a pesar de su edad, con el fin de que aprendiera a leer y escribir. Cumplida la meta, Valentino se formaría luego como artesano. En Bucaramanga, la señora Williams persistió en el esfuerzo alfabetizador entre sus sirvientes, como intentó también enseñarles a coser y bordar, aunque los resultados no fueron los que esperaba, pues, en su opinión, ‘no había motivación para aprender’.³⁴

Un punto ampliamente recreado por la señora Williams es el extendido ‘madresolterismo’ de sus domésticas. El libro se inicia con el capítulo sobre Dominga, empleada que va dos días a la semana a hacer la limpieza en la sede de Bogotá. ‘Dominga es una de las sesenta de cada cien mujeres en Colombia para quienes no hay matrimonio. Ningún hombre de esta clase toma la responsabilidad de criar a sus hijos; eso es para las madres solamente. No hay vida familiar ... No hay matrimonio entre este sesenta por ciento; ¿Por qué? ... Nosotros aquí nos ocupamos de los resultados, no de las causas’.³⁵ La autora menciona, por ejemplo, el caso de esta sirvienta, una joven madre-soltera con dos hijos completamente desnutridos, a los que tenía que dejar solos para ir a trabajar; y el de Rosario, cocinera en la sede de Bogotá, igualmente madre-soltera con una hija y sin ningún apoyo paterno. Y en Bucaramanga menciona a Socorro, cocinera también, aunque no tan joven –la autora le calcula treinta y cinco años–, y quien tenía diez hijos, a los que califica como más ‘buenos mozos’ que sus medio hermanos legítimos. Socorro tuvo al primero de sus hijos siendo muy joven, y éste como los diez restantes tuvieron como padre a un ‘señor’ –al parecer alguien de mejor posición social–, quien en algún momento dejó por una nueva amante a su tradicional concubina, por la cual ésta tuvo que trabajar para poder ayudar a alimentar y criar a sus tres hijos menores, quienes vivían con su familia en su pueblo natal³⁶ –Socorro ignoraba en dónde se encontraban los otros siete–. Se menciona también el caso de Natividad, huérfana de madre y cocinera en Bucaramanga, hija también de un ‘hombre distinguido’, quien nunca se hizo responsable de su hija. Su situación de bastardía se hizo explícita pues sus tareas la obligaban a concurrir al mercado los días sábados, a lo que se negaba, pues no quería correr el riesgo de encontrarse con su padre, quien no sólo la había abandonado, sino que además de enfurecía al encontrarla desempeñando ese ‘bajo oficio’, con el cual la hija abandonada causaba ‘infamia’ al apellido paterno.³⁷

³⁴ *Idem.*, p. 173. No hay indicios en el libro de la Señora Williams acerca de intentos proselitistas con sus sirvientes o exigencias de conversión al protestantismo para ser contratados.

³⁵ *Idem.*, p. 16.

³⁶ *Idem.*, p. 114 y 115.

³⁷ *Idem.*, p. 132. Por lo demás el ‘ilegitimismo’ es una condición reconocida tanto por los observadores como por las estadísticas. En Bogotá, por ejemplo, la tasa de nacimiento de hijos ilegítimos se estima en más del 50% para finales del siglo XIX y en cerca del 30% para los años 60s del siglo XX. Véase Miguel Ángel Urrego, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930* (Bogotá. Ariel, 1997), p. 224.

La señora Williams no fue insensible a la capacidad y la actitud positiva frente al trabajo que mostraron sus servidores. Así, por ejemplo, Valentino era confiable; Pabla era alegre, servicial, llena de energía, dispuesta a trabajar a cualquier hora y comprometida con la casa y el colegio, a pesar de su desorden, e incluso una noche fue capaz de enfrentarse sola a un ladrón que trataba de robar en el colegio;³⁸ Cleofa, por su parte, tenía un carácter fuerte como ‘una tormenta tropical’, pero resultaba una trabajadora emprendedora y entregada a su oficio;³⁹ mientras que Bautista, habilitada como enfermera, era callada y confiable, pasando casi a formar parte de la familia. A Bautista se le pagó 1 dólar por día durante las seis semanas en que trabajó como enfermera, mientras que a las encargadas del servicio doméstico se les pagaba 1 o 2 dólares al mes.⁴⁰ Pero Bautista, por fuera de dedicarse a cuidar al pequeño recién nacido de la señora Williams, asumía toda clase de labores domésticas, como hornear panes, hacer remedios caseros para la gripa, curar la indigestión y la fiebre, etc.⁴¹ Bárbara, por su parte, llena de energía y valiente, olvidaba y refundía todo, desde la ropa hasta pequeños utensilios de cocina, en una mezcla de desorden y despiste permanente, según los adjetivos de la señora Williams.⁴² Y Luis, un joven que en Bucaramanga desempeñaba para los Williams variadas labores, entre las que se encontraban la de la recolección diaria del agua, el cuidado de la vaca y del ternero, la atención de las gallinas y toda clase de reparaciones locativas de la casa y el colegio, por fuera de barrer y cocinar cuando se necesitara, y quien mostraba una gran disposición hacia el trabajo, pese que en principio la familia había mostrado reservas frente a él, por haber salido de la cárcel recientemente.⁴³ Igualmente María Rodríguez, ama de llaves, persona ‘perfectamente confiable’⁴⁴, quien cuidaba del hijo menor de los Williams con responsabilidad y dedicación, lo llevaba de paseo por las tardes al parque, lo alimentaba, lo bañaba y vestía, pero quien además conocía una gran variedad de comidas del país, servía la mesa con elegancia y sabía hacer cuentas con toda exactitud.⁴⁵ Edelmira, sirvienta en Bucaramanga, es comparada en el texto con

³⁸ *Idem.*, p. 38.

³⁹ *Idem.*, p. 40.

⁴⁰ El pago de 1 dólar, es decir 1 peso, diario a la enfermera como a las ‘amas de llaves’ es equivalente al salario diario de un oficial de la construcción en el sector público o de un trabajador calificado en el sector público en Bogotá en la misma época. Sin embargo el pago de 1 peso o 2 pesos al mes a los sirvientes domésticos es monto tan pequeño que no puede ser comparable con ningún salario de esa época y tal vez para dar una idea de la pequeñez del valor sería pertinente dar algunos precios de artículos de consumo popular en Bogotá. Por ejemplo, en 1918 una arroba de azúcar valía 2.60 pesos reales, una arroba de arroz 2.70, una carga de maíz 4.50, una carga de panela 8.50 y una carga de papa 0.60. M. Urrutia, ‘Estadísticas de Salarios en Bogotá 1863–1933’ y ‘Estadísticas de Precios 1846–1933’, en M. Urrutia y M. Arrubla (editores), op. cit., pp. 31–71 y pp. 83–105.

⁴¹ *Idem.*, cap. V.

⁴² *Idem.*, capítulo X.

⁴³ *Idem.*, capítulo XII.

⁴⁴ *Idem.*, p. 61.

⁴⁵ *Idem.*, p. 64.

María, por su obediencia y ausencia de ‘vicios’ y defectos como masticar tabaco, fumar, consumir licor o usar la ropa sucia.

Pero el conjunto de virtudes que la observadora puritana encontraba en su personal de servicio aparece contrastado por la presencia de una serie de prácticas y conductas que la señora Williams menciona, como la mentira, el robo, las borracheras y el abandono del trabajo sin ningún anuncio formal. La cocinera Rosario es un buen ejemplo de la práctica del pequeño robo (de vez en cuando escondía las mejores papas debajo de su chal, o algunas barras de chocolate y algunos panes, que luego vendía en la esquina, cerca de la casa), que la señora Williams parece relacionar, a lo mejor de manera inexacta, con el bajo sueldo que pagaba –dos dólares al mes, pago que sus conocidas colombianas juzgaban exageradamente elevado y pernicioso—.⁴⁶ Pero Rosario además tenía afición por la chicha, la que tomaba en sus tardes libres y que la fue arrastrando a borracheras cada vez mayores, hasta que una tarde la policía la trajo totalmente ebria, desmadejada y sin sentido, lo que llevó a unos Williams escandalizados a despedirla, aunque semanas después la cocinera se encontraba de nuevo en sus funciones.

Los ejemplos acerca de la costumbre de mentir son variados. Así por ejemplo Cleofa, quien inventó la historia de un hermano enfermo en otra ciudad como forma de abandonar el trabajo, pero quien volvería dos días después diciendo que en realidad había encontrado un mejor sitio de trabajo y que tan sólo regresaba por su pago y sus pocos objetos personales. Situación similar con Rosario, quien pidió vacaciones por quince días y nunca regresó. Carmen, por su parte, pidió un pago por adelantado a sus patronos y dinero prestado a Edelmira y nunca regresó, después de haber pedido permiso para irse a pasar la noche de Navidad en otra ciudad mientras los Williams descansaban unos días en el campo.⁴⁷

Las riñas populares también fueron experiencia conocida por la misionera. Así por ejemplo, Luis y Elvira, ambos sirvientes en Bucaramanga, habían entablado una relación amorosa que terminó mal, al parecer por los celos de Luis, quien un día, en el patio de la casa, tuvo un duro altercado con su novia, yéndose los dos a las manos y luego a los machetes, con heridas para las dos enamorados. Los Williams, no sabemos por qué, despidieron a Elvira, mientras que Luis, el celoso, se mantuvo en su trabajo hasta unos días después en que se hizo obvio su alcoholismo, lo que lo comprometía en riñas y pependencias dentro y fuera de la casa, lo que llevó a los Williams a despedir a quien había sido uno de sus servidores de mayor confianza.⁴⁸

Ante estos hechos de esta naturaleza el relato de la autora intenta ser simplemente descriptivo, sin valoraciones exageradas, expresando una actitud que podría calificarse como de simpatía y perdón moderados de un superior respecto de un inferior, aunque en muchos casos lo que resulta directamente visible es una actitud

⁴⁶ *Idem.*, p. 18.

⁴⁷ *Idem.*, capítulo XXII.

⁴⁸ *Idem.*, p. 58.

ambivalente frente a seres a los que se trata de comprender y que han terminado en muchos casos siendo parte de la familia (la ‘servidumbre de la familia’) y en los cuales se ha depositado una gran confianza, al mismo tiempo que son ocasión permanente de problemas que llegan hasta a volverse insoportables.

Señalemos finalmente, en esta primera exploración de un texto que merece ser conocido y del cual se puede extraer muchísima información sobre un problema hasta el presente *invisible*, que el libro de la misionera protestante nos recuerda todo lo que hasta el presente se mantiene constante en una relación de trabajo que de, manera práctica, continua escapándose, en gran medida, a las regulaciones laborales hoy vigentes en el país y que de manera lenta pero efectiva han ido cubriendo a la mayor parte de las relaciones de trabajo urbanas en nuestra sociedad, colocándolas en un marco contractual codificado. Un hecho que parece avanzar de manera muy lenta en el caso del servicio doméstico, a pesar de la legalidad formal existente y de los esporádicos intentos de organización autónoma de este grupo de trabajadoras.

El libro –un texto sin mayores pretensiones y escrito con un elevado espíritu humanista y una buena dosis de simpatía por los servidores que trabajaron con la señora Williams– nos recuerda también una de las características esenciales presente en este tipo de relación social: la combinación de cercanía y distancia, en la que el subalterno penetra de manera cotidiana hasta los rincones más íntimos de la existencia de los patrones y termina siendo involucrado en un universo familiar y en un mundo de afecto, de los cuales al mismo tiempo se encuentra excluido de manera radical.

El servicio doméstico, en contra de lo que sostuvo hace varios años Alvaro Villar Gaviria, no parece ser un ‘gremio en extinción’. Muchos datos niegan la apreciación de Villar Gaviria y permiten afirmar más bien que se trata de una relación social que atraviesa en la actualidad y desde hace varios años un proceso agudo de *transformación* del viejo modelo que en este terreno había conocido el país. Particularmente en las clases medias urbanas debe haberse presentado una disminución del servicio doméstico en términos absolutos, bajo el peso doble de la crisis económicas, por un lado, y la disminución del número de hijos por familia, la reducción del espacio que ha acompañado la aparición de la llamada vivienda unifamiliar, la creación de guarderías –incluso en los barrios populares–, el aumento de los electrodomésticos que facilitan el trabajo del hogar y la mediana incorporación del varón a las labores domésticas, por otro lado, todo lo cual ha obligado o permitido los funcionamientos cotidianos de cierto tipo de familia sin el recurso antes indispensable del servicio doméstico. Pero la disminución del número de trabajadores domésticos –un trabajo que llegó a ser completamente femenino en el país, ya que no lo era hasta principios del siglo XX– posiblemente no sea el rasgo más sobresaliente del proceso que se encuentra en curso. Por una parte porque las dificultades económicas y la dificultad de acceder a un trabajo en una fábrica o en el sector comercial o de servicios en los últimos diez años ha

hecho que para muchas mujeres jóvenes el servicio doméstico se imponga de nuevo como una realidad laboral que deben considerar; y, por otro lado, porque el cambio mayor parece tener que ver con la aparición del trabajo por días (casi siempre visitando varios hogares) y el abandono de la casa de la patrona, lo que exige una vivienda independiente pero abre el camino para que la relación social pueda ser percibida ahora por fuera de los habituales marcos de servidumbre, dependencia y paternalismo como lo ha sido tradicionalmente, máxime cuando las disposiciones laborales vigentes le permiten a este tipo de trabajadores acceder a condiciones que han mejorado y dignificado su trabajo. Pero claro, del curso real de estas transformaciones no podría informarnos a cabalidad sino una cuidadosa investigación empírica adelantada con el recurso a ciencias sociales como la antropología, la sociología y la economía.

El *Tour de Francia* y la *Belle Epoque* del ciclismo

Philippe Gaboriau¹

Resumen

En este artículo se describen los orígenes y primeros años de desarrollo del *Tour de Francia*, la carrera ciclística por etapas más conocida, que está cumpliendo el primer siglo de vida. Se describen primero sus azarosos comienzos y el trabajo de deslinde respecto de otras competencias motorizadas por etapas, para posteriormente enfatizar en la forma en que durante las primeras décadas del siglo XX los medios de comunicación contribuyeron a difundir su fama y a nutrir con épicos héroes y reconocibles paisajes nacionales a la cultura popular francesa.

Abstract

This paper describes the origins and initial years of up growth of the *Tour de France*, most likely the world's best known cycling competition, now in its first century of existence. After describing its staggering departure and its arduous delimitation from other stage wheel races, an emphasis is made on the contribution made by the media and managers to the national French culture by means of publicizing the race and feeding upon epic heroes and memorable national landscapes.

Palabras claves: Deporte, ciclismo, cultura popular, medios de comunicación, historia cultural, Francia, Siglos XIX y XX.

¹ Sociólogo, miembro del grupo *Sociologie Histoire Anthropologie des Dynamiques Culturelles* (SHADYC) de la Ecole des Hautes Etudes, Marsella, Francia.

Presentación²

El *Tour de France*, que este año celebra su primer centenario, constituye un acontecimiento deportivo y un *hecho de sociedad*, como se acostumbra a decir. Y en primer lugar lo constituye para los franceses, quienes han desarrollado un fuerte sentido de identidad por relación con esta prueba, que constituye uno de los puntos que organiza su calendario anual de celebraciones y una referencia año tras año actualizada del heroísmo y de la épica con que el *Tour* y sus participantes son representados, tal como lo supo ver hace medio siglo Roland Barthes en un artículo pionero, titulado precisamente «El Tour de France como epopeya».

Para los colombianos –cuyos ciclistas han estado muchas veces presentes en el *Tour*–, el *Tour de France* ha llegado a ser desde hace un cuarto de siglo una referencia central de sus éxitos y fracasos deportivos, tanto como el fútbol (o más recientemente como el automovilismo, aunque la suerte futura de esta pasión «popular» resulte difícil de predecir).

Una referencia central que no ha dependido simplemente del éxito del *Tour* en los *medios* o de la promoción que las multinacionales –que se encuentran detrás de la organización de esta empresa, productora de miles de miles de euros– realizan del evento. En realidad el ciclismo ha sido en el siglo XX, junto con el fútbol y los reinados de belleza, una de las más grandes pasiones populares en la sociedad colombiana, y esto por cuanto desde sus comienzos a mediados del siglo XX y hasta recientemente, cuando se ha sentido ya su franca decadencia, el ciclismo ha sido, como práctica y como espectáculo, un evento de masas, soportado y respaldado por miles de personas que han encontrado en los ciclistas ganadores las imágenes más claras de los triunfos sociales que resultan en la vida del pedaleo constante y esforzado a lo largo de los valles y sabanas monótonas, pero sobre todo en el ascenso de las grandes montañas y la llegada a la cumbre (el premio de montaña), metáfora por años dominante de la representación construida de lo que los colombianos populares llaman «salir al otro lado».

De todo eso va hoy quedando muy poco, no sólo porque la *Vuelta a Colombia* en Bicicleta fue perdiendo, por relación con el fútbol, todos sus prestigios, en la medida en que la propia Federación Nacional de Cafeteros, uno de sus grandes patrocinadores, iba perdiendo peso en la sociedad y pesos en sus cuentas bancarias, mientras Juan Valdés (el pretendido campesino cafetero) iba conformándose con ser una figura de segundo orden, más bien solitaria, llevando una mula –símbolo tradicional del arriero– y dos sacos de café que eran continuamente requisados por la policía en cada una de las aduanas que debía atravesar. Entre tanto, y dolorosamente, otra clase de mulas se volvió (y continúa siendo) muy popular en Colombia, aunque buena parte de ellas sea huésped de prisiones en todo el mundo,

² Tanto esta introducción como la traducción son del profesor Renán Silva, sociólogo e historiador, miembro del Departamento de Ciencias Sociales y del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

y los dineros del narcotráfico llegaron, en los años ochenta sobre todo, en grandes cantidades al fútbol profesional y terminaron produciendo no sólo crímenes y el enrarecimiento mafioso de esa actividad, sino el reforzamiento de un viejo gusto popular, surgido masivamente, en competencia y por la misma época que el ciclismo, en el momento que se llamó «El Dorado» del fútbol colombiano, pero produciendo además un nuevo ideal de ascenso y triunfo social, que por años los colombianos han identificado con su Selección Colombia y con deportistas asociados con una picaresca tocada un poco por el delito, las armas y las malas compañías, lo que está muy bien representado en el ascenso y ocaso de futbolistas como René Higuita y Faustino Asprilla..

Lo que tiene de mayor interés el texto de Philippe Gaboriau, por fuera de lo que de manera particular nos enseña sobre una etapa histórica del *Tour de France*, es la idea, siempre necesaria de repetir, de que en historia y en sociología *no hay objetos nobles de por sí*, de que la pertinencia del objeto está dada por su construcción y por el enfoque, y que los objetos de análisis de los que deben ocuparse los estudiosos de la cultura popular moderna no corresponden en absoluto con la representación que de ellos se hace el *folclor* y la mirada *folclorizante*.

Las analogías, por lo menos las analogías formales, entre el *Tour* francés y nuestra *Vuelta* son grandes, pero el evento colombiano avanza hoy por el descenso al parecer inevitable de su decadencia, mientras que la prueba gala avanza centenaria y llena de vitalidad por sus valles y cuestas, aunque no puede dejar de mencionarse que entre tanto la Colombia urbana y moderna, en la medida en que el orden público lo permite, ha producido una nueva práctica masiva que los colombianos llamamos la «ciclovía», una verdadera institución en ciudades como Bogotá y Cali, y en donde puede estar el aspecto más destacado de la nueva práctica de masas de la bicicleta, junto con los usos impuestos por los ecologistas, por la pobreza, por las ideologías de la salud y el cuerpo, y por la propia ausencia de un sistema de transporte masivo democrático y barato.

Pero en las estructuras mentales de nuestra sociedad, en muchos de sus funcionamientos colectivos y en su frágil memoria permanecerá, aunque leve y desdibujado, el recuerdo de la *Vuelta* en sus épocas «de gloria», cuando ella fue, por ejemplo, la ocasión de que a través de la radio –y hay que pensar sobre todo en pioneros como Carlos Arturo Rueda– se difundiera una representación de nuestra geografía abrupta (la Línea, el Alto de Minas, la Pintada, etc.), se difundieran maneras de nombrar nuestras ciudades que han llegado a ser patrimonio popular y colectivo (Armenia, «la ciudad milagro», Medellín, «la capital de la montaña», Bucaramanga, «la ciudad de los parques», etc.) y se crearan imágenes de héroes que hacían soñar la imaginación popular: Ramón Hoyos, «el Pentacampeón», Hernán Medina, «el príncipe estudiante», «la bruja Montoya», Jorge Luque, «el Aguila Negra de Cundinamarca», Pedro J. Sánchez, «el León del Tolima», Ramón Ovalle, «el Llanero solitario», Rafael Antonio Niño, «el niño de Cucaita» o Luis Herrera, «el jardinerito de Fusagasuga», por señalar tan sólo algunos ejemplos.

Los analistas de la sociedad, que se especializan en la investigación de la historia y la sociología de las clases y culturas populares tienen en el texto de Ph. Gaboriau un ejemplo importante de cómo incluir en sus análisis las formas populares, masivas, de recreación (práctica y espectáculo), de cómo integrarlas en el estudio de las relaciones entre clases dominantes y clases dominadas y en la correlativa formación de los sentimientos de nación e identidad, considerado todo esto, siguiendo las indicaciones de Norbert Elias, en el esquema general de los procesos civilizatorios.

Introducción

1903 es una fecha importante en la historia del deporte francés. Año de nacimiento de la vuelta a Francia en bicicleta, 1903 debe ser considerado ante todo como un momento de ruptura. En efecto, 1903 marca en Francia el fin de una época: la edad de oro de la bicicleta termina. El velocípedo, punta de lanza de los valores distinguidos de fines del siglo XIX, pasa de moda poco a poco en los medios sociales acomodados, los que ahora sueñan con el motor, el automóvil y el aeroplano. Pero la aparición del *Tour de France* es también la señal de algo que comienza. La bicicleta, cuyo precio baja, tiende a democratizarse. Periódicos deportivos, fabricantes de bicicletas, organizadores de pruebas ciclísticas, popularizan cada vez más los avances de esta práctica.

Entremos en el espacio mental de esos primeros momentos. La vuelta a Francia en bicicleta nace en el instante mismo en que las grandes pruebas automovilísticas de carretera (la grandiosa Paris-Madrid del mes de mayo de 1903) se ven prohibidas por el Estado francés. Retengamos el contexto parisino y burgués de la *Belle Epoque* en Francia. El *Tour de France* hace parte de esos hechos extraordinarios que al comienzo del siglo XX suscitan admiración y algo más que sorpresa. Expansión de la sociedad industrial, cambios en los medios de transporte, agonía de la civilización aristocrática y rural del caballo y auge del patriotismo transforman los modos de vida. «La civilización se desarrolla y se hace más refinada cada día, a una velocidad vertiginosa, escribe Emile Gauthier en el *Almanach des Sports 1903*. El hombre moderno se libera cada vez más de las fatalidades naturales, ahora domesticadas y dominadas... El milagro se encuentra a la orden del día y aquello que debió parecer a nuestros padres como parte del sueño y de la utopía, de la alucinación o de la locura poco a poco se convierte en una realidad cotidiana».³

Tratemos de comprender por qué, por ejemplo, Maurice Garin, ciclista profesional, futuro vencedor del primer *Tour de France* en julio de 1903, se encuentra el 24 de mayo del mismo año al volante de una motocicleta, en el momento de la partida de la carrera, de autos y de motos, Paris-Madrid.

³ Emile Gauthier, «Le Sport et la civilisation», en Maurice Leudet (sld), *L'Almanach des Sports, 1903*. Paris, A. La Fare, éditeur, 1903, p. 2.

1903, el final dramático de una Edad de Oro

Comencemos por romper con un lugar común. El acontecimiento mediático de 1903 no es el *Tour de France*. El gran hecho deportivo que apasiona en ese momento a las multitudes y que domina las informaciones de prensa es la carrera de automóviles Paris-Madrid, organizada por el Automóvil Club de Francia. Pero el 24 de mayo por la tarde, en Bordeaux, concluida la primera etapa, la prueba terminará de manera dramática, bajo el signo de la muerte y la sangre (ocho muertos y más de veinte heridos).

Con la prohibición de esta prueba de automóviles se cierra una época grandiosa: aquella en la cual la bicicleta y el automóvil eran asociados con la ciencia y la industria en una misma aventura deportiva, considerándose en la punta del modernismo. Los valores «velocipédicos» –como se decía entonces– se encontraban próximos de los valores automovilísticos. Las pruebas ciclísticas (sobre ruta y sobre velódromo) influenciaron las primeras pruebas de autos y las invenciones que trataban de mejorar los velocípedos ayudaban a pensar en los nuevos medios mecánicos de locomoción.⁴

Desde la primera prueba ciclística Bordeaux-Paris en el año 1891, hasta la competencia automovilística Paris-Madrid de 1903, toda una serie de pruebas de ruta pueden ser reunidas en una misma categoría que liga deporte, periódicos e industria alrededor de los valores de la resistencia, de los *records* por superar y de las modernidades mecánicas:

Mayo de 1891, la primera carrera ciclística anual Bordeaux-Paris (550 kilómetros), prueba disputada cada año con acompañante (bicicletas simples, dobles y triples, luego, a partir de 1897, acompañantes para automovilistas y motociclistas).⁵

⁴ Géo Lefèvre lo percibe bien cuando en el otoño de 1902 escribe el capítulo consagrado al «ciclismo» en el almanaque de los deportes fechado en 1903: «Se podrá encontrar todo lo que se quiere, dice, pero jamás se destronará a la ‘pequeña reina’ –la gran reina debería decir hoy–. La bicicleta permanecerá como el caballo del pobre y el instrumento por excelencia del deporte. El problema del transporte mecánico sobre carretera, ella lo ha resuelto primero, y por esa vía, es ella la que ha preparado la llegada del automóvil. El automóvil, nacido de la bicicleta, ha creado el motor ligero. El motor ligero permitirá la navegación aérea. Todo se liga, todo se encadena, pero el primer eslabón de la cadena sobre el que han venido a agregarse sucesivamente los otros, es la bicicleta». G. Lefèvre, «Ciclismo», en Maurice Leudet (sld), *L'Almanach des Sports 1903*. Paris, A. La Fare, éditeur, 1903, p. 132. Este testimonio es interesante pues fue escrito al final del año 1902, en el momento mismo en que Géo Lefèvre sugería la idea del *Tour de France* a su director, Henri Desgrange (cf. *L'Equipe, Tour de France 100 ans, 1903-1939*. Obra realizada bajo la dirección de Gérard Ejnès por Serge Laget con Raoul Dufourcq y Gérard Schaller a partir de los reportajes de los periodistas y fotógrafos de *L'Auto*. Tomo 1. Paris, L'Equipe, 2002).

⁵ Notemos que el primer vencedor de la competencia Bordeaux-Paris fue un aficionado inglés, M. Mills, quien recorrió los 577 kilómetros de la prueba en 26 horas, 34 minutos. «M. Mills no ha tomado durante el recorrido más que el tiempo necesario para comer algunos bocados de carne cruda y algunos sorbos de caldo y estas paradas no han sobrepasado cada una los tres minutos. ¿Acompañantes que se han turnado durante la carrera han estado con él todo el camino? Son ellos

En septiembre del mismo año, la primera competencia ciclística Paris-Brest-Paris (1200 kilómetros), carrera con acompañante. El hombre sobre su bicicleta puede «sobrepasar las fuerzas humanas». La prensa (*Le Petit Journal* de Pierre Giffard) pone en escena el acontecimiento deportivo que demuestra el valor de las diversas bicicletas, marcos, cadenas y neumáticos. Las competencias ciclísticas se desarrollan con la ayuda de acompañantes considerados necesarios para mejorar la velocidad, un elemento entonces tan interesante como el orden de llegada.

1884. La primera competencia automovilística: Paris-Rouen, organizada por *Le Petit Journal*.

1895. La inauguración de la competencia automovilística Paris-Bordeaux-Paris.

1896. La primera competencia ciclística Paris-Roubaix (carrera anual con entrenadores como la de Bordeaux-Paris).

1898. La competencia automovilística por etapas, Paris-Amsterdam.

1899. El *Tour de France* en automóvil (competencia de 2350 kilómetros, en siete etapas: promedio del vencedor, 51.3 kilómetros por hora).

1901. La competencia automovilística por etapas Paris-Berlín.

1902. La competencia automovilística por etapas Paris-Viena.

1903. La competencia automovilística por etapas Paris-Madrid.⁶

Henos aquí, en este mes de mayo del año 1903, en el momento de la partida de la carrera Paris-Madrid. «La gran manifestación industrial y deportiva», «colosal *raid* internacional», apasiona a las multitudes y a los medios. «Habrà ahí, en efecto, escribe *Le Petit Journal* (del 8 de mayo de 1903, p. 4) automóviles con los cuales ninguna imaginación deportiva habría osado soñar hace unos cuantos años: automóviles de 110 caballos de fuerza, de 90 caballos de fuerza, verdaderas máquinas de guerra, tanto por la construcción como por el aspecto. Las velocidades que se obtendrán con estas máquinas prometen ser absolutamente fantásticas». Después de Amsterdam, Berlín y Viena, es el turno de Madrid de servir de meta a la gigantesca prueba anual, ahora inscrita en las costumbres europeas, escribe el periódico *Le Vélo* (del 24 de mayo de 1903, p. 1). Cada una de las capitales del viejo continente desea ardientemente este honor y, con el progreso del automóvil, es de esperarse que cada una tendrá su gran jornada. [...] Cada carrera anual es una manifestación victoriosa a favor de «la Idea», que se propaga así, en la senda de esta sucesión de competencias triunfales, a los cuatro puntos cardinales de la civilización».

quienes deben allanarle las dificultades de la carretera, iluminar la ruta durante la noche y cederle su propia bicicleta en caso de accidente» (*L'Illustration*, mayo 1891, p. 481). En el curso de los años 1890 Francia, con su propio estilo, va a convertir en espectáculo las prácticas deportivas inglesas.

⁶La lista no es exhaustiva y se limita a las principales competencias. Numerosos periódicos parisinos o regionales organizaron sus propias competencias de resistencia y rindieron honores a la velocidad de las nuevas formas mecánicas.

Los participantes de la prueba Paris-Madrid, dicen los periódicos, «son casi todos célebres en el mundo del deporte. Muchos son verdaderas notoriedades de la nueva industria. Los antiguos campeones del ciclismo y los simples mecánicos promovidos como conductores al mostrar sus grandes habilidades en este terreno, se encuentran presentes en esa lista, tan notable, de participantes, al lado de personalidades aristocráticas muy conocidas, incluso de millonarios». Más de trescientos vehículos han aceptado el reto de participar. Las viejas estrellas de los velódromos son numerosas entre los conductores: los hermanos Farman (ganadores de la prueba automovilística Paris-Viena), Fournier (triunfador de la carrera Paris-Berlín de automóvil), Charron, Terront, etc.... Muchísimos ciclistas aun en actividad se encuentran también en el momento de la partida montados en sus motocicletas: Rivierre (con el número 159), Garin, convertido en ciclista un mes más tarde y ganador del *Tour de France* (con el número 309), Lesna, vencedor de la competencia ciclística Paris-Roubaix y quien quedará incapacitado para toda posterior participación luego de la carrera Paris-Madrid (con el número 178). Los corredores montan motocicletas pues es necesario, en esta época, pedalear en los ascensos para ir más rápido.

Todos los periódicos describen el entusiasmo «extraordinario» que reina en el momento de la partida de la carrera Paris-Madrid. Más de doscientos mil parisinos en medio de un «indescribable tumulto» pasan en Versalles la noche en blanco esperando la aurora para asistir a la partida del primer competidor (la partida se produce con intervalos de un minuto entre uno y otro corredor, desde la madrugada del 24 de mayo). La afluencia de gente es enorme, «como grande es la fascinación que ejerce sobre la multitud el milagro de la velocidad y las audacias realizadas por esta moderna pareja: la potente maquinaria científica que hace palidecer ante su poderío, montada por una voluntad humana», según escribe *Le Gil Blas* (25 de mayo de 1903, p. 1). «La partida de la formidable prueba de 1903, fue algo extraordinario, asombroso, enorme». «No hay palabras suficientemente poderosas para caracterizar ese torrente humano», escribe *Le Matin* (25 de mayo de 1903, p. 1). Muchos ciclistas, vistos como los «fermentos del deporte», vienen desde París para asistir a la salida de la competencia (hacia las tres de la mañana) y «durante horas, rápidamente transcurridas a fuerza de animación, se formó de Versalles a Saint-Cyr una caravana de bicicletas y de automóviles, de miles de lámparas multicolores y de linternas cuyas luces deslumbraban», como escribe *Le Parisien* (del 25 de mayo de 1903, p. 2). Se podría haber dicho que a través de las nubes de polvo levantadas por los neumáticos, un fantástico ejército de grandes insectos, brillantes y ruidosos –incluso en competencia–, marchaba hacia una feliz conquista; como también se pudiera haber dicho que se trataba de la emigración de un conjunto de sombras chinas que arrastradas por el entusiasmo marchaban hacia la tierra prometida... En fin, se sentía una suerte de aturdimiento continuo y resultaba imposible mantener los ojos abiertos mirando ese cortejo sin fin, esa serpiente de fuego, de polvo, de humo, con sus repliegues interminables, renovados sin cesar». «Visiones nocturnas de una multitud que se agita, se aprieta, se estruja, de un

torrente que desciende de París a Versalles arrastrando todo a su paso para lanzar lejos todo lo que encuentra, visiones de un amanecer que gris azulado que se levanta sobre un mar humano que se agita y desde cuyo interior sube hasta el horizonte un inmenso clamor. Visiones de monstruos trepidantes, enormes y dóciles, sacudiéndose bajo el abrazo de enmascarados que los inmovilizan esperando la señal de partida. Todo esto pasa aun bajo mis ojos y pasará por mucho tiempo, en un conjunto caótico, infernal y profundamente emocionante», escribe Géo Lefèvre en el periódico *L'Auto* (25 de mayo de 1903, p. 1).

Doscientos veintiún competidores parten con intervalo de un minuto entre cada uno. «Pero el alba palidece en el horizonte, la silueta de los monstruos vigorosos se destaca en la incertidumbre de la noche que termina. Más allá del motor impaciente, el hombre se encuentra ahí, detrás de su máscara, como un gran pájaro de presa. Los segundos pasan, se escapan. La orden de partida es dada. El carro, literalmente, despega. Otro lo sucede y en unas pocas horas Versalles se encontrará desierto, mientras que sobre la ruta las multitudes saludarán a la «Gran Victoriosa» que pasa, la industria automovilística francesa», como escribe Henri Desgrange en *L'Auto* del 24 de mayo de 1903. Maurice Garin sobre su motocicleta toma la partida a las seis horas y 44 minutos. Dos millones de espectadores, según los cálculos de los periódicos, hacen la calle de honor de Versalles a Bordeaux. Todo Bordeaux, es decir 200 000 personas, asisten «a la llegada de esta competencia sensacional» (escribe Maurice Martin en *La Petite Gironde* del lunes 25 de mayo de 1903, p. 2). Los espectadores son frecuentemente imprudentes, «invaden con frecuencia la vía y producen en los corredores la alucinante angustia de estar atrapados entre la multitud» (anota Georges Prade en *L'Auto* del 25 de mayo de 1903, p. 1). «Una verdadera barrera humana, siempre en movimiento, oscilando continuamente, bordea la ruta y parece siempre querer cerrarse a nuestro paso» (escribe el conductor Maurice Farman en *Le Petit Parisien* del 26 de mayo de 1903, p. 2).

Pero esta fantástica carrera hacia el progreso (el apogeo de esta esperanza) termina en el drama y en el caos. Los accidentes, lamentables, se multiplican: accidente de Marcel Renault, cuyo carro va a parar contra un árbol, produciéndose un muerto y un herido. Al carro de Loraine-Barrow se le atraviesa un perro y va a dar contra otro árbol, con el resultado de un muerto y un herido más. Un paso a nivel en el camino y de nuevo un muerto y un herido. Una mujer se atraviesa en la carretera y hay que sumar otro muerto. Un carro que se incendia, un muerto, el chofer quemado vivo, y una persona herida. Otro carro más que arrolla a la multitud y de nuevo dos muertos, un herido, etc. La velocidad y la multitud inconsciente que taponan las carreteras son las causas de numerosos accidentes. La carrera es prohibida. Durante los próximos tres días, con grandes titulares lo anunciará la prensa: «Última hora, la carrera prohibida»... «Competencia sangrienta», titula *Le Matin* (25 de mayo de 1903, p.1). Acusada: «la locura de la velocidad», que en la competencia Paris-Madrid parece haber llegado a su paroxismo». Es un desastre. «Un lamentable espectáculo: carros chocados, volcados, rotos, convertidos en piezas regadas por el suelo. Cuerpos inertes

de gentes muertas instantáneamente, cuerpos de heridos desmayados o agonizantes, tirados sobre el suelo en medio de charcos de sangre y de restos de autos, dentro de un círculo formado por gentes angustiadas y consternadas que tratan de prestar alguna ayuda» (según testimonio de *L'Illustration* del 30 de mayo de 1903, p. 371). «Hay que concluir que, a pesar de la buena voluntad, de la clarividencia y de la diligencia de los organizadores, es materialmente imposible eliminar de la vía todo peligro, y en esas condiciones, las carreras sobre ruta no pueden ser toleradas, sobre todo si se trata de velocidades como las alcanzadas entre París y Bordeaux» (*Le Petit Journal* del 27 de mayo de 1903, p. 1). «La locura de la velocidad ha cobrado ya demasiadas víctimas, lo que reconocen incluso los amantes del automovilismo» (*Le Journal*, 25 de mayo de 1903, p. 1).

Es el fin de una época. «Parecidos a monstruos terribles, los autos, como una tromba, aparecen a lo lejos, para luego, como un destello, pasar y borrarse en el polvo del camino. Los conductores, tirados sobre sus asientos, casi acostados sobre sus espaldas, para ofrecer al aire la menor resistencia posible, apenas se distinguen acomodados dentro de su automóvil» (*La Petite Gironde*, 27 de mayo de 1903, p. 2).

1903-1904: los comienzos populares y caóticos del *Tour de France* en bicicleta

Es en ese contexto social, un mes después de la grandiosa y catastrófica competencia de carros y motocicletas Paris-Madrid, que comienza el primer *Tour de France* en bicicleta (inicialmente previsto para comenzar el 31 de mayo y concluir el 5 de julio, el primer *Tour* se iniciará con algo de retaso sobre la fecha prevista). La largada de la prueba, más modesta que la de las grandes carreras de autos, tuvo lugar en las afueras de París, cerca de un albergue –*Le Reveil Matin*–, próximo a Villeneuve-Saint-Georges. Seis largas etapas uniendo las grandes ciudades francesas: París, Lyon, Marsella, Toulouse, Bordeaux, Nantes y de nuevo París, para un periplo de más de 2400 kilómetros. La etapa más corta: Toulouse-Bordeaux con 270 kilómetros. La más larga: Nantes-París con 470 kilómetros. La prueba se desarrolla entre el primero de julio y el 19 de ese mes, e incluye varios días de reposo por cada una de las etapas.

De manera sorprendente (¿Tal vez para cerrar una etapa? ¿Tal vez para reavivar una querrela?) es a través de una referencia a Emile Zola que Henri Desgrange, jefe de redacción de *L'Auto* y hombre comprometido con valores opuestos a los de Zola –como el célebre «J'accuse» del affaire Dreyfus⁷–, comienza su editorial del

⁷ Emile Zola acababa de morir asfixiado en su apartamento el 28 de septiembre de 1902. El 13 de enero de 1898 Zola había publicado en su periódico *L'Aurore*, bajo el título de «J'accuse», una carta abierta al Presidente de la República en la que exigía la revisión del proceso de Dreyfus. «El 'affaire' Dreyfus» debe ser visto como uno de los «laboratorios» centrales de la formación de la Francia contemporánea (al igual que la Revolución o la Francia del periodo Vichy)». Cf. sobre este punto a Pierre Birnbaum (sld), *La France de l'affaire Dreyfus*. Paris, Gallimard, 1994.

primero de julio de 1903: «Con el mismo gesto amplio y potente con que Zola pinta en su obra la *Terre* a su trabajador, *L'Auto*, periódico de ideas y de acción, va a lanzar hoy a través de Francia, las resistentes semillas de energía que son nuestros grandes rutereros profesionales. [...] Una prueba como esta, escribe Desgranges, más que todas las grandes carreras de velódromo, sorprende al pueblo, pues se dirige directamente a él. Es sobre carreteras que la gente conoce, en medio de sus propios campos, delante de sus casas, que el campesino observará a los competidores del *Tour de France*. Los pequeños periódicos locales le informarán de la victoria de uno de estos hombres, un evento que nunca olvidará, porque lo ha visto» (Henri Desgrange, *L'Auto*, primero de julio de 1903, p. 1).

Como todas las pruebas de ruta en bicicleta o en automóvil que se celebran por esta época, el naciente *Tour de France* se encuentra ligado a la prensa deportiva (el periódico *L'Auto* es el organizador de la competencia) y al sector deportivo organizado por los fabricantes de bicicletas (sector formado por los corredores profesionales. El triunfador, Maurice Garin, apodado «le Petit Ramoneur», conduce una bicicleta llamada «La Francesa»). Pero el *Tour de France* tiene respecto de otras competencias similares dos grandes diferencias. Principal innovación, el *Tour* se disputa sin la ayuda de acompañantes. Competencia individual, los corredores se encuentran durante la prueba solos, solos frente a la naturaleza y solos frente a ellos mismos. La época de los *records* de velocidad por quebrar (con el acompañamiento de ingenios motorizados) ha terminado y ahora el tiempo no es más que un valor secundario, puesto que lo importante es el orden de clasificación, la comparación entre los participantes, el valor físico y moral de cada uno. Segunda innovación: el *Tour de France* es una competencia por etapas, en lo cual el *Tour* copia las carreras de automóviles organizadas por etapas que fraccionan la prueba y, desde luego, el relato de los periodistas. «El principio de la lucha con armas iguales, sin preparadores ni asistentes, ha permitido a la gente, sorprendida, ver el año pasado a un herrero como Dargassies, a un joven carnicero como Pothier, a un belga desconocido como Samson, a un tabernero como Brange, mantenerse en el trono de los reyes de la ruta tanto como los Garin, los Aucouturier y los Muller (hace notar *L'Auto* del primero de julio de 1904, p.1).

El director del periódico organizador de la prueba, el ya citado Henri Desgrange, es un hombre carismático, joven (tiene 38 años en 1903) y ambicioso, rodeado de colaboradores también jóvenes y eficaces, como Géo Lefèvre o Victor Goddet. Henri Desgrange intenta tomar distancia por relación con el entonces emblemático Pierre Giffard, célebre periodista del *Petit Journal* y luego, desde 1984, jefe de redacción del diario deportivo *Le Vélo*. «El velocípedo no es simplemente un deporte. Es un beneficio social», repetía Pierre Giffard.⁸

⁸ Iniciador de la prueba Paris-Brest-Paris en 1891 y de las primeras pruebas automovilísticas, Pierre Giffard (1853-1928) es una figura central de los círculos del ciclismo de los años 1890, un hombre humanista y progresista, anclado en los valores republicanos y «dreyfusianos», muy olvidado por el periódico *L'Equipe* cada vez que en sus folletos de vulgarización celebra el aniversario del *Tour de*

En 1900, con el apoyo político y financiero de dos industrias en plena expansión, como eran en ese momento la industria del automóvil y la de la bicicleta, se crea un nuevo periódico deportivo de circulación diaria: *L'Auto-Vélo*. Su objetivo era el de hacer la competencia y reemplazar –incluso arruinar– a *Le Vélo*. Henri Desgrange es nombrado como director. Antiguo funcionario de notaría apasionado por el ciclismo, excampeón de los años 1890, primer *recordman* francés de la hora sin acompañante, Desgrange escribió en 1894 un libro sobre el ciclismo: «La Tête et les Jambes». «El deporte del ciclismo, escribía, exige de parte de aquel que quiere dedicarse a él, dos tipos de cualidades de orden muy diferente, pero que se complementan la una con la otra: la cabeza y las piernas. No se puede llegar a ser un corredor completo más que si se poseen las dos en igual cantidad». La creación del *Tour de France* va a permitir a *L'Auto* (nuevo nombre del periódico luego de un proceso judicial perdido) distanciarse definitivamente de *Le Vélo*, en 1904.

El naciente *Tour de France* corresponde a un nuevo tipo de pruebas deportivas inclinadas hacia la democratización y la popularización de los valores deportivos, alejándose del antiguo modelo de competencias orientadas hacia la carrera del progreso y los *records* de velocidad. Incluso los propios periódicos que compiten con *L'Auto* lo reconocen. *Le Journal*, del 21 de julio de 1903, escribe: «El *Tour de France* organizado por nuestro colega *L'Auto*, ha revolucionado, así puede decirse, todo el mundo del deporte, y ahora que esta gran prueba ha terminado, resulta imposible, incluso para aquellos que no son apasionados de los deportes, no admirar los héroes de este «largo paseo» deportivo, que acaban de cumplir con prodigiosos actos de valor. [...] Durante 19 días, estos héroes del ciclismo han recorrido casi toda Francia, visitando Lyon, Marseille, Toulouse, Bordeaux, Nantes, atravesando toda clase de regiones, luchando contra el viento, contra la lluvia, contra el calor, y por todas partes, gracias a su coraje, han maravillado a todas las gentes que salían al borde de la carretera para aplaudir a estos gigantes, a estos atletas fuera de serie que acaban de cumplir con la más bella travesía deportiva que se pueda imaginar». (p. 6). El primer *Tour de France* tuvo un gran éxito popular. Prueba gratuita que pasa por el frente de la propia casa, el *Tour* va al encuentro de los pequeños pueblos y aldeas de Francia. «En cada pueblo, reúne a las multitudes típicas de los días de fiesta. ¡Ah! No, el ciclismo no ha muerto», subraya el jefe de redacción de *La Petite Gironde*, Maurice Martin, quien sigue la etapa Toulouse-Bordeaux desde un automóvil que no logra mantenerse al lado del pelotón de punta que avanza raudo. (*La Petite Gironde*, 13 de julio de 1903, p. 2).⁹

France. En 1899, Pierre Giffard va a enfrentarse a los grandes patrones de la industria francesa que, «anti-dreyfusianos», entrarán en guerra contra él y contra su periódico *Le Vélo*.

⁹ Desde el primer *Tour de France* el público ha estado presente. Con ocasión de la tercera etapa, Marseille-Toulouse, *Le Petit Provençal* hace notar que en Arles «cerca de quinientas personas han permanecido en espera toda la noche, sin abandonar su lugar más que después de la hora de cierre de controles». En Béziers, «desde las cinco de la mañana miles de curiosos se habían apostado a lo largo de la ruta» (*Le Petit Provençal*, del viernes 10 de julio de 1903). Las fotos de la época muestran un público masculino y muy pocas mujeres y niños.

Sin embargo el *Tour* que apenas comenzaba era aun frágil y hubiera podido terminarse en 1904. La difusión de las ideas deportivas hacia el pueblo es difícil. «La pasión popular» plantea problemas. La seguridad de los competidores es «amenazada por energúmenos». Cada ciudad quiere defender a su campeón local. Los ciclistas, de su lado, están muy habituados a rodar detrás de los acompañantes y tienen tendencia a hacer trampa. Los cuatro primeros corredores del segundo *Tour* terminarán descalificados por la Unión Ciclística de Francia.

Con amargura Henri Desgrange escribe en *L'Auto* del 25 de julio de 1904 (p. 1): «El *Tour de France* ha terminado y su segunda edición habrá sido, mucho lo temo, la última. Y el *Tour* habrá muerto a causa de su propio éxito, de las pasiones ciegas que desencadenó, de las injurias y de las groseras sospechas que nos habrá valido de parte de los ignorantes y resentidos. Y sin embargo, nos había parecido y nos parece aun que habíamos construido con esta gran competencia el monumento más durable y más importante del deporte de la bicicleta. Teníamos la esperanza de, cada año, hacer a través de la mayor parte de Francia un bien al deporte. Los primeros resultados del año pasado nos mostraban que estábamos en lo correcto, pero ahora nos encontramos, al final de la segunda edición del *Tour*, desmoralizados, descorazonados, habiendo vivido estas tres semanas en medio de las peores calumnias y de las peores injurias».

Los incidentes de Saint-Etienne son descritos, por ejemplo, como un verdadero acto de salvajismo, una verdadera tentativa de asesinato en el corazón de la República. Los corredores lo testimonian. Son las tres de la mañana, la noche es negra. «De golpe, en lo alto de este ascenso, Faure acelera bruscamente y toma dos o tres cuerpos de distancia. Levantamos la cabeza y vemos cincuenta metros delante de nosotros a una centena de individuos, armados de garrotes y de piedras, formando una barrera a cada lado de la carretera. Faure pasa con decisión. Entonces los garrotes se levantan y golpean a los siguientes competidores». Muchos corredores resultan heridos, algunos de ellos gravemente. Y frente a los repetidos actos de violencia, los corredores, muy inquietos, «se prometen todos correr armados de revólveres» (*L'Auto*, 13 de julio, 1904, p. 1). Desgrange ofrece su testimonio: «El drama ha durado tan sólo algunos segundos. Conservé solamente la visión de un montón de bicicletas por tierra, de Maurice Garin cayendo y levantándose, y con él algunos otros corredores. Por mi parte, no vi caer al pobre Gerbi. Un momento de detención de los vehículos de vigilancia, luego una nube de salvajes, garrote en mano, que comienza a huir por el campo. Uno de ellos, de muy mal aspecto, mostrándonos a Faure, nos grita: «Miren al 58, Faure de Saint-Etienne, a ese es al que queremos como ganador». Pero hay que partir para regresar con el lote de punta –con el pelotón– y lo que escucho es una verdadera salva de tiros al aire, seguida de la fuga precipitada por el campo de los salvajes atacantes» (Henri Desgrange, *L'Auto*, 14 de julio, 1904, p. 1).

Los automóviles que vienen acompañando la competencia se defienden también ellos haciendo tiros al aire. «El atentado de Saint-Etienne prueba lamentablemente

de manera clara y neta que nuestro ciclismo se encuentra en un punto crucial de su historia, ya que su éxito puede ser la causa de su caída, que el entusiasmo que suscita puede convertirse en motivo de los peores excesos» (Henri Desgrange, *L'Auto*, 14 de julio de 1904). «Gentes terribles e incivilizadas que se imaginan protestar fastidiando y golpeando a los corredores» (*L'Auto*, 15 de julio de 1904, p. 1). Comportamientos violentos, semejantes a los de los «hooligans» actuales en los partidos de fútbol. La agresividad aparece como necesaria para apoyar al equipo o al campeón local frente a los adversarios de otros lugares. Estos grupos (a quienes en 1903 se denominaba con el mote de «apaches») están formados por jóvenes (en general hombres) pertenecientes a las capas más bajas de la clase obrera. Una subcultura violenta y delincencial, que expresa un modelo de masculinidad agresiva.¹⁰

Jacques Miral, quien escribió los textos sobre el ciclismo en el *Almanach des Sports, 1905*¹¹, señala que «el ciclismo parece, en 1904, haberse orientado hacia una fórmula nueva». Luego de las sanciones de la Unión Velocipédique de Francia, descalificando a los cuatro primeros competidores del *Tour de France*, «podemos tal vez esperar para el próximo año una competencia con corredores honestos». «Las grandes pruebas sobre ruta se habían convertido en algo muy diferente a una competencia deportiva». «Algunos corredores, poco escrupulosos [...], no contentos con colocarse detrás de los carros acompañantes, no vacilaron en dejarse transportar durante kilómetros, bajando luego a escasos diez kilómetros de los puestos de control para firmar, descansados y dispuestos a continuar la competencia» [...]. «Y además, aumentaban sus oportunidades de victoria regando por la carretera puntillas, de las cuales eran víctimas quienes venían tras ellos». Sí, los años 1903-1904, fueron el fin de una época del ciclismo. Como la competencia Paris-Madrid, ¿el *Tour de France* está también llamado a desaparecer?

¹⁰ Cf. los análisis de Eric Dunning sobre este tema. Particularmente, E. Dunning, P. Murthy, J. Williams, «La violence des spectateurs lors des matchs de football: vers une explication sociologique», en N. Elias y E. Dunning, *Sport et civilisation, la violence maîtrisée*. Paris, Fayard, 1994, pp. 335-367.

¹¹ Cf. Jacques Miral, «Le Cyclisme», en Maurice Leudet (sld), *Almanach des Sports, 1905*. Paris, La Fare, 1905, p. 222. J. Miral hace notar también que, en el caso del ciclismo de pista, se plantea el problema de las carreras de media distancia, las que, como la competencia Paris-Madrid, están impregnadas de la «locura de la velocidad». El *record* de la hora con acompañante ha llegado a velocidades superiores a los 87 kilómetros por hora. Varios de los campeones de la prueba murieron en carrera, acompañados de grandes motos. La Unión Ciclista Internacional (creada en abril de 1900) obliga, a finales de 1904, al uso exclusivo de motos pequeñas, que cortan mucho menos el viento. «El año ha comenzado dominado por la presencia de grandes velocidades, pero tiempo después, gracias al nuevo reglamento de entrenamiento impuesto, las velocidades han disminuido, permitiéndonos asistir a competencias en donde el valor intrínseco de los corredores ha reemplazado la habilidad y la destreza de los acompañantes» (p. 229).

De 1905 a 1914, el renacimiento patriótico del *Tour de France*

A partir de julio de 1905, y cada mes de julio hasta el comienzo de la primera guerra mundial, el original *Tour de France* partirá cada vez más potente en el pleno corazón del verano. La competencia, como formando un círculo, comienza en París y termina en París, visitando lugares alejados del país (entre ellos Metz, situado en Alsacia-Lorena y ocupado por los alemanes entre 1906 y 1910) y llegando hasta las altas cimas fronterizas tanto en los Alpes como en los Pirineos. Las etapas son ahora más numerosas (once en 1905, 13 en 1906, catorce en 1907, 1908 y 1909, y quince de 1910 a 1914). El *Tour de France* de 1913, por ejemplo, suma en total 5388 kilómetros en quince etapas (la más corta con una extensión de 325 kilómetros y la más larga llegando a 470), etapas que fueron disputadas entre el 29 de junio y el 27 de julio, permitiendo a los competidores llegar, luego de la partida de París, hasta Normandía, Bretaña, Aquitania, los Pirineos con sus grandes picos, el Languedoc, la Provenza, los Alpes con sus elevados picos, la Lorena y el Norte, antes de regresar de nuevo a París.

Así, Marcel Viollette puede escribir que «muy pocas competencias son tan populares como el *Tour de France*, y no hay ninguna que suscite tal agitación. Pensemos en las regiones que el *Tour* atraviesa, ¡algunas de las cuales no conocen en todo el año otro certamen deportivo! [...] Hay que haber estado en la competencia para darse cuenta de las multitudes que se apretujan en los sitios de control, de la feliz sorpresa de los campesinos a la vista del pelotón de alegres corredores que a treinta y cinco kilómetros por hora atraviesan las calles de sus poblados, encontrando el tiempo de lanzar a los espectadores una broma o de enviar un beso a alguna linda jovencita apostada en la vía, ¡y estas nunca faltan!».¹²

En estos años anteriores a la guerra patriótica, los corredores son frecuentemente descritos como «soldados del deporte», «tropa de elite», «sagrado batallón» y de ellos se dice que pueden ofrecer «una saludable lección de energía» a la juventud francesa.

«La gigantesca epopeya deportiva, cuyo último acto se ha realizado ayer, evoca en mí recuerdos de mi vida escolar. El *Tour* me recuerda esas formidables batallas que atraviesan las páginas de nuestra historia y en donde regimientos enteros desaparecen en el resplandor de la batalla. Apenas quedan algunos sobrevivientes cuyos relatos perpetúan el recuerdo de esas confrontaciones espantosas. Aunque vivida bajo un terreno más pacífico – ¡Gracias a Dios!–, la larga batalla de la que fuimos testigos, no dejó de producir algunas víctimas, las que felizmente se recuperarán perfectamente luego de dos o tres noches de descanso. Del imponente escuadrón rodante de setenta y siete combatientes que partieron al alba del 4 de julio, solamente 14 han llegado a buen puerto, luego de haber salido triunfantes de la más

¹² Marcel Viollette et al., *Le Cyclisme*, 1912. Genève, Ed. Slakine, 1980, p. 110.

difícil prueba atlética que a un grupo de hombres se les haya impuesto. Los demás han quedado a la vera del camino, vencidos por la fatiga y la inmensidad de un esfuerzo no concluido. A los lados de todas las carreteras de Francia se ha visto caer a los rezagados, semejantes a los miembros de un ejército en derrota. Y ha sido verdaderamente una bella muestra de viejos soldados del pedal –ciclistas probados y fortalecidos– aquella que París ha recibido y festejado, como se festeja a los héroes, es decir de forma que puedan olvidar en pocos minutos todas las pasadas horas del calvario» (Victor Brayer, *L'Auto* del 30 de julio de 1906, p. 1).

«Nuestros 32 gladiadores no tienen nada que perder. Ellos tienen la figura curtida de los viejos soldados que han batallado bajo todos los climas, pero que vuelven con la piel orgullosamente curtida y con el mejor buen humor» (R. Desmarests, *L'Auto*, 15 de julio de 1913, p. 3).

Cada año los organizadores aumentan el nivel de las dificultades por vencer. Buscan hacer retroceder los límites de lo imposible y año tras año imponen un reglamento cada vez más draconiano. Innovación mayor: Henri Desgrange introduce las etapas de montaña. En 1905 los corredores deben subir el Ballon d'Alsace. En 1910, los picos de los Pirineos (Tourmalet, Aubisque, Aspin –denominado «el círculo de la muerte»–). En 1911, los picos de los Alpes (Galibier y Allos). Las dificultades encontradas por los organizadores valorizan nuevos terrenos (las montañas), regiones de difícil acceso, despobladas comarcas lejos de las ciudades y de los espectadores, espacios de frontera percibidos por los periodistas al mismo tiempo como «paisajes sagrados y despiadados».

«Lo que hay de más particular en esta prueba del *Tour de France*, subraya Lucien Petit-Breton, vencedor de la prueba en 1907 y 1908, es que cada año son aumentadas las dificultades, y que cada año los corredores se encuentran a la altura de la nueva dificultad que se les pone. No que los competidores de tres o cinco años atrás fueran inferiores a aquellos de hoy, sino que el mérito de los de ahora es también el de aprovecharse de las enseñanzas dejadas por sus antecesores».¹³

La etapa Luchon-Bayonne se convierte en la gran prueba pirenaica de los *Tours* de 1910 a 1912. Esta etapa se transformará, modificando su dirección, en la etapa Bayonne-Luchon en 1913 (con las grandes alturas de los Pirineos al final de la etapa), convirtiéndose en el juez supremo de las capacidades de los participantes, hasta 1929.

L'Auto del 20 de julio de 1910 lo señala: «Mañana por la noche, los corredores del *Tour de France* de 1910 se pondrán en marcha con el objetivo de cumplir la travesía más fantástica que pueda haberse jamás organizado. De Bagnères-de-

¹³ Lucien Petit-Breton, «Les courses sur route», en Marcel Viollette et al., *op. cit.*, 1912, reedición de 1980, pp. 219-220.

Luchon, irán luego a Bayonne por la ruta de las grandes alturas, es decir por la ruta de Peyresourde, de Aspin, de Tourmalet, de Solulun, de Tortes y de Aubisque. Es un desafío tenaz el que debemos enfrentar». 326 kilómetros de ascenso con seis premios de montaña de cerca de dos mil metros de altura que deben remontar los competidores. «Mañana, en la décima etapa del *Tour de France* [...] campeones de la ruta, manejando una frágil bicicleta, ofrecerán al mundo entero la más bella manifestación de valentía que se pueda imaginar. Sigamos con atención esta batalla homérica. Lloremos por adelantado por aquellos que no podrán sobrepasar la terrible prueba. Preparémonos a aclamar a los vencedores. El *Tour de France* ha llegado a la más dramática de sus fases, a la «etapa monstruo» que todos los deportistas esperan impacientemente y que despertará un entusiasmo universal. ¡Pigmeos contra gigantes! ¡Y tengo la idea de que los pigmeos sorprenderán al mundo!» (p. 3).

Henri Desgrange es el organizador, el «patrón del *Tour*». Es también el director del periódico que tiene el cuasi-monopolio de información de la carrera. Padre fundador de la prueba, es un hombre antitético, a la vez organizador y periodista. Posiciones contradictorias que lo convierten al mismo tiempo en un ser cruel, amable y admirado.

Para ser leído, escuchado, comprendido, para celebrar con entusiasmo los éxitos del ciclismo y de los corredores, Henri Desgrange y sus colaboradores que siguen el *Tour* en automóvil, recapitulan al término de cada etapa lo ocurrido, en un lenguaje lírico, inflado, extravagante y desmesurado, hecho principalmente de superlativos. Todo tiende a ser exagerado, excesivo y espontáneo. Quien escribe, habla y es solidario con el lector. Parece admirar tanto la acción narrada, como debe admirarla quien lee. En el tono de lo narrado, un nuevo tipo de comunicación va tomando forma: el reportaje en directo. La naturaleza se personifica, los altos picos montañosos se convierten en gigantes a los que uno interpela, en monstruos a los que «nuestros hombres» vencen. La montaña, por su parte, se convierte en estos relatos, para un lector imaginativo, en el lugar de comunicación entre el cielo y la tierra, entre lo inaccesible y lo real.

«Como nos pareció que escalábamos este gigante desde hacía más de dos horas, preguntamos a los campesinos parados a la entrada de sus casas disimuladas en medio de las rocas: ¿la cima está lejos? A más de doce kilómetros, nos respondieron. Y en los viraje numerosos del camino percibimos, debajo de nosotros, muy abajo, arriba de nosotros, muy arriba, las ‘hormigas’ que avanzaban, nuestros ciclistas pedaleando... En fin, pudimos ver la cima en el momento en el que las nieves comenzaban a rodearnos por todas partes. Pero aun una última resistencia de la naturaleza: una especie de frailejón, algunos heliotropos que nos tienden pequeños y adorables saboyanos. Luego la nieve fijando todo bajo su manto silencioso. Nuestra ruta se abre apenas entre dos murallas de nieve, ruta áspera, irregular desde su inicio. Allá en lo alto hace un frío que hiela y cuando Georget pasa, después de haber puesto su pie de vencedor sobre la cabeza del monstruo, cuando

pasa cerca de nosotros, sucio, el bigote mocososo y todavía untado de los restos de sus últimas comidas en carretera y la camiseta sucia del barro del último arroyo en donde cubierto de sudor se ha tirado, con un aspecto horrible, pero digno y el cuerpo erguido, nos dice: ‘La sorpresa fue grande.’» (Henri Desgrange, *L’Auto*, 11 de julio de 1911, después de la etapa del Galibier en los Alpes).

Los ciclistas de manera frecuente son percibidos como obreros esforzados y admirables. La prueba permite valorizar esa máquina original que es la bicicleta: máquina que rompe la distancia, máquina lúdica ligada a la velocidad. La bicicleta fascina a los medios populares. Su precio es aun elevado, objeto con frecuencia inaccesible para el simple trabajador, pero se espera que bien pronto la bicicleta llegue a ser un medio de locomoción útil, capaz de acercar al empleado o al obrero urbano al campo y al campesino o al trabajador rural a la ciudad. Sí, la bicicleta va pronto a ser capaz de abrir el horizonte del domingo y de las primeras vacaciones pagadas a la gente que trabaja.¹⁴

Para ser capaz de sortear las dificultades del *Tour de France*, los participantes deben mostrar su experticia y la calidad de sus máquinas. El público ve a los corredores del *Tour de France* como a hombres de oficio, capaces de desenvolverse solos en las peores condiciones, hombres que se niegan a capitular. «Aguantar y luchar hasta el final es un deber».¹⁵ La imagen épica de los «esforzados rutereros» comienza a tomar forma.

El coraje de los ciclistas se convierte en leyenda. Los infortunios del francés Eugène Christophe, apodado «Le vieux gaulois» [El viejo galo], dan de qué hablar... El viejo corredor Alphonse Baugé, en 1925, recuerda: «En julio de 1913, víctima de un accidente en la cima del Tourmalet, Christophe, llevando su bicicleta a la espalda, debe descender a pie, calzado con ligeras zapatillas de ciclista, los 14 kilómetros de este pico gigante de los Pirineos, para llegar hasta Sainte-Marie-de-Campan, con el fin de reparar una pieza averiada de su bicicleta. Cumplido sin un solo instante de reposo este duro calvario, Christophe se instala frente al taller de reparaciones de carretas de este caserío perdido al pie de la montaña y durante tres horas trabaja esforzadamente, sin descanso, sólo, sin ayuda –como lo prescribe el duro reglamento de la competencia–, soportando sin tregua el atroz calor de la forja, al que se agrega la temperatura ‘senegalesa’ que reina en pleno verano. La

¹⁴ Sobre la historia de la práctica de la bicicleta en Francia en los siglos XIX y XX y sobre su difusión, cf. mis trabajos precedentes, «Les tríos âges du vélo en France», *Vingtième Siècle*, No 29, Janv.-mars 1991, pp. 17-31 y *Le Tour de France et le vélo. Histoire sociale d’une épopée contemporaine*. París, L’Harmattan, 1995, 227 págs.

¹⁵ Este máxima es tomada del libro de G. Bruno, *Le Tour de France par deux enfants*. Paris, Librairie classique Eugène Belin, reedición de 1976. Este célebre librito, impreso en varios millones de ejemplares, sirvió de libro de lectura en las clases de la escuela primaria en Francia, ofreciendo un recorrido iniciático y patriótico por la geografía y los valores del país. Otras máximas: «La vida entera podría ser comparada a un viaje en donde se encuentran sin cesar nuevas dificultades». «¿No está hecha la vida entera de obstáculos que hay que vencer?». «El coraje vuelve iguales a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los pequeños, en la defensa de la patria».

reparación de la bicicleta de Christophe no concluye más que después de un trabajo formidable, luego del cual el ciclista monta en su máquina para continuar la competencia. Y en medio de las tinieblas que vuelven siniestra la noche, bajo un cielo de un azul sin brillo y en el que en lo alto brillan las estrellas, escala los picos de Aspin y de Peyresourde y llega a Luchon a medianoche, habiendo así probado que la voluntad puede triunfar sobre todos los obstáculos y que no hay nada en el mundo más digno de admiración que un hombre que es capaz de triunfar con coraje sobre la desventura».¹⁶

Los participantes en el *Tour de France* de esa época se dividían en dos categorías: los profesionales y los aficionados. Los profesionales, que le apuntaban a la victoria final, corrían organizados en equipos patrocinados y técnicamente asistidos. Los aficionados vivían su participación como una aventura y buscaban ante todo llegar hasta el final de la competencia. Esos aficionados se dividían a su vez en dos categorías: algunos diletantes con recursos económicos, y muchos apasionados de la bicicleta con grandes habilidades técnicas.

Los mejores corredores son los profesionales del ciclismo, patrocinados por fabricantes de bicicletas para quienes corren a lo largo de todo el año. Como todos los participantes del *Tour*, deben correr «en solitario» y reparar ellos mismos su bicicleta en caso de daño. Los preparadores físicos y *managers* están presentes solamente en los puestos de control y en los finales de etapa. Estos corredores profesionales son en casi su totalidad gentes de origen popular, como Maurice Garin, primer vencedor del *Tour* y antiguo deshollinador. Trousselier, vencedor en 1905, antiguo vendedor de flores. Pottier, vencedor en 1906, y antes aprendiz de carnicero. Petit-Breton, vencedor en 1907 y 1908, antiguo mozo de hotel. Faber, vencedor en 1909, y quien había sido antes obrero de puerto. Lapize, vencedor en 1910, antiguo empleado de oficina. Garrigou, vencedor en 1911, vendedor de frutas en Pantin. Los otros corredores son aquellos que han sido llamados los «independientes», fanáticos de la bicicleta, que se equipan acudiendo a su propio bolsillo. Sea el caso de algunos últimos y raros adeptos burgueses del deporte de la bicicleta que desaparecerán después de la primera guerra mundial. Sea el caso de mecánicos, obreros, campesinos. «Reyes» locales de la bicicleta en su pueblo, cantón o departamento, y a cuya disposición se pone el producto de una colecta para que puedan viajar a París a tomar la partida, estos «solitarios» forman la gran masa del *Tour de France*. En 1910, por ejemplo, ellos son 110 sobre un total de 136 competidores.

Veamos por ejemplo la atmósfera del *Tour de France* de 1907. Joven *manager* del equipo Labor, Alphonse Baugé, redacta, cada final de etapa una carta a su jefe, ofreciéndonos un documento de primera mano.¹⁷ Baugé organiza los aspectos

¹⁶ Alphonse Baugé, *Messieurs les coureurs. Vécites, anecdotes et réflexions sur les courses cyclistes et les coureurs*. Paris, Librairie Garnier Frères, 1925, pp. 60-61.

¹⁷ Alphonse Baugé es una figura importante de los primeros *Tour de France*. Antiguo corredor de pista, es un entrenador reputado y un maestro de la táctica que va ser el responsable del triunfo en el

cotidianos de los corredores profesionales que el dirige con mano maestra. Vituallas y cuidados son brindados en los puestos de control, reposo y masajes en los hoteles se encuentran previstos cada final de etapa. Con el pasar de las etapas, el equipo se encuentra reducido a algunos pocos corredores (solamente dos miembros del equipo Labor lograrán llegar a París). «Rápidamente les he hecho comprender que ellos no eran en el *Tour de France* turistas sino corredores, es decir que no eran gentes que paseaban, sino gentes trabajando». Los corredores del equipo Labor deben quedarse en el hotel (se dedican a leer la prensa o a escribir tarjetas postales) sin salir a pasearse por las ciudades a donde la competencia llega (después de cada etapa los corredores pueden descansar cuando menos un día). François Faber, líder del equipo, tiene prohibido ir a beber vino a los cafés. «Faber se encuentra un poco afligido porque explícitamente le he prohibido el *Saint-Emilion 72* o la *piquete 1907*. ‘Una buena copa de vino rojo, dice él, es lo mejor que se puede encontrar para reponer las fuerzas».¹⁸

El *manager* del equipo Labor nos pone de presente aquí un caso extremo, el de ese ciclista excéntrico y diletante llamado Pépin de Gontaud. «Roubaix, 9 de julio de 1907... El aristócrata Pépin de Gontaud [...] participa en el *Tour de France* como un verdadero ‘turista’, pero, como todo buen millonario que se respete, a Pépin de Gontaud no le gusta viajar sólo, incluso cuando va en su bicicleta. Entonces, financiándolos medianamente –se dice que financiándolos muy bien– se ha asegurado los servicios del alegre gigantón Dargassies y del devoto Gauban, que no lo abandonan por un solo instante. Dargassies llama a esto hacer el tour ‘a la Papa’. Gauban, con sangre meridional en sus venas, bien quisiera que, en algún momento, Pépin le diera autorización para escapar del pelotón que marcha a la cabeza. Pero el «patrón» nada quiere saber de eso. *Monsieur* Pépin participa en el *Tour de France* «por hacer deporte», a «la burguesa», incluso yo diría que como gran señor, y como paga generosamente, prohíbe formalmente a sus ayudantes toda tentativa de abandono o de escapada». El pequeño grupo se encuentra detrás del pelotón desde los primeros kilómetros de las etapas. «Lyon, 14 de julio de

Tour de France de los años 1909 a 1914 de los líderes de los equipos de constructores que el dirige (el luxemburgués Faber en 1909, los franceses Lapize y Garrigou en 1910 y 1911, el belga Defraye en 1912 y de nuevo el belga Thys en 1913 y 1914). En una primera obra aparecida en 1908 Baugé se describe como joven *manager* del equipo Labor (Alphonse Baugé, *Lettres à mon directeur*. Paris, Librairie de L’Auto, 1908). En una segunda, aparecida en 1925, con prefacio de Henri Desgrange, se menciona como un viejo y experimentado director deportivo (*op. cit.*, 1925).

¹⁸ Los mejores corredores profesionales desde el primer *Tour de France* saben cómo prepararse y entrenarse. Petit-Breton, vencedor del *Tour* en 1907 y 1908, por ejemplo, ofrece algunos consejos a los lectores en 1912: «Durante la carrera le aconsejo abstenerse de todo alimento sólido. Siempre llevo en mi equipaje dos botellas de tres cuartos de litro, bien sea con chocolate, de crema de maíz, de té, de limonada. En el puesto de control reemplace las botellas vacías por otras, preparadas según su propio gusto. Tomo mucho líquido durante la competencia». «Tenga siempre [...] lo necesario para preparar su bicicleta, llaves, piezas de recambio, un pedal y su eje, todo aquello que se rompe con frecuencia, y ejércitese, antes de la competencia, en hacer las reparaciones más complicadas, en el tiempo más corto» (en Marcel Viollette, *op. cit.*, reedición de 1980, p. 224).

1907... Como broma, es un *record*. Estos corredores encuentran la vida amable y el *Tour de France* un paseo encantador. Parada en los hoteles a la hora del aperitivo del almuerzo y de la comida. ¡Una copa de *pernod* azucarado! [...] comidas copiosas, vinos embriagantes, cancioncillas a la hora del postre para los lugareños, tal es el programa de este cuarteto de Toulouse de «moderno estilo» (cuarteto puesto que el ciclista de Toulouse, Teycheime, también ha entrado en el curso de la prueba al servicio de Pépin de Gontaud).

Alphonse Baugé subraya sobre todo el coraje y la miseria de los «independientes», en particular de un bretón llamado Le Bars, a quien él ayuda cuando se presenta la ocasión. Día tras día, ciudad tras ciudad, Baugé ofrece testimonio de estos hechos: «Roubaix, 9 de julio de 1907... El obstinado Le Bars ha llegado aquí ayer por la tarde, montado en una bicicleta prestada, pues había quebrado la rueda de la suya en una caída cuatro kilómetros después de la partida. El infortunado bretón ha venido esta mañana al hotel a contarme sus desgracias. Le he dicho todo lo que me era posible para hacerle comprender que no tenía sentido continuar la prueba en esas condiciones [...], pero me he visto enfrentado a una cabeza terca. Entonces, aprovechando el abandono de Faure, he estado de acuerdo en prestarle la bicicleta de este último. Como argumento supremo, escuchen lo que me ha dicho Le Bars: ‘El *Tour de France* pasa por Morlaix y es necesario que yo esté allí. Si no paso, en Morlaix quedaré como un hombre poco serio’. ¡Es increíble!... «Toulouse, 23 de julio... Como el becerro de oro, Le Bars está todavía en pie. Con una simple mirada se reconoce que está perdiendo peso y llega cada día en el extremo de la fatiga. Sobre su rostro de cera, no se observan más que dos grandes ojos que lanzan relámpagos, como si este infernal bretón tuviera algo que explota bajo su cráneo. ‘¡Y bien!, Le Bars, le digo yo, se acerca Morlaix, ¿unos mil kilómetros? Así es, me responde él, y esto está por acabarse, y ya no hay muchos más ascensos. De ahora en adelante esto va a marchar’. El bretón es a la vez testarudo e increíblemente cómico»... «Nantes, 29 de julio... Le Bars se encuentra todavía en competencia. Para él cada nuevo día trae siempre un rayo de esperanza. Es un verdadero esqueleto ambulante, que por momentos da tristeza ver. Su desempeño prueba una vez más que las carreras de fondo en ciclismo son sobre todo un deporte de voluntad»... «Brest, 31 de julio... Le Bars está en plena expectativa. Es el día de mañana, en efecto, cuando pasaremos por Morlaix. Ha venido a verme al hotel para pedirme una camiseta Labor flamantemente nueva y he accedido a su pedido. De inmediato se la ha puesto. Aun lo veo, parado, contemplándose en el espejo. La alegría se leía en su rostro, mientras se mantenía derecho como un cirio»... «Caen, 2 de agosto... Le Bars se ha revelado increíble. Ha pasado por Morlaix. ¿Y saben cómo? ¡A dos minutos del pelotón que marchaba a la cabeza! Cuando pienso en la energía que ha debido desplegar para mantenerse en ese puesto, francamente el cerebro me danza en el cráneo. Sus coterráneos le ofrecieron una ovación que sobrepasa todo lo que uno pueda imaginarse. Por la carretera, en medio de la noche, encontramos banderolas luminosas en las que se

leía ‘Viva Le Bars’. En el puesto de control, la multitud gritaba de alegría y aplaudía. Para Le Bars era la recompensa justa por una labor esforzada llena de sufrimientos silenciosamente soportados».

Sobre el camino de la ronda de Francia

En el corazón de los campos franceses se espera y se admira a «los corredores que vienen de París». En esos años anteriores a la primera guerra mundial, con sus héroes pedaleando, con frecuencia gentes anónimas marchando sobre humildes bicicletas, el *Tour de France* representa el progreso social e industrial que se difunde y que llega, el progreso en marcha que toca el universo sedentario de la multitud provinciana y rural. La bicicleta y el auto forman dos grupos opuestos y complementarios. En el polvo de los caminos, largo tiempo esperados, los corredores del pequeño pelotón de punta aparecen. «¡Ahí están!, ¡ahí están! ¡Ya están aquí!, ¡ya están aquí!». El auto (el periódico *L’Auto*, el medio de locomoción, el símbolo) sigue a la bicicleta: «Vi pasar delante nuestro, escribe Colette en 1912, como arrastrados por pesados vientos, a tres delgados corredores: espaldas negras y amarillas, y el número en cifras rojas, tres seres de los que se diría que no tenían rostro, espalda arqueada, la cabeza, cubierta con una cachucha blanca, mirando hacia las rodillas... Muy rápido han desaparecido de nuestra vista, los únicos en silencio entre la multitud, un silencio que parecía aislarlos de todo lo que pasa a su alrededor. Se diría que aunque rivalizan entre ellos, ante todo huyen de nosotros y que son como un animal perseguido por una escolta en la que se mezclan, en el polvo negruzco del camino, gritos, puños, vivas y explosiones ruidosas.»¹⁹

Los valores de una Francia moderna e industrial, el dinamismo y la salud radiante de una juventud, corajuda, obrera, deportiva, van a estar de esta manera representadas sobre el camino de la ronda del hexágono –el mapa francés– en un ostentoso encerramiento procesional del país.²⁰

«¡Ah! el bello y espléndido trabajo, y cómo resulta verdaderamente necesario que el motor humano sea hecho de inagotables recursos, de violento coraje, de voluntad de acero, de indomable tenacidad, para que los hombres puedan llevar valientemente hasta la meta el atroz y sobrecogedor calvario».²¹

¹⁹ Colette, *Dans la foule*. Paris, Grès, 1918, p. 83 y ss. Lo que narra Colette es la llegada a París el 28 de julio del *Tour de France* de 1912.

²⁰ Con el *Tour de France* triunfa la idea de una sociedad unificada por el territorio. Las imágenes de los picos de montaña casi inconquistables dan una total unidad a esa Francia instalada y protegida por mares y montañas. Cf. sobre este punto Georges Vigarello, «Le Tour de France», en Pierre Nora (sld), *Les Lieux de mémoire*, III, Les France, 2 Traditions. Paris, Gallimard, 1992, pp. 886-925.

²¹ Alphonse Baugé, *op. cit.*, 1925, p. 41.

El *Tour de France* conocerá otras transformaciones durante el siglo XX. De cualquier manera la vuelta a Francia en bicicleta abre, desde sus orígenes, una vía regia para comprender, en Francia, las «culturas populares», de las que el propio Tour permanecerá, hasta nuestros días, como una expresión y un eco.²²

²² Sobre el análisis de las «culturas populares» cf. Claude Grignon et Jean-Claude Passeron, *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Paris, Seuil, 1989. Sobre el *Tour de France* y las culturas populares cf. Philippe Gaboriau, *op. cit.*, 1995; Ph. Gaboriau, «Le Tour de France», *Universalía 97*. Paris, *Enciclopedia Universalis*, 1997; y Ph. Gaboriau, *Les spectacles sportifs, grandeurs et décadences*. 2003, en prensa.

La lectura: una práctica cultural. Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier¹

Presentación²

El debate sobre la *práctica de la lectura como práctica cultural* entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier que publicamos y que permanecía inédito en castellano, fue originalmente transmitido por *Radio France* como conclusión del *Coloquio de Saint-Maximan* sobre la lectura en septiembre de 1983, actividad que había permitido el encuentro entre diez investigadores especializados en problemas del libro y la lectura. El intercambio entre Bourdieu y Chartier fue publicado –manteniendo sus características originales– en *Pratiques de la Lecture* [Paris, Éditions Rivages, 1985], el libro que recogió las ponencias presentadas al mencionado Coloquio, una reunión académica que tuvo como objetivo no sólo poner en relación los diferentes enfoques a partir de los cuales las ciencias humanas investigan el problema del libro, la lectura y los lectores, sino también poner en tela de juicio de manera radical el «etnocentrismo de la lectura», la universalización de una forma de lectura que regularmente se corresponde con aquella que domina en los círculos de los intelectuales.

Roger Chartier y Pierre Bourdieu, ambos profesores en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y cuyas obras circulan ampliamente desde hace años en castellano, conversan aquí a propósito de la lectura, expresan sus propias concepciones y diferencias a propósito del tema, y muestran su acuerdo sobre la necesidad radical de historizar las prácticas de la lectura y de la escritura, sustrayendo el análisis de toda perspectiva fenomenológica que insista en presentar al lector como un intérprete sin limitaciones ni condicionamientos de tiempo y de lugar –tan sólo sometido a los límites de su propia invención–, mostrando la ingenuidad que encierra el uso incontrolado de la palabra «lectura» como forma de entender todo intento de inteligibilidad del mundo, al tiempo que reaccionan contra cierta herencia estructuralista que entiende el «texto» como referente único

¹ Roger CHARTIER (sous la direction de), *Pratiques de la lecture*. Paris, Éditions Rivages, 1985, pp. 266-294.

² Tanto esta introducción como las notas son del traductor, el profesor Renán Silva, sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

de la realidad, como si la llamada «economía interna del texto» se impusiera sobre los lectores, por fuera de cualquier otro contexto y situación.

La traducción que presentamos ha buscado plasmar el ritmo original de la conversación sostenida entre P. Bourdieu y R. Chartier, manteniendo muchas de sus repeticiones y de sus reiteraciones, de sus saltos y de sus vueltas atrás, de sus exageraciones pedagógicas o puramente polémicas, mecanismos siempre presentes en toda conversación, pero que aquí no restan ninguna coherencia a los planteamientos expresados.

Roger Chartier: Yo creo, Pierre, que debemos apoyar este diálogo sobre la reflexión y el trabajo colectivos adelantados en el encuentro sobre la lectura de Saint-Maximian. Podemos comenzar recordando por qué el tema de la lectura como práctica cultural nos pareció un tema tan importante. En principio la idea era doble. De una parte, es claro que para numerosos enfoques en ciencias sociales o en crítica textual, el problema de la lectura es central. De otra parte, no es menos claro que las maneras de acercarse al problema han permanecido por largo tiempo sin contacto unas con otras, y que muy pocos diálogos se han desarrollado entre sociólogos y psicólogos, entre sociólogos e historiadores o historiadores de la literatura. La idea original de este encuentro fue la de mezclar, la de cruzar –si fuera posible–, enfoques adelantados en términos de crítica literaria y en términos históricos. Igualmente me parece que para debatir acerca de la inteligibilidad de las prácticas culturales, el ejemplo de la lectura es un buen ejemplo, puesto que sobre el terreno de la lectura se encuentran planteados, como en un microcosmos, los problemas que uno puede encontrar en otros campos y en otras prácticas.

Pierre Bourdieu: Pienso que estaremos de acuerdo en que cada vez que la palabra lectura sea pronunciada tendremos en mente que ella puede ser reemplazada por toda una serie de palabras que designa toda clase de consumo cultural, lo que nos ayuda a desparticularizar el problema. Dicho esto, recordemos que ese consumo cultural, la lectura, que no es más que uno entre otros, tiene sus particularidades. Así que por una suerte de reflejo profesional quisiera comenzar por ahí. Me parece muy importante, cuando se aborda una práctica cultural, cualquiera que ella sea, interrogarse sobre ella, en tanto practicante uno mismo de esa práctica. Creo que es muy importante que no olvidemos que todos nosotros somos lectores, y que por ello arriesgamos hacer intervenir en una discusión sobre la lectura una multitud de supuestos tanto positivos como normativos. Para avanzar en esta reflexión, quisiera recordar la oposición medieval entre el *auctor* y el *lector*. El *auctor* es aquel que produce él mismo y cuya producción está autorizada por la *auctoritas*, aquella del *auctor*, el hijo de sus obras, célebre por sus obras. El *lector* es alguien muy diferente, es alguien cuya producción consiste en hablar de las obras de los otros. Esta división, que corresponde a aquella del escritor y del crítico, es fundamental en la división del trabajo intelectual. Si me parece útil recordar esta oposición es porque nosotros somos por posición –y pienso en todos los participantes en este coloquio– *lectores*,

y como tales siempre estamos en el peligro de volcar sobre nuestros análisis de la lectura, de los usos sociales de la lectura, de nuestras relaciones con lo escrito, todo un conjunto de supuestos inherentes a la condición de *lectores*. Quisiera tomar un ejemplo y prolongar la idea que ha sido presentada desde el primer día de este Coloquio por Francois Bresson: ¿Existe una escritura de las prácticas? Sobre este punto, como lo he intentado mostrar en los trabajos de antropología que he adelantado, los etnólogos cometen frecuentemente un error en su relación con las cosas que describen – particularmente en el caso de los rituales–, un error que consiste en leer las prácticas como si se tratara de escrituras. En los años de mayor dominio del estructuralismo, muchos libros llevaban en su título la palabra «lectura». Pero, el hecho de leer las cosas –cosas de las cuales no sabemos si fueron hechas para ser leídas– introduce una desviación fundamental. Por ejemplo «leer» un ritual, que es como una danza, leerlo como si se tratara de un discurso, leerlo como si de él uno pudiera ofrecer una formulación algebraica, eso me parece una alteración esencial de las cosas. Podemos aun tomar un ejemplo más próximo, que ha sido abordado en la discusión, el de la pintura. Ahí de nuevo pienso que hemos hecho intervenir, sin pensarlo bien, una serie de supuestos no explícitamente formulados. Y se podría prolongar la lista.

R.Ch. : Me parece que esta proyección universalista del acto de la lectura en que todos caemos, los historiadores también la han practicado en una dimensión diacrónica, proyectando retrospectivamente nuestra relación con los textos, como si esa relación particular fuera la única posible. Incluso si uno está atento, si toma todas las precauciones posibles, constantemente se arriesga a caer en esa ilusión. Creo que a través de muchas de las comunicaciones de este Coloquio aparece de manera muy clara la idea de que tanto las capacidades de lectura, como las situaciones de lectura, son históricamente variables. ¿La lectura es siempre un acto privado, íntimo, secreto, que reenvía a la individualidad? No. Esa situación de lectura no ha sido siempre dominante. Creo, por ejemplo, que durante los siglos XVI-XVIII, en medios urbanos, existe otro conjunto de relaciones con los textos, relaciones que pasan por una lectura colectiva, por la lectura de unos lectores que manejan los textos, que los descifran para otras personas, textos descifrados colectivamente y por ello también elaborados de manera colectiva, de tal manera que lo que se pone en obra es algo que sobrepasa la capacidad individual de lectura. Entonces aquí también hay que tratar de evitar la tentación constante de suponer una posición universalizante de los lectores.

P.B.: Y evitar la universalización de una manera particular de leer, pues la lectura es una institución histórica. Pienso por ejemplo en lo que se llama «lectura estructural», la lectura interna que considera el texto en él mismo y por él mismo, constituyéndolo en autosuficiente y buscando en él, de manera exclusiva, su verdad, haciendo abstracción de todo aquello que es el autor. Esa forma de comprender los textos es ella misma una invención reciente y se puede situar y fechar (Cassirer la asocia con Shelling). Esta manera de leer un texto sin referirlo a nada distinto de él

mismo, está tan arraigada en nosotros, que la universalizamos inconscientemente, aunque se trate de una invención reciente. Si de esto buscáramos un equivalente en el pasado, con seguridad que lo encontraríamos en la lectura de los textos sagrados, aunque esos textos hayan sido siempre leídos con intención alegórica. Historizar nuestra relación con la lectura es una manera de liberarnos de lo que la historia puede imponernos como presupuesto inconsciente. Contrariamente a lo que se piensa de manera común, lejos de relativizar historizando, por esta vía nos damos un medio de relativizar nuestra propia práctica. Si es cierto lo que afirmo, que la lectura es el producto de las condiciones en las cuales alguien ha sido producido como lector, tomar conciencia de ello es la única manera de escapar al efecto de esas condiciones, lo que otorga una función epistemológica a toda reflexión histórica sobre la lectura.

R.Ch.: Hay mucho más en este uso incontrolado de la palabra lectura, aplicada a todo un conjunto de materiales que se le resisten. Es claro que uno puede descifrar un cuadro, un ritual, un mito, pero el conjunto de esos modos de desciframiento, que no depende de los dispositivos que se ponen en marcha en la lectura de textos escritos, no es enunciable sin embargo más que a través de los textos mismos. Hay pues en esta dificultad una incitación a esa universalización de la lectura, contra la cual es tan difícil defenderse.

P.B.: La metáfora de lo cifrado es de manera típica una metáfora de lector. Existe un texto codificado del cual se trata de encontrar el código para volverlo inteligible. Esta metáfora nos ha conducido a un error de tipo intelectualista. Se piensa que leer es comprender el texto, en el sentido de su descubrir su clave, olvidando que no todos los textos están hechos para ser comprendidos de esa manera. Más allá de la crítica de los documentos, que los historiadores saben hacer muy bien, me parece que también está por hacerse una crítica del status social del documento: ese texto ¿para qué uso social fue hecho? ¿Para ser leído como nosotros leemos, o bien, por ejemplo, para ser leído como una instrucción, es decir como un escrito destinado a comunicar una manera de hacer, una manera de obrar? Hay toda clase de textos que pueden pasar directamente al estado de prácticas, sin que haya necesariamente la mediación de un desciframiento, en el sentido en que nosotros entendemos esa operación.

R.Ch.: Desde luego. Pero el proceso de inteligibilidad existe siempre, incluso frente a un ritual o a un cuadro. Entonces ¿cómo intentar decirlo en un lenguaje que es casi necesariamente inadecuado? El problema es pues el de cómo enunciar a través de lo escrito la comprensión de una práctica que no podría decirse en ninguna lengua fuera de la suya, o de una pintura que no podría comprenderse más que en el lenguaje de lo «inefable». A partir del momento en que uno admite que hay la posibilidad de comunicar la inteligibilidad de una práctica o de una imagen, creo que hay que aceptar la ambigüedad de una traducción a través del texto, del cual uno sabe que nunca es completamente adecuado.

P.B.: Una cosa que me ha parecido importante en las diferentes comunicaciones –y es un punto sobre el que al parecer todos nos encontramos de acuerdo– es el hecho de que los textos, no importa de qué textos se trate, cuando se los interroga no solamente como textos, transmiten una información sobre su modo de empleo. Y usted nos indicaba en su intervención que el corte en párrafos en un texto podría ser muy revelador, por ejemplo, de la intención de difusión: un texto de largos párrafos se dirige a un público más selectivo, que un texto cortado en pequeños párrafos. Esto reposa sobre la hipótesis de que un público más popular pedirá un discurso más discontinuo, etc. Así, la oposición entre largo y corto, que puede manifestarse de múltiples maneras, constituye una indicación sobre el público imaginado y al mismo tiempo una indicación sobre la idea que el autor tiene de sí mismo. Otro ejemplo puede ser el de la significación del grafismo, que ha sido largamente estudiada. Pienso en un ejemplo entre mil: el de la letra itálica, y más generalmente pienso en todos los signos que están destinados a resaltar la importancia de lo que se dice. Ahí es necesario poner atención a las mayúsculas, a los títulos, a los subtítulos, etc., que son otras tantas manifestaciones de una intención de controlar la recepción. Hay pues una manera de leer el texto que permite saber eso que se quiere «hacer hacer» al lector.

R.Ch.: Pienso que con esto tocamos el problema de las condiciones de posibilidad de la historia de la lectura, una historia que puede ser uno de los medios de objetivar nuestra relación con ese acto. Al respecto pienso que varias vías son posibles. Una es la que aquí ha seguido Robert Darnton, ya ensayada por Carlo Ginzburg, y es la de tratar de atrapar lo que un lector nos dice sobre sus lecturas.³ El problema que se plantea aquí es que este tipo de testimonio se inscribe en una situación particular de comunicación: o bien la confesión arrancada por la fuerza, en el caso de lectores a los que se obliga a decir cuáles han sido sus lecturas, porque ellas parecen inadecuadas desde el punto de vista de la fe, como se decía en el siglo XV; o bien la voluntad de construir una identidad y una historia personales a partir de los recuerdos de lectura. Esta es una vía posible, pero difícil, en la medida en que ese tipo de textos son históricamente poco numerosos. Otra vía es la de intentar volver a interrogar los propios «objetos» leídos, en todas sus estructuras, interrogando de una parte los protocolos de lectura inscritos en los propios textos, y de otra parte interrogando los dispositivos de impresión, a los cuales usted ha hecho referencia. Entre estos dispositivos hay algunos generales para un periodo dado. Un libro de 1530 no se presenta como un libro de 1830 y hay ahí evoluciones globales que cubren toda la producción impresa, en sus reglas y en sus desplazamientos. Pero es seguro también que esas evoluciones se expresan también en los cambios respecto del público imaginado, y aun más en el tipo de

³ Cf. Robert DARNTON, «Le lecture rousseauiste et un lecteur «ordinaire» au XVIIIe siècle», in Roger CHARTIER, *Pratiques de la lecture, op. cit.*, pp. 161-199; y Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* [1976]. Barcelona, Muchnik Editores, 1981.

lectura que se quiere imponer. Cuando un texto pasa de un nivel de circulación social alto a otro más popular, sufre una serie de alteraciones, de las cuales una de las más claras es la fragmentación operada en la organización misma del objeto, tanto en el nivel de los capítulos, como en el nivel de los párrafos, una modificación destinada a facilitar la lectura de lectores menos cultivados.

P.B.: Hay un punto sobre el cual de manera frecuente se oponen sociólogos e historiadores, pero sobre el cual nosotros estamos completamente de acuerdo: a la idea del libro que uno puede componer, del cual se puede seguir la circulación, la difusión, la distribución, etc., hay que sustituir la idea de lecturas plurales y hay que insistir en la necesidad de buscar nuevos indicadores que permitan captar las maneras de leer. Este es un punto respecto del cual los historiadores dicen envidiar al sociólogo, y entonces le dicen: «ustedes tienen suerte, ustedes interrogan a la gente sobre lo que lee, y no sólo sobre lo que lee, sino sobre la manera como lo lee». Pero la más elemental interrogación sobre las formas sociológicas de interrogar enseña que las declaraciones que conciernen a lo que la gente dice leer, son muy poco confiables, en razón de eso que yo denomino el «efecto de legitimidad». Desde el momento en que uno pregunta a alguien sobre lo que lee, el interrogado entiende: «¿qué hay en lo que yo leo que merezca ser mencionado?». Es decir: «¿qué leo yo de ‘literatura legítima’?». Cuando uno pregunta: «¿Le gusta la música? ¿Le gusta la música clásica?», lo que la gente responde no es aquello que verdaderamente escucha –o lee–, sino aquello que le parece socialmente legítimo. Por ejemplo, en materia de música dirá: «me gustan mucho los vales de Strauss». Pero estas declaraciones son sospechosas en extremo, y pienso que los historiadores estarán de acuerdo en decir que los testimonios biográficos u otros en los que las gentes declaran cuáles son sus lecturas, es decir su itinerario espiritual, deben ser tratados con sospecha. En estas condiciones ¿en dónde encontrar indicadores de esas lecturas diferenciales? Porque frente al libro se debe saber que hay lecturas diversas –luego competencias diferentes–, instrumentos diferentes para apropiarse de ese objeto, instrumentos desigualmente distribuidos, según el texto, según la edad, según, y esto es esencial, la relación con el sistema escolar, desde el momento en que este existe. Y hasta donde sabemos, el problema es relativamente simple: la lectura obedece a las mismas leyes que las demás prácticas culturales, con la diferencia de que ella es enseñada por el sistema escolar más directamente que cualquier otro tipo de prácticas culturales. Es decir, que el nivel de instrucción va a ser el más importante elemento en el conjunto de factores explicativos, siendo el segundo el origen social. En el caso de la lectura hoy en día, el peso de la formación escolar es mucho más fuerte. Así cuando uno pregunta a alguien su nivel de escolaridad, uno puede tener ya una cierta previsión respecto de lo que lee, del número de libros leídos por año, etc. Y también una cierta previsión sobre la manera de leer. De manera rápida uno puede pasar de las prácticas a la descripción de las modalidades concretas de esas prácticas.

R. Ch.: Creo que uno puede históricamente controlar este análisis por el estudio del objeto mismo (el libro) y de todas las formas de lo escrito, impreso o manuscrito. Este análisis puede ser mucho más riguroso, más interrogativo sobre el objeto, movilizándolo todo lo que uno pueda saber, bien sea sobre las capacidades que se confrontan con ese objeto, bien sea sobre sus usos. Daniel Roche para los medios urbanos de Francia en el siglo XVIII y Daniel Fabre para las zonas rurales de Los Pirineos, han dado el ejemplo posible de un material escrito que circula y del cual se puede con seguridad señalar la distribución, los lugares y frecuencias de aparición.⁴ No se trata pues de considerar que todo análisis de «sociología distribucional» carezca de objeto y de interés. El problema es el de completar ese análisis de las frecuencias y de su base social a través de una reflexión sobre las competencias y los usos.

P. B.: Todo esto me parece muy importante y creo que se articula con lo que yo había señalado al comienzo. Una de las distorsiones ligada a la posición de lector puede consistir en omitir la cuestión de por qué se lee, si existe una necesidad de lectura, y por lo tanto abrir la posibilidad de plantear la pregunta acerca de las condiciones en las cuales se produce esa necesidad. Cuando uno observa una correlación entre el nivel de escolaridad, por ejemplo, y la cantidad de lecturas o la calidad de la lectura, uno puede preguntarse cómo ocurren las cosas, puesto que no se trata de una relación auto-explicativa. Es probable que se lea cuando se tiene un mercado respecto del cual tienen valor los discursos relacionados con la lectura y con los libros. Si esta hipótesis puede sorprendernos e incluso chocarnos, es precisamente porque nosotros somos gente que siempre tiene a mano un mercado de alumnos, de colegas, de parientes, etc., a los cuales uno puede hablar de lecturas. Uno termina por olvidar que en muchos medios sociales no es posible hablar de lecturas y de textos sin adquirir un aire pretencioso. Como también tiene uno lecturas de las que no se puede hablar, lecturas inconfesables que uno hace a escondidas. Dicho de otra manera, hay una oposición social entre dos tipos de lectores: los lectores de esas cosas que no merecen ser leídas, y los otros lectores, los que practican la verdadera lectura, la lectura de lo «eterno», de lo «clásico», la lectura de ese tipo de textos que merecen ser conservados y recordados. Hace un momento decía que no existe una necesidad de lectura; ahora diré, un poco jugando, que si se trata de lectura, la necesidad en su forma elemental, antes de que sea socialmente constituida, se manifiesta en las estaciones de tren. La lectura es eso que aparece espontáneamente cuando uno tiene tiempo para no hacer nada, cuando uno va a estar sólo y encerrado en alguna parte. Esta necesidad de diversión es tal vez la única necesidad no social que puede reconocer el sociólogo.

⁴ Cf. Daniel ROCHE, «Les pratiques de l'écrit dans les villes françaises du XVIIIe siècle» y Daniel FABRE, «Le livre et sa magie», in Roger CHARTIER, *Les pratiques de l'écrit, op. cit.*, pp. 201-229 y 231-262 respectivamente.

R. Ch.: Me parece que esta perspectiva es un poco reductora, porque incluso en las sociedades tradicionales, que están sin embargo bastante alejadas de lo escrito impreso, por comparación con nuestra sociedad, hay situaciones y necesidades de lectura que no se pueden reducir a una competencia de lectores tomados por un mercado social, sino que están profundamente enraizadas en experiencias individuales y comunitarias. Se podrían citar las prácticas profesionales del taller artesanal que se apoyan –muy pronto, desde el siglo XVI– en libros que sirven como guías del trabajo manual. Lo mismo puede decirse de las asociaciones de jóvenes en las ciudades, esos grupos de edad, de oficio o de barrio que hacen uso de lo escrito y son prolongados por el.

P.B.: Muy a propósito he llevado las cosas al extremo, para poder poner en cuestión la idea de una necesidad natural de lectura, una representación que está profundamente inscrita en el inconsciente de los intelectuales, bajo la forma de un derecho a la lectura. Pienso que los intelectuales se sienten en el deber de dar a todos el derecho a la lectura... es decir, el derecho a que los lean. Ese era el propósito. Pero podemos discutir.

R.Ch.: Desde luego, y debemos interrogarnos sobre las condiciones de posibilidad y la eficacia de una política de la lectura, de una política que toma en cuenta la edición, el encuentro entre el libro editado y su lector, una política que organiza o que reorganiza el conjunto de los circuitos de distribución. ¿De verdad piensa usted que la necesidad de lectura no sería más que un artificio de los autores, interesados en que se les lea?

P.B.: Es necesario que cosas como las que yo digo sean dichas, porque de otra manera siguen presentes en el inconsciente. Hay cosas un poco penosas que es necesario decir cuando se quiere hacer la ciencia de ciertos objetos. Yo participo también de la creencia en la importancia de la lectura, participo de la convicción de que es muy importante leer y que alguien que no lee es un mutilado, etc. Vivo en nombre de todo eso. Pero pienso que se cometen errores políticos, y errores científicos, cuando uno es inocente en este terreno. Los errores políticos no son mi asunto. Los errores científicos me importan mucho. Durante mucho tiempo he hecho una sociología de la cultura que se detenía en el momento de plantear la pregunta: ¿cómo se produce la necesidad del producto? Ensayé establecer relaciones entre un producto y las características sociales de los consumidores (entre más se eleve uno en la jerarquía social, más consume bienes situados en un nivel elevado de la jerarquía de los bienes, etc.). Pero no me interrogaba sobre la producción de la jerarquía de los bienes y sobre la producción del reconocimiento de esa jerarquía. Cuando mucho me contentaba con nombrarla, en tanto que ahora me parece que lo propio de las producciones culturales es que es necesario producir la creencia en el valor del producto, y que esta producción de la creencia en el producto no puede jamás, por definición, ser producida por un solo productor. Es necesario que todos los productores intervengan, incluso luchando entre sí. La polémica entre

intelectuales forma parte de la producción de la creencia en la importancia de eso que hacen los intelectuales. Así pues, entre las condiciones que deben ser cumplidas para que un producto intelectual sea producto, está la creencia en el valor del producto. Si queriendo producir un objeto cultural, cualquiera que sea, yo no produzco simultáneamente el universo de creencia que hace que uno lo reconozca como objeto cultural –como cuadro, como naturaleza muerta–, no lo produzco, no he producido nada, solamente una cosa. Dicho de otra manera, lo que caracteriza un bien cultural, es que se trata de un producto como los otros, más la creencia, necesaria ella misma de ser producida.

Es esto lo que hace que uno de los únicos puntos sobre los cuales puede obrar una política cultural, sea el de la creencia. De hecho podría compararse la política cultural a uno de sus casos particulares, como por ejemplo el de la política lingüística. Si las intervenciones políticas en materia de cultura son regularmente ingenuas, por exceso de voluntarismo, ¿qué no podría decirse de las políticas sobre la lengua! No se trata de pesimismo de sociólogo: las leyes sociales tienen una fuerza extraordinaria y cuando se las ignora ellas toman venganza.

R.Ch.: Entre esas leyes sociales que modelan la necesidad o la capacidad de lectura, las de la escuela se encuentran entre las más importantes, lo que plantea el problema –a la vez histórico y contemporáneo– del lugar del aprendizaje escolar en el aprendizaje de la lectura, en los dos sentidos de la palabra, es decir el aprendizaje del desciframiento del saber leer en su nivel elemental, y de otra parte, esa otra cosa de la que hablamos, es decir la capacidad de una lectura más virtuosa, que puede apropiarse de textos diferentes. Lo que me interesa aquí es mostrar, como lo ha hecho Jean Hébrard a partir del análisis cuidadoso de los relatos autobiográficos⁵, de qué manera el aprendizaje de la lectura se apoya mucho más sobre cuestionamientos extra escolares, ligados al descubrimiento por parte del niño de problemas que apuntan a la difícil comprensión del orden del mundo, que sobre una escolarización o un aprendizaje escolar. ¿Piensa usted que una proposición similar podría ser enunciada para la escuela contemporánea y para su rol en la creación de una capacidad y una necesidad de lectura?

P.B.: Es un problema muy difícil. Desde luego que no lo puedo responder. Me parece que ha estado en el centro de nuestras discusiones de estos días y que todo el mundo lo ha esquivado. Me parece que cuando el sistema escolar juega el papel que juega en nuestras sociedades, es decir cuando la escuela se ha convertido en la vía principal o exclusiva de acceso a la lectura y cuando la lectura se ha convertido prácticamente en una vía accesible a todo el mundo, el sistema produce un efecto inesperado. Lo que me deja absolutamente sorprendido en los testimonios de los autodidactas que nos han sido expuestos aquí, es que ofrecen la prueba de una necesidad de lectura que la escuela destruye, para crear otra y crearla de otra forma.

⁵ Jean HÉBRARD, «L'autodidaxie exemplaire. Comment Jamerey-Duval apprit-il à lire?», in Roger CHARTIER, *Les pratiques de l'écrit*, op. cit., pp. 29-76.

Hay un efecto de erradicación de la necesidad de lectura como necesidad de información: aquella que toma el libro como depositario de secretos, de secretos mágicos, de secretos climáticos (el almanaque para prever el tiempo), biológicos, educativos, etc., que tienen al libro como una guía de la vida, como un texto al cual uno le pide un arte de vivir, siendo la Biblia el modelo por excelencia. Pienso que el sistema escolar tiene ese efecto paradójico de arrancar de raíz esta expectativa – uno puede alegrarse o deplorarlo –, esa expectativa de profecía, en el sentido weberiano de respuesta sistemática a todos los problemas de la existencia. Pienso que el sistema escolar desestimula esta expectativa, destruyendo al mismo tiempo cierta forma de lectura. Me parece que uno de los efectos del contacto escolar con la literatura culta es el de destruir la experiencia popular, para dejar a la gente inerme entre dos culturas, entre una cultura originaria abolida y una cultura sabia de la que se dispone frecuentemente para no poder hablar más que de la lluvia y el buen tiempo, para saber todo eso que no hay que decir, sin tener otra cosa que decir.

R.Ch.: Otra tensión que existe en el acto de la lectura tiene que ver con nuestra relación con el propio acto de la lectura. De un lado – todos lo hemos diagnosticado –, las lecturas son siempre plurales, son ellas las que construyen de manera diferente el sentido de los textos, inclusive si estos textos inscriben en el interior de ellos mismos los sentidos que desean verse atribuir. Y es justamente esta diferenciación de la lectura, desde sus modalidades más físicas hasta su dimensión de trabajo intelectual, la que puede constituir un instrumento de discriminación entre los lectores, mucho más que la repartición supuestamente diferencial de tal o cual objeto manuscrito o impreso. Hay pues necesidad de insistir sobre eso que hay de creador y de distinto en la lectura. Pero, de otro lado, ¿nuestro oficio no nos conduce en tanto que lectores a buscar constantemente la interpretación correcta del texto? Y esta lectura plural que nosotros identificamos como realidad y como instrumento de análisis ¿nosotros mismos no la negamos, desde cierto punto de vista, estableciendo cuál debe ser la lectura justa de los textos, lo que equivale a volver a la posición del sacerdote ofreciendo la correcta interpretación de la Escritura? ¿No se encuentra ahí el fundamento, la raíz más profunda del ejercicio intelectual en la definición que de él ha dado la sociedad occidental?

P.B.: Sí. Si yo comprendo bien, esto vuelve a plantear la pregunta acerca de qué hacemos cuando leemos. Pienso que una parte muy importante de la vida intelectual consiste en luchar por la buena lectura. Es incluso uno de los sentidos de la palabra lectura: es decir una cierta manera de establecer el texto. Hay libros que son verdaderas apuestas de lucha por la excelencia. La Biblia es uno. *El Capital* es otro. «Lire le Capital», quiere decir leer por fin *El Capital*. ¡Ahora sí se va a saber qué contiene ese libro que no ha sido jamás verdaderamente leído!⁶ Si el

⁶ La referencia de Bourdieu, plena de ironía, es a la obra de Louis ALTHUSSER y Etienne BALIBAR, *Lire Le Capital*. Paris, Maspero, 1967. Cf. más ampliamente Pierre BOURDIEU, «El discurso

libro que está en juego es un libro capital, cuya apropiación se acompaña de la apropiación de una autoridad a la vez política, intelectual, etc., lo que se juega ahí es algo importante. Es eso lo que hace que la analogía entre las luchas intelectuales y las luchas teológicas funcione bastante bien. Si el modelo de la lucha entre el clérigo lector y el profeta *auctor*, que ya mencioné al comienzo de esta conversación, se puede trasponer con tanta facilidad, es entre otras razones porque uno de los aspectos de la lucha es el de apropiarse de la lectura legítima: «soy yo quien os dice eso que es dicho en el libro o en los libros que merecen ser leídos, por oposición a los libros que no lo merecen». Una parte considerable de la vida intelectual es esa continua puesta al revés de la tabla de valores, de la jerarquía de las cosas que deben ser leídas, por oposición a las que no merecen serlo. Enseguida, habiendo definido lo que merece ser leído, se trata de imponer la buena lectura, es decir el buen modo de apropiación, y el propietario del libro es aquel que impone el modo de apropiación. Cuando el libro, como lo acabo de decir, es un poder, el poder sobre el libro es lógicamente un poder. Es por eso que las gentes que son ajenas al mundo intelectual se sorprenden al ver cómo los intelectuales luchan –y con violencia inaudita– por cosas que a ellos les parecen triviales. En fin, lo que ahí se juega puede ser de una importancia extrema. El poder sobre el libro, es el poder sobre el poder que ejerce el libro. Me refiero a algo que los historiadores conocen: el poder extraordinario que adquiere el libro cuando se convierte en modelo de vida. Es por ejemplo lo que nos ha dicho Robert Darnton, a propósito del lector de Rousseau, que él ha estudiado. El libro de Rousseau, y Rousseau como el autor de un libro ejemplar –es decir como profeta ejemplar–, podía obrar de manera mágica sobre gentes que el no había visto jamás. Es por esto que los intelectuales tienen frecuentemente sueños de magos, porque el libro es algo que permite actuar a distancia dando órdenes. Pero el intelectual es también alguien que puede actuar a distancia transformando las visiones del mundo y las prácticas cotidianas, que puede obrar sobre la manera de amamantar los niños, sobre la manera de pensar o de hablar a su amante, etc. Así, yo pienso que la lucha por los libros puede constituir una disputa extraordinaria, una disputa que los propios intelectuales subestiman. Los intelectuales se encuentran de tal manera impregnados de una crítica materialista de su actividad, que terminan por subestimar el poder específico del intelectual, que es el poder simbólico, ese poder de obrar sobre las estructuras mentales y, a través de tales estructuras, sobre las estructuras sociales. Los intelectuales olvidan que a través de un libro pueden transformar la visión del mundo social, y a través de la visión del mundo, también el propio mundo social. Los libros que cambian el mundo social no son solamente los libros proféticos, la Biblia o *El Capital*: existe también el Doctor Spock que, desde el punto de vista de la eficacia simbólica, es sin duda, en una dimensión importante, lo que en otra ha sido *El Capital*.

«importante»: algunas reflexiones sociológicas sobre «Algunas observaciones críticas en torno a Leer *El Capital*» de Etienne Balibar [1975], in *¿Qué significa hablar?*. Madrid, Akal, 1985, pp. 134-151.

R.Ch.: Sí, pero ¿no equivale eso a suponer que el libro tiene una eficacia total, inmediata, y de esa forma negar el espacio propio de la lectura? Porque si el libro, por el mismo en ciertos casos, en otros por la interpretación correcta, tiene tal fuerza, ¿eso no destruye finalmente el objeto que nos ha reunido aquí, que es el de la lectura como espacio propio de apropiación que no puede ser reducido jamás a eso que es leído? ¿Y no es eso recaer en aquello que pensaba la pedagogía clásica cuando tomaba los espíritus de los niños como una materia maleable en la que podían imprimirse con toda claridad los mensajes del pedagogo o los mensajes del libro? Ese poder que usted describe es, tal vez, por una parte un gran padre fantasmático, soñado, deseado, pero, por otra parte, un poder contradictorio con la lectura tal como nosotros la analizamos.

P.B.: La observación es fuerte y justa. Pienso en la famosa fórmula del sentido común: «no se predica más que a los convertidos». Es evidente que no se puede dar a la lectura una eficacia mágica. La eficacia mágica supone condiciones de posibilidad. No es un azar si el lector del que nos hablara Darnton era un protestante de Ginebra...

R.Ch.: De La Rochelle...

P.B.: Sí, una pequeña Ginebra. Entre los factores que predisponen a leer ciertas cosas y a ser «influenciados», como se dice, por una lectura, hay que reconocer las afinidades entre las disposiciones del lector y las disposiciones del autor. Pero, se puede decir, «usted no ha explicado nada y más bien destruye el poder simbólico del que habla». Yo respondo: en absoluto, porque pienso que, por una parte, entre una predisposición tácita, silenciosa, y, por otra parte, una predisposición expresada, que se conoce en un libro, en un escrito, teniendo autoridad, publicado, es decir publicable, es decir público, es decir visible y legible delante de cualquier persona, hay una diferencia esencial. Es suficiente pensar en lo que se llama la evolución de costumbres. El hecho de que ciertas cosas que antes eran censuradas, que antes no podían ser publicadas, se vuelvan publicables, tiene un efecto simbólico enorme. Publicar es volver público, es hacer pasar de lo oficioso a lo oficial. La publicación es la *ruptura* de una *censura*. La palabra censura es común a la política y al psicoanálisis, y esto no es un azar. El hecho de que una cosa que era escondida, secreta, íntima o simplemente «indecible», incluso reprimida, ignorada, impensada, impensable, el hecho de que esa cosa se transforme en dicha y dicha por alguien que tiene autoridad, que es reconocido por todo el mundo, no solamente por un individuo singular, privado, eso tiene un efecto formidable. Efectivamente ese efecto no se ejerce más que si existe una predisposición.

R.Ch.: Hay pues una tensión entre dos elementos. De una parte aquel que se encuentra del lado del autor y a veces del editor, y que apunta a imponer explícitamente (ya hemos hablado de la proliferación de prefacios) maneras de leer, códigos de lectura; o que intenta de manera mucho más subrepticia (a través

de todos los dispositivos internos del libro, sean ellos tipográficos o textuales) imponer lo que se estima como una justa lectura. Este conjunto de dispositivos, explícitos e implícitos, postularía que solamente un lector puede ser el verdadero poseedor de la verdad de la lectura. Así por ejemplo Louis Marin recordaba que Poussin –el pintor- explicaba a alguien que le había encargado un cuadro, cómo debía leerlo correctamente, como si sólo un hombre en el mundo pudiera detentar la clave de la correcta interpretación de ese cuadro.⁷ Pero, de otro lado, cada libro tiene una voluntad de divulgación, se dirige a un mercado, a un público, debe circular, debe ganar en extensión, lo que significa apropiaciones mal gobernadas, contrasentidos, fallas en la relación entre el lector ideal –en el límite singular– y de otra parte el público real, que debe ser lo más amplio posible.

P.B.: Sí. Yo creo, contra todos los presupuestos implícitos de nosotros los lectores, que un libro puede actuar a través de contrasentidos, es decir a través de eso que, desde el punto de vista del lector legítimo, armado de su conocimiento del texto, es un contrasentido. Eso que obra sobre el protestante de La Rochelle no es lo que Rousseau ha escrito, es lo que aquel piensa del «amigo Jean-jacques». Hay errores de lectura que son muy eficientes. Sería muy interesante observar la aparición de todos los signos visibles del esfuerzo por controlar la recepción: ¿estos signos no aumentan a medida que crece la ansiedad concerniente al público, es decir el sentimiento de que se tiene relación con un vasto mercado y ya no más con algunos lectores escogidos? El esfuerzo desesperado de todos los autores por controlar la recepción, por imponer normas de percepción de su propio producto, ese esfuerzo desesperado no debe enmascarar el hecho de que finalmente los libros que más han influido son los libros que han influido de inconsciente a inconsciente. Tal vez es una visión muy pesimista de la acción de los intelectuales. Pero yo pienso, por ejemplo, en eso que decía Max Weber (hoy no cito sino a Weber) a propósito de Lutero: Lutero ha leído la Biblia «con las gafas de toda su actitud», yo diría de su *habitus*, es decir que Lutero ha leído la Biblia con todo su cuerpo, con todo lo que era, y al mismo tiempo aquello que él leyó en esa lectura total, era él mismo. Uno encuentra en el libro lo que uno pone, y que uno no sabría decir. Sin caer en la mitología de la creación, del creador único, no hay que olvidar que los profesionales de la producción son gentes que tienen un verdadero monopolio de convertir en explícito lo no dicho, de llevar al orden del decir cosas que los otros no pueden decir, no saben decir, puesto que, como se dice, *no encuentran las palabras*.

R.Ch.: Se puede tal vez, por lo demás, reconstruir esas lecturas históricamente a contrasentido, por relación con la intención del autor o por relación con nuestra propia lectura, como definiendo justamente un nivel de lectura o un horizonte de lectura particular, no inmediatamente calificable en términos sociales, pero diferente

⁷ Cf. Louis MARIN, «Lire un tableau. Une lettre de Poussin en 1639», in Roger CHARTIER, *Pratiques de la lecture*, op. cit., pp. 129-156.

de la lectura sabia que le sería contemporánea. Y aun se puede en ocasiones encontrar trazas en el objeto mismo puesto que, por ejemplo, en las ediciones de gran circulación que los impresores de Troyes⁸ han editado en gran número a partir del siglo XVII, la atención al sentido no es lo fundamental, como si el contrasentido y la desviación por relación al sentido no fueran impedimentos para la lectura. Se observa que la operación que constituye unidades breves y fragmentadas puede hacerse cortando por la mitad una frase, lo que le quita toda corrección gramatical. Esta misma indiferencia frente al sentido fijado podría explicar por lo demás los extraordinarios descuidos tipográficos y la multiplicidad de erratas en los libros azules, que vuelven las palabras a veces completamente ininteligibles. Estas alteraciones son por completo visibles en el paso de un mismo texto de una edición ordinaria y correcta a una edición de Troyes. En estas últimas, el sentido justo no es el elemento decisivo de la lectura, lo que se opone a toda la actitud intelectual del control máximo del objeto, que es aquella del autor, y esto, cada vez más, a medida que la figura del escritor se convierte en una figura carismática que entiende enunciar un mensaje en una forma acabada, claramente identificable para su lector.

P.B.: Tomo un último ejemplo de esta lógica. Toda la historia de la filosofía – creo que de nuevo voy a molestar a algunos y además no tengo todos los elementos de prueba, pero es algo que puede tomarse como hipótesis– reposa sobre una filosofía implícita de la historia de la filosofía que admite que los grandes autores más que por sus propios textos se comunican por textos interpuestos. Dicho de otra manera, eso que Kant discute cuando discute con Descartes, sería el texto de Descartes que los historiadores de la filosofía leen. Entonces, me parece, y creo poder apoyarme en algunos elementos para pensarlo, que ello significa olvidar que lo que circula entre los autores no son solamente los textos. Es suficiente pensar en nuestra relación entre contemporáneos, en donde lo que circula no son textos, sino palabras, títulos, «palabras slogan» a los que uno se confía de manera completa. Por ejemplo, ¿cuándo Descartes habla de la escolástica, piensa en algún autor particular o en un manual? El papel que cumplen los manuales es sin duda enorme. Desde luego, hay gentes que analizan los manuales, pero los estudian en el nivel de la historia de la pedagogía y no en el de la historia de la filosofía. En el orden de lo sagrado parece que no hubiera más que grandes textos. Un ejemplo: me parece que son prejuicios de lectores formados en la costumbre de lectura de ciertos textos lo que hace olvidar la realidad de los intercambios intelectuales, que se cumplen para muchos de inconsciente a inconsciente, a través de cosas que son del orden del rumor. Pienso que sería muy interesante estudiar el rumor intelectual, como una forma de análisis de cosas importantes para constituir eso que es ser contemporáneo, lo que es ser un intelectual en Francia hoy. Sería importante saber

⁸ Cf. Roger CHARTIER, «Los libros azules y la lectura popular», in *Histoire de l'Édition Française*. Paris, Éditions du Cercle de la Librairie, 1984, pp. 247-270.

lo que las gentes conocen sobre los autores o sobre los editores, los periódicos y los periodistas, un conjunto de saberes que difícilmente el historiador encontrará, de los cuales no encontrará más que trazas, porque circulan de forma oral, y que sin embargo son importantes orientadores de la lectura. Se sabe que fulano publica en tal casa editorial, que está enfrentado con zutano, y todo eso hace parte de condiciones que hay que tener presentes para comprender ciertas estrategias retóricas, ciertas referencias silenciosas que de otra manera no serán comprendidas en absoluto, polémicas que en principio parecerían absurdas. Yo creo que, aunque parezca alejado de nuestro tema, hay ahí, a pesar de todo, un lazo con lo que hemos discutido. En una civilización de lectores permanecen de manera enorme presaberes que no se vinculan directamente con la lectura, y que sin embargo la orientan.

La sociología política: una experiencia desde la academia

**Lección inaugural de la VII Promoción de la Maestría en Sociología
Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle Abril, 2003**

Francisco Leal Buitrago¹

La generación de académicos a la que pertenezco surgió en la época en que se publicó *La Violencia en Colombia*, el primer tomo en 1962 y el segundo en 1964. Este libro lo escribieron quienes fueron nuestros maestros en una disciplina recién nacida en el país, y por supuesto considerada exótica. La sociología hacía parte del grupo de profesiones emergentes en las ciencias sociales, cuya punta de lanza fue la economía, fundada un poco más de una década atrás. Fue el aporte de la educación superior a las exigencias de una nueva racionalidad, correspondiente a la etapa más agitada de la modernización capitalista en el país, caracterizada por sus desequilibrios y su veloz carrera contra el tiempo, como si quisiera subsanar el retardo de su aparición frente a lo acaecido en países semejantes de la región. Sin directriz alguna, la rápida y dispersa urbanización, la acumulación sostenida y concentrada de capital, y el inicio de una gran diversificación social, en un contexto geográfico y cultural con acentuada regionalización, fueron fenómenos que marcaron los distintos objetos de estudio de las ciencias sociales y el ejercicio de sus profesiones.

El trasfondo de esta barahúnda fue la guerra civil no declarada entre liberales y conservadores, conocida como «la Violencia», expresión de un Estado raquítico y premoderno, que disimulaba su debilidad escudándose detrás del sectarismo de un bipartidismo que penetraba toda la sociedad y de una Iglesia recalcitrante y atrasada. Fiel a la nueva racionalidad, que no le incumbía mostrar preferencias por ninguna de las partes en pugna, el libro sobre «la Violencia» despertó ruidosas críticas en la opinión pública, sobre todo entre quienes se sintieron impugnados por haber sido instigadores de la contienda. De esta manera, comenzaron en el país los análisis profesionales en el campo del conflicto armado, tarea que desde ese entonces se ha mantenido, frente a la resistencia a desaparecer de ese problema. Esto ocurría en los años finales de una etapa en la que el bipartidismo cubría todo el espectro de lo que se creía era el campo de la política, incluidas sus prácticas violentas, y en vísperas del inicio de otra época en la que los actores de esas prácticas se multiplicaron. Con cambios sustantivos que definieron una nueva situación, esta época prosigue tercamente su camino, seguida de una larga, persistente y complicada marcha de depredación.

¹ Profesor titular de la Universidad de los Andes y profesor honorario de la Universidad Nacional de Colombia. Esta lección fue impartida en el Banco de la República (Cali) el 25 de abril de 2003.

La visión pionera de la sociología hacia el conflicto armado abrió este campo a otras disciplinas, en especial a la antropología, la psicología, la ciencia política, la economía y el derecho, la mayor parte de ellas reconocidas de tiempo atrás en espacios profesionales definidos. A medida que los efectos de la así llamada *violencia* penetraron de variadas maneras y en forma pausada y firme en la vida cotidiana de colombianos y colombianas, el conocimiento de las ciencias sociales se enriqueció con un sinnúmero de preguntas y respuestas sobre las motivaciones y la dinámica que animaban la injerencia de la violencia en muchas de las prácticas políticas. Las posturas críticas de estas ciencias en el ambiente polarizado de la Guerra Fría, se desarrollaron en medio del carácter limitado y maniqueo del régimen político del Frente Nacional, fórmula con la que las élites pretendieron encontrar la solución a su incapacidad de administrar la arrolladora modernización capitalista, mediante la búsqueda de integración de unos intereses de la sociedad cada vez más variados y dispersos.

Con la puesta en marcha de este modelo político elitista que suponía una plena inclusión social, la burocratización y el clientelismo sustituyeron al sectarismo como estímulos de reproducción del bipartidismo. Se expandieron así el aparato del Estado y sus recursos económicos, como soportes políticos y de integración frente a la diversificación de intereses y al aumento de los conflictos sociales. El Frente Nacional supuso, además, que al suprimir los mecanismos de oposición democrática se limaban las asperezas políticas del bipartidismo y disminuían los conflictos. Pero la diversificación social creció por fuera de los intereses de un establecimiento limitado en su cobertura a partir de la desideologización de los dos partidos, creando sus propios medios de protesta y de oposición. La inestabilidad social desbordó entonces el control de las profusas pero dispersas normas legales, a medida que su aplicación equiparó las protestas sociales con la subversión nacida de los rezagos de «la Violencia», los estímulos de la Guerra Fría y la ausencia de espacios de oposición democrática. La prolongada estabilidad macroeconómica y de las instituciones políticas liberales sirvió de amortiguador social, e hizo pensar que la ebullición de la sociedad era controlable mediante la continuidad institucional y la improvisada pero persistente represión oficial. Este entorno nacional e internacional estimuló el énfasis que la política -en especial sus manifestaciones violentas- adquirió en los análisis de los fenómenos sociales, a pesar de que los grupos dirigentes, movidos por su arrogancia provinciana, los ignoraba y desdeñaba. En este espacio de entusiasmo de unos y desconfianza de otros, se concretó mi inclinación por el estudio de las contradictorias expresiones de la política, gusto que siempre ha acompañado mis quehaceres en la academia.

Inducido por una enriquecedora experiencia militar previa, comencé por tratar de entender desde un punto de vista analítico al estamento castrense del país. Me interesó mirar su tardía profesionalización frente a sus congéneres de la región latinoamericana y su desconfiada y ambivalente inmersión en la guerra que libraron liberales y conservadores. Era un campo casi virgen en un país en el que, a diferencia

de la mayoría de los de la región latinoamericana, el sector castrense no fue gobierno sino por excepción. Bajo el impulso de facciones arrinconadas por el sectarismo derivado de un bipartidismo premoderno que disimulaba la fragilidad estatal, el experimento de pacificación del gobierno militar fue un fiasco más en la cadena de cuatrienios que alimentaron la violencia. Me resultó fácil en ese entonces avanzar en las indagaciones sobre estas materias, pues cualquier afirmación sensata era vista como novedad. Pero mis tímidos ensayos, apoyados más que todo en dispersas fuentes primarias, no fueron del agrado de una institución reacia a la autocrítica y acostumbrada a recibir las loas de quienes movidos por intereses privados alimentan su convencimiento de haber sido la forjadora de la nacionalidad.

Pese a que el conflicto armado estaba bien lejos de adquirir las dimensiones que hoy presenta, la ideología de la Guerra Fría y su expresión suramericana, la Doctrina de Seguridad Nacional, se encargaron de mantener la ambigüedad en la identificación del que llamaron «el enemigo interno», supuesta materialización doméstica del comunismo. En ese entorno, el relativo peligro que despertaban las posturas críticas de la academia provenía más del Estado que de la emergente subversión, no obstante que los gobiernos y sus numerosos áulicos definían al país como la democracia más antigua y estable de América Latina.

Mi incursión posterior en temas tales como el régimen político, sus instituciones estatales y el bipartidismo nacional, me enseñaron que la nueva violencia, aquella identificada como subversiva, tenía su entronque en las acciones y omisiones de quienes habían orientado -o desorientado- los gobiernos en el país. Y, naturalmente, esa práctica violenta contra el sistema imperante, contraria a la que define la política, la alimentaban las ideologías polarizantes de ese «equilibrio del terror» en que se hallaba el mundo. También aprendí que, en el espacio de las omisiones, la represión militar y policial buscaba a tientas -o mejor, con la luz negra del maniqueísmo bipolar de la Guerra Fría- llenar un vacío político producido por la ausencia de responsabilidad de las autoridades civiles en el manejo de los problemas de desorden público. De esta manera, me di cuenta de que la violencia política era una sola, con múltiples cabezas muy difíciles de identificar como ligadas al mismo cuerpo arrasador. Con consecuencias ambivalentes, el desprecio consentido de la dirigencia política del país hacia las ciencias sociales, y la consecuente ignorancia de sus investigaciones, hicieron que los analistas no fueran percibidos como un peligro, con excepciones notables en momentos y casos especiales. Esta situación fue matizada por unos pocos afanes oficiales de hace 20 años, que buscaron una paz idealizada llena de palomas y símbolos sin mayor claridad política, afanes malogrados por el grueso de beneficiarios que tenía el barullo de la violencia. En alguna medida, esta visión romántica de la paz extendió por un tiempo su manto protector sobre la investigación social. Pero, a la vez, aumentó las dificultades de alcanzarla, debido a que sacaron ventaja de ello quienes por diversas razones no les convenía la paz: curiosamente, más sectores oficiales armados y desarmados, y grupos privados dispuestos a sustituir funciones exclusivas del Estado, que la misma subversión.

Sobrevinieron así cambios progresivos en el conflicto armado colombiano. Cambios que, al final de su amplio y veloz recorrido arrasador, tienden a englobar con diferentes combinaciones buena parte de las formas de confrontación experimentadas en el mundo durante el período transcurrido luego de la Guerra Fría. Las muy variadas formas que se vieron en la antigua Yugoslavia, son un buen ejemplo para contrastar con lo que se observa en el país. Esta clase de confrontaciones emergentes han recibido el calificativo de *nuevas guerras*, y en Colombia conforman un paradigma bélico novedoso, digno de las inquietudes más lúcidas de los investigadores de estos fenómenos. En escasos dos o tres lustros se incubó una guerra en el país, en la que, rodeado de un entorno geográfico y político favorable, y con la plena complacencia del establecimiento, el narcotráfico proyectó, con toda la fuerza incubada en su codicia, nuevos y viejos problemas sociales. Se fundieron así la debilidad del Estado y la correlativa impunidad, la corrupción estimulada por el crecimiento del aparato estatal y el gasto público, la acumulación capitalista desregulada y naturalmente la violencia; ésta se expandió y diversificó. En ella emergió desafiante el paramilitarismo, alentado por antiguas normas oficiales y por la visión maniquea de organismos armados del Estado, que consideraron que cualquier alianza contra el enemigo proporcionaba bondad a sus acciones

Al comenzar los años noventa, el intento de solución, mediante cambios profundos en las normas constitucionales, a las agresivas pretensiones de imponer otras formas de organización social, fue desbordado por la resistencia abierta de antiguos intereses. No se logró construir un sistema político diferente de ejercicio del poder. No valió el nuevo régimen político creado por una Carta profusa que exhibe anhelos democráticos y reconoce un país diferente al que sirvió de base para la gestación de la confrontación armada. Por esta razón de peso, entre algunas otras, luego de una abrupta y por ello traumática apertura económica hacia el exterior y del fracaso de un nuevo proceso de paz, muchos de los males que padecemos pasaron a ser vistos como causados por las deficiencias e insuficiencias de la Constitución de 1991. No se observa en ningún momento que la responsabilidad la asuman, así sea en pequeñas dosis, quienes aplican y desarrollan a su manera las normas que les conviene, y desconocen las que atentan contra sus privilegios. En esta circunstancia, no ha perdido vigencia el antiguo adagio colonial, adaptado claro está a las conveniencias del presente, de que la ley se obedece pero no se cumple.

Esas resistencias a la autocrítica han estado salpicadas de nuevos problemas que sirvieron para mostrar realidades disimuladas por largo tiempo por los administradores y los usufructuarios del poder. Como consecuencia de la emergente diplomacia coercitiva de Estados Unidos, se desnudó la complacencia de las clases dirigentes con la penetración del narcotráfico en la sociedad, mediante el escándalo derivado de la financiación de la campaña presidencial de 1994, por parte de la inmensa capacidad corruptora de las drogas. Luego de grandes costos para el país,

causados por el abandono oficial en ese momento del cuidado político que ameritaba el conflicto armado interno, la sociedad experimentó el final de la bien prolongada y notable estabilidad macroeconómica, seguido de la definición clara de ese conflicto como una guerra interna. Quedó al descubierto también que las violencias habían dejado de ser funcionales para numerosos intereses dominantes. En esas circunstancias, la dirigencia del país, inmersa en una sociedad diversificada, atomizada y carente de organizaciones políticas con suficiente legitimidad, amedrentada por el terrorismo y con escaso liderazgo, inhibido además por la violencia y la inestabilidad social, claudicó ante el modelo de intervención del Plan Colombia, orientado por la política hemisférica de Estados Unidos.

Los protagonistas más visibles de esta nueva guerra adquirieron autonomía financiera al privilegiar, en desmedro de la política, prácticas bandoleriles y la alianza con el narcotráfico, a costa de las necesidades de un campesinado excluido de los beneficios de la modernización, aspectos que le proporcionan buena parte de su novedad. Esta guerra es hoy fuente del debate académico acerca de si es o no civil. Es una guerra que aumenta con premura la cifra de muertos, desplazados y afectados. Y es una guerra que se alimenta sobre todo de la diversidad de las violencias políticas. De aquellas que se observan sin tapujo alguno: la de las guerrillas, la de los paramilitares y la que administra con un reciente afán de legitimación la Fuerza Pública. Pero son mucho más profundas y estimulantes para la reproducción de estas violencias sin tapujos, por una parte, la que se moldea día a día, de manera persistente en las disímiles regiones del país, por acción de quienes practican la política con el objeto de esquilmar al Estado. Y, por otra parte, la violencia que se construye a partir del crecimiento de la exclusión social, mediante prácticas de enriquecimiento fácil, pérdida del valor del trabajo y resistencia a redistribuir la depredadora concentración de riquezas y poderes. Mientras estas dos últimas fuentes de violencia no sean controladas a través de un ejercicio ciudadano activo de la política, resultante de un Estado con legitimidad creciente, aquellas -las que son visibles- no desaparecerán del todo, ni con las armas ni con la política.

En medio del lapso en que se dio esa profunda transformación en el conflicto armado, regresé a investigar lo que ocurría con los militares y en especial con el tema de la seguridad, que iniciaba entonces su notoriedad pública. Los militares experimentaban también cambios muy diversos, al ritmo de los que acontecían en la sociedad. Pero eran más que todo adaptaciones que iban a la zaga de los acontecimientos sociales, sin previsión alguna, al igual que lo que sucedía en las demás instituciones del Estado, es decir, a través de la improvisación. Pero la improvisación castrense cambió a medida que las instituciones militares adoptaron patrones impuestos desde fuera, desde la Estrella Polar, aquella que no nos abandona desde los tiempos de don Marco Fidel Suárez, pero que en los últimos años aumentó de magnitud. Esos patrones no hicieron más que llenar el vacío dejado por la ausencia de responsabilidad política de la dirigencia nacional en materia de orientación castrense.

La Fuerza Pública se recuperó así de su incapacidad operativa, aunque con graves distorsiones provenientes de las prioridades asignadas por la obsesiva política represiva de Estados Unidos contra las drogas. Además de que se impusieron intereses ajenos que corresponden poco a las capacidades y necesidades nacionales, los cambios inducidos en el brazo armado del Estado ocultan la rígida mentalidad moldeada durante su larga exposición a la ideología maniquea de la Guerra Fría, que ya da señales de superación en otras latitudes. Y esta manera de ver la patria desvirtúa buena parte lo que es rescatable de los cambios ocurridos.

El reinicio de un proceso de paz con la subversión en el gobierno pasado subsistió por tres años, pese a los tremendos errores oficiales en su manejo político y al consecuente fortalecimiento guerrillero. Pero los desmanes de la subversión, y la diplomacia desplegada por el gobierno para hacerlos evidentes en el exterior, se encargaron de degradar, dentro y fuera del país, la mítica imagen política del rebelde. Por su parte, la escasa actividad de la Fuerza Pública frente al paramilitarismo, impidió debilitar a este supuesto aliado del Estado. Al final, y con retardo debido a la creencia de que la insistente búsqueda de una paz abstracta conllevaba beneficios, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos ayudaron a definir la ruptura del mal llamado *proceso de paz*. Además, esos sucesos también influyeron en el resquebrajamiento de la unidad paramilitar alcanzada un lustro antes. El consecuente calificativo de *terroristas* y luego de *narcotraficantes* otorgado a las Autodefensas Unidas de Colombia por parte del país del norte, sacó a flote las profundas diferencias de sus expresiones regionales, unificadas en gran parte por la creencia de que esa potencia las consideraba sus aliadas, debido a la cruzada antisubversiva que emprendieron, sin que importaran sus atrocidades.

El manto romántico de la paz, que cubrió en su momento a la mayoría de investigadores que incursionaron en el campo de la política, en particular en el de la llamada de manera reiterada *violencia*, fue consumido por el fuego de la guerra. Investigadores que habían abogado por la paz, varios de ellos en su papel de funcionarios oficiales de paso por el Estado, fueron amenazados e incluso asesinados por desoír las voces implacables de una fuerza bruta cada vez más liberada de las mediaciones políticas. El Estado disminuyó entonces de manera relativa su potencial de ser una amenaza a las actividades de investigación social. En su lugar se plantaron, primero, los paramilitares, y luego la guerrilla. El importante trabajo de campo en la sociología se tornó de esta manera más peligroso. Por diversas circunstancias, académicos y pensadores ubicados en la ciudad de Bogotá nos encontramos en mejores condiciones relativas en ese aspecto. Y los que trajinan en la llamada -algunas veces de manera despectiva- *provincia*, están más expuestos a los avatares que pueden presentarse por razón de sus ideas o por la natural inclinación a indagar más allá de los muros institucionales. Lo que por esta vía llena de obstáculos se produce y publica, como resultado de actividades académicas y de investigación, es digno de encomio aún al margen de insuficiencias propias de las condiciones adversas.

La expansión del conflicto armado ha diseminado los blancos potenciales de quienes usan la fuerza para sus propósitos políticos. Sobre todo los ha esparcido con cierta preferencia y de manera poco discriminada en la dispersa población civil. Los blancos civiles indiscriminados de los llamados con eufemismo *actores armados del conflicto*, ya no son meros accidentes o casos fortuitos, pues hacen parte de la nueva racionalidad del enredado paradigma nacional de la guerra. No es que esos actores se hayan olvidado de los blancos específicos, sino que ya no son exclusivos, como lo eran antes. Los llamados daños colaterales del conflicto han perdido su capacidad de generar arrepentimiento en quienes los provocan. Prima la fuerza en acciones supuestamente políticas -que de por sí tienen efectos políticos inmediatos-, como para que no quepa duda alguna sobre el objetivo de alcanzar el poder del Estado a como dé lugar, o de supuestamente defenderlo, también a como dé lugar.

Es preciso, entonces, que la academia asimile, indague y comprenda la nueva racionalidad de esta guerra en sus dimensiones económicas y sociales, pero ante todo en la de la política. Más aún si se desea acertar en el análisis, y en particular en las propuestas de investigación que buscan orientar en el largo camino que hay que recorrer para recuperar el derecho de la sociedad a hacer uso de la política, es decir, a institucionalizar los conflictos y negociar los intereses.

En estas circunstancias, hay una obligación moral de profundizar en la investigación social que tiene que ver con la guerra que nos agobia; y también -como dirían los economistas- con sus externalidades. Pero es necesario ser en extremo cautos e ingeniosos en las formas de aproximación empírica. Es mucho menos riesgosa para los analistas sociales, pero sobre todo más útil y productiva, la investigación silenciosa y su adecuada difusión clarificadora y propositiva, que los escritos rápidos y las declaraciones en los medios de comunicación de masas, así se hagan con responsabilidad. Hay que idear formas de sustituir de manera parcial -ya que por su importancia en la sociología no puede abolirse, así sea de manera temporal- el trabajo de campo y remplazarlo con recursos alternativos. Pero ante todo debe aguzarse la capacidad especulativa en el sentido positivo del trabajo analítico. Es importante, además, incorporar en la investigación recomendaciones sobre políticas concretas factibles de implementar. Y también es necesario buscar la manera de construir comunidades académicas reales y activas, es decir, en permanente comunicación crítica, con el fin de multiplicar los esfuerzos de investigación y hacerse sentir en forma colectiva en los espacios centrales de formación ciudadana y en los que generan las decisiones políticas. Infortunadamente, y no obstante los avances en los trabajos que buscan explicar la confusa situación en que se halla el país, los centros de decisión y formulación de políticas en el Estado siguen mostrando con frecuencia improvisaciones, escasa capacidad y, lo que es más grave, ausencia de principios éticos.

Este contexto político y de la academia se hizo más visible el año pasado, debido en buena medida a la frustración de no haber podido contener la guerra

mediante el último proceso de paz. Su desprestigio contribuyó al arrollador triunfo del candidato presidencial que ofrecía mano firme contra la subversión. El gobierno inaugurado el pasado mes de agosto se enfrentó con decisión, aunque sin mucha claridad, a los problemas políticos, económicos y de seguridad del país. Pese a no observarse resultados contundentes en su programa bandera, la política de seguridad democrática, al comienzo del presente año el clima nacional reflejaba cierto optimismo, pues las guerrillas no habían mostrado signos de fortaleza desde su nada efectiva arremetida terrorista con que inauguraron el nuevo gobierno. Este clima de distensión estuvo reforzado con la seguridad derivada de los desplazamientos terrestres vacacionales de numerosas familias, mediante caravanas de vehículos escoltados por la Fuerza Pública.

Sobrevinieron entonces impactantes acciones terroristas que cambiaron el panorama de las percepciones: el *carro bomba* en un exclusivo club de Bogotá, con la población civil por primera vez como blanco único, y la *casa bomba* en un barrio popular de Neiva, en atentado contra autoridades de la Fiscalía y la Policía, que por lo exagerado de su dimensión arrasó un barrio popular. Otros hechos, entre los que se destaca el derribamiento en las selvas del sur del país de un avión estadounidense en misión de inteligencia, el asesinato posterior de dos de sus tripulantes, uno de ellos estadounidense, y la captura de otros tres de la misma nacionalidad, completaron las acciones que conmovieron al país en pocos días. El gobierno desató entonces una ofensiva diplomática en busca de condenas a las Farc, presuntas responsables de los hechos. El objetivo oficial es ampliar la aceptación discreta lograda por el gobierno anterior con respecto a la co-responsabilidad de la comunidad internacional en el problema de las drogas, sustento principal del conflicto armado. De ahí deberán derivarse -de acuerdo con ese pensamiento- apoyos activos de esa comunidad para la solución de la guerra. Pero el gobierno va aún más allá: busca la incorporación del conflicto armado interno a la guerra mundial contra el terrorismo y la consecuente ampliación de la ayuda militar de Estados Unidos al país. Su desmedido afán de logros llevó al gobierno nacional a manifestar su apoyo a la declaratoria unilateral de guerra de Estados Unidos a Irak, en contra de la vasta movilización mundial opuesta a esta decisión.

El meollo del problema del gobierno nacional parece radicar en la necesidad política de obtener resultados importantes en el menor tiempo posible, en especial en el complejo tema de la guerra interna. Para ello diseña y ejecuta sobre la marcha su política de seguridad democrática. La mayor dificultad en el afán de elaborar una política coherente y eficaz en ese campo es articular la realidad de la guerra con la búsqueda de paz. Un régimen político liberal con notorias falencias en su ejercicio democrático, provenientes de la prevalencia del clientelismo, la corrupción administrativa y la exclusión en el ejercicio de la ciudadanía, alterado por un conflicto armado interno en el que intervienen subversión y paramilitares, requiere confrontar ese conflicto sin deteriorar sus limitados logros en materia de derechos civiles. El objetivo de este requisito esencial es la creación de condiciones mínimas

para alcanzar una paz, que permita emprender los correctivos necesarios para desarrollar la democracia y de esta manera asegurar que esa paz sea duradera. Se hace necesario entonces rediseñar en buena parte la política de seguridad, con el fin inmediato de afrontar la guerra, con instrumentos jurídicos, económicos, sociales y militares que, sin mengua de su eficacia para frenar este conflicto, logre inducir un ambiente propicio para iniciar un proceso de paz que sea satisfactorio para las partes en pugna. Un logro así implica incorporar, de manera explícita y dinámica, el problema de la guerra al de la paz. Pero para que tal objetivo tenga viabilidad es indispensable la inclusión activa de la sociedad civil en esa tarea, mediante metas que consideren profundas políticas sociales de mediano y largo plazo.

El fin de la Guerra Fría abrió nuevos espacios para que los gobiernos tuvieran más en cuenta los aportes proporcionados por las ciencias sociales en un mundo cada vez más globalizado y requerido de perspectivas diversas. Se rompieron las exclusas de fuerzas y tendencias que estaban represadas por el equilibrio bipolar y se dio paso a fenómenos antes subvalorados o ignorados, además de que se redujeron las prevenciones políticas e ideológicas frente a muchas actividades sociales que hoy son percibidas como naturales. Pero el conflicto armado interno limitó esos logros en el país, pese a haberse visto experiencias ambivalentes en los últimos gobiernos.

En estas circunstancias, hay que buscar la manera de que los resultados de las investigaciones sociales sean tenidos en cuenta en el diseño de políticas que pretendan avanzar en la solución de los problemas más acuciantes del país, entre ellos los de la guerra y la paz. Esta tarea hace parte de la necesidad de inducir mayor legitimidad en el Estado, es decir, de que este despierte credibilidad y confianza, pero ante todo que provoque el respaldo de la sociedad mediante una mayor participación política. Que se convierta en la instancia natural a la que acudan los ciudadanos para la solución de sus conflictos. El Estado colombiano ha sido tradicionalmente débil en términos políticos. De ahí la permanente búsqueda de soluciones privadas -incluida la violencia- a los más variados problemas sociales.

La formulación de políticas eficaces para generar de manera sostenida soluciones a estos problemas, requiere del compromiso dinámico y persistente de amplios grupos sociales. Para provocar esos apoyos de manera fluida se necesita un Estado que cuente con una confianza generalizada en sus instituciones, que se vea una voluntad política real por parte de los gobernantes para reducir de manera significativa lastres tales como la corrupción y, sobre todo, que haya suficiente credibilidad en la Fuerza Pública para que produzca respaldos espontáneos. La reivindicación de los derechos humanos en años recientes por parte de la Fuerza Pública, debido en buena medida a la presión de la comunidad internacional, tiene como subproducto haber ganado el respeto de muchos sectores sociales. Pero los crímenes de paramilitares y guerrilleros han opacado el problema de violación de los derechos humanos por parte de la Fuerza Pública, y por lo tanto han ayudado a diluir responsabilidades. Solamente un Estado legítimo puede implementar políticas

efectivas que tengan como meta obtener el apoyo social indispensable para enfrentar la guerra, recuperar la política y acceder a una paz sostenida. El Estado tiene la responsabilidad de inventar medios políticos para lograrlo, y no dedicarse en especial a competir en el campo militar con guerrillas y paramilitares. El uso de medios militares con tendencia a la exclusividad para enfrentar la guerra y reformas políticas sin la claridad suficiente para subsanar antiguos vicios en el ejercicio de la democracia, atentan contra la flexibilidad y el equilibrio necesarios para afrontar con éxito estos problemas. Y en estas arduas tareas, complicadas aún más por los afanes del momento, la academia tiene mucho que aportar, en especial para evitar que, entre otras cosas, sigamos después de cuarenta años con visiones recurrentes frente al conflicto armado, sus entronques políticos y sus implicaciones sociales.